

Hacia una
Antropología
de *Jesús*
en los evangelios



Juan Manuel García de Alba S. J.

Portada:

Pintor: Georges Roualt (1871-1958).

Jesús y los apóstoles (1937-38), Francia.

Hacia una
Antropología
de *Jesús*
en los evangelios

Juan Manuel García de Alba S. J.

Primera Edición
2016

Agradecimiento

Me complace haber tenido como colaborador al Lic. Fernando Morales Milán por su cooperación esmerada en el trabajo técnico de este libro. No menos que al Ing. Federico Portas Lagar con cuya colaboración siempre he contado, al Dr. Mauricio Limón Aguirre por su lectura previa a la publicación, así como al Dr. Luis Armando Aguilar Sahagún que no deja de ser un interlocutor que estimula y anima.

Juan Manuel García de Alba, S.J.
Av La Paz 2435. Tél. 36 30 10 93
C.P. 44100, Guadalajara, Jalisco.

ISBN: 978-607-97249-0-0

Impreso y hecho en México
Printer and made in México

Para aquellos que se quieren conocer más y mejor a sí mismos, pero también para los que quieren conocer más a Jesús y comprender mejor su Buena Nueva, su mensaje, su Evangelio.

Con aprobación eclesiástica

Nihil Obstat

Lic. Jesús García Zamora

Pbro. Javier Magdaleno Cueva

Imprimatur

José Francisco Cardenal Robles

Ortega,

Arzobispo de Guadalajara

9 Mayo 2016.

INDICE

PRESENTACIÓN	
INTRODUCCIÓN	19

CAPITULO I

EL JUDAÍSMO DE JESÚS	29
Jesús y la Sagrada Escritura	37

CAPITULO II

¿CÓMO ENTENDÍA JESÚS A LOS DEMÁS?	41
-----------------------------------	----

CAPITULO III

LA COMPRENSIÓN DEL HOMBRE	51
El cuerpo humano —Σῶμα—	51

CAPITULO IV

EL HOMBRE CREADO	63
Datos bíblicos	63
El hombre es un todo	63
El hombre es Adán —Ἀδὰμ—	64
El cuerpo-carne —Σῶμα-Σάρξ—	65
El hombre es carne —Σάρξ— y por eso es débil,	67
El espíritu y la vida —Πνεῦμα-Σωή—	68

CAPITULO V

SIMBOLISMOS DEL HOMBRE	77
La parte por el todo	77
Sangre y vida —Αἷμά-ζωή—	78
Carne y sangre —Σάρξ-αἷμά—	80
Carne y hueso —Σάρξ-ὀστέα—	81
La imagen —Εἰκόν—	81
La semejanza —Ἰδέα—	82
El hombre es gracia, es amor —ἀγάπη—	84
El hombre es palabra —Λόγος—	89

ANTROPOLOGÍA DE JESÚS

El nombre —Όνομα—	92
La libertad —Έλεϋθερία—	94
El corazón —Καρδία—	97
El hombre vivo —Ψυχή Ζωή—	101
Mano y dedo —Χειρός και Δάκτυλος—	104
El Rostro —Πρόσωπον—	105
Los ojos —Όφθαλμός—	106
La cabeza —Κεφαλέ—	108
El hombre es luz —Φῶς—	109
La vida como una lámpara —Λύχνον—	110

CAPITULO VI

EL HOMBRE EN EL MUNDO	111
El hombre y el mundo —Κόσμος—	111
El mundo malo	116
La multitud, los demás —Πλεσίον—	117

CAPITULO VII

LA FAMILIA JUDÍA	123
Generalidades	123
El jefe de familia	126
Funciones paternas	127
La circuncisión	128
Imposición nombre	129
La presentación en el templo y el rescate	130
El modo de vivir influye en el modo de ser	131
El lugar de origen	132
Educación de los hijos	134
Educación de las hijas	137
El mayorazgo	138
La madre	140
La purificación	141
Funciones maternas	142

CAPITULO VIII

LA MUJER	145
La mujer en el mensaje de Jesús	145
El antifeminismo judío	146
La dignidad de la mujer	149
El matrimonio	149
Responsabilidad conyugal	151
La mujer en el anuncio del reino	152
La mujer en relación con los discípulos	156
El celibato de la mujer	156

CAPITULO IX

EL ORIGEN DE LA VIDA	157
La gestación —Συλ-λάμβανω—	162
La infancia —Παῖς—	166
El hombre crece —Αὐξάνω—	169

CAPITULO X

EL HOMBRE DISCÍPULO	173
El Reinado de Dios —Βασιλεία—, elemento esencial de la antropología de Jesús	173
El hombre y la mujer discípulos —Μαθητής—	178
Poco a poco	181
Seguimiento —Ἀκολουθέω—	184
Vengan conmigo —Δεῦτε—	186
El grupo —Προσμένω—	190

CAPITULO XI

LA PERSONA CONCRETA	197
El hombre en desventaja	197
El contacto corporal —Ἄπτομαί—	202

CAPITULO XII

JUSTOS Y PECADORES	209
Los justos —Δικαίους—	220

ANTROPOLOGÍA DE JESÚS

CAPITULO XIII

ESCATOLOGÍA Y ANTROPOLOGÍA	227
La visión escatológica de Jesús	227
Valoración final —Κρίσεως—	237

CAPITULO XIV

EL HOMBRE MORTAL	245
La muerte —Θάνατος—	245
Dormir y morir —Κοιμάω—	250
Muerte y olvido —Λήθη—	251
Muerte y pecado —Ἄμαρτία—	253
La muerte es un paso más	254
La vida es pertenencia	255
La muerte es entrega —Παρα-δίδομι—	256

CAPITULO XV

LA RESURRECCIÓN	261
El problema —Κρίσις—	263
La resurrección y la fe	266
La resurrección tiene historia	266
Resucita el hombre en su realidad personal	268
El cuándo —Πότε—	273
La inmortalidad —Ἀφθαρσία—	274
La resurrección como vida	276

CAPITULO XVI

EL DEMONIO	281
Enemigo personal	285

CAPITULO XVII

VIDA ETERNA	293
Sentido último de la vida	293

CAPITULO XVIII

LA COSMOVISIÓN DE JESÚS	305
Cuatro niveles	306
Pasado, presente y futuro	310
Fin próximo	310
Visión teológica	311
Natural y sobrenatural	312
El mundo malo	314
Lo apocalíptico	315
Sociedad teocrática	315
Realismo fenomenológico	316

CAPITULO XIX

EL PARADIGMA ANTROPOLÓGICO DE JESÚS	319
Dios como modelo del hombre	319
Jesús como paradigma del hombre	321
BIBLIOGRAFÍA	327

Siglas y Abreviaturas

Las abreviaturas de los libros bíblicos son las adoptadas por la *Biblia de Jerusalén*, editada por Desclée de Brouwer.

Siglas

CEC	Catecismo de la Iglesia Católica
Dz-H	Denzinger Heinrich, Peter Hunermann. El magisterio de la Iglesia

Abreviaturas

Cap	Capítulo
Cc	Concilio
Cf	Confronta
Ib	Ibídem
n	Número/s
N.B.	Nota Bene
p	Página/s
s	Siguiente/s

Obras de Autores:

Tomás de Aquino

S Th	Suma teológica
------	----------------

Ireneo

Adv Haer	Contra los herejes
----------	--------------------

Tertuliano

An	De anima
Apol	Apologético
Carn	De carne Christi
Marc	Adversus Marcionem
Praes	Sobre las prescripciones de los herejes
Prax	Adversus Praxean —La Trinidad—
Res	De resurrectione mortuorum

PRESENTACIÓN

Es probable que a todos nos resulte interesante la pregunta: ¿Qué pensaba Jesús de los demás, y, de alguna manera, de sí mismo? Jesús hizo una pregunta: “*¿Quién dice la gente que soy yo y qué dicen ustedes?*”

Ahora le devolvemos la pregunta a Jesús: ¿Quiénes dices tú que somos nosotros, y qué nos dices de ti mismo?

Todo discurso y todo comportamiento reflejan una antropología, porque el hombre se manifiesta con sus palabras y sus acciones.

Con sus palabras y sus acciones Jesús nos dijo quiénes somos y cuánto valemos, y de alguna manera también nos dijo quién era él y el valor que tiene para todos nosotros.

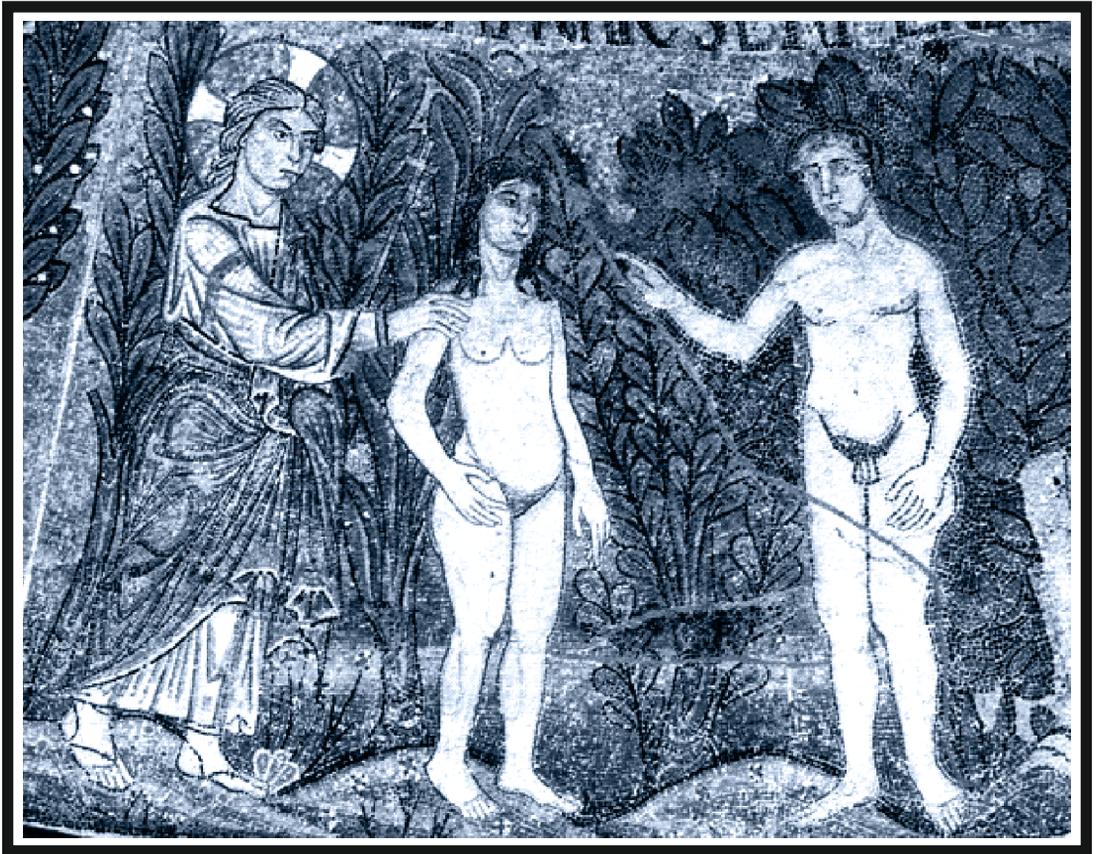
El presente libro es solamente un ensayo de aplicación a Jesús y a todo ser humano del mensaje tan rico, tan profundo y tan iluminador sobre la

A. J. Heschel. persona que encontramos en la Sagrada Escritura. Tanto que un autor judío de reconocida autoridad se preguntaba si la Sagrada Escritura encierra fundamentalmente un mensaje sobre Dios o sobre el hombre.

Nosotros podríamos decir que la Sagrada Escritura habla de un Dios solo comprensible para el hombre y de un hombre comprensible y amable para Dios. En la Biblia Dios y el hombre son sujetos solo mutuamente comprensibles y siempre inseparables.

Es posible conocer a Dios porque Dios se ha dado a conocer. Se puede uno encontrar a Dios porque Dios se hace encontradizo... en la vida, en el dolor, en la culpa, en la soledad, en el bien, en la alegría, en la muerte, en el misterio incomprensible que es el hombre mismo. Y también se hace encontradizo de forma inesperada.

En la Biblia, Dios y el hombre son sujetos que sólo se comprenden uno de cara al otro y, por eso, nunca son separables. En la persona de Jesús Dios se manifestó y lo hizo en una cultura específica. De su corazón y de haberse dejado influenciar por las personas y sus circunstancias, Jesús extrajo una Buena Nueva para el hombre, una Buena Nueva que habla de misericordia, de reconstrucción humana, de justicia y de paz.



Dijo luego Yahveh Dios: "No es bueno que el hombre esté solo. Voy a hacerle una ayuda adecuada." Gn 2,18.

Creó, pues, Dios al ser humano a imagen suya, a imagen de Dios le creó, macho y hembra los creó. Gn 1,27.

Por Cristo, por quien somos herederos, elegidos de antemano según el previo designio del que realiza todo conforme a la decisión de su voluntad. Ef 1,11.

Cúpula de la creación,
Basílica de San Marcos,
Venecia, Siglo XIII.

INTRODUCCIÓN

En cada época los seres humanos tenemos una manera de pensar y de ver a los demás, a nosotros mismos y al mundo de forma diferente. Esa manera de pensar corresponde a la cultura, a la información, a las ideas propias y ajenas más o menos en diálogo. Influye la edad, el medio en que se vive, las experiencias y las circunstancias.

El mundo al que venimos no es solamente una realidad física, es el mundo de las ideas y condicionamientos, es el mundo que tenemos que “aprender”, en el sentido etimológico de la palabra —hacer nuestro—. Todos los hombres venimos al mundo con la mente en blanco; dispuestos a aprender la lengua que se nos enseñe y también las costumbres y los modos de pensar. La historia tiene mucho que ver en la manera de pensar de un pueblo. El pueblo vive y piensa de acuerdo con su historia. Hace miles de años la humanidad no se desarrollaba tan rápidamente como

ahora, especialmente en la línea de las ideas y el pensamiento. La visión del mundo que se tenía era el resultado de una historia y de muchas experiencias y modos de interpretarlas. Viene a ser como el campo de juego donde se moverán todos los jugadores. Tendrán normas y modos de proceder que serán indiscutibles, como las reglas de un deporte. Es prácticamente imposible que se salgan del contexto, como si éste fuera la cancha.

Este es el mundo que tenemos que asimilar. Una de las características del ser humano es que viene al mundo carente de conocimientos. Todo tiene que aprender. Cuando una persona viene al mundo, llega a una comunidad de vida que ha creado una cultura con imágenes, esquemas y paradigmas humanos, y en ese conjunto cada persona tiene su forma particular de interpretarlas y de expresarse.

En cada grupo social se da un conjunto de símbolos, significados, interpretaciones y valores que la gente conserva y, al mismo tiempo, conservan a la gente. Estas interpretaciones de carácter social e histórico tienen cierto grado de objetividad, porque es lo que la gente capta sensiblemente; por ejemplo cuando dicen que el sol sale y se pone, pero también tienen una interpretación teológica, por ejemplo cuando Jesús dice: Mt 5,45. *“que Dios hace salir el sol”*. La interpretación de fenómenos naturales es obviamente menos importante que la interpretación del origen, esencia, acción y destino de los seres humanos.

El mundo de las ideas es tremendamente poderoso, porque es aquello por lo que nos movemos;

claro que, de forma inmediata, influyen más los instintos y los sentimientos en determinados momentos, porque los seres humanos no somos exclusivamente racionales, y tanto menos, cuando más nos remontamos a los orígenes.

El judío piensa que todo ser humano, antes de pertenecer a una nación, a un pueblo o a una cultura, es una creatura de Dios. Por tal motivo la antropología de los evangelios y la de Jesús, en cuanto los evangelios tienen su raíz en él, ven al hombre original y fundamentalmente vinculado con Dios.

Jesús, por ser un ser humano de verdad, necesariamente tuvo que pensar y crecer en su pensamiento, como cualquier ser humano, como lo hizo Juan el Bautista o cualquier buen israelita.

Lc 3,40.52.

Lc 1,80; Pr 3,3-4.

Es verdad que Jesús no fue un filósofo, ni un maestro al estilo de los maestros griegos o romanos, como Plinio o Séneca, ni siquiera un maestro al estilo judío, es decir como un rabino, como los anteriores y posteriores a él. Si se le llamó “Maestro” o “Maestro mío”, fue en el sentido de reverencia y estima, y además, porque su mensaje también incluía una enseñanza. Pero no fue maestro en el sentido académico judío como lo fue Hillel o Gamaliel. Jesús fue un maestro de vida, un profeta itinerante; así convivieron con él sus discípulos.

Mc 10,51;

Jn 20,16.

Llama la atención lo poco que nos hemos preocupado, exceptuando a los especialistas, en conocer el pensamiento de Jesús. Suponemos que pensaba como nosotros. Y que tenía las mis-

mas categorías para reflexionar que tenemos nosotros. Pero no fue así. Jesús pensaba como los judíos de su tiempo. Su pensamiento no lo vamos a encontrar sistemáticamente expresado, pero sí podemos descubrir elementos fundamentales que nos revelan su modo de pensar. Estos los podemos investigar en los evangelios y escritos bíblicos, pero también en los escritos anteriores, contemporáneos y posteriores, incluyendo escritos apócrifos y paganos, con tal de que, de alguna manera, expresen el pensamiento del lugar y tiempo de Jesús. Porque Jesús no fue un extraterrestre, ni un “educado en el extranjero”, nació, vivió y murió como un auténtico judío “de alma y cuerpo,” de tiempo completo.

Todo pensamiento consiste en una forma de ponerse ante las cosas, relacionando sus aspectos o valorando su sentido. Todo pensar es, de alguna manera, juzgar. No se puede dar un saber aséptico ni neutro. Todo pensamiento está influido por pre-pensamientos o prejuicios, teorías y datos precedentes. Son los marcos de referencia. Lo que el hombre piensa de sí mismo, de su pueblo, de su historia, de sus circunstancias, determina la forma de tomar decisiones, de hablar y de actuar.

Todos los hombres de todos los tiempos han heredado una cierta visión del mundo, y una antropología, entendida no como un tratado sistemático, pero sí como una valoración de sí mismos y de los demás. Esto sucedió en las generaciones anteriores a Cristo, con Jesús mismo, y sigue sucediendo a lo largo de los siglos y en la Iglesia.

En este contexto, respectivo a cada época, debe entenderse e interpretarse el mensaje de los profetas, de Jesús y de la Iglesia. *“Hay que tener muy en cuenta el modo de pensar que se usaba en tiempo del escritor”*. Los tiempos, lugares y personas, así como todo tipo de condicionamientos, nos ayudan a comprender mejor el mensaje de la Escritura, de Jesús y de la Iglesia. Esto no necesariamente nos lleva a un relativismo enfermizo, sino que puede ser sano, y a distinguir entre lo sustancial y lo accidental, entre el contenedor y el contenido, entre el regalo y la envoltura.

Vat II, DV 3,12;
CEC 110.

El “ser humano” judío puede presentarse no solo según su naturaleza, como se hizo en la filosofía griega, sino también según el contexto vital del semita antiguo. Para Jesús, el hombre se entiende por su origen, su historia y su destino. Los conceptos no hay que pedirlos a la filosofía, sino a la vida concreta del que ríe o del que llora, del que puede andar o no andar, del que piensa o del que no piensa. La verdad es lo que el hombre es, no lo que dice que es. Claro que lo que Jesús dice del hombre también es una interpretación.

El propósito de Dios al crear un ser humano, no es crear un animal racional, sino tener alguien en quien colocar sus beneficios —como dice San Ireneo—, pero precisamente porque se trata de alguien y porque sus beneficios más importantes son su colaboración y su convivencia, crea al ser humano necesitado de su colaboración y de sus beneficios. El hombre está hecho para que cada vez más sea él mismo, por sus intelecciones, sus decisiones y sus acciones —entrega, amor, ser-

Adv Haer IV,14,1.

vicio, solidaridad—, pero principalmente por la acción de Dios creador en él, a lo largo de su historia.

La fe cristiana nunca ha estado anclada, ni puede estar fija o congelada en la tradición. Se puede estar creyendo lo mismo que se creía antes, pero de diferente manera. Porque estamos llamados a ser hombres de razón en nuestra fe como también hombres de sentimientos, pasiones y compasiones. La fe es una actitud que se abre camino, es creadora, dinámica como la vida, es sensibilidad, empeño, altruismo, devoción, pero es también compromiso con la verdad revelada y con las personas a quien debe comunicarse. Por eso todo aquel que cree de verdad debe prepararse a sufrir un poco, o mucho, incluyendo el martirio.

Para creer de verdad, la fe tiene que estarse adaptando a la vida y a la cultura. Los hombres que dicen creer, pero que no sufren a causa de su fe, que no tratan de incorporarla a la vida, en lugar de prestar un servicio causan un grave daño.

Debido a lo limitado del hombre y también a su grandeza, es decir, a su vocación y a su fe, no menos que a su cultura, ninguna visión del mundo o de sí mismo es definitiva.

Carácter histórico
del Génesis:
Dz-H 3512-3519;
Dz-H 2121-2128.

Hablar de la antropología de Jesús es, en cierto sentido, hablar de todo el Evangelio. Es una antropología, que como el Evangelio, debe ser reinterpretada en cada momento y hecha vida de forma personal y comunitaria, es decir, eclesial.

Jesús no fue un asceta ni exigió ningún ascetismo a sus discípulos. El seguimiento se convirtió

en disciplina de vida espiritual y moral hasta después de la resurrección, a finales del siglo primero, y se contrastó con la vida pagana haciendo de la vida cristiana una disciplina.

En la antropología de Jesús, es decir, en la bíblica y en el evangelio, nosotros nos veremos más reflejados que en la antropología aristotélica o clásica.

Por el sentido histórico, cultural y social de todo ser humano, nuestros conocimientos son, al mismo tiempo, objetivos, subjetivos, sociales e históricos.

Es claro que para reconstruir la antropología de Jesús habría que hacer un estudio histórico-crítico de los textos. En esta situación de falta de fuentes estrictamente históricas, y como hemos dicho, basándonos en diferentes canales de información bíblica, pretendemos exponer lo que pudo haber sido la antropología de Jesús, y obviamente no perderá su condición de hipótesis más o menos fundamentada. Sin embargo esperamos que pueda ayudar a una comprensión más profunda del pensamiento bíblico, del Evangelio y de la vida.

Tratar de puntualizar los acontecimientos que determinaron la vida de Jesús histórico resulta difícil e hipotético, mucho más será tratar de ver lo que Jesús pensaba y la antropología que estaba detrás de todo su mensaje.

Hablar de antropología de Jesús es un tema difícil y quizá presuntuoso porque el Jesús que encontramos en los evangelios siempre es el Jesús

de la fe que se profesa y anuncia. No el Jesús estrictamente histórico, pero sí con fundamento en experiencias reales.

Desde el punto de vista histórico-crítico, nuestras afirmaciones sobre la antropología de Jesús no dejan de ser aproximadas y, dadas nuestras fuentes, no pretenden alcanzar la verdad incuestionable y desde ese punto de vista las afirmaciones, aunque no sean necesariamente acertadas, tampoco son necesariamente equivocadas.

Este tipo de antropología incluirá la condición original, es decir, todas aquellas cualidades que pertenecen a la persona desde el vientre de su madre; la educación y nivel cultural, el tiempo y lugar en que se da, la historia del pueblo a que pertenece, el transcurso de la vida, las experiencias determinantes, la orientación existencial, fruto de experiencias personales, y, finalmente, la cosmovisión escatológica.

La visión bíblica sobre el hombre no es ontológica al estilo griego, sino histórica y centrada en la realidad y lo concreto. A Jesús no le interesó explicar al hombre. Sino transformarlo.

Es de notar que la naturaleza divina de Jesús no le impedía el ser plenamente humano, más aún, era la condición de posibilidad, es decir, aquello que fundamentaba el que verdaderamente lo fuera. Era también lo que lo unía tan fuerte y naturalmente a su condición humana. Porque era verdadero Dios era capaz de ser tan plenamente humano —verdadero hombre—. Era también lo que lo impulsaba a ser extraordinariamente

humano, pero sin dejar la condición de encarnado. Porque en todos los momentos de su vida fue Dios encarnado.

Dondequiera que el hombre es mal entendido, poco aceptado o despreciado, Dios es mal entendido, poco aceptado o rechazado, o verdaderamente despreciado. Y no es que la teología sea solamente antropología sublimada. Se trata de sintetizar, de hacer coincidir lo trascendente con lo inmanente, de encontrar a Dios en el mundo y de darle gloria en el hombre. Jesús acentuó la presencia y acción continua de Dios, en su relación con él, en el cuidado y la solidaridad de Dios con el hombre, sin negar en nada la trascendencia de Dios.

Jesús se capta a sí mismo en la interpretación personal que hizo de Dios, de los demás y de sí mismo como profeta escatológico. Podemos decir que se ve en el espejo de los demás y en el de Dios.

Hemos intercalado en el texto “Notas Bene”, N.B. que si bien no pertenecen a la antropología, como suponemos que fue la de Jesús y sus contemporáneos, pueden ayudar a comprender e integrar mejor la teología con la antropología y nuestras experiencias personales.

CAPITULO I

EL JUDAÍSMO DE JESÚS

Ἰουδαῖος τῆς
Γαλιλαίας.

Es importante recordar que Jesús fue un judío de alma, vida y corazón, desde su nacimiento hasta su muerte. Vivió en una familia judía, de un linaje ancestral judío. Fue circuncidado y presentado en el templo según la ley y los ritos propios del pueblo judío. Movidado por el Espíritu, interpretó y vivió la Ley —Torá— según un modo muy particular y carismático. Consideró la Ley hecha para el hombre, y no el hombre para la Ley y tuvo un modo particular de interpretarla y cumplirla.

Mt 1,1s; Lc 3,16s.

Lc 2,1.21.22s.

Mt 5,17; 7,12;
Lc 16,17;
Cf Ga 2,19; Rm 7,1s.

Sus discípulos y primeros seguidores, todos fueron judíos; y él tenía consciencia de ser enviado exclusivamente a los judíos. *“No vayan hacia los gentiles y no entren en ninguna ciudad de samaritanos, sino vayan más bien a las ovejas perdidas de la Casa de Israel”*.

Mt 12,12.

Mt 10,5-6; Lc 9,52-53; Jn 4,9-40.

Para comprender el pensamiento de Jesús hace falta comprender el pensamiento israelita. Jesús tuvo mucho de original y carismático, tuvo más de auténtico israelita.

Después de la resurrección quedó claro que lo importante no sólo era su modo de interpretar la ley y de vivirla, sino el significado trascendente y universal de su persona que podía ser comprendida y aceptada desde cualquier cultura. Pero originalmente lo fue desde la cultura de Israel, que era cien por ciento bíblica. *“Moisés fue educado en todo el saber de los egipcios”*, y Abraham, en el de los caldeos, pero Jesús solamente en la cultura hebrea.

Lc 24,27;
Jn 1,17.45;
Mc 9,4;
Hch 3,22.
Hch 7,22.
Gn 11,28.

Esto no quiere decir que la fe y la revelación no hayan enriquecido la cultura hasta llegar a transformar o negar ciertos presupuestos de la misma cultura en que nacieron. La cultura tiene mucho que ver en la forma de pensar, pero tratándose de Jesús, de los patriarcas y profetas, eso no fue todo ni lo más importante, sino el mensaje que se trasmite y se vive a través de una cultura determinada, y ese mensaje la modifica y la enriquece.

Jesús fue un judío carismático que contagió al mundo con su modo particular de ver y valorar todas las cosas a la luz de un Dios de bondad. Jesús se encuentra inmerso en su cultura, pero también con la libertad que demanda el mensaje del reino, entendido como un contenido de verdades, y también como misión mesiánica.

Jesús desde su nacimiento hasta su muerte fue un judío observante de la Ley. La Ley era para

Mt 5,17.

él un elemento constitutivo de su condición de judío, porque los mandamientos, el culto, la oración, eran obligaciones inherentes al judío. Jesús podía decir con el Eclesiastés: *“Teme a Dios y guarda sus mandamientos que eso es ser hombre de verdad”*. Qo 12,13.

Para Jesús, como para todo judío, el hombre no era propiamente un misterio sino alguien sobre quien se tenían datos ciertos de fe, expuestos en los primeros capítulos del Génesis y en el conjunto de la Sagrada Escritura. Era una criatura de Dios, era “alguien”, no “algo”, querido y amado por Dios. Alguien que en todo su ser y actuar hacía referencia a Dios, que dependía radicalmente de él, que procedía de él. Todos los hombres son hijos de Dios, porque todos proceden de Dios, como Adán. Lc 3,38.

Es interesante advertir que a Dios se le llamaba roca porque era como un escudo en el desierto. En él se podían defender de los enemigos. Pero también porque era el origen del que procedía el hombre; como un cuchillo de pedernal respecto a la piedra de la que fue sacado. En este sentido, se llama “Roca” a Dios, en cuanto es el origen de todas las cosas que no son él. Por eso leemos: que el hombre está sacado de *“la Roca que era Dios”*. Sin pensar que sean de la misma naturaleza, lo que pertenecería a otra mentalidad. Se trata solamente del origen y procedencia, no de igualdad sustancial. *¿Quién es Roca, sino solo nuestro Dios?* Maimónides, Guía de Desc. XVI. Dt 32,18; Jos 5,2; Is 51.1-2. Sal 18,32.

El acto creador lo visualizaba Jesús con la forma que le ofrecía el Génesis. Y la dependencia

del hombre con respecto a Dios era un hecho continuo y no solo se refería al origen. Siempre se dependía de Dios de forma nueva; y la novedad era consecuencia de la historicidad del hombre y del amor continuo de Dios.

Is 8,23. Jesús fue un verdadero judío, pero un judío de
Mt 26,73. Galilea, no de Jerusalén. Por lo que estaba un poco al margen de los conflictos políticos, sociales y religiosos de Jerusalén. Usaban un modo de hablar o dialecto particular un tanto abierto al influjo griego, sin embargo, estando Nazaret a unos seis kilómetros de la ciudad nueva de Séforis, que era una ciudad de cultura griega, ésta no aparece en el Evangelio, ni ninguna relación de Jesús con la ciudad, como tampoco con Tiberíades, ciudad fundada por Herodes Antipas los años 17-22 d.C. en honor del emperador Tiberio.

Mt 19,17s. Jesús se pone ante el problema del hombre en términos teológicos y religiosos, no en términos filosóficos o científicos. Para Jesús el problema es: ¿Qué es el hombre de frente a Dios? ¿Qué es lo que Dios le pide y qué lo que el hombre tiene que hacer? ¿Qué es lo que debe esperar?

Jesús asume el judaísmo como se vivía en su tiempo, sin tratar de modificar sus ritos y costumbres, como lo hacían los esenios; sin tratar de liberarlo de la opresión romana como querían los zelotas. No se identificaba con la visión particular de los saduceos, ni con la de los fariseos.

Sal 8,4. Jesús tenía una respuesta al cuestionamiento del salmista: “*¿Qué es el hombre para que de él te acuerdes?*”. El hombre es el único ser del que Dios

no se puede olvidar, o, *“¿Qué es el hombre para que tanto te preocupes por él, para que pongas en él tu corazón?”* El hombre es el único ser digno del cuidado y del amor de Dios. Estas serían las respuestas coherentes con el mensaje de Jesús. Jb 7,17.

El mundo del pensamiento puro, de la especulación, de la abstracción y generalización no es lo propio de Jesús. Él se encuentra ante el universo con una fe inquebrantable y con unos ojos bien abiertos. Su mundo es la fe de Abraham, de Isaac y de Jacob, el mundo de Moisés y los profetas. Su carisma personal lo hizo leer la Escritura e interpretarla de un modo original, porque contemplaba el mundo a la luz del fin escatológico, es decir, a los ojos de Dios.

El judaísmo del tiempo de Jesús con su fe, ritos, leyes y costumbres, condiciona el judaísmo de Jesús y el judaísmo de Jesús a su vez enriquece y critica el judaísmo de su tiempo. El judaísmo de Jesús fue el de la época del segundo templo en Jerusalén, pero matizado por el judaísmo vivido en Galilea por ese mismo tiempo, de modo que uno y otro se condicionan mutuamente. El judaísmo en tiempo de Jesús era una realidad fascinante, extraordinariamente inspiradora y con gran vitalidad.

Los judíos, inclinados a personificar las ideas, pensaban que el último día de la creación Dios había hecho la Ley, el sábado. De esa manera ponían el precepto sabático sobre el hombre, porque pensaban que el sábado era el tiempo de Dios. Jesús, sin abolir la Ley, se sintió de hecho por encima de la Ley. Aceptó el humanismo que Gn 2,2-3.

la ley pedía, pero antepuso un humanismo centrado en la persona, diríamos ahora. Por encima de la ley pone el amor, “*del que dependen la ley y los profetas*”.

Mt 22,40.

Parece un israelita libre de escrúpulos y libre ante el sábado. Para Jesús, el hombre es el sentido y fin del sábado y no Dios. Esto resultaba claramente escandaloso; y es abiertamente un dato histórico que solamente Marcos registra y que prudentemente callan Mateo y Lucas, quizá para no escandalizar a los judíos que se convertían.

Mc 2,27.

La libertad de Jesús ante el sábado aparece muchas veces en el evangelio, aun cuando claramente se ve que los evangelistas no pretenden contraponer a Jesús ante la Ley.

No hizo de la ley un símbolo ritual. “*Nada que entra de fuera puede manchar al hombre*”. Para él la pureza ante Dios solo procede del corazón, no atiende a las purezas exteriores que se refieren a la comida y a la bebida o a los platos y a las ollas, sino a la pureza del corazón.

Mc 7,15.

Mt 5,8; Mt 23,25;
Lc 11,39.

Jesús también se manifiesta libre ante el ayuno. El Bautista no come ni bebe, Jesús que come y bebe causa escándalo. “*Sus discípulos no ayunan*” y probablemente él tampoco.

Mt 9,14; Mc 2,18.

Jesús no deroga la ley, pero claramente la interpreta de forma diferente con gran libertad y autoridad. “*Se les ha dicho... pero yo les digo*”. Jesús no parece un moralista piadoso, fiel a la observancia de la ley y a las costumbres judías. Si es cierto que aceptó la ley en líneas generales, también es cierto que nunca dudo en interpretarla en

Mt 5,21.27.31.33.39.

favor del hombre, e incluso de actuar de forma contraria a la Ley.

Encontramos en los evangelios fuertes críticas de Jesús contra los fariseos; según los exégetas pertenecen más a la comunidad primitiva, ya separada del judaísmo. Jesús simpatizaba más con los fariseos jerosolimitanos, que con los esenios —qumramitas—, o con los samaritanos —sectarios—. Podríamos decir que pertenecía más al judaísmo piadoso y normativo de Jerusalén, que a cualquiera de las sectas opuestas. El denominador común de estas sectas de oposición era el inconformismo ante el judaísmo oficial que se centraba en el Templo y en el sanedrín. Sin embargo, una de las causas de su muerte, y quizá la más importante, es que Jesús muere por haberse opuesto a la ley según la interpretaban y vivían sus hermanos fariseos de Jerusalén.

Mt 23,13s; Lc 11,39.

Lc 7,36;

Mt 5,20; 22,41.

Mt 10,5.

La Ley se podía entender no solo como un sinnúmero de prescripciones rituales y externas, sino también como un camino de vida espiritual y de acercamiento a Dios, dado por Dios mismo, como aparece muchas veces en los salmos. Jesús no enseña un camino de vida espiritual diferente de la Ley, tampoco se puede decir que enseña una ley diferente. Sino que él caminó por el sendero trazado por la Escritura y enseñó una manera más plena de cumplirla.

Sal 25,4; 27,11;
68,24; 84,5; 103,7.

Mt 5,17.21.

27.31.38.43.

San Mateo presenta a Jesús no tanto como “nuevo legislador”, sino como nuevo guía que enseña el camino de la vida. Supera el camino de los mandamientos que Dios entregó a Moisés, llevándolos a su plenitud. Por eso la justicia o la santi-

Mt 5,17.

- dad de los discípulos debe ser superior a la de los escribas y fariseos. Enseñó a sus seguidores:
- Mt 5,20. □ No sólo a no tener otro Dios, sino a amarlo con todo el corazón, con toda el alma y con toda la mente y amar al prójimo, e incluso al enemigo, como se ama el hombre a sí mismo;
 - Lc 10,29; Mt 5,44. □ No sólo a no pronunciar el nombre de Dios en vano, sino a no jurar por él;
 - Mt 5,33s. □ No sólo santificar el sábado con el descanso, sino haciendo positivamente el bien;
 - Mt 12,12; Mc 3,4. □ No sólo honrar al padre y a la madre para prolongar la vida en la tierra, sino a atenderlos; de modo que ni por una ofrenda a Dios se puede justificar la falta de asistencia a los padres.
 - Mc 7,11. □ No sólo a no matar, sino a evitar hasta los pensamientos y palabras de enojo;
 - Mt 5,21s. □ No sólo a no cometer adulterio, sino a abstenerse de las intenciones de infidelidad;
 - Mt 5,27-28. □ No sólo a no robar, sino a renunciar incluso al derecho de represalia por la injusticia sufrida;
 - Mt 5,40. □ No sólo a no dar testimonio falso, sino hablar con absoluta veracidad de modo que el sí sea un sí y el no un no;
 - Mt 5,37. □ No sólo a no codiciar los bienes ajenos, sino a dar aún lo que no se nos pide.
 - Mt 5,40. □ No sólo a no codiciar la mujer del prójimo, sino abstenerse del divorcio —legal—.
 - Mt 5,31.

El Reino de los cielos anunciado por Jesús trasciende la Tora —la Ley— en algunos aspectos la supera, en otros la matiza, en otros la endurece,

y otros la modera. La Escritura le ofreció los temas más profundos de su contemplación. Jesús no hubiera dicho lo que dijo, si no lo hubiera visto con sus ojos, creído en su fe y vivido en sus experiencias. Jesús sabe que *“lo más importante de la ley, es la justicia, la misericordia y la fe”*. Mt 23,23.

Para Jesús el hombre es naturalmente ético, capaz de autorealizarse por su libertad y el auxilio de Dios y capaz de autofrustrarse por su libertad y el rechazo de Dios expresado en el anuncio del reino.

Jesús, con su mensaje, configura al ser humano y de esa manera al mundo. El mensaje de Jesús es para el ser humano en cualquier parte del mundo y en cualquier cultura; no por imposición de una religión concreta, sino por la aceptación de valores y principios universales. Entre ellos se podrían señalar la igualdad, la justicia, la solidaridad, el amor mutuo, la libertad, la honradez y autenticidad, la paz, el amor al prójimo, al necesitado y hasta al enemigo, así como el perdón de las ofensas.

Es verdad que Jesús no predicó principios éticos para un mundo atemporal, pero su visión —o revelación— escatológica les dio a sus principios valor universal y trascendente. De esa manera superó lo que normalmente se podría expresar en una visión histórica y puso los fundamentos, por decirlo así, de una convivencia universal.

Jesús y la Sagrada Escritura

Jesús ha comprendido su misión y la de todo ser humano en el contexto y a la luz de la Sagra-

da Escritura. Y ha considerado la historia bíblica como su propia prehistoria. Sus antepasados fueron los patriarcas y profetas. Enraizado en la historia de su pueblo, mantuvo una relación muy estrecha con la Sagrada Escritura. Como todo israelita tenía conciencia clara de ser descendiente de Adán y de los patriarcas y profetas. En su enseñanza habló haciendo mención explícita de ellos con innumerables paralelismos y expresiones típicas. Sus conocimientos, sin tener en cuenta los conocimientos intuitivos y los propios de la cultura de su tiempo, se compendian en los mensajes bíblicos y en la revelación de Dios. De la Escritura extrae muchos ejemplos y enseñanzas para su predicación y para sus diálogos con escribas y fariseos. Habla de Abel, Noé, Abraham, Lot, David, Salomón, Elías, Eliseo, Jonás y otros.

Mt 6,29; 12,3; 23,35;
Mc 13,35; Lc 17,26.

Mt 5,17; 7,12; 22,40;
Lc 24,27. “*La ley y los profetas*” es una forma de referirse a toda la Escritura.

La Ley era para Jesús como para todo israelita, la parte más importante de la Biblia. En ella se contienen las enseñanzas fundamentales de la fe, el amor y la esperanza en Dios por parte de su pueblo. Para un israelita del tiempo de Jesús la ley tenía valor normativo y los profetas y otros escritos tenían valor interpretativo o de exhortación. Explicaban y desarrollaban la Ley de Moisés. En las reuniones de la sinagoga la ley ocupaba el primer plano.

Hch 13,15.

Jesús se pronuncia totalmente a favor de la Ley, “*no piensen que he venido a abolir la Ley... No he venido a abolirla, sino a llevarla a su plenitud...*”

Hasta la más pequeña letra de la Ley estará vigente hasta que todo se cumpla". Jesús afirma la validez de la Ley y al mismo tiempo su plenitud o su perfecto cumplimiento que se realiza en él. Jesús es más exigente que la Ley de Moisés.

Mt 5,17-18; Lc 16;17.

Mt 5,27s; Mc 10,1s;

Lc 16,18s.

Al hablar de las leyes que se refieren a los alimentos insiste en que el verdadero culto no está en comer y beber, sino en la pureza del corazón, en los pensamientos, actitudes y hechos que surgen del corazón. Jesús da más importancia a la justicia, como relación entre Dios y los hombres y de los hombres entre ellos, que a los ritos y costumbres. Realizar ritos exteriores es más sencillo que ser transparente y puro de corazón.

Lv 11,15.

Mt 15,1s; Mc 7,1s.

Con respecto al sábado, Jesús se manifiesta con gran libertad. Lo comprende como un don de Dios al hombre y como el tiempo de Dios que se ha de aprovechar en hacer el bien a los demás.

Mt 12,1s; Mc 2,27;

Jn 5,10s.

Para Jesús la ley no tenía un valor absoluto, debía ser contextualizada atendiendo a tiempos, lugares y personas. Mas aún, superada con su mensaje. Por eso puede decir: *"Han oído que se dijo a nuestros antepasados: No matarás, etc. no cometerás adulterio, no perjurarás, ojo por ojo y diente por diente, odiarás a tu enemigo, etc. Pues yo les digo"*... Y Jesús se atreve a cambiar la Ley. Lo hacía indudablemente por su conciencia de profeta escatológico.

Mt 5,21.27.31.

33.38.43.

A la cuestión planteada de los fariseos del mandamiento principal, Jesús responde con toda sencillez: lo importante es amar a Dios y a los demás, sin separarlos, y dice que *"en estos dos mandamientos se encierra toda la ley y los profetas"*.

Mt 7,12.

Para Jesús el amor es el valor fundamental que da forma a todas las leyes. La voluntad de Dios y el sentido de la vida humana se condensa en estos dos mandamientos, que de alguna manera se reducen a uno: el amor a Dios en el amor a los demás. El amor a Dios capacita, motiva, impulsa y exige el amor a los semejantes. Jesús lo expresa en el evangelio de Juan con palabras que, si no proceden de la boca de Jesús, sí responden cien por ciento a su mensaje: “*Si me aman guardaran mis mandamientos*”. Y en esto consiste el amor a Dios, en que guardemos sus mandamientos. Él nos amó primero.

Jn 15,10; 1 Jn 5,3.

Mt 22,16;
Mc 12,14; Lc 20,21.

Hch 18,26;
19,9.23; 22,4.

Jesús nunca renunció a ser judío ni pretendió fundar una religión independiente aparte o fuera del judaísmo. Hasta después de la resurrección la vida cristiana llamada “*el camino*” fue tomando paulatinamente carácter independiente y se integró al mensaje de Jesús el mensaje sobre Jesús.

Mt 24,20.

Jesús no planteó la vida humana en términos de obligaciones legales ni morales, al estilo judío. En su mandamiento principal, que es el amor, recapitula todos los demás. El amor a Dios y al prójimo compendia la ley entera y los profetas. Se podría decir que Jesús piensa, siente y actúa según su Padre-Dios y hace lo que su corazón le dicta, y que eso era también el ideal para la vida de sus discípulos.

CAPITULO II

¿CÓMO ENTENDÍA JESÚS A LOS DEMÁS?

Nos podemos preguntar ¿cómo entendía Jesús al ser humano? ¿Compuesto de alma y cuerpo? ¿Cómo un todo? ¿Quién es el hombre para Jesús? ¿Cuál es su valor y sentido dentro del mundo creado? ¿Qué es lo que en último término da razón de su existencia?

Jesús tiene una respuesta clara que se fundamenta, no en una filosofía, sino en la fe. Y Jesús revela lo que piensa sobre el hombre en su mensaje y en sus actos. Hablar del ser humano como tal no fue tema directo de la predicación de Jesús, pero algo significó con sus obras y palabras.

Podemos conocer la antropología “fundamental” de Jesús, porque subyace al mensaje central y circunstancial que nos ha dado. La concepción antropológica de Jesús depende de su cultura,

principalmente bíblica, de su entorno y, sobre todo, de su mensaje sobre el reino; por lo que nos podrán servir, no sólo las expresiones que se consideren estrictamente históricas o “ipsissima verba Jesu”, sino también muchas de las que aparecen en el Nuevo Testamento con tal de que no sean reflexiones teológicas posteriores a la resurrección, dado que nos estamos interesando por lo que los evangelios nos dicen sobre Jesús y lo que pensaba sobre el ser humano durante su vida temporal.

Coherente con la mentalidad bíblica y poco o nada instruido en la mentalidad griega, Jesús piensa que el ser humano es un todo indivisible y en su totalidad dependiente de Dios. Para Jesús el hombre tiene en sí mismo un sentido único: el religioso. El hombre es una referencia esencial y existencial, vocacional y final a Dios. Como existencia concreta, el hombre no es inteligible, ni tiene ningún sentido sin Dios, tanto en lo que es como en lo que hace. Recibe de Dios continuamente la existencia, de modo que no se puede pensar a sí mismo sin Dios. Para conocer al hombre, primero es necesario tener una cierta idea de Dios.

Sal 104,29.

Para Jesús, Dios y el hombre son dos realidades correlativas e inseparables. El misterio del hombre solamente se puede sondear con el misterio de Dios y viceversa. Podríamos decir, que para Jesús, la prueba más clara de la existencia de Dios es la vida del hombre.

Jesús piensa en el hombre con las categorías del Antiguo Testamento, tomadas principalmente del

Génesis, de los salmos y de los profetas. Jesús piensa en el hombre a partir de la creación. Gn 1,1s; 2,1s.

Según estas categorías el hombre es la obra por excelencia de Dios, creado como bueno, “*μuy bueno*”, el último día, para que se sirviera y dominara todo, y que a todo le pusiera el nombre que él quisiera, como signo de dominio; solo a Adán y a Eva se los puso Dios, porque Dios era su Padre-creador. Dios se comunicaba frecuentemente y solamente con el hombre. καὶ ἰδοὺ καλὰ λίαν. Gn 1,22,31. Lc 3,38.

Solo a los hombres los hizo “*a imagen y semejanza suya, macho y hembra*” con poder de reproducirse y comunicar a sus descendientes toda su dignidad y condición. Para Jesús, Adán y Eva eran el prototipo y el modelo de todo ser humano. Ποιήσωμεν κατ’ εἰκόνα ἡμετέραν καὶ καθ’ ὁμοίωσιν. Gn 1,26. Mt 19,4,8.

La visión que encontraremos en Jesús sobre el ser humano va a ser una visión realista, descriptiva, existencial, marcada indeleblemente por el anuncio del reino. Esto es un valor que se añade a la antropología precristiana.

Jesús no se va a servir de filosofías sistemáticas ni de conceptos abstractos. Su antropología va a ser más bien fenomenológica y no conceptual o científica. Este es uno de los aspectos que hace actual su antropología, porque se refiere al hombre como se encuentra, al que va pasando por la calle y no al hombre ideal, abstracto.

Jesús se consideró a sí mismo como un hombre junto con todos los hombres. Un signo claro de esto, fue hacerse bautizar por Juan en el Jordán. Jesús quería que sus discípulos realizaran las mismas obras que él, y aún mayores. La antropo- Mt 3,13; Fl 2,7; Rm 8,3; Gl 4,4; Hb 2,17. Jn 14,12.

logía de Jesús brota de sus actividades y de sus actitudes, así como de las realidades que formaban el conjunto de su vida. Como es normal su antropología lo incluye. Su persona, su conciencia y su experiencia, son la fuente más original de su pensamiento sobre el hombre. El hombre es el interlocutor de Dios, a quien Dios conoce, ama, comprende y con quien quiere estar unido por medio de una alianza. Parecería ser el uno para el otro.

Jesús tenía una respuesta clara y precisa a la pregunta sobre el hombre. Para Jesús el hombre es el hijo de Dios, amado por él por encima de todas las cosas, objeto de su misericordia, porque
Mt 6,8s. es un Dios bueno y compasivo, que lo había creado, que le mantenía y le daba la vida para llevarlo a la comunión imperecedera con él. Y esta respuesta no era provisoria, sino definitiva y fuera de discusión, y aunque pareciera en oposición a la experiencia, era una realidad por encima de lo circunstancial y lo sensible. El hombre era un ser remitido al futuro, como una semilla.
Mt 18,23s.

Para Jesús, Dios no es un problema, sino la solución de todos los problemas y la meta de todos los andares. Para él, el hombre no es problemático en sí mismo; su problematicidad surge de la ausencia de Dios en él. Al hombre sin Dios le falta algo, y no puede estar en paz. Se convierte para sí mismo en un problema y en un misterio. Solo la fuerza de la fe puede hablar del hombre plenamente logrado, sin ella es solo *“una pasión que se consume”*. Con ella es un proyecto que ha de llegar a su plenitud.
Sartre,
El ser y la nada

Para Jesús, el hombre real no es el hombre captado por una abstracción, sino el hombre individual, concreto, particular. Mt 16,18.

Durante su vida temporal Jesús no hizo diferencia entre convertidos y no convertidos, entre bautizados y no bautizados. Es evidente que la conversión a la vida cristiana y el bautismo se dieron después de su resurrección. Para entregar su amor, Jesús no exigía ni el amor a Dios ni el amor a su persona. Jesús amaba a sus contemporáneos independientemente de sus respuestas y eso pedía a sus discípulos: *“Él, Dios, es bueno hasta con los ingratos y malos”*. Ustedes *“sean misericordiosos como su Padre es misericordioso”*. Lc 17,12;
Mt 5,44; Lc 6,36.

Si entendemos por teólogo al que habla de Dios y por antropólogo al que habla del hombre, Jesús fue más claramente un teólogo que un antropólogo. Pero de tal manera vio a Dios en el hombre, y al hombre en Dios, que las dos atribuciones son inexactas.

Los textos posteriores a la resurrección, no prueban que Jesús pensara así, son sólo un punto de referencia sobre el pensamiento cristiano o judío en tiempos muy próximos a Jesús histórico. Y quizá con una profunda raíz en acontecimientos reales —indudablemente que el hecho de la resurrección amplió y enriqueció imponderablemente la antropología cristiana, al creer no solamente que Jesús resucitó, sino, además, que es el principio, causa y esperanza de nuestra propia resurrección y que la vida y todo lo que hacemos tienen proyección eterna—.

Jesús con su vida y con su muerte planteó la cuestión fundamental de la antropología cristiana: el problema sobre la temporalidad y significatividad de la existencia humana y el de su trascendencia. Su vida, su muerte y resurrección son una respuesta definitiva a la cuestión de la vida, a la trascendencia de lo cotidiano.

Para Jesús la religión no es solamente cuestión de verdad y mentalidad, razón y fe, naturaleza y gracia, fuerza del bien y del mal. Jesús se mueve en el plano en que coinciden Dios y el ser humano, para Jesús todo es una sola realidad histórica. Toda división atenta contra el ser humano, tanto la de alma y cuerpo, como la de fe y razón, la de pensar y ser, la de juzgar y actuar.

Para Jesús hay una sola verdad, la unidad de la realidad. La realidad no es una abstracción, son las personas con las que Jesús se encuentra, con sus enfermedades, con sus males, con sus demonios. Jesús sabe que la solución a todos los problemas del hombre es el reinado de Dios que él proclama. Su mensaje no es teoría, es extender la mano, abrazar y dar pasos. Jesús tiene una comprensión de Dios esencial o naturalmente vinculada con su experiencia del hombre. Jesús padece con los que sufren y sabe que también Dios padece con los que lloran *“las lágrimas de la viuda corren por las mejillas de Dios”*.

Lc 7,13;
Si 35,15.

Para Jesús, el hombre histórico concreto y particular, es la concreción histórica e individual del amor eterno e incondicional de Dios. *“No anden preocupados por sus vidas, ¿qué comeremos? Ni por sus vestidos ¿con qué nos vestiremos? Porque*

la vida vale más que el alimento y sus personas más que el vestido. Fíjense en los cuervos que ni siembran ni cosechan; que no tienen ni bodega ni granero, y Dios los alimenta. ¡Cuánto más valen ustedes que las aves! Lc 12,22-25.

El hombre es un ser que nunca es absolutamente lo que es, ni está absolutamente donde está. Hay en él una búsqueda, una dirección y una iluminación “Señor, ¿a quien iremos?” Jn 6,68.

La antropología de Jesús se pregunta no solo por la vida, sino también por las etapas de la vida. “Si no se hacen como niños”. En el fondo se interesa por el tú concreto, o por el ustedes. Y trata de proyectar en cada persona la sustancia de todo su mensaje. El hablar del hombre de forma unívoca no le interesa; por lo que se interesa es por la persona particular y concreta. Mt 18,3.

Para Jesús el principio de individuación, aquello que hace al hombre ser cada quien, es el amor personal de Dios. Porque Dios lo ama de forma única, por eso es único para él y para todos. Esa es la razón personal última de los modos particulares en que se encuentra el hombre.

Jesús se interesa por la totalidad de la persona sin dejar fuera su subjetividad, sus circunstancias y sus problemas personales. Esto se ve con cierta claridad en el pasaje de la mujer sorprendida en adulterio. Jn 8,3.

Jesús entiende al hombre no como una parte del universo, sino como la cúspide y aquel que le da sentido al todo. De tal manera que el mundo quedaría incompleto sin el hombre.

El tiempo máximo para Jesús era el momento escatológico, “el ahora”, el tiempo de su presencia en el mundo, porque venía a anunciar y a realizar el reino del amor de Dios que se desborda para abarcarlo todo. Es un tiempo de gracia, no un tiempo de ira. Un tiempo de seguridad, no un tiempo de miedo. Un tiempo que se debe vivir más que pensar. *“El tiempo se ha cumplido”*. Para Jesús el tiempo no es ajeno a la realidad del hombre. El hombre es el hombre de este tiempo, y el tiempo es el tiempo de este hombre.

Mc 1,15.

El preguntarse por el sentido de la vida del hombre, sin tener en cuenta a Dios, es una forma de ignorarlo u ocultarlo; porque para Jesús el sentido de la vida del hombre es Dios.

Para Jesús la creación llega a su punto culminante en la configuración del hombre, porque en él se ha dado *“la imagen y semejanza de Dios”*. Para Jesús no hay prehistoria, ni existe otro mundo más que el mundo del hombre. Y éste está en el centro de la creación, referido a una familiaridad con Dios.

Sin Dios, el hombre en el mundo no tiene ninguna meta, carece de sentido. Para Jesús el hombre es el único ser que tiene la plenitud de sentido y que le da sentido a todas las cosas.

En lo humano hay algo que forma parte de todo ser vivo; pero también nada humano pertenece por completo a la naturaleza del ser vivo. La naturaleza no explica por completo al ser humano. Lo humano del hombre es su semejanza con Dios, y esa semejanza es un “plus” sobre el ser vivo.

La razón, la finalidad, el sentido son interpretaciones profundamente humanas; solo el hombre encuentra razón, finalidad y sentido de todas las cosas. Sin el hombre el mundo y el cosmos no tendrían ningún sentido. Y así, como para Jesús el hombre concreto, existente, era el centro de su actividad, así también la idea de Dios, como mera idea, no tenía ningún sentido. Solo el Dios vivo que *“sabe lo que necesitamos mucho antes de que se lo pidamos”*. Mt 6,8.

El hombre le da sentido a todas las cosas pero las cosas no le dan sentido al hombre. Para Jesús la forma de ser del hombre es su fe, junto con la esperanza y el amor; estas son partes constitutivas de su ser en el mundo. ¿Qué crees? ¿Qué esperas? ¿Qué amas? ¿A dónde vas y con quién vas? ¿Qué te dejaron tus antepasados, y qué dejarás a tus descendientes? Son elementos constitutivos de todo ser humano; y lo fueron también para Jesús.

Comenzaremos la reflexión de la antropología de los evangelios y, de alguna manera la de Jesús, a partir de los relatos de la creación. Ahora todos sabemos que esos relatos son míticos y no históricos, en el sentido científico de la palabra. Para algunas personas esto podría significar que lo expresado en estos relatos es de poca o ninguna importancia, dado que no se refieren a sucesos cronológicos y espacialmente situables. El hecho histórico, es decir, si las cosas sucedieron así y no de otra manera, no tiene tanta importancia. Vienen a ser como parábolas. Nadie se pregunta si el hijo pródigo, el buen pastor o la mujer que

perdió una moneda, fueron hechos reales. Lo importante es el mensaje, es decir, si nos dice algo, si nos afecta, si nos hace sujetos activos de una nueva biografía.

Una historia descriptiva o narrativa de la antigüedad tiene que ver con la acción, con la valoración. Son un reto o una invitación a una determinada opción de vida. Por eso, en el caso de la antropología las historias reales o ficticias tienen la misma importancia o función. El objetivo del relato es ofrecer una visión particular, religiosa y ética tanto de la vida que vivimos como de la realidad que nos afecta.

CAPITULO III

LA COMPRENSIÓN DEL HOMBRE

El cuerpo humano —Σῶμα—

Es claro que el cuerpo humano, a nivel individual y social, está en el centro del pensamiento, de la acción y de los sentimientos de los hombres y constituye el meollo que organiza, articula e interpreta la vida diaria de los individuos y de las colectividades. Y es claro porque los demás ven solo los cuerpos y no a las personas en toda su extensión, proyección y misterio.

Jesús no lo considera una realidad aparte, como luego se interpretó. Cuando el hombre muere, la vida vuelve a Dios que la dio y todo el hombre, por ser polvo, vuelve a la tierra. *“El hombre vuelve a la tierra que fue, y el espíritu vuelve a Dios que lo dio”*. Sin que esto signifique una dualidad de componentes. Todo el hombre, que es la per- Qo 12,8.

Cor 15,47. χοϊκός. siona, vuelve a Dios, y todo el hombre que es de tierra y terreno —habitante de la tierra—, muere.

Gn 1,1s; 2,1s. Para Jesús el hombre es la obra por excelencia de Dios. Pero no una obra terminada. Una obra en proceso. La vida misma en diálogo con Dios lo irá completando.

Una persona, por su cuerpo, se hace presente, y su presencia influye en todos los momentos y situaciones de la vida, que en el trayecto histórico de cada ser humano, necesariamente se expresará simbólicamente. El cuerpo es la expresión comunicativa de la persona.

Gn 2,27. La antropología de Jesús es “a-metafísica” porque entiende que los seres humanos son seres corpóreos, inseparables de la fragilidad de su historia y del tiempo. Todo el hombre es cuerpo viviente y como tal fue hecho a imagen y semejanza de Dios.

El cuerpo siempre hace referencia a un contexto, a una situación étnica, biológica, política, cultural, social y también religiosa. Tiene un lenguaje propio, que en algunos momentos puede ser teatral, dialógico, estético, amistoso, agresivo, religioso.

Lc 12,22. En la antropología bíblica es inconcebible imaginar y pensar la vida humana al margen del cuerpo. No se da ni la más mínima separación entre las funciones naturales del cuerpo y el orden intelectual.

El cuerpo resulta una realidad que no se puede eliminar del ser humano como tal. Por eso Jesús

y el pensamiento semita ignoran la noción de un cuerpo independiente o aislado del ser humano. Por eso el hombre no tiene cuerpo, sino que es un cuerpo. Este realismo hace del mensaje de Jesús y de todo el Evangelio un mensaje actual, adherido a la realidad, alejado de cualquier tipo de espiritualismo o de materialismo. Alejado de todo tipo de dualidad o pluralidad.

Claude Tresmontant,
Ensayos sobre el
pensamiento Bíblico.

En las distintas partes del cuerpo y con sus funciones específicas, la mentalidad hebrea verá al hombre entero. Por eso San Juan dirá que *“el verbo se hizo carne”* es decir cuerpo, hombre completo, cuerpo vivo, persona histórica.

Καὶ ὁ Λόγος σὰρξ
ἐγένετο.

Por referirse siempre al todo, el lenguaje bíblico usa la misma palabra para aquello que nosotros expresamos en términos diferentes. De ahí la importancia de contextualizar los vocablos desde el punto de vista social, político y religioso en que se emplea el término. El lenguaje bíblico no se detiene solamente en lo objetivo, sino que se fija en la función que desempeña para el bien de toda la persona. Así puede decir Jesús que *“tu ojo es la luz de todo tu cuerpo”*, es decir de toda tu persona porque el hombre se guía por sus ojos, y que *“un ciego no puede conducir a otro ciego”* porque a ambos les falta la luz.

Lc 11,34.

Mt 15,14.

Cuando *“Yahvé sopló en la nariz del hombre aliento de vida”*, no significa que desde ese momento el cuerpo esté provisto de alma, sino que todo el hombre queda convertido en ser viviente con la vida de Dios. Un ser animado e hijo de Dios. No tiene *nefes*, —en hebreo, que significa ser viviente— sino que todo él es *nefes* y vive pre-

Gn 2,7; Lc 3,38.

cisamente como *nefes*. Ese término no designa la vida en general, sino la vida en el cuerpo, el ser humano como ser humano y personal; pero no sólo afirma la vida como participación de la vida de Dios, en el orden natural, también afirma la referencia existencial del hombre a Dios. El hombre en esta vida es cuerpo viviente con la vida de Dios participada. El punto más fuerte de contacto con Dios es la vida.

La mentalidad bíblica no distingue ni contrapone los términos que usa, pero nosotros podemos ver que “*nefes*” es el resultado de la acción de Dios al configurar al hombre por medio de su aliento, con su vida propia. Por eso resulta el hombre un ser único ante toda la creación. Los Setenta traducen la palabra *nefes* por Psije-zoé, que equivaldría a espíritu que vive, —persona viviente— y así quedaría determinado como algo único en el mundo.

ὁ ἄνθρωπος εἰς
ψυχὴν ζῶσαν.

Tertuliano,
An 5s; Res 15,3s.

Por otra parte Tertuliano se convertirá en un defensor acérrimo del alma y del cuerpo como componentes irreductibles del hombre. Y leerá toda la Sagrada Escritura en clave dualista, de alma y cuerpo, como sustancias distintas e irreductibles y así se seguirá leyendo casi hasta nuestros días.

Por la muerte el hombre se convierte, en su totalidad, en un habitante del Seol, de los infiernos, o lugar de los muertos. Tal como lo expresa el salmo: “entre los muertos esta mi lecho como el de aquellos que fueron degollados, que yacen en el sepulcro, de quienes nadie se acuerda y están alejados de tu cuidado”.

Sal 87,6.

En el siglo tercero y segundo antes de Cristo, bajo la influencia del helenismo, los sabios de Israel comenzaron a distinguir entre el cuerpo y el alma asimilando esa doctrina como perfectamente compatible y hasta reconocible en los datos bíblicos. Esto se ve claramente en el libro de la Sabiduría escrito en el año 50 a.C. y en el de los Macabeos del año 140 a.C., pero el pueblo, la inmensa mayoría, seguía interpretando los textos y la vida de forma monista, es decir, del hombre como un todo. Usaban conceptos griegos pero pensaban de forma semita, como sucede incluso en el Nuevo Testamento. La manera de pensar dualista no era la propia del israelita. Esa manera de hablar vendría siendo para ellos una forma de inculturación, que en el fondo, para nosotros es empobrecimiento antropológico.

El cristianismo asumió con entusiasmo la visión dualista que explicaba la muerte y la vida y también la resurrección humana como una continuación de la vida temporal al lado de Dios. Pero eso no es la resurrección que no consiste en un volver del alma al cuerpo, del que se liberó por cierto tiempo.

Jesús, que no era un erudito, indudablemente seguía pensando y hablando con mentalidad semita, y como un hombre religioso del pueblo.

Para la mentalidad semita, la de Jesús, no existen las almas separadas de los cuerpos. Dice el rico: *“Padre Abraham, ten compasión de mí, y envía a Lázaro a que moje en agua la punta de su dedo y refresque mi lengua”*. Lc 16,24.

Mt 10,28. Cuando leemos en el Evangelio: “*Y no tengan miedo a los que matan el cuerpo, pero no pueden matar el alma; temen más bien a Aquel que puede llevar a la perdición alma y cuerpo en la gehenna*”.

De ninguna manera se está refiriendo Jesús al hombre compuesto de alma y cuerpo en el sentido griego ni en el sentido aristotélico-tomista de materia y forma. Como veremos al hablar del cuerpo, el vocablo “cuerpo” significa toda la persona, algo así como si Jesús dijera: no tengas miedo al que te puede quitar la vida temporal pero no te puede quitar la vida eterna. En el Evangelio la palabra Zoé significa no solo la vida en sentido temporal sino también la vida en sentido eterno, en este sentido la encontramos en muchas ocasiones en el evangelio de San Juan y también en los sinópticos. Jesús concluye su expresión diciendo: teme a Aquel que puede llevar a la perdición, es decir, lo contrapuesto a la vida eterna, tu alma y tu cuerpo, esto es, todo tu ser. La contraposición no la hace Jesús entre alma y cuerpo sino entre vida temporal y vida eterna.

ζωῆν αἰώνιον.
Jn 17,2.

Mt 5,30. “*Más te conviene que se pierda uno de tus miembros, que no que todo tu cuerpo vaya a la gehenna*”.

El primer mensaje de Dios en la Biblia no es un mandamiento, sino un mensaje de comunicación y diálogo, de correspondencia, de relación personal. Algunos autores podrán interpretar que el gozo de Dios por el hombre es semejante al gozo de Adán por Eva. Porque de toda la creación solo el hombre puede ser interlocutor directo de Dios, por eso Dios se siente satisfecho de haber hecho un ser con quien puede comunicarse como con

“su” interlocutor, y puede ser “su amigo”, como Moisés.

Ex 33,11; Is 41,8;
St 2,23.

De ahí la singularidad del hombre con respecto a todo; es como la consciencia y lengua del mundo. Tiene la responsabilidad de hablar por todos los seres creados, y de cuidarlos. El hombre ha de cantar el himno de toda la creación. Pero lo característico de su vida es participar de la vida de Dios y por eso su vida es sagrada y el hombre es capaz de entender la vida de Dios, aunque sea de modo imperfecto, y a través de un espejo, en su propia vida.

1 Co 13,12.

El diálogo con Dios no es solamente un momento místico o ascético, sino también ético, y tiene como punto de partida el amor, la fidelidad y amistad de Dios; y esta actitud es la que ha de tener el hombre hecho a imagen de Dios cuyo compromiso fundamental es ser como él, no a nivel metafísico, sino en el orden del amor y de la misericordia.

Lc 6,36.

En la antropología de Jesús el modo de ser de Dios y su forma de actuar es un imperativo para el hombre, como lo era ya en el Antiguo Testamento para todo buen israelita.

Lv 11,44; 17,1s;
20,26.

En la mentalidad del tiempo de Jesús, el cuerpo no estaba vinculado solo a lo empírico, sino que tenía también un vínculo y una dimensión espiritual. Por eso dirá San Pablo “*hay cuerpos celestes y cuerpos terrestres*”. Todavía Tertuliano, doscientos años después, interpretará el cuerpo como sinónimo de realidad y por eso atribuirá

1 Co 15,40.44.

“Nihil est incorporale nisi quod non est”
Carn 11,4.

“Quis negabit Deum corpus esse, etsi Deus spiritus est” Prax 8,4.

un cuerpo a Dios. “¿Quién negará que Dios sea un cuerpo —realidad—, aunque sea espíritu?”.

Jesús estaba muy lejos de ver en el cuerpo un principio del mal. Para él, el cuerpo era toda la persona, diríamos ahora, algo sublime, salido del querer, del poder y de la voluntad de Dios. Está muy lejos del pensamiento platónico o maniqueo, que desprecia el cuerpo y sus necesidades. De tal manera que según el pensamiento bíblico, todo lo que es natural, es divino y querido por Dios. Lo sobrenatural se desconoce, como categoría contrapuesta a lo natural.

El cuerpo es una realidad física, que empieza por una fase embrionaria, que nace, crece, se desarrolla, envejece, muere. Es una realidad sujeta a un proceso. Este proceso es propio no solo de la realidad física; el cuerpo es la raíz y la sede de la persona. Expresa su historicidad no solo por crecer y decrecer, sino también por su posibilidad de existir de distintas maneras, o por dejar de existir. La enfermedad y la muerte es algo que

Lc 12,46. el hombre siempre lleva consigo, al menos como posibilidad real.

Al hablar de la resurrección de la carne como algo importante para la persona, como un elemento indispensable, se quiere hacer notar que no es sólo una parte del hombre lo que participa de Dios, sino su ser total; con la referencia al mundo y al proceso histórico que significa el cuerpo. Ahora sabemos que no es solamente el cuerpo lo que determina a una persona, sino su vida, sus relaciones, “su mundo”. Ahora podemos entender que al lado de Dios —en Dios, “en el

cielo” — está todo aquello que fue la vida de cada quien. Lo que hace al hombre ser él, su historia, sus decisiones, sus alegrías y tristezas; todo lo que fue su persona está con él, al lado de Dios.

El cuerpo, aunque sea una realidad espacio temporal, no es una realidad que se pueda fijar, una realidad puntual, de tal manera que se pueda decir: este es mi cuerpo con exclusión al del año pasado, o al de mi infancia; tampoco es mi cuerpo el de mi vejez o el de mi muerte. Mi cuerpo es esa realidad física que he sido yo durante toda mi vida. Mi cuerpo es mi referencia al mundo, a los demás y a la historia. Mi cuerpo es el vínculo que tengo yo con toda la creación. Por eso no hay lugar a la pregunta: ¿con qué cuerpo está Lázaro en el seno de Abraham? ¿Cómo joven o cómo anciano? ¿Cómo pordiosero, leproso y lamido por los perros? Está con Dios, en el seno de Abraham, con toda su realidad personal y en referencia a este mundo y a su historia. Lc 16,19s.

A través del cuerpo Jesús oía las notas más tristes y felices de la persona. Para Jesús el cuerpo no era materia opuesta al espíritu, sino cuerpo orgánico que expresaba al hombre entero, su pena, su dolor, su sufrimiento, su historia y su dignidad. Mt 8,6; Lc 5,18.

El cuerpo es un conjunto de notas que expresan solidaridad. Son características mutuamente unidas y cada una repercute en todas las demás. Bajo muchos aspectos el ser humano es, por naturaleza, solidario, no solo con sus antepasados, sus contemporáneos y sus descendientes, sino en sí mismo solidario. El cuerpo significa unidad

y solidaridad de miembros y de elementos. El cuerpo es toda la persona, lo que implica que se puedan considerar en él sustratos más significativos, como el corazón. Nada pasa en una parte que no afecte al todo. Y por eso Jesús tuvo tanta compasión del ciego, del sordo, o del leproso.

Todo hombre encerraba un valor trascendente en el corazón de Dios. Esto lo rezaba Jesús frecuentemente en los salmos y lo expresó al decir: *“Dios es un Dios de vivos y no de muertos”*.

El cuerpo, por ser una realidad tan dependiente y por estar en tan estrecha relación con todo su entorno, se remite a todo lo que necesita para vivir y también a todo lo que no ve, pero que igualmente siente necesitar. Por razón de su condición corporal el hombre vive en la angustia, *“¿Qué comeremos o qué beberemos? ¿Con qué nos vestiremos?”*. El cuerpo no es todo, aunque se refiera al todo. *“No sólo de pan vive el hombre...”*

Si Jesús no consideró la enfermedad y el sufrimiento como consecuencias o castigos del pecado, muy probablemente tampoco consideró la muerte de esa manera, y por eso les prolonga la vida a los que ya habían muerto. Si la muerte y la enfermedad fueran por la voluntad de Dios, Jesús hubiera ido contra ella al resucitar a los muertos o curar a los enfermos.

Jesús escogió la imagen de su cuerpo, en la Eucaristía, para hacernos solidarios de toda su persona. Porque toda su persona se expresaba y se nos daba en su cuerpo.

El cuerpo, como espacio-temporal, visible y sensible, es el lugar en que Dios habita, somos templos del Espíritu de Dios. De modo particular habita Dios en el cuerpo de Jesús. Cuerpo y carne se pueden entender como sinónimos, aunque cada uno tiene sus matices: el cuerpo tiene un sentido más solemne. Es lo que se ve, lo que aparece, lo que es bello, pero también misterioso. Juan dice, al hablar del templo de Jerusalén, que Jesús se refería al “*templo de su cuerpo*”, y Pablo dice que todos nosotros formamos con Jesús “*el templo santo de Dios*”.

Jn 2,21.

1 Co 3,16-17;

2 Co 6,16;

Ef 2,19-22.

Para todo ser humano el cuerpo expresa a la persona, que sólo se capta a través de su cuerpo. También la persona de Jesús solo era captable a través de su cuerpo y su cuerpo era su mejor expresión. Por medio de su condición corporal y de su Espíritu, llegaron a saber los apóstoles quién era Jesús verdaderamente. Porque la única manera que tuvieron de captar la divinidad de Jesús fue a través de su condición humana. La epístola a los hebreos compara el cuerpo de Cristo a la cortina del templo que cubría el “*Sancta sanctorum*”, y que con la muerte se desgarró para que apareciera su ser divino.

Tomás de Aquino, S Th q 30 a9; q9 a3.

Hb 10,20.

Pero el cuerpo es lo único que podemos ver y tocar después de la muerte, y eso ya no es la persona. Con la muerte el mundo pierde a una persona definitivamente, y de la misma manera la persona pierde al mundo entero, en sus dimensiones espacio-temporales. Con la muerte el hombre nace para Dios, vuelve a la casa paterna, “*entra al reino preparado para él antes de la*

Mt 27,58.

Mt 25,34s. *creación del mundo*”, a un mundo que ya no es espacio-temporal.

Jesús piensa que el ser humano está totalmente ordenado —“*pre-amado, pre-elegido y pre-destinado*”— dirá San Pablo, por y para el amor de Dios. Este cuerpo que vive, nace y muere es prenda —
Ef 1,3s. ἄρραβών. arras— de vida eterna.

Tertuliano, Res 6,3. *“Debe creerse que Cristo tuvo un verdadero cuerpo. De no ser así ¿cómo pudo ser visto con esas características? ¿Cómo podía tener cuerpo si no tenía carne corporal? ¿Y cómo podía tener carne sin haber nacido? Porque debía nacer, tenía aquella carne con que debía nacer. Ellos —los marcionitas— dicen que nació de las estrellas y de los astros superiores al mundo. Y ciertamente quieren que uno no se admire de un cuerpo sin nacimiento, cuando para nosotros ninguna obra se realiza en la carne sin haber sido procesada en el útero”.*

Dios hizo al hombre maravilloso al crearlo a partir del barro, pero más maravilloso al salvarlo. Por la encarnación de Jesús se dignificó aún más el genero humano.

N.B.

La fe en la resurrección garantiza la concepción del hombre como un todo, confirmando la tradición semita. La resurrección corporal es el símbolo de la persona entera y Cristo es el prototipo de nuestra propia resurrección.

CAPITULO IV

EL HOMBRE CREADO

Datos bíblicos

La antropología del Evangelio y de Jesús fue una antropología judía, es decir, eminentemente bíblica.

En la Biblia y en el judaísmo no se encuentran definiciones del ser humano. No se piensa en él con conceptos claros y distintos; se piensa y valora a través de imágenes, comparaciones, contraposiciones, mitos, descripciones, acontecimientos reales o ficticios, y cuentos.

El hombre es un todo

Para Jesús, como para la antropología bíblica antigua, el hombre es un todo, que se puede considerar bajo diferentes aspectos, pero siempre refiriéndose al todo, de tal manera que se podía anteponer la palabra “todo” a cada uno de

sus atributos. Por ejemplo: todo el hombre es de tierra y terreno, todo el hombre es un ser vivo con la vida de Dios —*nefes*—, todo él es de carne, mortal y débil.

Ipsium esse
subsistens.

Jesús entiende a Dios como realidad vital, en relación con la vida del hombre. No piensa en Dios como un ser supremo, o un ser que existe por sí mismo, o como un motor inmóvil, o como un ser absoluto, lo que sería anacrónico, sino que piensa en Dios en relación con el hombre o mejor en el hombre en su relación con Dios.

Lc 3,38; Is 64,7;
Dt 32,6; Jr 3,4.

Todo esto está de alguna manera comprendido en el término con que Jesús se dirigió a Dios, como “Abbá”. Jesús entendió y se refirió al ser humano siempre como teologal, como referido y en relación estrecha con Dios, como hijo. La primera idea del hombre como hijo de Dios surge de la creación.

En la mentalidad judía todo el hombre puede ser descrito por sus partes u órganos o por los elementos con que originalmente fue hecho. Cada elemento se refiere al todo y sólo pone de relieve algún aspecto del conjunto. Es importante advertir como punto de partida que el ser humano es un todo, sin división ni componentes. Este punto es esencial y característico de la mentalidad hebrea original.

El hombre es Adán —*Ἀδὰμ*—

Gn 2,27.

“Adam”, Adán, es un nombre colectivo, significa ser humano, la humanidad; algo así como nosotros usamos la palabra hombre para referirnos a todo ser humano, hombre y mujer. La palabra

“hombre” viene de “humus”, tierra, y designa la condición humilde de todo ser humano, varón o mujer. Adán, viene de la palabra hebrea —adamá— que significa tierra. Con este nombre se designó también al primero de los seres humanos. Gn 1,26; 5,1s.

Todo lo que leemos en la Biblia sobre Adán es un mensaje sobre nosotros mismos. Por eso Dios creó “*al hombre*”, es decir al ser humano, macho y hembra, de tal manera que todos se sientan incluidos. Adán somos todos. **Ish**, significa, varón individual, masculino. **Ishá**, significa mujer individual, “varona”, hembra.

Para el judaísmo, el hombre no es descendiente de dioses. Es creatura, o hechura de Dios. No es hijo, en sentido propio, sino sólo metafórico y colectivo, como pueblo, y de modo personal cuando desempeña funciones de carácter trascendente, como juzgar, hablar, regir, defender, gobernar. El Dios de Israel no tiene, ni puede tener hijos al estilo pagano, es decir, por generación sexual. Cf Jn 10,34s;
Sal 82,6.

Para la Biblia todos los hombres son iguales en cuanto a su origen, dignidad y destino, lo que no se opone a la elección, a una alianza con “*el pueblo elegido de Dios*”. Para la Sagrada Escritura, la razón por la que Dios eligió a Israel, fue por ser un pueblo pequeño y pobre. Dt 7,6.
Dt 10,22.

El cuerpo-carne —Σῶμα-Σάρξ—

Al traducir y leer el Evangelio nosotros proyectamos en él nuestra mentalidad dualista y de esa manera lo deformamos, o lo conformamos con nuestra cultura, o con la cultura griega, que no era la semita.

Para Jesús el cuerpo, o la carne, es el todo de
Mt 5,29. la persona bajo el aspecto de debilidad. “No te
Mt 6,25. preocupes por tu cuerpo: con qué vas a vestir”
Mt 6,31. “¿Qué comeremos o qué beberemos?” Carne y cuer-
po significan debilidad, así como espíritu signifi-
ca fortaleza, fuerza, y vida. “Inclinando la cabeza
Jn 19,30. entregó el espíritu” y así murió Jesús.

Cuando Jesús dice: “*El espíritu está pronto, dis-*
Mt 26,41; Mc 19,38. *puesto, pero la carne es débil*”. De ninguna mane-
ra se está refiriendo al ser humano como com-
puesto de alma y cuerpo, sino a sí mismo, como si
dijera: me siento dispuesto a afrontar la muerte,
pero tengo un miedo espantoso. La mejor prueba
de esto es la oración del huerto, donde el Señor
se expresa en términos personales y no significa
Mt 26,39; Lc 22,41. que padece solo en su carne y no en su espíritu.

Para el hombre, su mundo es este mundo. Lo
que no quiere decir que no esté llamado a parti-
cipar, por adopción y gracia, no por naturaleza,
de la vida divina del Dios eterno.

Todo el hombre por ser “*de tierra, es terreno*” y
1 Co 15,47. temporal. El ser de tierra y el ser de carne eran
términos equivalentes. Dios hizo al hombre de
carne cuando lo hizo de tierra. Y no solo de car-
ne, sino también terreno, es decir, “habitante de
χοικός. la tierra”.

En el Antiguo Testamento morir es volver a la
tierra de donde salió el hombre. “*Vivirás, hasta*
que vuelvas a la tierra, pues de ella fuiste tomado,
Gn 3,19. *porque eres polvo y al polvo vuelves*”. Todo cami-
na a un mismo paradero. “*Todo procede del polvo*
Si 3,20. *y todo al polvo retorna*”. Si el fin es el polvo, es

porque el origen era el polvo: *“El Señor formó al hombre de la tierra, y lo hace volver a ella”*. *“Todos los hombres proceden de la arcilla; y Adán, el hombre, ha sido creado del barro”*. Si 17,1.
Si 33,10.

El hombre es parte de la creación y por eso fue tomado de la tierra y está vinculado a todo lo creado, y es perecedero. No sólo el primer hombre, Adán, fue hecho de barro; la tierra es el origen de todos los hombres. Para Jesús todos los hombres somos Adán, o si se quiere, como Adán, con la misma dignidad y destino, con la misma naturaleza y la misma gracia, que en términos bíblicos significa amor, es decir, objetos del cuidado y del amor de Dios. Gn 2,19.

Podemos decir que todo hombre es *“la preocupación de Dios”*, si entendemos las palabras metafóricamente, en cuanto significan riesgo, atención y cuidado. A. J. Heschel.

El barro designa también la humildad esencial del hombre. Abraham, por ejemplo, reconoce ser polvo y ceniza, y así se atreve a hablarle a Dios. El salmista también reconoce su ser de tierra. Para Jesús el hombre es de tierra y terreno, y tal vez por eso lo cura con lodo, porque al principio lo hizo de barro. Gn 18,27;
Sal 103,14.
Ireneo,
Adv Haer IV, 20,1;
V,12,6

El hombre es carne -Σάρξ- y por eso es débil, pequeño y efímero

“Basar”, en hebreo, y “Sarx”, en griego, significan carne y no tienen sentido sexual. No existe en hebreo, y tampoco en arameo, una palabra equivalente a alma y otra a cuerpo. Cuando se traduce “basar” por cuerpo y “nefes” por alma, Σάρξ.

se pueden entender mal, porque las palabras no significan componentes diferentes y contradistintos como se suelen comprender.

La carne pone de relieve la condición de debilidad y enfermedad del hombre entero. La carne caracteriza a los animales, y así se usa 104 veces en la Sagrada Escritura, y al hombre, 169 veces. Es la expresión preferida para designar al hombre entero y a todos los hombres, por eso leemos en Isaías: *“¡Grita! Y yo digo: ¿qué he de gritar? Toda carne es hierba y todo su esplendor como flor del campo. La flor se marchita, se seca la hierba, en cuanto le dé el viento de Yahvé pues, cierto, hierba es el pueblo. La hierba se seca, la flor se marchita, mas la palabra de nuestro Dios permanece por siempre”*. El hombre es como una flor que en poco tiempo se marchita.

Jn 1,14. Cuando Juan dice, por ejemplo, que *“la Palabra se hizo Carne”*, se refiere a que Jesucristo se hizo como todos los hombres, y completamente hombre, caduco, mortal y débil.

Sal 39,6. *“Oh sí, te bastan los dedos de la mano para contar mis días, mi existencia como nada es ante ti, solo un soplo todo hombre que se yergue, nada más una sombra como el humano al pasar”*.
Sal 39,12. *“Un soplo solamente es todo hombre”*. El ser humano es tan efímero como un soplo: *“Hazme saber, Yahvé, mi fin, y cuál es la medida de mis días, para que sepa yo cuan frágil soy”*.

El espíritu y la vida —Πνεῦμα—Σωή—

El hombre tiene la vida de Dios y por eso es sagrado. El aliento de Dios es la fuerza que vivifica

al hombre. El Dios vivo está respaldando y manteniendo la vida del hombre. El hombre no solo tiene vida, sino que es vida. Sin vida ya no es un ser humano en este mundo —es un cadáver—. Gn 2,7; 6,17; 3,19.

El hombre tiene fuerza vital —nefes— y por eso siente, como los animales. Los animales viven como el hombre, pero sus vidas no tienen el mismo valor. Nefes, que en pocos casos se traduce bien por alma, significa lo que hace al hombre un ser viviente con la vida de Dios. Es lo que lo describe más plenamente y lo distingue de todos los otros seres, es aquello que tiene de Dios, la vida.

“Yahvé Dios formó al hombre de polvo del suelo. Y le sopló en la nariz aliento de vida, y resultó el hombre un nefes”, ser viviente, con la vida de Dios. No se ha de contraponer el cuerpo con el alma como algo distinto y opuesto aunque sean complementarios. El cuerpo resulta, por la acción divina, un ser viviente con la vida de Dios. Lo que Dios crea no es un cuerpo y un alma sino un ser vivo. El hombre no es un derivado de la sustancia divina. Es otra cosa, una creatura, pero vinculada con Dios por la vida. Gn 2,7.

El ser humano vive por la vida de Dios. Vive por el aliento divino, aun en el orden meramente natural, la vida del hombre es divina, y por eso no se puede sacrificar, ni vender, ni comprar. Dios no se complace en la muerte del hombre, sino en la vida; y cuando da la vida, la da para siempre, pero no la vida temporal, esta es solo semilla de vida eterna. El hombre, por ser de tierra, como los animales, es mortal; pero por ser vida de la

Gn 2,19; 1 Co 15,45,49. vida de Dios, es trascendente. El aliento divino es lo que hace al hombre distinto de los animales.

Imago Dei spiritus afflatus. Tertuliano, Marc II, 9,3.

El hombre es espíritu y por eso se mueve por la fuerza divina. Ruah, en hebreo, es aliento, espíritu, fuerza vital; es un concepto que pertenece más a Dios que al hombre; el hombre es solamente depositario o receptor del espíritu de Dios. El espíritu es la fuerza de Dios en el hombre, es aquello que lo hace pensar, sentir y obrar bien, vivir.

Jb 34,14s. *“Si Yahvé hiciera volver a sí su Ruah, espíritu, y hacia sí retirara su soplo; desaparecería toda carne, y también el hombre tornaría al polvo”*. En la antropología bíblica los conceptos no están contrapuestos, sino que se complementan y enriquecen mutuamente. *“Oh Dios, crea en mi un corazón recto, renuévame por dentro con espíritu firme; no me arrojes lejos de tu rostro, no me quites tu santo espíritu”*.
Sal 51,12.13.

Como noción antropológica, podemos decir, que el espíritu es aquello que el hombre tiene de Dios, y así se puede identificar con la vida misma. Originalmente espíritu significaba aliento, vida, y en ese sentido era algo de Dios que todos los hombres tenían. El espíritu era lo que los hacía vivir y morir. Para Jesús, poner el espíritu en manos del Padre es entregarle toda su vida, de la misma manera que lo fue para Esteban el poner su espíritu en manos de Jesús, al ser apedreado.
Lc 23,46; Jn 20,30; Hch 7,59.

Muchos autores de la antigüedad, como Ireneo, Tertuliano, Orígenes, Jerónimo, y muchos otros, identifican el espíritu con el alma. Y de esa manera asimilaron y adaptaron la doctrina platónica

y aristotélica que comprende al hombre como un ser compuesto de alma y cuerpo, irreductibles y contrapuestos, que pasó a ser por mucho tiempo la doctrina cristiana. Si pensamos con mentalidad bíblica el hombre es un todo y no está compuesto de alma y cuerpo.

Platón,
Fedón, 66,bs.

El espíritu es la fuerza vital creadora. El hombre, podríamos decir, es un ser inspirado por Dios, que lleva dentro la inspiración creadora.

Todos estos términos describen, no definen al hombre; son aspectos que se refieren al todo y por eso pueden intercambiarse en la poesía hebrea. Así por ejemplo, el salmo 84: *“Anhela y desfallece mi alma por los atrios de Yahvé”*; *“mi corazón y mi carne gritan de alegría hacia el Dios vivo”*.

Sal 84,3.

En el Antiguo Testamento se habla del espíritu como algo de Dios, su fuerza y su vida, encaminadas al hombre; en el Nuevo Testamento San Juan nos dice que Jesús sopló sobre sus discípulos y les dijo: *“reciban el Espíritu Santo...”* Ahora se trata de la fuerza y la vida de Dios comunicada por Jesús. *Ruah* no es algo de Dios, sino Dios mismo, el Espíritu Santo, Dios en el hombre. Por eso el lugar de la presencia y la acción de Dios es el corazón del hombre. Éste es su templo: *“¿O no saben que sus cuerpos son templo del Espíritu Santo que está en ustedes y que han recibido de Dios, y que no se pertenecen?”*

Jn 20,22.

Jn 4,24.

1 Co 6,19; 3,16-17;
2 Co 6,16;
Ef 2,20-22.

El hombre vive en la tierra no solamente como un yo, cerrado en sí mismo, sino como objeto del interés divino. *“¡Cuánto más valen ustedes que todas las aves!”* *“¿Qué es el hombre para darle im-*

Lc 12,24.

Jb 7,17. *portancia y para que pongas en él tu amor?*” Que sería lo mismo que decir: tú eres aquel en quien Dios tiene puesto su amor y eres lo más importante para Dios.

En este punto, Jesús le dio a la vida, y a la persona, un sentido trascendente, duradero y eterno. No contrapone la vida eterna a la vida temporal, sino que pone la temporal en función de la eterna, y en continuidad con ella: la persona será la misma pero viviendo de modo distinto. La vida eterna inicia germinalmente con la vida temporal. La entiende como comunión con Dios, que nos hará felices, e imperecedera, en relación interpersonal; las imágenes de fiesta y banquete ponen de relieve esta relación personal llena de felicidad.

La vida, para el hombre, es el valor supremo. Jb 2,4. *“Todo lo da el hombre a cambio de su vida”*. Y también es aquello que pone al hombre en comunión con Dios. De ahí que el término vida lo tome el Evangelio en dos sentidos: vida temporal y vida eterna.

El Espíritu era la fuerza y la vida de Dios en el hombre como lo fue para los profetas y patriarcas. El Espíritu irrumpe en el hombre para que realice obras extraordinarias, como sucede con los profetas; hasta decir que algunas personas están llenas del Espíritu Santo.

Desde su nacimiento hasta su muerte, todo lo que Jesús hace y dice lo hace movido por el Espíritu Santo. Este podría estar ausente en la ma-

yoría de los hombres pero presente en los que obran bien y se abren al anuncio del reino.

Para Jesús la sede del Espíritu divino es el hombre. Jesús lo envía a sus discípulos. El Espíritu es el vínculo entre el Padre, Jesús y los discípulos. Lo propio de los discípulos es poseer el Espíritu de Jesús y por eso podrán hacer las obras que el hizo y aun mayores.

Jn 1,33; 20,22.

Mt 21,21; Jn 14,12.

El hombre, “de suyo” no pertenece al mal espíritu, ese es un invasor.

Mt 12,45.

Antropológicamente el espíritu produce la aspiración a la verdad, al bien y a toda virtud, principalmente al amor. El espíritu es la fuerza, la unidad y la capacidad de relación que el hombre tiene para comunicarse con Dios y con los demás. Es lo más grande que Dios puede dar al hombre. La dinámica del espíritu impulsa al ser humano, de lo finito a lo infinito; de lo relativo a lo absoluto, del tiempo a la eternidad, del yo, a los demás, del mal, al bien. En pocas palabras, es el camino a Dios y un signo de su presencia y de su acción.

Cuando fuera de la vida y del contexto cristiano se dan estas virtudes y valores tienen también como fuente el Espíritu divino que actúa sobre todo ser humano. El Espíritu no es fruto de la fe sino causa y su primer logro es mover el corazón a creer, amar y esperar.

N.B. ¿Qué es lo propio del Espíritu?

Juan piensa que el Espíritu Santo llena plenamente a Cristo, y que está todo en él, sin dejar nada para alguien que no fuera Jesús. Es claro

Jn 7,39.

que en San Juan, el Espíritu ha cobrado un significado altamente cristológico y pascual, que no podemos atribuir a la mentalidad de Jesús.

La noción y la acción del Espíritu Santo tienen historia, es decir, un desenvolvimiento en el tiempo por el que se va transformando, en cuanto a nuestro conocimiento, en una verdad cada vez más plena y rica. Pero no tenemos por qué atribuirle a Jesús ese conocimiento que pertenece a la reflexión cristiana posterior y que fue fruto de la resurrección.

El Espíritu se podía entender como una relación con Dios que podía crecer, desarrollarse y perderse, y por la misericordia de Dios, recuperarse.

Sal 51,12-13.

En actitud ponderativa el espíritu puede ser contrapuesto a la carne y despreciar ésta en función de aquel: *“El espíritu es el que da vida, la carne no sirve para nada”*. Aunque el mismo Juan, en otro texto nos dice que *“El Verbo se hizo carne”*, y en una expresión altamente ponderativa; *“Todo espíritu que confiesa a Jesucristo, venido en carne, es de Dios”*.

Jn 6,63.
Jn 1,14.
1 Jn 4,2.

El espíritu en sí mismo, es informe, pero ocasionalmente puede asumir distintas formas, sin identificarse con ninguna. Una característica del espíritu es que no es visible, se le conoce por sus efectos, se hace sentir: *“El espíritu sopla donde quiere y oyes su sonido, pero no sabes de dónde viene ni a donde va”*.

Mt 3,36; Jn 1,32.
Jn 3,8.

Jesús, por el Espíritu, es interlocutor de Dios. Así lo entendió en sus oraciones, particularmente en el “Abbá”.

Jesús no entiende al Espíritu de modo personal —como una persona en Dios— como nunca se entendió en el Antiguo Testamento y tampoco lo entendió así la Iglesia apostólica.

Cuando el hombre vive en continuo rechazo de Dios u obra mal, lo abandona el Espíritu, pero no absolutamente, porque sigue bajo su acción. Cuando David pecó gravemente le pedía a Dios: *“No retires de mi tu Santo Espíritu”*. Sal 50,13-14;143,10. Sal 51,13.

El pecado que no se perdona, dice Jesús, es el pecado contra el Espíritu Santo, es decir, el pecado contra la acción de Dios en el hombre, contra su misericordia; podemos decir que es un pecado contra la esperanza. Lc 12,10; Mt 12,32.

El Espíritu es lo más religioso que tiene el hombre, porque es la presencia y la acción de Dios en él. El hombre no es ajeno al espíritu de Dios ni el espíritu de Dios, al hombre. Solo al hombre pertenece recibir el espíritu de Dios. Éste se entrega a las personas, porque es vida, no a las instituciones ni a las cosas.

Hasta el concilio de Constantinopla del año 381 se le comprende como Tercera Persona de la Trinidad, consustancial con el Padre y el Hijo, e igual en todo, menos en lo que le es propio y no común con las otras personas. Procede del Padre por el Hijo, y es enviado al ser humano.

Gn 7,22; Sal 146,4. En su primera acepción es dar vida, fuerza y capacidad de relación con Dios y con los demás. En cuanto principio de vida se puede identificar con la vida, y por lo tanto se da también en los animales.

Después se entendió como lo que vincula directamente al hombre con Dios, como el espíritu sacerdotal, profético y regio; también como espíritu mesiánico.

Mt 15,18s; 5,28;
Mc 7,6; 7,19. Finalmente, se vinculó a la inhabitación trinitaria y cristocéntrica de Dios en el hombre. Se vio como el don máximo y la suma de todos los dones: sabiduría, aspiración al bien, a la verdad, a la virtud. Y por eso se le opuso a la carne, y se vio en ella la inclinación natural al mal. Jesús nunca vio la carne como inclinación natural al mal. La maldad la vio en lo más íntimo de la persona, que es su corazón.

CAPITULO V

SIMBOLISMOS DEL HOMBRE

La parte por el todo

En la mentalidad hebrea es frecuente tomar la parte por el todo y hacer poesía de ello, como sucede en el Cantar de los cantares. Y en Isaías: *“Cuan hermosos son sobre los montes los pies del mensajero de buenas nuevas”*. Aquí se alaba no la belleza de los pies del cartero, sino la alegría de la persona cuando recibe una noticia de amor. Cf Ct 4,1s. Is 52,7.

“Si tu ojo derecho te es ocasión de pecar, arránca-telo”. Evidentemente ni Jesús, ni los evangelistas, nos transmiten esta enseñanza con la intención de que sea tomada al pie de la letra, pues viviríamos en un mundo de ciegos, mancos y cojos. Aquí se trata de una exageración semita, de un modo de hablar para subrayar la importancia del mensaje. Este tipo de expresiones provocativas exigen reflexión. Meten al oyente en la temática, para que Mt 5,29-30; Mc 9,47.

juzgue y valore por sí mismo. El mensaje va más allá de las palabras. Nos habla de la importancia, prioridad y trascendencia del reino. En realidad no se trata de la mano izquierda o derecha, o de los ojos o de los pies, sino de una actitud ante lo más importante y lo menos importante; es necesario poner límites a nuestros sentimientos desordenados. El límite está simbolizado en la mutilación, el ojo derecho o izquierdo simbolizan la inclinación al mal, como las manos y los pies simbolizarían el ponerlo por obra. Esto es parte de una antropología, no por referirse a los ojos o a las manos, sino por exigir una actitud ante la vida.

Cada parte del cuerpo puede significar a todo el cuerpo, y el cuerpo a todo el ser humano, a toda la persona, en su modo de ser y de actuar, en su pasado, presente y futuro, en su apariencia y en su interioridad, esto hace de la antropología bíblica no solo una obra de arte por su profundidad y belleza, sino también porque deja a la persona en la libertad y en la necesidad de una interpretación auténtica. Si la antropología cristiana fuera más bíblica que filosófica, comprenderíamos mejor muchos textos del Evangelio, y el esplendor que hay en el mensaje no se convertiría en tinieblas.

Sangre y vida —Αἷμα-ζωή—

Gn 2,7; 6,17; 3,19. El hombre tiene la vida como participación de la vida de Dios y por eso es sagrado. El aliento de Dios es la fuerza que vivifica al hombre. Para Jesús la vida no es algo que se añade al cuerpo, es todo el hombre y la posibilidad de comunión con Dios. El hombre vive porque Dios quiere que

viva y porque Dios le da la vida. Como un hijo con respecto a su padre, así es el hombre con respecto a Dios. Os 11,1s; Lc 6,36.

Cuando un animal o un hombre se desangraba, moría, y por eso creían que la vida estaba y corría por la sangre.

La sangre, portadora de la vida, por donde fluye la vida, pertenece a Dios. Por eso el hombre no puede comerla ni beberla. La sangre del hombre no se puede tocar por su valor para Dios. Lv 1,5s; 19,26. Gn 9,4; 9,10.

El pueblo de Israel pensaba que la vida, que procede de Dios, estaba en la sangre. Por eso no se puede derramar, y por eso en los sacrificios rituales se le ofrece a Dios lo más suyo, la vida, la sangre. La sangre ofrecida en sacrificio purifica de pecados. La sangre humana, derramada injustamente merecía castigo divino. Hb 9,22; Gn 9,5; Lv 7,11-14; Dt 12,23. 1 Jn 1,7. Gn 9,5-6; Ex 21,12; Lv 24,17; Nm 35,16-21.

La vida y la sangre se identifican y por eso derramar la sangre es quitar la vida. Y la sangre se convierte en un sinónimo de vida. Lv 17,14; Dt 12,23. Gn 9,4s; Lv 17,11; Mt 27,4.

Si comprendemos este simbolismo, la sangre como vida y entrega, comprendemos el sentido de los sacrificios y también el sentido de la eucaristía como comunión de vida con Jesús. Cuando Jesús da a beber su sangre, lejos de ser un acto calificado de indigno e impuro, es un acto de la más alta comunión o participación de vida.

En el evangelio de Juan leemos que el comer la carne y beber la sangre escandalizó a los discípulos, lo que parece completamente normal puesto que a un judío le estaba prohibido beber sangre. Jn 6,53s; 6,66.

Dt 12,16; Hch 15,20; 21,19. animal, y muchísimo más sangre humana. Ellos lo entendieron de forma no sacramental y simbólica, sino de modo crudamente realista.

Jn 6,55. La expresión de Jesús “*beber su sangre y comer su carne*” debió tener un sentido muy profundo, de entrega, comunión y solidaridad en su pasión, sentido que después llamaremos sacramental; pero para Jesús estaba fundamentado en lo simbólico, puesto que el sentido realista se oponía totalmente a la voluntad de Dios, incluyendo aun la sangre de los animales. “*Solo dejarán de comer la carne con su vida, es decir, con su sangre*”, Gn 9,4. por eso fue extraordinariamente desconcertante para los discípulos, y también para los paganos que entraban en contacto con los primeros cristianos, que estos bebieran la sangre de Cristo. Jn 6,66. Tertuliano, Apol, VIII,2.

Carne y sangre —Σάρξ-αἷμα—

El binomio carne y sangre, se refiere, en hebreo, a toda la persona en su debilidad natural. Muchas veces se contraponen a lo sobrenatural, a lo que procede de Dios: “*Esto no te lo ha revelado la carne ni la sangre, sino mi Padre que está en los cielos*”. Lo que no quiere decir que sean elementos ajenos a Dios. Jesús los usará para referirse a toda su persona y como signos sacramentales de su amor y comunión con los discípulos: “*el que come mi carne y bebe mi sangre permanece en mí y yo en él*”. Evidentemente que esto no lo podemos decir en sentido de canibalismo, absolutamente repugnante para la mentalidad hebrea. La Iglesia primitiva lo entendió como una auténtica y real comunión de vida de Jesús con los que se alimentan de su sangre, representada en el vino. Si 14,18; 1 Co 15,50; Ga 1,16. Mt 16,17. Jn 6,56; Mt 14,25.

La expresión “carne y sangre” ocasionalmente puede significar también deseo sexual. Como se puede interpretar el texto de Juan: *“los cuales no nacieron de voluntad de sangre ni de carne, ni de deseo de varón, sino de Dios”*. Jn 1,13.

La carne y la sangre pueden significar también lo humano del hombre, su debilidad, en contraposición a Dios y a los valores espirituales. Lee-mos en Efesios: *“nuestra lucha no es contra la carne y la sangre, sino contra los malos espíritus del cielo”*. Ef 6,12.

Carne y hueso —Σάρξ-ὀστέα—

Los huesos también pueden ser signo de toda la persona. La carne y los huesos pueden ser la persona entera, por eso Adán dice *“esta sí es carne de mi carne y huesos de mis huesos”* y el salmista ora de esta manera: *“dirán todos mis huesos: Yahvé, ¿quién como tú para librar al débil del fuerte? “Las tribus de Israel dijeron a David: Mira, aquí estamos, hueso tuyo y carne tuya somos nosotros”*. Y por el contrario Jesús dice a los discípulos: *“un espíritu no tiene carne ni huesos como ven que tengo yo”*. Gn 2,23. Sal 35,10. 2 S 5,1. Lc 24,39.

La imagen —Εἰκόν—

“Selem” en hebreo significa imagen, como las de los emperadores grabadas en las monedas. El término se debe entender en sentido muy concreto y particular. En griego equivalía a icono, “Εἰκόν”. Para Jesús el hombre no es un ser compuesto de elementos, es un ser uno y único, todo él “imagen,” como una estatua de Dios, o como un grabado en la moneda, un dios en pequeño. Mc 12,17; Am 5,26. Cf Mt 22,20. Mc 12,17; Am 5,26; Jn 10,34; Sal 82,6.

Cf Is 46,5; Sal 89,7; Os 11,9; Nm 23,19. En el Antiguo Testamento la expresión “*imagen de Dios*” casi siempre se usa en relación con los dioses falsos y con la idolatría. El ser humano es superior a todo lo creado previamente. El que sólo él sea imagen de Dios significa su perpetua dignidad, irremplazable e irrevocable y es un llamamiento a la santidad. La imagen no es algo que el hombre adquiere, ni un atributo merecido, no es algo que está en el hombre, es el hombre.

La semejanza —ἰδέα—

Gn 1,27. “Démot” también en hebreo, lo traducen por semejanza. Es un poco más genérico y abstracto, significa réplica, según proporciones, conforme a un modelo.

Gn 5,1-3. “*La semejanza*” se da en las proporciones. Por eso Adán engendra un hijo “*a su imagen y semejanza*”. Adán tiene hijos como él, pero pequeños.

Gn 9,6. La imagen y semejanza con Dios es algo que pertenece al ser humano, que no se pierde, aunque el hombre obre mal y sea digno de muerte. Nosotros podríamos decir que es un dato esencial, constitutivo de su naturaleza. La imagen y semejanza forman un binomio de términos que generalmente son inseparables. Se comprende que sea el atributo más grande que se le puede dar al ser humano.

Mt 22,20. El hombre, como imagen de Dios, es la criatura más noble y digna de toda la creación. Es la obra por excelencia de Dios; para él fue creado todo cuanto existe. El ser humano le pertenece a Dios de modo especial por ser su imagen.

San Ireneo pensaba que la imagen era como un dato de origen, universal; la semejanza era la vocación particular de todos los hombres a reproducir la imagen de Jesucristo mediante los medios que nos ofrece la Iglesia. Rm 8,13.

El hombre es como “imagen, deiforme”, dios en miniatura, pero Dios no es como el hombre, pequeño, mortal, débil, indigente. “*Dios no es un hombre*”. Gn 1,27; Nm 22,19; Os 11,9; 1 S 15,29.

Una interpretación reciente hace caer en la cuenta de que la imagen y semejanza, significa relación de interlocutor. Adán salta de gusto cuando encuentra una interlocutora semejante a él. Dios también salta de gusto cuando crea a su interlocutor, o lo reencuentra, el hombre y la mujer. Gn 2,23.
Gn 3,9s; So 3,14-15.

La imagen y semejanza —Εἰκὼν καὶ Ἰδέα—

Para la antropología filosófica el hombre se define como un animal racional, y se hace hincapié en su capacidad de pensar, decidir, ser libre, ser responsable. Indudablemente que todos estos aspectos son importantes en la constitución del hombre. Si nos preguntamos cómo quedan integrados en la antropología bíblica podríamos decir que el hombre conoce y es libre no por ser racional, o por tener alma, sino que es libre, conoce y es responsable por ser imagen de Dios. La raíz de su capacidad de conocer, decidir y ser libre así como también su capacidad de relacionarse, autoposeerse y entregarse radica en su semejanza con Dios. De tal manera que bíblicamente la semejanza con Dios viene a ser su atri-

καὶ ἐγέννησε κατὰ
τὴν ἰδέαν αὐτοῦ καὶ
κατὰ τὴν εἰκόνα
αὐτοῦ.
Gn 5,3.

buto específico. Para Jesús el hombre vale como hombre porque está hecho a imagen y semejanza de Dios y por eso lo protege como Adán protegía a Set que también fue echo a imagen y semejanza de su padre.

Para Jesús el hombre es una realidad y Dios es otra. No hay metamorfosis ni mezcla, ni inmersión. Vivir en Dios y con Dios es para Jesús una realidad familiar.

Antes que estar Dios en el templo en Jerusalén o en cualquier lugar sagrado Dios estaba en el hombre y en relación con él. Es el Dios de Abram, de Isaac y de Jacob. Un Dios con carácter familiar. Por eso se le puede encontrar en todas partes y circunstancias de la vida, no solo en el templo, en la ley o en la prosperidad.

La imagen y semejanza se ha visto como el título máximo del hombre en la antropología bíblica. Jesús no debió hacerse las preguntas que se hicieron los padres de la Iglesia; ¿bajo qué aspecto, o en qué sentido se puede decir que el hombre sea imagen de Dios? La repuesta era muy sencilla: en todos los sentidos y bajo todos los aspectos. Solamente con la diferencia que debe darse entre el creador y la creatura.

El hombre está hecho a imagen y semejanza de Dios, por eso se puede llamar verdaderamente hijo de Dios.

El hombre es gracia, es amor —ἀγάπη—

La palabra “gracia” la entendemos en sentido bíblico, como objeto del amor de Dios. “Encon-
Ex 33,12; Est 2,17.

trar gracia a los ojos de Dios” es lo mismo que ser objeto de su amor, “*No me hubieras creado si no me hubieras amado*”, dice el libro de la Sabiduría. Y el de los salmos: “*Tu amor es mejor que la vida*”.

Sb 11,24; Sal 63,4.

Por algo “*vio Dios que el hombre era muy bueno*”. Esa bondad habrá que buscarla en algo objetivo, en la realidad. Porque primero puso en él su amor. “*El hombre es la obra por excelencia de Dios*”, y porque el hombre, desde el principio, está hecho a imagen y semejanza de Dios, aun en la carne, que un día hizo suya el Hijo de Dios. Para Jesús todo hombre, por el hecho de serlo, es objeto del amor de Dios, a pesar de su condición de pecador.

Gn 1,31.

Opera autem Dei plasmatio hominis est. Ireneo, Adv Haer III, 20,2.

Para Jesús, el hombre es el objeto principal del amor de Dios, porque es capaz de corresponder con amor desinteresado y fiel. Dios lo ama porque lo creó, porque es su hijo, porque es su interlocutor, su colaborador, su compañero, su heredero. Claro que todo esto encierra una verdad en el conjunto de imágenes y metáforas.

Si le preguntáramos a Jesús con qué fin creó Dios al hombre, o cuál es el fin del hombre, la respuesta podría ser la que dio al fariseo que le preguntaba por el primero de los mandamientos y que rezaba todo buen israelita en el “*Shemá*”, para amar a Dios sobre todas las cosas, con todo el corazón, con toda el alma y con todas las fuerzas, y de la misma manera amar a los demás. Pero no solo eso, podríamos decir también: para ser objeto del amor de Dios junto con los demás, y para ser amados tanto hasta dar la vida

Oración que deben rezar los judíos al levantarse y acostarse.

Dt 6,4; Mt 22,36-38.

Jn 15,13. por ellos, es decir, hasta el extremo, y hasta ser
Mt 18,22. perdonados “*setenta veces siete*”.

De tal manera se identifica y se complace Dios en el hombre que podemos decir que somos su
Fl 1,13. “*alabanza y su gloria*”, y correspondientemente de tal manera le aflige el sufrimiento humano que se com-padece del que sufre.

Ef 1,3. En el mensaje de Pablo, “*Dios nos ha colmado con toda clase de bendiciones*”. Antes de haber nacido y antes de la creación del mundo ya éramos elegidos, preelegidos, y preamados.
Ef 1,4.11.

El amor es algo que se necesita para vivir y es lo único que nos hace felices, es un ingrediente necesario para la autoestima y fundamento del amor a los demás. Por eso Jesús insistió tanto no solo en el amor a Dios, que “*hace salir su sol sobre buenos y malos*”, sino también en el amor a los demás.
Mt 5,43; St 2,8.
Mt 5,45.

En el Génesis dice Abraham: “*¿No perdonarás a todos por amor a cincuenta justos?*”, o cuarenta y cinco, o cuarenta, o treinta, o veinte, o diez.
Gn 18,24-32. En los salmos, Jesús cantaba frecuentemente la inmensidad del amor de Dios. El amor divino aparece en los salmos innumerables veces “*¡Den gracias a Yahvé, porque es bueno, porque es eterno su amor! ¡Diga la casa de Israel: es eterno su amor!*” etc.
Sal 107.
Sal 118,1-2s.

Parte de nuestro pecado original y universal es no haberle dado la importancia que tiene la gracia universal y original, pues estamos más vinculados a Cristo en la gracia y en la vida que a Adán en la muerte y el pecado. Nuestro pecado radica

en la incomprensión de la sublimidad de nuestra existencia, pues no sabemos adaptar nuestra pequeñez a su grandeza, nuestra finitud a su eternidad, nuestra persona a su amor, nuestros pecados a su misericordia.

El ser humano es el objeto del cuidado eterno y amoroso de Dios. ¿Para quién sería Dios tan bueno, misericordioso y fiel si no lo fuera para el hombre? La bondad de Dios tiene que ver con nuestra necesidad de él. Es más importante la gracia, como amor de Dios, con la que el hombre nace, que el pecado, que es expresión de su ser finito y creatural. Dios es especialmente sensible a los más necesitados, y ¿en todo el universo hay alguien más necesitado que el ser humano?

Dios nos ama antes que cualquier respuesta de nuestra parte. Dios nos marca con su amor antes de marcarnos nosotros mismos con nuestras respuestas. *“Antes de haberte formado yo en el seno materno, te conocía; y antes que nacieras te tenía consagrado”*. El conocimiento, en el pensamiento bíblico, no es solamente un acto intelectual, es, sobre todo, una relación de benevolencia y amor. Jr 1,4.

Tal vez la aportación mayor de Israel a la cultura occidental no sea el conocimiento de Dios, sino el de la grandeza del ser humano. El ser y saberse objeto del amor de Dios es parte sustancial de la antropología de Jesús. A. J. Heschel.

“Tu amor es mejor que la vida”. Todo en la vida es signo de tu amor: todo es gracia. Sal 37,3.

Y sobre todo, Dios es amor y *“el nos amó primero”*. Por eso vivimos bajo el signo del amor. 1 Jn 4,8; 1 Jn 19.

La teología del pecado original siempre se ha vinculado, en todos los autores, con el pecado de Adán y Eva, pero también todos los exégetas y teólogos aceptan que es mucho mayor el vínculo que se da con Cristo, en la gracia y en la vida, que con Adán, en la muerte y el pecado. Y es más fundamental y original nuestra vinculación con Cristo que nuestra incorporación en Adán.

Gn 3,1s.

1 Co 15,44s.

1 Jn 4,8.

Porque *“Dios es amor”*, el hombre también es amor y solo se realiza amando. Nace por amor, vive para amar, y está llamado a vivir perpetuamente en el amor. Cuando el hombre ama y se siente verdaderamente amado, todo lo demás le sale sobrando, y cuando le falta el amor es como si todo le faltara.

1 Jn 4,7s.

Para Jesús, el hombre es amor, y se realiza solamente amando y amando hasta el extremo. Cuando el hombre no ama no es nada, no vale. En sus manos está su valor existencial y por tanto, también, su valor eterno. Dios ama primero, suscitando el amor humano. Por eso el amor es el camino que mejor conduce a Dios y también el sentimiento que lo revela mejor.

Conviene hacer notar que en el lenguaje y pensamiento bíblico el verbo “ser” no tiene sentido metafísico, sino descriptivo. De tal manera que el hombre que se caracteriza por lo que hace, es bueno si hace el bien, y malo si hace el mal; y de Dios se puede decir que es la Roca de nuestra salvación, porque nos salva como nuestro escudo. A la atribución del “es” debe darse el “por qué”, el aspecto bajo el cual se afirma ese calificativo, por ejemplo, el hombre es palabra porque es el único

ser que habla y que se comunica con los demás por su palabra.

“*Dios es amor*” porque nos ama. Creer en su amor es tan importante como creer en su existencia. 1 Jn 4,8-10.

El hombre es palabra —Λόγος— Cf Jn 1,14.

En la mentalidad hebrea el hombre no es nada más un ser que habla, su palabra tiene fuerza, tiende a la realización. De ahí la importancia de las bendiciones y de las maldiciones, que una vez pronunciadas no pueden volver atrás. Gn 27,4s; Jos 6,26; 1 R 16,34.

Por encima de todas es eficaz la palabra de Yahvé: “*La palabra que sale de mi boca no volverá a mi vacía, sin haber realizado lo que yo quería y cumplido aquello a lo que la envié*”. La palabra de Dios puede ser creadora, profética o legislativa. Creadora porque por ella hizo todas las cosas; profética porque pone sus palabras en la boca del profeta; legislativa porque por “*la palabra*” Israel comprende lo que Dios quiere. Is 55,10. Jr 20,9. Ex 20,1-22; 34,28; Sal 147,19.

Jesús se entiende a sí mismo como palabra, al entenderse como profeta escatológico. Y cuando San Juan lo llama Verbo, piensa más en la palabra de Dios que en el concepto griego de logos, palabra. “*El Hijo no habla por su gusto, su palabra viene del Padre que lo ha enviado*”. Jn 14,10; 12,25.

Para Jesús el hombre es palabra y se realiza comunicándose. Su palabra es el elemento de comunión con todos sus semejantes y también con la naturaleza. Se relaciona con su compañera de muchas maneras, pero una de las más importantes y quizá la fundamental, es su palabra. El diá- Gn 2,19-20.

logo es la forma de relacionarse del hombre y la mujer. Todos los demás signos vienen a expresar la autenticidad de su palabra.

Para Jesús el hombre es un ser que se relaciona con Dios, con los demás y con todas las cosas por medio de la palabra. Su relación con Dios se realiza por medio de la palabra, es decir de la oración, aunque en el fondo ésta no necesariamente consiste en palabras que se pronuncian. Desde el primer momento aparece en el Génesis el poder del hombre de relacionarse con Dios por medio de sus palabras.

Una de las características del hombre bíblico es su poder de relacionarse, sobre todo con Dios. Dios es para el hombre un ser que se expresa. Su expresión es la historia y sus palabras. El hombre, porque tiene espíritu, puede hablar. El espíritu es la fuente de la relación. *“El Espíritu del Señor está sobre mí, porque me ha ungido para anunciar a los pobres la Buena Nueva”*.

La palabra une a Dios con el hombre y también une al hombre con Dios. El Dios de la Biblia es un Dios poderoso en palabras y obras; que pronunció al hombre y se pronuncia por el hombre; que espera la respuesta en términos de tú.

La persona es el único ser que se entiende con Dios de Tú a tú. Al Tú de Dios corresponde el tú de tu persona. Y al tú de uno solo, corresponde el nosotros de todos, porque todos somos solidarios de la dignidad de cualquiera. Cuando un hombre habla con Dios es como si todos se estuvieran comunicando con Él.

En la creación, el hombre es la última palabra de Dios; la palabra que lo completó todo. Pero Adán como palabra, solamente era el eco de la que había de venir. Todos los hombres son la palabra múltiple de Dios. La palabra es solamente un signo, y lo significado es el hombre; con toda su riqueza y su miseria.

En la reflexión de influjo griego, logos significa λόγος, razón, palabra y sentido. El hombre filósofo, racional, intelectual y lógico no aparece en la Biblia; todos esos aspectos están incluidos germinalmente en su logos, es decir, en su palabra. El griego llega a la sabiduría por medio de la razón, el hebreo por medio de la Palabra de Dios en la Biblia.

La persona es el único ser que se entiende con Dios. Porque Dios ha hablado al hombre, el hombre puede hablarle a Dios. Hablar y escuchar son acciones que se corresponden y que nos configuran. Yo no podría hablarle a Dios, ni sentirme escuchado por él, si antes no lo escucho. Por algo el primer mandamiento, “el Shemá”, comienza con el verbo “escuchar”. *“Escucha, Israel, Yahvé es tu Dios, sólo Yahvé”*. Una de las obligaciones Dt 6,4. más grande del hombre es escuchar. Escuchar es necesario para aprender. El hombre solo escuchando puede conocer a Dios, de ahí la importancia de los profetas en invitar al pueblo a escuchar la palabra de Dios.

Para Jesús la comunicación con Dios era la oración. Orar era escuchar a Dios y hablar con él. Pero no tanto la palabrería de las muchas oraciones, sino la palabra que expresa al hombre entero, la palabra del corazón. Mt 7,21.

Porque el hombre es palabra, su palabra debe estar en coherencia con su persona: *“no todo el que me dice: Señor, Señor, entrará en el reino de los cielos, sino el que cumple la voluntad de mi Padre”*.
 Mt 7,21; 21,28.

El hombre es inteligente, es racional porque es capaz de escuchar. Oír y escuchar, es muy importante para entender y amar con todo el corazón. El hombre que no escucha es como si no entendiera ni amara. Hay que amar con todo tu pensamiento y con toda tu inteligencia. *“Que con mis gritos, llegue hasta tu rostro, Yahvé, por tu palabra dame inteligencia”*. Por eso la actitud fundamental del hombre inteligente es escuchar. *“Cada mañana, Yahvé, despierta mi oído para que escuche como un discípulo”*. Porque el hombre es palabra tiene que guardar silencio y escuchar. *“Guarda silencio, Israel, y escucha. Hoy te has convertido en el pueblo de Yahvé tu Dios. Escucharás la voz de Yahvé, tu Dios”*.
 Sal 119,169.
 Is 50,4.
 Dt 27,9.

Para Jesús, “escuchar” es de suma importancia. Juan piensa que Jesús es el que escucha la palabra de Dios y nos la comunica. Por otra parte Jesús quiere ser escuchado con el corazón. Su misión la comprende como un proclamar el reinado de Dios y el hombre debe aceptarlo y escucharlo.
 Jn 12,50; Lc 11,28.
 Lc 8,21; Lc 5,1.
 Mt 13,2s; Lc 8,5s.

El nombre —ὄνομα—

Para nosotros el nombre es algo accidental; nos llamamos de un modo como nos podríamos llamar de otro. Para los semitas el nombre expresaba a la persona misma. Y usar el nombre de Dios en vano era una falta seria. Por tal razón hasta

se evitaba usar el nombre de Dios en el lenguaje ordinario y se hablaba de él con circunloquios, como hablar del *reino de los cielos*, en lugar de hablar del *reino de Dios*.

En tiempo de Jesús el nombre de una persona no era solamente un nombre atribuido por suerte o gusto, o para recordar a un antepasado. Jesús debe llevar ese nombre porque es el salvador. El nombre completo de Jesús era, Jesús —Salvador— bar Joseph, Jesús hijo de José. Lucas añade, “según se creía”.

Lc 1,59-63.

Lc 3,23; Jn 6,42.

En el Evangelio el nombre de Jesús significa obediencia, sumisión, esto es, ser salvador, porque el salvador será el Mesías, el Siervo de Yahvé, y la salvación proviene de Dios.

Mt 1,21; Lc 1,31.

El nombre valía tanto como la persona y merecía el mismo honor y respeto, por eso hay que santificar o bendecir su nombre, y no jurar en el nombre de Dios.

Mt 6,9; 7,22; 10,20; 28,19.

El nombre de Dios significa Dios mismo. Es indispensable para invocarlo, como es necesario conocer el nombre de una persona para llamarla. Para invocar al verdadero Dios era necesario conocer su nombre.

Ex 33,12s.

Adán lleva el nombre que Dios le puso: “*hombre*”, porque lo formó de la tierra —humus—.

Gn 5,2.

“*El hombre —Adán— llamó a su mujer “Eva” por ser la madre de todos los vivientes*”. Imponer el nombre era tener un cierto dominio sobre lo nombrado, por eso el hombre puso nombre a todas las demás creaturas de la tierra.

Gn 3,20.

Gn 2,19-20; Ex 33,12,17. Ex 3,13-15; Gn 32,30. Ex 33,18-19. Dios conoce por su nombre a Moisés. Y para el que ama a Dios también es importante conocer su nombre. Moisés quiere conocer el nombre de Dios para poder invocarlo.

Ex 2,22. Mt 4,18; 10,2; Jn 1,42. Muchas veces el nombre se relaciona con las circunstancias del alumbramiento o de la vida, pero Jesús cambia el nombre de Simón, cuando cambia su función: “Pedro”, o piedra, “Cefas”, sobre la que se construye. Al hombre lo define o lo describe su nombre y su función. El nombre significa lo característico y propio de la persona.

Hch 4,8-12. Col 3,17. En la predicación inicial de los apóstoles el nombre de Jesús tiene especial importancia. Hacer las cosas “por su nombre” es hacerlas por amor a su persona.

La libertad —Ἐλευθερία—

Ex 3,7s. Dios quiere al hombre vivo y libre; éste ha sido creado para vivir en la libertad. Por eso cuando se esclaviza al hombre se toca a Dios en lo más vivo. El sufrimiento de Dios está en la esclavitud del hombre; y la voluntad de Dios, en la libertad del hombre.

La libertad en la Biblia no es un concepto o un ideal, es un hecho, como la esclavitud. Dios quiere al hombre libre de los egipcios, de los cananeos o de los babilonios. Casi se podría decir que la historia de su pueblo es la historia de su libertad y, por contraste, de su esclavitud.

Dios da la vida de verdad, es decir, da la vida para la libertad, para que el ser humano dirija su vida y la conforme según sus deseos; aun cuando

estos puedan ir en contra de la voluntad divina. El hombre puede hacer de sí mismo, esto es, de su vida y con su vida, lo que quiera.

Ser libre significa que el ser humano puede dirigir sus pasos, sus acciones, su vida. *“Puede ir a derecha o a izquierda”*. La visión de los posibles caminos a seguir supone la libertad. Jesús dice a sus discípulos: *“esfuércense a entrar por la puerta angosta”*. Dt 13,19; Si 15,14s.
Sal 32,8.
Mt 7,13; Lc 13,24.

La libertad por sí misma no es un valor, sino que está en relación con aquello que se elige. Cuando se entiende solo como la posibilidad de hacer lo que se quiere se le minimiza, su sentido tiene una dirección que es la configuración de la persona y en último término la referencia a Dios, por eso está en relación directa con la justicia, la bondad, el amor, la misericordia y con todos los valores que el hombre va descubriendo a lo largo de su vida.

La libertad le fue dada al hombre para que fuera más plenamente él mismo, optando por aquello que lo hace más plenamente humano.

La serpiente, en el Génesis, representa al Diablo y este constituye un aspecto especial de nuestra libertad. Un Dios que no dejara espacio para la libertad de su creatura, de Adán y de Eva, y también de la serpiente, no sería divino, o al menos no sería el Dios de nuestros padres. La serpiente no es una realidad al margen del hombre libre, vendría siendo la inclinación al mal propia de la condición limitada del hombre. Formaba parte del conjunto de realidades, es decir, de debilida- Gn 3,1.

des, por parte del hombre, pero también de fuerza, amor y gracia por parte de Dios y esto constituía la realidad del ser humano: un flujo y reflujo de obediencia y desobediencia, de conocimiento y desconocimiento, de amor y de falta de amor. No podemos echarle la culpa a nadie, ya sean serpientes, ángeles o demonios, porque todos los seres humanos somos responsables ante un Dios que nos ama y está presente para auxiliarnos y perdonarnos.

No somos una equivocación de Dios, ni estamos invadidos por seres extraterrestres, somos sencillamente libres, responsables y colaboradores con Dios en su obra por excelencia, que somos nosotros mismos.

En la Sagrada Escritura la libertad aparece como atributo original del ser humano. Pero no cualquier ejercicio de la libertad realiza a la persona, solo cuando opta por el bien, la verdad o la virtud. Porque el hombre es libre, es sujeto de mandatos y sujeto de obediencia, reconocimiento, amor y diálogo. Tiene libertad de acción que repercutirá en su modo de ser. De esa manera tiene libertad no solo para elegir sino también para conducir su vida y de esa manera su modo de ser.

Mt 12,8; Mc 2,28. Jesús entiende al hombre como ser libre. El mismo actúa con entera libertad ante las costumbres judías e incluso ante el sábado. Exige que sus discípulos sean plenamente libres ante cualquier vínculo que los ate; libres para seguirlo y ayudarlo a anunciar el Reino, de tal manera que a través de sus discípulos le dio continuidad a

su misión. Quiere discípulos libres de posesiones que los inmovilicen, de amores que los aten, de trabajo que los absorba, de temores que los paralicen, libres para ir con él a todas partes.

Jesús actuó con la más completa libertad. Con la libertad que correspondía al Hijo mayor. Libertad ante la ley, la costumbre, los ritos, el sábado. Él es el ejemplo más grande de libertad que podemos encontrar en la Sagrada Escritura. Las presiones humanas y las posturas predeterminadas o determinadas por otros parecían sublevarlo. Todo parecería desprenderse de un principio único: Dios es nuestro Padre y todos los hombres somos hermanos... libres, iguales, corresponsables. A nosotros no nos toca hacer diferencias, cuando no las hace Dios, que *“hace llover sobre justos y pecadores”*, y también nos toca perdonar como fuimos perdonados. Mt 18,26s; Lc 6,36s.

El corazón —Καρδιά—

Casi en todas las culturas —semita, occidental, mexicana— el corazón es un término que se refiere al todo del ser humano sin distinción alguna de alma y cuerpo. El corazón designa el sustrato último de la persona. Es la persona en lo más profundo, único e irrepetible.

“Oh Dios, crea en mi un corazón recto, renuévame por dentro con espíritu firme”. Sal 51,12.

El profeta le dice a Dios: *“Tú estás aparentemente cerca, en sus bocas, y lejos de sus corazones”*. Jr 12,2.

Dios demanda no solo obras, principalmente corazones. Dt 6,4; Jr 4,14.

Lc 1,66; 2,51; 5,22; 6,54. El corazón significa también la interioridad espiritual de la persona. Por eso escribe Cohélet: *“Yo dije en mi corazón”*. Como el corazón es el sustrato último de la persona, se puede decir que el corazón tiene ojos que pueden ver y ser iluminados. Y el libro de la Sabiduría comienza diciéndonos que hemos de *“buscar al Señor con corazón sincero”*. *“Los limpios de corazón”* son los auténticos, los coherentes, los que no tienen doblez, los de intenciones rectas.

Jr 29,13. *“Me buscarán y me encontrarán, cuando me busquen con todo su corazón”*.

Jr 24,6s. La nueva alianza sería escrita en sus corazones. *“Les daré un corazón para conocerme, pues yo soy Yahvé y ellos serán mi pueblo y yo seré su Dios, pues volverán a mí con todo su corazón”*.

Mt 16,26; 23,37. Lo que Jesús pretende durante su vida temporal, no es establecer una nueva religión, ni reformar el judaísmo, ni crear mejores estructuras, sino transformar los corazones de su pueblo, porque el tiempo es breve, y ante el fin todos los otros valores resultan relativos.

Mt 5,8; Sal 24,1-6. El corazón, en la antropología de Jesús, es el fundamento de la persona, su raíz, lo que el hombre tiene por determinar y lo determinante, por eso son *“bienaventurados los limpios de corazón”*. Dt 4,29. *“Si buscas a Yahvé tu Dios, lo hallarás, si lo buscas con todo tu corazón y con toda tu alma”*.

Ez 11,19. Los corazones pueden ser de carne o de piedra. Según se abran o se cierren a Dios. El Señor puede convertir los corazones de piedra en corazones de carne.

La formación del corazón es la formación de la persona en profundidad, porque el corazón es la raíz, la fuente y el último soporte del hombre.

Es evidente que la palabra persona, sobre todo en su acepción psicológica, es muy reciente y Jesús nunca la utilizó, pero el contenido de lo que entendemos nosotros por persona pertenece al mensaje más profundo de Jesús.

Para Jesús la bondad o la maldad del hombre surge de su corazón. Y Jesús les dijo: *“¿También ustedes están sin comprender? ¿No comprenden que todo lo de fuera que entra en el hombre no puede contaminarlo, pues no entra en su corazón, sino en el estómago y va a parar al excusado? Porque de dentro del corazón de los hombres salen las intenciones malas”*. El corazón es la fuente de su ser: *“De lo que derrama —rebosa— el corazón habla la boca”*. *“Del buen tesoro de su corazón saca lo bueno”*. Y por eso, *“donde está tu tesoro, ahí está tu corazón”*, cuyo sentido no se perdería al decir: donde está lo que amas, ahí está tu tesoro. Tu tesoro te define porque te absorbe, como el dinero al avaro. Tu vida depende del punto al que te conduce, tanto en la calidad humana como en tu destino.

Mc 7,18-23;
Mt 15,18-19.
Mt 12,34.
Lc 6,45.
Mt 6,21.

Lo que determina la calidad humana, para Jesús, es el corazón. Es decir, los sentimientos, más que los pensamientos, aunque también los pensamientos y deseos, porque detrás de una acción está un deseo, y detrás de un deseo, un pensamiento y un juicio. Por eso dio tanta importancia al amor a Dios y al prójimo. Para Jesús, como para nosotros, el hombre ama con el corazón,

Mc 1,35; I Jn 4,20.

Mt 9,4; Lc 5,22; no con el cerebro, pero también con el corazón
Mc 2,6. piensa, desea y decide.

1 S 16,7; Solo Dios conoce el corazón humano: *“El hom-
Lc 16,15. bre se fija en la apariencia externa, pero el Señor se
fija en el corazón”*.

Ez 11,19. Lo mejor y lo peor del ser humano es su cora-
zón. El corazón puede ser falso, rebelde, malva-
do, duro, de piedra, perverso, etc. Pero también
del corazón del hombre se dicen las más grandes
alabanzas, y en el fondo es todo lo que Dios quie-
re de él; el amor con todo el corazón.

Jr 3,15. Al ser tan importante el corazón, a Dios se le
atribuye de modo semejante. Lo mejor de Dios es
su corazón *“les daré pastores según mi corazón”*,
Hch 13,22; David era un hombre *“según el corazón de Dios”*.
1 S 13,14. Y su corazón es tan tierno que Sirácides, autor
Si 35,15. del Eclesiástico, puede decir que *“las lágrimas de
la viuda corren por las mejillas de Dios”*. Porque
Dios se com-padece.

Ireneo, El hombre es un ser que encarna y expresa el
Adv Haer IV, 14,1. amor de Dios. *“Dios hizo al hombre para tener en
quien colocar sus beneficios”*.

En la mentalidad de los hebreos el hombre pien-
sa, entiende y reflexiona con el corazón. Por eso
la sabiduría es propia del corazón. Llega por la
palabra de Dios. Sus mandamientos son fuente
de sabiduría e inteligencia: *“Guárdenlos y prac-
tíquenlos porque ellos son su sabiduría e inteli-
Dt 4,6. gencia a los ojos de los pueblos... dirán: esta gran
nación es un pueblo sabio e inteligente”*.

El hombre vivo —Ζωή—

Cuando Dios sopló en la nariz del hombre su aliento de vida, el ser humano resultó una persona viviente con la vida de Dios. εις ψυχὴν ζῶσαν.
Gn 2,7.

Ser humano, persona, —Ψυχή— significa integridad del hombre, el alma, o mejor la persona, es el todo, “*amar con toda el alma*”, “*mi alma canta la grandeza de mi Dios*”, y también la interioridad de la persona, “*en quien se ha complacido mi alma*”. “*Mi alma siente tristeza de muerte*”. Mt 22,37; Mc 12,30.
Lc 1,46; 2,35.
Mt 12,18.
Lc 12,19.

“*Diré a mi alma: ya tienes muchos bienes*”. Mc 14,34.

Se ve claramente que la palabra alma no coincide con nuestro concepto de alma distinta del cuerpo.

El alma puede estar hambrienta y con inmensa sed. Independientemente de la historicidad de los textos, podemos afirmar que Jesús tenía una forma de pensar bíblica y por eso puede decir que “*El alma come, bebe y banquetea*”. Porque el alma es el todo de la persona bajo el aspecto de interioridad. Por eso dice Job: “*Está mi alma hastiada de mi vida*”. Pr 25,25.
Lc 12,19.
Jb 10,1.

Para Jesús el alma no es inmortal, y no es parte del ser humano; tampoco habló de la salvación de las almas sino de la salvación de todo el ser humano. La vida, por la que vive el hombre, es solamente un préstamo, porque en último término le pertenece a Dios “*Esta noche te van a reclamar tu alma*” —es decir tu vida, tu ser personal—. Lc 12,20.
ἀπαιτοῦσιν.

Gn 9,4. El hombre es un ser vivo con la vida de Dios y por eso su vida es un don. Absolutamente hablando no le pertenece, es lo más suyo, y sin embargo ha de entregarla; Dios la reclama, la solicita. No piensa en el alma como algo separable sino en la vida que, para Jesús, es un sinónimo de todo el hombre. El hombre fue creado como un ser vivo, no un sujeto al que después se le dio el alma; y por tanto, el alma no es algo que tiene. La vida del hombre es el hombre vivo.

Lc 16,20; 23,43; Jn 14,2. El ser humano, que vivió vida temporal no vuelve a Dios como fuerza vital, sino a Dios como Padre con quien mantiene una relación personal, como el pobre Lázaro, o el buen ladrón, o el siervo bueno y fiel.

Gn 3,22; Lc 21,26; Hch 5,5,10. La vida —o sopro— que es de Dios, vuelve a Dios cuando el hombre muere. Para Jesús, como para todo judío contemporáneo no helenista, el hombre era mortal en sí mismo, por naturaleza, y podía morir en cualquier momento, era un ser vivo en peligro inminente. Así como lo propio de Dios es la vida, lo propio del hombre es nacer y morir. El hombre por sí mismo es temporal. Y la inmortalidad es un don inmerecido, que se desprende del amor personal de Dios.

Mt 2,20; Lc 21,19; Hch 2,27; Rm 11,3. Mt 6,25; Lc 12,22; 14,26. Hch 15,26 20,24; Rm 16,4; Fl 2,30. El término alma, que alguna vez puede traducirse por vida, puede significar la vida eterna y la temporal, que se quiere conservar, por la que no nos debemos preocupar excesivamente, y que debemos saber arriesgar, incluso sacrificar como Jesús. La esperanza de la vida eterna nos impulsa a no querer conservar para sí mismo la vida temporal, sino a posponerla: a poseerla no como

valor absoluto. Porque solo Dios puede salvarla, porque la salvación es comunión con Dios. St 1,21; 5,20.

Cuando la Virgen dice —o el evangelista— que *“su alma bendice y glorifica al Señor y que su espíritu se alegra en Dios su salvador”*, se está refiriendo a todo su ser. Y *“la humildad de su esclava es toda ella”*. Podemos afirmar que cuando Jesús, o los evangelistas usan la palabra alma se refieren al hombre entero, nunca a un componente de su ser. Lc 1,47-48.

Juan escribe, refiriéndose a Jesús, *“ahora mi alma se encuentra turbada”*. Por eso Lucas puede aplicar a la comunidad cristiana los vocablos y decir que tenían *“un solo corazón y una misma alma”*. Y también puede decir Pablo del muchacho que se durmió durante su largo discurso: *“el alma respira dentro de él”*. Nefes o alma significa, pues, toda la persona en cuanto vive con la vida de Dios. Hch 4,32. Hch 20,10.

Para Jesús el hombre no tiene alma, cuerpo, y espíritu, sino que es alma, cuerpo y espíritu; son formas de referirse a la persona entera, dueña de su ser y de sus decisiones, y bajo ese aspecto, también de su futuro. Nosotros, al separar y distinguir el pensamiento de Jesús con “ideas claras y distintas”, lo destruimos.

El alma, entendida como el hombre en su totalidad más profunda, es algo que puede ser visible a través de una visión de toda la persona. Ap 6,9; 20,4.

El concepto filosófico de alma es un concepto muy pobre. Prescinde del sentido social de la persona, no atiende al aspecto dinámico, se fija principalmente en la auto-conducción o en la

auto-organización, es decir, estudia sus funciones desde sí misma y se queda en la totalidad y unidad del yo. No atiende a la persona en el tiempo y en sus circunstancias concretas. Lo que el hombre hace con su vida y de su vida son solamente actos funcionales de su alma-cuerpo, no actos constitutivos de su persona.

Se conoce el alma solo por el cuerpo que es su concretización material y vendría siendo su expresión. El alma se concibe como algo aparte y prefabricado, o creado simultáneamente. El alma encaminada esencialmente a formar una unidad con el cuerpo, no podría existir sin éste. Y la continuidad del alma queda vinculada a la continuidad del cuerpo. Y por todo esto podemos decir que es un concepto pobre.

Mano y dedo —Χειρός καὶ Δάκτυλος—

El dedo, la mano, el brazo, se usan para hablar metafóricamente del poder, la fuerza o la autoridad de Dios.

Ex 31,18. Moisés *“les dio las dos tablas de los mandamientos, escritas por el dedo de Dios”*.

Lc 11,20. Y Jesús dijo: *“Pero si por el dedo de Dios expulso yo a los demonios, es que ha llegado el Reino de Dios”*.

Sal 89,14. El salmista reconoce el poder y la bondad de Dios: *“Tuyo es el brazo y su bravura, poderosa tu mano, sublime tu derecha”*.

Sal 89,14.22. *“Dijiste: mi mano será firme para David, también mi brazo le hará fuerte”*.

Los profetas afirman contra los enemigos de Israel: *“la mano del Señor está sobre ellos”*, o como señal de bendición o elección: *“Todos los que oían —las palabras— las grababan en su corazón, diciéndose ¿qué será este niño? Porque la mano del Señor estaba con él”*. 1 R 18,46.
Lc 1,66.

El rostro —Πρόσωπον—

El rostro, aplicado a Dios es un término que se refiere a su manifestación y comunicación; Moisés desea ver el rostro de Dios para conocerlo y adorarlo. La bendición de Aarón dice así: *“que Yahvé te bendiga y te guarde, que haga brillar su rostro sobre ti y te sea propicio, que Yahvéh te muestre su rostro y te conceda la paz”*. Que Yahvé ilumine tu rostro significa: que se te manifieste y revele cada vez más, que lo conozcas plenamente. Nm 6,25.

Y el padre israelita anhela para su hijo: *“Busca a Yahvé... busca su rostro”*. —*“Tu rostro buscaré, oh Yahvéh”*—. 1 Cro 16,11.
Sal 27,8.

Pero el rostro de Dios solo lo contemplan los ángeles; en este mundo nadie puede ver su rostro y seguir viviendo, porque su rostro es Dios mismo. En la vida eterna le contemplaremos cara a cara. Mt 4,18,10.
Ex 33,18-23.
1 Co 13,12; Lc 5,8;
1 Jn 3,2.

Refiriéndose al ser humano, también el rostro refleja al hombre entero; *“Tú eres la salvación de mi rostro y mi Dios”*. Jeremías dice; *“endurecieron sus rostros más que una roca y rehusaron convertirse”*. Sal 46,12; 43,5.
Jr 5,3.

Por el rostro se conoce a una persona, y quien no ve el rostro de una persona no la identifica suficientemente. En el Evangelio aparece mu- Gn 32,21.

chas veces el deseo y el hecho de mirar a Jesús para conocerlo, identificarlo, amarlo y seguirlo. Podemos decir que conocer a Jesús y entrar en comunicación visual y de palabra con él, era una experiencia personal prácticamente indispensable para el seguimiento. *“Vengan para que lo vean.*

Jn 1,39. *Fueron y vieron dónde vivía y se quedaron con él aquel día”.*

San Juan nos cuenta que algunos griegos, que probablemente habían asumido la fe de Israel y algunas de sus prácticas, *“se acercaron a Felipe y*

Jn 12,21. *le dijeron: queremos ver a Jesús”.*

1 Jn 1,1s;
Cf 2 Co 3,18. Los discípulos contemplaban la gloria de Dios en el rostro de Jesús. Y refiriéndose a Jesús el evangelista dice; *“resplandeció su rostro como el*
Mt 17,2. *sol”*, y San Juan; *“Verán su rostro y su nombre*
Ap 22,4. *estará en sus frentes”.*

Pero el rostro también puede ser una mera apariencia, por eso *“Dios mira el corazón y no solamente los rostros”.*
Jr 11,20; Mt 22,16.

Los ojos —ὄφθαλμός—

En el Antiguo Testamento los ojos son el reflejo del corazón, es decir, de toda la persona aun cuando se trate de Dios: *“Yahvé ve a los hijos de*
Sal 11,4. *Adán”*, *“Los ojos de Yahvé están atentos a aquellos*
Sal 33,18; 34,16. *que esperan en su amor”.*

Pr 6,13; 10,10. Cerrar el ojo significa desprecio, es apartar la mirada.

Los ojos son lo más delicado y por eso símbolo de gran cuidado: *“guárdame como a la pupila de*
Sal 17,8.

tus ojos". "Los hombres miran los ojos —la apariencia— pero Yahvé mira el corazón". 1 S 16,7.

"Siete cosas abomina "Dios en su alma":

- 1- ojos altaneros,
- 2- lengua mentirosa,
- 3- manos que derraman sangre inocente,
- 4- corazón que fragua planes perversos,
- 5- pies que corren ligeros hacia el mal,
- 6- testigo falso que respira calumnias,
- 7- y al que siembra pleitos entre hermanos". Pr 6,16-19.

Jesús se fija en la función natural del ojo, que es ver, entrar en contacto con la realidad, y de ahí pasa a un sentido espiritual, por eso hay quienes "viendo no ven y oyendo no oyen". Son personas que ven pero no interpretan, ven físicamente pero no espiritualmente. Y en cambio a los que lo siguen les dice: por eso son "*felices sus ojos porque ven y sus oídos porque oyen*", lo que los otros no vieron ni escucharon. Mt 6,22; Lc 11,34. Mt 13,13. Mt 13,14s.

Lucas nos dice: "*la lámpara de tu cuerpo es tu ojo. Si tu ojo está sano todo tu cuerpo estará luminoso; pero si está malo también tu cuerpo estará a oscuras*". Aquí, según el lenguaje hebreo, el cuerpo está por toda la persona. El ojo es la actitud, la buena y recta intención. "*Mira que la luz que hay en ti no sea oscuridad*". Lc 11,33s. ὀφθαλμός.

El ojo que ve, y que ve bien, es la recta intención. Lo que es el ojo para el hombre eso es tu mente para tu conciencia, por eso debes cuidar tu manera de pensar, tus intenciones, como cuidas tu vista. Y a la imagen del ojo sigue la de la luz: "*Si el esplendor que hay en ti —que debe ha-* Mt 6,23. ὀφθαλμός.

ber en ti— se convierte en tinieblas, ¡Cuánta será la oscuridad!". Los ojos que no ven y los oídos que no oyen representan a las personas que se cierran al mensaje de Jesús.

La cabeza —Κεφαλή—

El sentido metafórico de "la cabeza" no es tan usado como el de otras partes del cuerpo, en la cultura hebrea. Puede designar al ser humano, de forma muy general, y se le contrapone a la muchedumbre.

La cabeza es sinónimo de persona individual; *"Cada israelita debía recoger cuanto necesitara para comer, un gomer por cabeza, según el número de personas que vivan en su tienda"*.

Más frecuentemente se usa para referirse al punto más elevado, como la cima de un monte. También lo más alto de una construcción, de ahí la expresión; piedra de cabecera, o última piedra. También se aplica a los hombres principales, o al que va por delante de un grupo. Se aplicaba al sumo sacerdote, como cabeza de los sacerdotes de orden inferior. Y también a los caudillos del ejército, del pueblo o de la familia.

Jesús no usa el término en el sentido de autoridad o de jefe de grupo. *"Jesús prohibía que se jurara por la cabeza"*, es decir, por lo más alto de la persona.

San Pablo lo utilizará en sentido de autoridad, para referirse al hombre con respecto a la mujer y, después de la resurrección para referirse a Cristo con respecto a la Iglesia: *"Él es también"*

la Cabeza del cuerpo de la Iglesia". Dirá también "la cabeza del hombre es Cristo, y la de Cristo es Dios". Se le llamará también Cabeza de toda la creación, en un orden cósmico.

Col 1,18; 2,19.
1 Co 11,3.
Ef 1,22; Col 2,10.

El hombre es luz —Φῶς—

El hombre es una luz que puede decir o significar algo que ilumine la vida de los demás. De esa manera el ser humano es la expresión de Dios para los demás. Al hablar del hombre como luz se quiere significar un aspecto importante de su persona, su responsabilidad social, con respecto al mensaje recibido y a su fe.

Mt 5,14-16.

El hombre es, ya desde ahora, la luz de Dios en el mundo. La vocación personal es el tesoro de Dios escondido en este mundo. El ser humano es el tesoro de Dios; y el primero que tiene que encontrarlo es la persona misma. La luz de Dios brilla en el espíritu humano. *"La lámpara de Yahvé es el espíritu que explora hasta el fondo de su ser"*.

Mt 5,14; 1 Co 31s.
Cf Mt 13,44.

Pr 20,27.

En Mateo, Jesús compara la función de los discípulos, a la de la luz que es iluminar, ya sea la casa o las ciudades, porque cada discípulo, y podemos decir, cada ser humano, tiene una responsabilidad social y es como una luz que puede iluminar a los demás.

Mt 5,13-16.

Esta responsabilidad es personal, inalienable e insustituible. Lo que parece sugerido en la parábola de las vírgenes previsoras e imprudentes, al no compartir aquellas el aceite de sus lámparas porque la luz se entiende como las buenas obras y los méritos personales.

Mt 25,1s.

Cuando el hombre es luz se convierte en líder y guía de todos. *“Brille así tu luz ante los hombres que viendo tus obras buenas glorifiquen al Padre que está en los cielos”*.

Mt 5,16.

1 Jn 1,5. A Dios también se le comprende como luz que ilumina la vida humana, como principio de todo bien, opuesto a todo mal —tinieblas—. De esa manera la luz por excelencia es Dios que ilumina al pueblo judío con la ley y al pueblo cristiano con el Evangelio.

La vida como una lámpara —Λύχνον—

La vida se escapa poco a poco, como se consume el aceite de una lámpara. Y está expuesta a múltiples peligros, como la luz de una vela. *“Al que maldice a sus padres se le extinguirá la lámpara en medio de tinieblas”*. Puede ser que Jesús tenga presente esta imagen al hablar de las vírgenes desprevenidas.

Pr 20,20; Jb 21,17.

Mt 25,1s.

Dado que la vida es como una lámpara, también la descendencia, o la permanencia de un linaje, es como la lámpara para los padres. Cuando significa la voluntad de Dios, sus mandamientos y normas de vida, puede aplicarse a Dios: *“Tú eres, Yahvé, mi lámpara, mi Dios que alumbrá las tinieblas”*.

1 R 11,36;15,4;
Pr 13,9; 24,20.

2 S 22,29.

CAPITULO VI

EL HOMBRE EN EL MUNDO

El hombre y el mundo —Κόσμος—

Para Jesús el mundo es el medio vital del hombre. Este es “*de tierra y terreno*”. El mundo antes de ser el elemento que nos aparta de Dios, es el lugar y el tiempo en que lo encontramos, donde él nos habla, nos cuida y nos protege. Jesús descubre al Padre y el modo de ser del Padre-Dios en el mundo. “*No andes preocupado por tu vida, qué comerás, ni por tu cuerpo, con qué te vestirás, ¿no vale más tu vida que el alimento y el cuerpo más que el vestido? Mira a las aves del cielo...*”

1 Co 15,47.

Mt 6,25s.

En las cosas más naturales, normales y concretas, como los lirios del campo, las aves del cielo o el amor de un padre por sus hijos, descubre Jesús lo que vale el hombre para Dios.

Mt 7,9; 6,18.

Todas las parábolas están tomadas del mundo y de la vida diaria, y le hablan de Dios. “*Ustedes valen más que todas las aves*”.

Lc 12,24.

1 Co 15,47. “*El hombre de tierra es terreno*”, este mundo es su medio vital, su caldo de cultivo, esta es su tierra y su patria. Es de tierra y vive en la tierra.

El mundo no es materia corrupta, al estilo de Platón. Jesús no tenía ninguna visión negativa sobre el mundo y la materia; el hombre era parte integrante del mundo y el mundo parte integrante del hombre

Jn 1,10; 3,16.17.

“*El árbol de la vida*” del Génesis nos dice que el hombre por si mismo es mortal y que solo comiendo de él alcanza la inmortalidad.

Gn 2,9; 3,22-24.

La realidad histórica y terrena es que somos de tierra y terrenos. Somos hombres del más acá, y del más allá de nuestra fe y de nuestra esperanza, que es participación de la gloria de Jesucristo. “*Si Cristo no hubiera resucitado*”, tampoco resucitaríamos nosotros.

1 Co 15,17.

En sentido objetivo o natural el lugar propio del ser humano es el mundo. El lugar de los muertos es el “*Seol*”, como el lugar de Dios es el cielo. Solo en el contexto de la fe se puede decir que somos peregrinos. Sin la visión de la fe, nuestra patria es la tierra, este mundo y esta tierra.

Por la filosofía no se demuestra con evidencia la vida eterna. No hay filosofía que verdaderamente nos saque de la muerte. La filosofía contemporánea ha puesto de manifiesto la insuficiencia de toda filosofía con respecto a la otra vida, pode-

mos decir que aunque la creencia en el más allá sea un hecho étnicamente universal, cae dentro del mensaje fundamental de la fe.

Cristo creía en la resurrección, y que Dios era un Dios de vivos y no de muertos. Todo el mensaje del Evangelio se basa en la fe en el más allá. La antropología de Jesús culmina en la fe en la resurrección, por la que el hombre llega a la comunión con Dios. Mt 20,27s.

Jesús era un judío de Galilea, que quizá en su infancia pastoreó ovejas como lo hacían muchos niños contemporáneos: *“¿Qué pastor hay que tenga cien ovejas, si se le pierde una...?”*. *“Ustedes valen más que muchas ovejas”*. Mt 18,12; Lc 15,4.
Mt 12,12.

Después se dedicó al trabajo de José, su padre, que era carpintero y obrero dedicado a la construcción. Y muy probablemente también fue campesino, porque lo eran casi todos los habitantes de Galilea. Quizá fue de los asalariados contratados a primera hora del día. Gozaba con la vida del campo, veía a Dios en la yerba verde, en las flores y en los pajarillos de colores que se atrapaban con trampas de jaula o de red y luego *“se vendían dos por la misma moneda”*. ¡Que hermosos!, ¡Que parvada! *“Y Dios tiene cuidado de todos. ¿No valen ustedes más que todas las aves del cielo?”* Mt 20,1s; 21,28.
Mt 10,29.
Mt 6,26.
οὐχ ὑμεῖς μᾶλλον διαφέρετε αὐτῶν.

La naturaleza para Jesús no era algo independiente y autónomo, era la forma en que Dios se manifestaba en la vida.

Jesús era feliz cuando veía cómo se cultivaba la vid. Cómo surgían de la cepa los retoños con

tiernos tentáculos con los que se prendían de las ramas secas, con las que se formaba una especie de pirámide a su alrededor, o más comúnmente, una hilada de postes con ramas horizontales para que la vid creciera prendida de ellas y diera su fruto. Hay que cortar los sarmientos que serpentean sin apoyo, para que no crezcan en todas direcciones. Hay que podar unos y afianzar otros. Habrá que cuidar el riego oportuno. Era un trabajo que requería amor. Amor a la vid, a las uvas y al vino.

Jesús disfrutaba con la naturaleza. En un primer momento, el fruto es pequeño y ácido, pero luego, con el tiempo y el sol, crece y se hace dulce e irresistiblemente apetitoso. En ocasiones habrá que abonar la tierra para que tenga toda la vitalidad necesaria para dar el fruto a su tiempo. Para Jesús el hombre es un ser en contacto con la naturaleza, que le habla de Dios de su amor y de su grandeza. *“Miren las aves del cielo que no siembran, ni cosechan, ni recogen en graneros; y el Padre celestial las alimenta. ¿No valen ustedes más que ellas?”*.

Jn 15,1s.

Lc 13,6; 21,29.

Mt 6,25s.

El mundo entero es como la viña de Dios, pero más particularmente “el pueblo de Israel”, que tanto trabajo le ha costado.

Is 5,1s; Mt 21,33.

Una de las cosas bellas del mundo es cultivar la tierra y pasear por el campo lleno de flores al caer la tarde. Por algo el paraíso se compara a un jardín donde Dios paseaba con el hombre.

Gn 3,8.

Jesús se admiraba de la generosidad de la tierra que hace crecer fuertes troncos pero también ta-

llos, de una diminuta semilla de trigo. Le llama la atención el tamaño de la semilla de mostaza y el árbol que nace de ella. Las agujas de la espiga servían para que las aves no se comieran la semilla antes de la cosecha. Había también olivos cargados de aceitunas que producían el aceite indispensable para comer. Lc 17,6.

Jesús vivió en un mundo enriquecido con la hermosura de la agricultura y la fecundidad de la tierra, y con todo lo que ella produce. Galilea era la tierra más fecunda del pueblo de Israel.

Y con el campo están los animales que pastan en él: una burra con su burrito, las vacas y las cabras para la ordeña, las gallinas, los huevos, y los pollitos, las palomas y su vida libre en casa, con sus nidos y sus cucurruqueos. Lc 13,34.

A Jesús le gustan las vacas, la leche y el queso; las abejas con la miel, las palmeras con los dátiles y las higueras con sus higos.

Para Jesús, el hombre es maravillosamente de tierra y terreno, este es su mundo y la vida eterna es lo que le sigue, que necesariamente será como un verdadero paraíso. Lc 23,43; Ap 2,7.

El mundo, en la antropología de Jesús, es parte esencial y constitutiva de la vida del hombre, que no puede vivir ni crecer y desarrollarse sino en el mundo.

Es evidente que el campo, o las ciudades, afectan a la manera de ver, pensar, sentir y vivir de los seres humanos, por eso el Evangelio está lle-

no de alusiones y expresiones rebosantes de amor a esa vida campirana.

En el trabajo el hombre ha de valorar, gustar y apreciar el mundo. Porque el que ama al Creador ama lo creado, pero también, porque el que ama lo creado lo admira y lo acepta, y así ama a Dios en la realidad que lo rodea.

El mundo malo

Sin embargo, el mundo tiene también una acepción negativa en la Biblia, es el mundo malo construido por los hombres, que vendría siendo el resultado histórico de tantas injusticias y pecados personales. Es el mundo que agrede y amenaza a los justos; es aquel del que Jesús quiere librar a sus discípulos; *“el mundo los ha odiado porque no son del mundo, como yo no soy del mundo, no te pido que los retires del mundo, sino que los guardes del maligno”*. O como leemos en San Mateo; *“que los guardes del malo,”* que se puede interpretar como el Demonio.

Jn 17,14-18;
Mt 6,13.

Jesús captó el mundo como un mundo hostil que no aceptaba su persona ni su mensaje. Por eso se quejó de la gente en más de alguna ocasión. Ese mundo de no aceptación del mensaje del reino, de hipocresía y falsedad, se tipificó en los fariseos a quienes el evangelista llama *“serpientes”*, —y la serpiente era signo del diablo—, *“generación de víboras”*. Jesús ha tratado de reunirlos a todos, buenos y malos, *“como una gallina reúne a sus polluelos”*.

Mt 11,21.
Ap 12,9; Mt 23,23;
Lc 10,13.

Mt 23,37.

Jesús pudo haber entendido el mundo malo como el mundo dominado por las fuerzas de Sa-

tanás y principalmente el mundo de los seres humanos. De esa manera, Jesús viene al mundo no solamente en sentido espacial, sino también en sentido espiritual, al mundo de la injusticia que lo necesita como el enfermo al médico. Vino al mundo enfermo, que aunque lo rechace, necesita al médico. Mt 9,12.

La multitud, los demás —Πλεσίον—

Para Jesús, el hombre es un ser responsable de los demás; los demás deben ser sus beneficiados. Él debe compartir lo que Dios le ha dado, y debe comportarse con los demás como Dios se ha comportado con él. Lc 10,33.

No solo para los niños, también para los adultos, es imposible una vida humana digna sin confianza. La vida solo es posible basada en la confianza. La confianza se convierte en amistad y la amistad en confianza. El amor trae consigo la confianza. Cuando hay confianza la imagen del mundo y de la otra persona se transforman. El tú dirigido a la otra persona, es un signo de un tú a todo el mundo, porque siempre está en referencia a los demás. Y es un signo del riesgo que se corre al confiar. La confianza es piedra angular de una sana convivencia y de una sana personalidad.

Jesús dio toda su confianza, tiempo y afecto a sus discípulos, estos estaban en función del Reino, es decir, de la gente.

Respecto a la justicia decía: *“No hagas a otro lo que no quieras que se te haga a ti”*. Pero no bastaba. Llegaba hasta el extremo. *“Si alguno te pega en la mejilla derecha, preséntale la otra. Si alguno* Mt 7,12; Lc 6,31; Tb 4,16.

Mt 5,39s; Lc 4,29; Lm 31,30. *te hace pleito por tu túnica, déjale tu manto*". Vive con todos en paz. Si un romano te obliga a llevar su carga una milla, llévasela dos. En la antropología de Jesús el amor a los demás es lo esencial, sin diferencias de razas ni credos. Podríamos decir que es lo específicamente humano y la falta de amor es lo específicamente inhumano. Todo esto no nos habla solamente de un modo de actuar, sino de un modo de ser y vivir.

Mt 5,44; Lc 6,27. *"Ama a tus enemigos, haz el bien a quienes te odian; ruega por quienes te persiguen"*. "No juzgues y no serás juzgado". "Perdona y se te perdonará. Se misericordioso como es misericordioso tu Padre celestial". Pide no condenar a los demás para no ser condenado. Que no juzgues a los demás para no ser juzgado. Quiere la máxima benignidad hacia el otro. Sé generoso porque *"Hay más alegría en dar que en recibir"*.

Mt 23,12; Lc 14,11; 18,14. No busques los primeros lugares. Porque *"el que se humilla será elevado; el que se eleva será humillado"*. No veas a los demás como inferiores a ti, sino ponte en el último lugar.

Jn 13,14-15; Mc 10,45; Mt 20,28. Servir es un privilegio. Por eso dice: también ustedes deben prestarse los más humildes servicios. Piensen que han venido a servir y no a ser servidos.

1 Jn 4,20. Después de Dios, los demás, sobre todo los más necesitados deben ser los más importantes para ti. Porque, decía uno de los primeros discípulos, *"si no amas a tu hermano a quien ves, cómo amarás a Dios, a quien no ves"*. La verdad de la fe en

Dios y del amor a los demás tienen que mostrarse, acreditarse y verificarse en la práctica.

Los demás son la multitud, los que escuchan y ponen su esperanza en Jesús, pero con ellos están también la gente que no se fía de él.

Jesús tiene algo que desorienta. No actúa como todos los rabinos, ni como todos los fariseos. No se preocupa de las tradiciones de los mayores. Es demasiado libre e independiente. No observa el descanso sabático que es mandato divino prescrito por Moisés. Sus sermones multitudinarios tienen un gran encanto, pero no se ajustan a lo que dice la Ley. Se acerca y toca a los leprosos. Come y bebe con publicanos y pecadores. Está de acuerdo en pagar impuestos. Se deja seguir de una mujer de mala vida y dice cosas tremendas, como que el templo no durará y que pronto se acabará el mundo.

Jesús se adaptó al pueblo de Israel en su lenguaje, en sus acciones y en su modo de pensar más que cualquiera de los profetas anteriores.

Pero también dice cosas maravillosas que tienen que ser ciertas, como *“felices ustedes, que sufren, porque yo les digo que Dios está más dispuesto a enjugar sus lágrimas que ustedes a derramarlas”*. Mt 5,5.

Cumple exactamente lo que pedía el profeta Jeremías al anunciar una nueva alianza. Repite lo que decía Miqueas: *“Lo que el Señor quiere de ti es solo que obres justamente y que ames la misericordia. Que camines humildemente con tu Dios”*. Jr 31,31-34; 4,1s; 1,22. Mi 6,8.

Para Jesús todo tiene sentido, nada es absurdo, porque guarda dentro la voluntad de Dios, como

un fruto su semilla. Lo único verdaderamente absurdo es lo que se opone a Dios. Lo que Jesús quería era solidaridad y amor mutuo, porque todos son hermanos, y solidaridad y amor a Dios, porque todos son hijos, sus hijos. La antropología de Jesús era una exigencia de solidaridad, amor y misericordia al estilo de Dios.

Resumió toda *“la ley y los profetas, en el amor a los demás”* e hizo del amor mutuo su principal mandamiento, y del pobre y necesitado su principal *“sacramento”* como dijo a sus discípulos: *“Yo en ellos y Tú en mí”*; así Jesús está en los necesitados como Dios está en él. Jesús habla de semejanzas y paralelismos, no de problemas metafísicos. Por eso *“hacer lo justo a los ojos de Yahvé”* es el precepto que todo lo abarca.

Mt 25,31s;
Jn 17,23.
Cf 2 Co 13,5.

Para Jesús el hombre no es un sistema cerrado en sí mismo, su naturaleza es su apertura a los demás y a Dios. Solo se es hombre de verdad cuando se está abierto a Dios y a los demás, particularmente con los más necesitados. Lo esencial no es solamente la unidad de sí mismo, sino la unidad del hombre con el hombre, la unidad entre las personas.

Nunca se realiza el hombre en su relación consigo mismo, en egocentrismo. La fuente de su humanidad está en su relación con los demás. El ser humano es una realidad pensante vinculada y relacionada socialmente. Si se aísla se deshumaniza. Es, por naturaleza, relacional. Aislarlo es darle muerte.

El hombre individual no tiene en sí mismo la esencia y el sentido del hombre, ni como ser consciente, pensante, libre, responsable. Su ser se halla en estrecha relación —constitutiva, no accidental— con su comunidad. Para Jesús, el hombre es un ser en proceso, con la capacidad de determinarse a sí mismo con sus decisiones y con sus actos, pero también con sus sentimientos, particularmente, con su amor. Lc 10,33.

Los demás no son, o no han de ser un conjunto anónimo de personas, sino una serie de “tus”, es decir, un conjunto de personas con quien cada uno se relaciona en fe, confianza y amor personal.

Solo el hombre con el hombre es un perfil exacto de sí mismo. Es una imagen de frente a sí mismo, de tal manera que puede reconocerse en el otro y por eso debe amar al otro como a sí mismo.

Pertenece a la esencia del hombre sus relaciones con los demás, con las cosas, con Cristo y con Dios. Jesús puede decir de sí mismo: *“Cuan-
tas veces hiciste algo a favor de alguien que te ne-
cesitara, conmigo lo hiciste”*. Mt 25,40.

Para Jesús, el hombre no se explica por su actitud ante sí mismo, sino principalmente por su actitud ante los demás, y principalmente por su actitud ante Dios. A Jesús lo define como Hijo el ver y experimentar a Dios como Padre. Pero los demás también pueden ser destructivos. Dado que la confianza para vivir con los demás es necesaria, también es necesaria la prudencia. Por eso *“sean sencillos como las palomas y prudentes como las serpientes”*. Lc 10,29s. Mt 10,16.

Jesús no habló del ser humano como racional ni tampoco de la libertad como tema aparte. Habló del hombre que debe pensar naturalmente, que debe actuar libremente, y así, libremente el seguirlo, elegirlo y anunciar el reino.

Mt 20,15; Lc 4,6. Podríamos decir que Jesús siempre cuenta con la voluntad de sus seguidores “si tú quieres ven y sígueme”. La libertad la vio como un gran bien porque a Dios solamente se le puede amar y seguir en libertad. El mandamiento de amar a Dios está engarzado en la libertad. Jesús entró en el corazón de sus discípulos por la puerta de la libertad. La libertad es para hacer lo que se debe hacer con amor.

La libertad está ligada a la voluntad del que decide seguir a Jesucristo cumpliendo sus mandamientos. El mensaje de Jesús no se puede comprender sin una voluntad que decide y elige seguir a Jesucristo y, de esa manera, hacer que él determine la propia vida.

CAPITULO VII

LA FAMILIA JUDÍA

Generalidades

La familia surge de la diversidad y complementariedad de los sexos, así como de la necesidad que tiene el ser humano de cuidados y educación durante algunos años. Entre todos los seres vivos, el hombre es el más desprovisto para enfrentar la vida.

En el pueblo de Israel la familia está constituida por las relaciones de hombre y mujer, padres e hijos, así como parientes, huéspedes y colaboradores. Se consideraba como hijo de familia a todos los que vivían en una tienda o en un conglomerado de pequeñas casas, siempre que estuvieran bajo la protección de un jefe de familia; y así cuando un jefe de familia se convertía, se convertía con todos los suyos.

En el antiguo Israel la relación de padre e hijo, en sentido propio, era sumamente profunda. Uno y otro formaban un todo vital, de alguna manera transpersonal. “*Ser hijo de Abraham*” era Abraham en sus hijos y los hijos en Abraham. Había una especie de sobrevivencia del patriarca en sus descendientes y del padre en sus hijos. La responsabilidad y autoridad de los padres se proyectaba sobre los hijos de tal manera que también a ellos les pertenecía lo que hacían o dejaban de hacer los padres.

Gn 46,1s.
Jn 8,34s.

La familia israelita representa la unidad de la vida y es el lugar natural del encuentro con Dios. En el Antiguo Testamento las primeras historias de fe son historias de familia.

Gn 16,1s.

La familia se ampliaba por la cantidad de hijos. No debía desaparecer —“*levirato*”—. La Sagrada Escritura abunda en recomendaciones para las relaciones familiares. El hijo estaba siempre en relación de dependencia con su padre. La mayoría de edad no lo independizaba.

Gn 24,60; Sal 127,3s.
Dt 25,50.
Gn 49,1s.

El núcleo familiar es el nido en que se forman los nuevos miembros del mundo judío.

Los padres forman la atmósfera de atención que el niño necesita. Los padres son autoridad, protección y entrega por amor.

Jesús no transforma el modelo de familia. Parte de la familia y vive en ella como en algo establecido, duradero y valioso, incluso le sirve de ejemplo para hablar de la relación más profunda entre los hombres y Dios, y entre los hombres entre sí; como hermanos que se aman, se ayudan

y se protegen. La imagen del niño resulta fundamental para hablar del reino de los cielos, por el abandono y la confianza de estos en sus padres.

Mc 10,15; Lc 18,17.

Jesús no tiene nada en contra de la vida familiar o patriarcal; por el contrario es la imagen más clara y existencial que encontró para hablar de Dios y del Reino de los cielos. Para Jesús solo por el reino de los cielos vale la pena dejar la vida familiar. Y todo aquel que cumple la voluntad de su Padre, es como su madre y sus hermanos.

Mt 19,5; 12,46.

En las parábolas habla de la familia repetidas veces sin ninguna actitud crítica. Pero tampoco es un valor absoluto. La relación familiar, con sus derechos y obligaciones, debe ceder ante el anuncio del reino. Jesús vivió en familia la mayor parte de su vida, y como primogénito fue jefe de familia, la que dejó al margen por anunciar el reino.

En la parábola del hijo pródigo se pone de manifiesto no solo la misericordia de Dios, sino también la relación familiar que sirve de imagen: el amor paterno y la confianza filial, que no desaparecen a pesar de graves faltas. El amor es la amalgama que une a todos los componentes de la familia. La estructura familiar llega a ser la imagen de la relación fundamental con Dios y con los demás. Pero la estructura familiar no deja de estar sujeta a la visión escatológica donde la relación con Dios sobrepasa las relaciones humanas.

Lc 15,11s.

Mc 12,25;
Mt 20,30.

Jesús pensaba en el hombre en términos familiares, tribales, por eso eligió a doce apóstoles,

- Mc 3,13. porque eran doce las tribus de Israel, y por eso aparecen, al principio del Evangelio, las listas de los ancestros. Para Jesús el hombre es un ser ante todo histórico, vinculado con sus antepasados. Correspondía al apellido de Jesús el llamarlo “el hijo de José”.
- Lc 3,23s; Mt 1,1-17.
- ὁ υἱὸς Ἰωσήφ.
Lc 4,22.

El jefe de familia

- El padre de familia es el director o guía de ella y quien ha de brindar refugio y defensa. El padre de familia es una figura venerada y a Jesús le sirve para proyectar la imagen más clara de Dios. Su familia y sus hermanos son todos los que de alguna manera dependen de él. Cuando Jesús anuncia el reino sabe que los más próximos a él son como su madre y sus hermanos, porque cumplen la voluntad de Dios en la aceptación del reino.
- Mc 3,33.

En el hacerse a sí mismo y descubrir su misión, el padre de familia tenía gran importancia; porque se vivía en un orden de acontecimientos religiosos, y no solo en un orden de procesos socio-biológicos.

- El padre era una especie de sacerdote en su familia. Función que perdió o se disminuyó notablemente con la centralización del culto, aunque nunca desapareció el derecho y la obligación de educar en la fe. El cuarto mandamiento imponía el deber de prestar a los progenitores el cuidado y la atención debida hasta su muerte.
- Dt 6,20s.

Funciones paternas

En la familia hebrea, al padre le tocaba presidir la comunidad familiar y cuidar del estricto cumplimiento de todas las normas religiosas. Él debía iniciar el rezo del Shemá y probablemente de algunos salmos, tanto al principio como al fin del día. Le tocaba bendecir a Dios por los alimentos preparados por la esposa. A Jesús le impresionaba la devoción con que José daba gracias a Dios y bendecía los alimentos. Esta costumbre casi ritual la hizo suya hasta el fin de su vida y de alguna manera prefiguraba la Eucaristía. Mc 14,22; Mt 26,26.

El ambiente familiar era prácticamente un templo doméstico, una sinagoga y una escuela, y el padre de familia una especie de sacerdote y catequista, la madre aparecía como sacristana y siempre en los últimos puestos de la pequeña asamblea.

El Evangelio nos dice que bajo el cuidado y con el ejemplo de José, *“Jesús crecía en edad sabiduría y gracia delante de Dios y de los hombres”*. ἦν ὑποτασσόμενος.
Lc 2,51; 1,80.
προέκοπτε.

Fue tan rica e importante la infancia para Jesús, que pensó que la mayor comunión con Dios para todo cristiano era como la de un niño con su padre. Y que “ser como niño” era una condición para entrar a la vida eterna. *“Si no cambian y se hacen como niños no entrarán en el Reino de los cielos”*. Por ese motivo enseñó a los discípulos a dirigirse a Dios con el término de *“Abbá”*, que corresponde a papá, pero dicho con cariño de niño bien tratado y querido. El arameo del térmi- Mt 18,3; Mc 9,36.

no hace caer en la cuenta de que ese atributo de Dios es más familiar que bíblico.

La circuncisión

La circuncisión de todo varón era una obligación ineludible de los padres de familia. En épocas muy antiguas estaba relacionada con ritos de iniciación a la vida matrimonial y a la procreación. Esta práctica se tomó probablemente de los egipcios. Los habitantes preisraelitas de Caná la ignoraban.

Cf Os 11,1-9.24;
Is 14,6; Ex 4,25.

En Israel se asumió como señal de alianza con Yahvé y signo de obediencia, como pertenencia al pueblo y a la comunidad en la fe. La circuncisión es el *“sello de la alianza”*. Debía traer a la memoria los deberes de la alianza. Y era también un signo distintivo entre los otros pueblos. Su institución se remontaba a Abraham, padre de los creyentes y de los circuncisos.

Hch 7,8.
Gn 17,1-12.

En el Génesis se prescribe que la circuncisión se realice a los ocho días del nacimiento. Significaba un rito de incorporación al pueblo de Dios y al tiempo del Mesías. En la antigüedad la realizaban los padres de familia, sirviéndose de un cuchillo de pedernal, pero después la llevaban a cabo personas especializadas y probablemente se realizaba en la sinagoga o en el templo de Jerusalén. En el evangelio de Lucas leemos que el Bautista *“fue llevado”* a ser circuncidado. Muy probablemente también Jesús fue llevado a la sinagoga, y no lo circuncidó José en su propia casa. Y así también los israelitas contemporáneos.

Lc 1,59.25.
Jn 4,4.

Con el signo de la circuncisión se unía la imposición del nombre. Es de advertir la importancia que estos momentos debían tener para un israelita que, como observantes de lo mandado, cumplían perfectamente la ley mosaica. Y no solo la importancia de tipo ritual, sino espiritual y emotiva.

Los niños lloraban fuertemente como todo niño herido, y el papá, que muy seguramente era quien lo sostenía en brazos, debía sentir, por una parte, el dolor del niño en su corazón, pero también el orgullo de ser el padre de un nuevo israelita.

Hch 7,8; Ex 4,25.
Rm 4,11; Gn 17,9-14;
Fl 3,5; Lc 1,59.25.

En el tiempo del Nuevo Testamento estaba unida la circuncisión a la imposición del nombre. Este rito identificaba a la persona con su fe. Se era “fulano de tal” y al mismo tiempo israelita. La obligación de circuncidar pertenecía por derecho al padre de familia, no a la madre, puesto que la mujer le daba hijos al hombre.

La imposición del nombre

El varón, jefe de casa, era el primer responsable de la familia. Esto lo leemos con claridad en el evangelio de Mateo donde es José quien le impone el nombre al niño: “*A quien pondrás por nombre Jesús, porque salvará a su pueblo de sus pecados*”. En Lucas también leemos que la obligación y el derecho de poner el nombre corresponde al padre, como dice el ángel a Zacarías: “*Isabel, tu mujer, te dará a luz un hijo, a quien pondrás por nombre Juan; será para ti gozo y alegría y muchos se alegrarán por su nacimiento*”. Aquí la alegría y el gozo van ligadas en primer lugar al padre

Mt 1,21.

Lc 1,13.

de familia. La alegría de un padre de familia al tener un hijo varón y primogénito, era inmensa porque era más que la extensión de sí mismo.

La presentación en el templo y el rescate

Estaba prescrito que el bebé se presentara en el templo como nuevo hijo de Israel a los cuarenta días de nacido. Los judíos piadosos hacían con gran devoción esta peregrinación. José viajó, de Nazaret a Jerusalén. Travesía que duraba alrededor de cuatro días (100 Km). *“Llevaron a Jesús a Jerusalén para presentarle al Señor”*, como está escrito en la ley del Señor: *“Todo varón primogénito será consagrado al Señor”*.

Lc 2,22s.
Ex 13,13; 34,19.

La presentación en el templo era una especie de consagración, que hacía alusión especial al dominio de Yahvé sobre todas las cosas. La ley ordenaba que todo primogénito humano o animal, por ser propiedad de Yahvé, debía ser consagrado a él, sacrificarse y morir. A los animales se les aplicaba esa ley al pie de la letra. Pero dado que Dios no se complace nunca con sacrificios humanos, el primogénito de una familia no debía morir, sino que tenía que ser rescatado. Esto obligaba al padre, a los treinta días a partir del nacimiento.

Ex 34,19.

Según la dinámica de los ritos de primicias el primogénito debía de ser sacrificado, lo que significaba total entrega a Dios, pero según los ritos de rescate debía ser sustituido —rescatado— por un cordero, o en caso de extrema pobreza, por unas palomas.

El cordero o las palomas se ofrecían en lugar del niño. La mujer entregaba el niño al papá y éste lo ponía en manos del sacerdote para que lo ofreciera en acto ritual. Porque ya no le pertenece, le pertenece a Dios, pero lo rescata, es decir, lo vuelve a recibir para atenderlo, educarlo y formarlo. Todos estos signos dejaban huella muy importante en el ser y el modo de ser del israelita.

El modo de vivir influye en el modo de ser

Para cada persona su antropología es, de alguna manera, su biografía, porque el “modus vivendi et operandi”, constituye el “modus essendi” —el modo de vivir y actuar constituye el modo de ser—. Y vivimos y actuamos en un medio cultural e histórico que nosotros no hemos creado. Y de la misma manera el modo de pensar y sentir, y el modo de convivir constituyen nuestro modo de ser. Ningún ser humano es racionalidad o libertad pura. Se aprende a pensar y a ser libre de las personas que nos rodean.

En el tiempo en que Jesús vivió las casas solían ser pequeñas. Eran lugares para dormir solamente. Se vivía y se trabajaba fuera de casa. Las casas tenían puertas y ventanas pequeñas. Por la noche, eran bastante oscuras, por lo que se solía dejar una lámpara de aceite encendida como símbolo de que la casa estaba habitada, y por la noche la luz tenue servía para poderse mover si era necesario.

Para dormir se tendían pieles de ovejas o una especie de alfombra en el piso de tierra apretada y barrida.

Usos y costumbres de las tierras bíblicas. Wright, F.

- Para un niño de cinco años dormir con su papá es toda una ilusión. Jesús lo debió registrar como un recuerdo de su infancia. Ningún papá es capaz de dar a su hijo una culebra cuando le pide pescado, ni una piedra, si le pide pan. Todo papá parte cariñosamente el pan cuando se lo pide su hijo. O *“¿qué papá hay que si su hijo se le cae a un pozo no lo saca al momento, aunque sea sábado?”*. Su papá es autoridad, fuerza, protección y entrega por amor. Ningún miedo es superior al papá.
- Lc 11,11. *“Él me libró de todos mis temores”*.

El lugar de origen

- El lugar de origen formaba parte integrante de la identidad de una persona, como lo forma actualmente. En el caso de Jesús se nos dice varias veces que era galileo, mas particularmente de Nazaret, donde fue criado”. El lugar de origen se vinculaba con la persona misma *“¿De Nazaret puede salir algo bueno?”* Y en versículo anterior le dice Felipe a Natanaél: *“Hemos encontrado a aquel de quien escribieron Moisés en la Ley, y también los profetas: Jesús, el hijo de José, el de Nazaret”*.
- Lc 4,16. *“Nazaret, donde fue criado”*. El lugar de origen se vinculaba con la persona misma *“¿De Nazaret puede salir algo bueno?”* Y en versículo anterior le dice Felipe a Natanaél: *“Hemos encontrado a aquel de quien escribieron Moisés en la Ley, y también los profetas: Jesús, el hijo de José, el de Nazaret”*.

- Se esperaba que el Mesías naciera en Belén de Judá, como David, y de esa manera se cumpliera la profecía de Miqueas.
- Mi 5,1.

- En la aparición a Pablo, Jesús se llama a sí mismo “nazareno”. Como “el nazareno” se le identifica en muchos textos. José, y luego Jesús, debió tener casa y sus pequeñas propiedades en Nazaret, por eso vuelve a Nazaret. Allí Jesús crecerá y se desarrollará. El Evangelio hace notar que
- Hch 22,8; Mc 1,24; Lc 24,19; Jn 19,19.

la Virgen, después de la visita a Isabel, vuelve a Nazaret, “*a su casa*”. Su casa debió ser la de José, su esposo. Lc 1,56.

El lugar de origen tenía que ver con el modo de ver, de hablar, de pensar, de ser. Esto nada tiene de raro puesto que lo vemos confirmado en la antropología de cada uno de nosotros.

La casa paterna era la imagen más bella para describir la vida eterna, donde se vive en comunión con Dios.

Para un niño, en una familia funcional, el papá es siempre un modelo a seguir. El niño aprende de su papá, incluso por mimetismo: a hablar como él habla, con el acento y la entonación propia del lugar.

El arameo era la lengua paterna, aunque influenciada por los dialectos circunvecinos. El Evangelio nos conserva algunas palabras, seguramente pronunciadas por Jesús y propias de su lengua paterna. Como “*!Elí, Elí!, ¿Lema sabactaní?*”; o “*!Talitha qum!*”. El término para referirse a Dios es el mismo que usa para referirse a José: “*Abbá*”. Mt 27,46; Mc 5,41.

El papá, en el pueblo de Israel, enseñaba con su ejemplo a respetar las cosas y personas, a orar a todas horas, a dar gracias a Dios por todo: los alimentos, las cosas y sobre todo las personas.

Israel es un pueblo que vive rezando. Cualquier buen judío, si entra o sale de casa, por la mañana, por la noche y a medio día, si se traslada o va de viaje debe rezar oraciones prescritas. Un israeli-

ta vive y reza a la luz de su fe como vive y trabaja a la luz del sol. Aun de adulto Jesús rezaba a todas horas. Tenía una forma particular de hacerlo al tomar los alimentos. Quizá desde pequeño, el rezo de Jesús se convertía en oración. Jesús sabe que más que rezar, lo importante es hacer la voluntad de Dios.

Educación de los hijos

Dt 6,7; Pr 1,8; 4,1s; La Sagrada Escritura da a los padres especiales normas de educación para los hijos, que se valoraban como un don de Dios, y eran orgullo, honra, alegría y ayuda para la familia entera.

Sal 164. Los padres enseñaban a sus hijos su fe, su oficio y los usos y costumbres de su pueblo.

La educación era un asunto de suma importancia. El libro de los proverbios es rico en consejos educativos. Nos dice en sus primeros versículos:

Pr 1,8. *“Escucha, hijo mío, la instrucción de tu padre, no olvides las enseñanzas de tu madre, pues serán hermosa corona en tu cabeza”*. La luz del hombre justo luce por toda la casa, los que más la disfrutan son sus habitantes. *“Educa al chico al comienzo de su camino, que luego, de viejo, no se apartará de él”*.

Pr 3,1-4. *“Hijo mío, no olvides mi instrucción, guarda en tu memoria mis mandatos, pues te proporcionarán muchos días y años de vida, y bienestar. Que no te abandonen el amor y la lealtad; átalas a tu cuello, grábalas en la tablilla de tu corazón; así obtendrás estima y aceptación”*

ante Dios y ante los hombres”.

El pueblo de Israel tenía plena conciencia de que el padre de familia era el primer educador y el más importante. *“Y cuando el día de mañana te pregunte tu hijo: ¿Qué significa esto? le dirás: Con mano fuerte nos sacó Yahvé de Egipto, de la casa de servidumbre. Como el faraón se obstinó en no dejarnos salir, Yahvé mató a todos los primogénitos en el país de Egipto, desde el primogénito del hombre hasta el primogénito del ganado. Por eso sacrifico a Yahvé todo primer nacido macho, y rescato todo primogénito de mis hijos. Esto será como señal en tu mano y recordatorio ante tus ojos; porque con mano fuerte nos sacó Yahvé de Egipto”.* Ex 13,14.

Cuando los niños llegaban a los trece años debían ir a Jerusalén a celebrar la Pascua. Muchos padres los llevaban desde los doce años, para que se fueran acostumbrando a cumplir con las obligaciones religiosas. Esto debió ser para un niño algo maravilloso: “el día de su primera Pascua” en Jerusalén. El día catorce del mes de Nizan, después de puesto el sol, en grupos de diez a veinte personas, comían el cordero pascual, recordando la liberación de Egipto. Era el día de la fundación o constitución del pueblo judío. En la celebración el niño debía estar junto a su padre para que le explicara el sentido de cada acto ceremonial.

Según la teología rabínica, a los trece años y en la pascua, se colocaba en todo judío el yugo de la Ley, para que controlara sus pasiones y aprendiera a caminar según los caminos de Dios. Es-

tas experiencias dejaban una huella muy marcada en cada persona; porque todo ser humano se hace con la vida y sus experiencias.

Mt 11,29;
Ga 5,1.
ζυγῶν.

Para un judío la Ley es como un yugo amado que se lleva atado a la cabeza por medio de las coyundas que vienen a ser la educación que se recibe. Las coyundas eran unas cintas de cuero que unían la res con el yugo. La educación es lo que une al pueblo de Israel con la ley de Dios. Las coyundas, es decir, la educación es el alma de Israel.

Educar en la fe de Israel era el honor y privilegio más grande del padre de familia. Al varón le tocaba la educación, además, cuidar y proteger a la familia. Los padres de familia eran muy celosos de sus derechos y obligaciones.

Todo niño se hacía un verdadero israelita de la mano de su padre y con su ejemplo. Las preguntas y las respuestas, el diálogo era de suma importancia en su formación.

El padre de familia se sentía feliz cuando transmitía las enseñanzas de sus antepasados como lo leemos en el Salmo:

Sal 78,3-6.

“Lo que hemos oído y que sabemos, lo que nuestros padres nos contaron, no se lo callaremos a sus hijos, a la futura generación lo contaremos: Las alabanzas de Yahvé y su poder, las maravillas que hizo; él estableció en Jacob un dictamen, y puso una ley en Israel; El había mandado a nuestros padres que lo comunicaran a sus hijos, que la generación siguiente lo supiera, los hijos que habían

de nacer; y que éstos se alzarán y se lo contarán a sus hijos”.

A todo israelita lo formaba su padre como ya hemos visto. La mujer le daba forma en su vientre y lo educaba los primeros años de vida. Desde el punto de vista psicológico, uno de los factores que más influyen en la masculinidad de un niño es su propio padre; de él va aprendiendo la forma de hacerse hombre. Y más cuando el padre le enseña el modo de vestirse, y de conducirse como israelita, de rezar, hasta el modo de ganarse la vida.

El padre de familia era casi por definición un maestro de justicia, amor, equidad y rectitud.

Cuando niño, probablemente le tocó a Jesús, bajo la atención de José, lavar perfectamente las ollas por dentro y por fuera. Y quizá entonces advirtió que lo importante para Dios no era el lavado de las ollas, sino la pureza del corazón.

La capacidad de admiración y amor, antes que en cualquier otra persona se centra en el papá. La cercanía es un elemento muy importante. El papá era la persona que siempre estaba en el momento en que se le necesitaba.

Por otra parte los castigos para un hijo indócil Dt 21,18s. eran extremos.

Educación de las hijas

Conocemos la fuerte actitud antifeminista del pueblo de Israel, por este motivo se presentaba poca atención a la educación de las hijas. Las ni-

ñas dependían totalmente de la madre. Ella las enseñaba a comer, vestirse y vivir adecuadamente.

No recibían ninguna educación en el aspecto académico, si vale la expresión. Bastaba con que supieran desempeñar las tareas del hogar. No hacía falta que aprendieran a leer y escribir, ni siquiera a rezar porque esas responsabilidades caían sobre los varones.

Si 26,1s.
Pr 31,10s.

Pero la mujer tiene valores propios de su género que no debían ser desatendidos, como el amor, la ternura, la delicadeza, la fidelidad, la responsabilidad maternal y muchos más que apenas son reconocidas en la cultura de Israel.

En los libros sapienciales abundan los consejos para la educación de los hijos y son contados los que se refieren a las hijas.

Dt 22,21.

Era obligación de los padres cuidar hasta el extremo la conducta de las hijas, a tal grado que se tenía como una gran ignominia familiar y causa de muerte para la hija, si ésta tenía relaciones íntimas con un hombre, antes de casarse, *“Sacarán a la joven a las puertas de la casa de su padre, y los hombres de la ciudad la apedrearán hasta que muera, porque ha cometido una infamia en Israel prostituyéndose en la casa de su padre”*.

El mayorazgo

Gn 27,29. Cuando faltaba, la cabeza de familia el hijo mayor se convertía en sucesor.

Jesús llega a ser el primogénito en dignidad y autoridad.

El primogénito era de forma especial propiedad de Yahvé, y le pertenecía particularmente, porque representaba a toda la familia. Y hacía alusión explícita a la manera como Dios había rescatado para sí a los primogénitos de Israel en Egipto. Era una alusión implícita a Abraham, que rescató a Isaac, por medio del sacrificio de un cordero.

Ex 13,13. Dt 21,15s;
Lc 2,23.

Para un judío, toda concepción era como un milagro y el ser humano le pertenecía a Dios en primer lugar. “Habló Yahvé a Moisés, diciendo: *Conságrame todo primogénito. Todos los primogénitos de los hijos de Israel son míos, tanto de hombres como de ganados*”.

Ex 13,14s.

Durante su infancia el hijo recibía todo de su padre, como de un papá providente. Lo recibía no como algo que se le debía sino como un regalo que expresaba el amor personal. Por eso la confianza, el amor y el abandono en Dios son requisitos para entrar en el reino de los cielos. Pero cuando el hijo mayor se hacía adulto participaba, al cien por ciento, de la autoridad, la responsabilidad, el honor y los derechos del jefe de familia. No era “un segundo” después del padre, sino un heredero plenipotenciario aun en vida de su padre. Si el hijo mayor daba la libertad a un esclavo, era lo mismo que si la daba el padre: “*Si el Hijo —mayor— les da la libertad, serán verdaderamente libres*”.

Jn 8,26.

En la parábola del hijo pródigo, el hijo menor es el que se va de la casa paterna, y el hijo mayor es “*el que siempre está con el padre y todo lo del padre le pertenece*”. El hijo mayor debía alegrar-

Lc 15,31.

se también de recuperar a su hermano como se alegra el padre.

En la parábola de los viñadores homicidas, se dicen unos a otros: “*Vamos, matémoslo* —al hijo que iba con plenos derechos—, *y nos quedaremos con su herencia*”, que era toda la viña y sus frutos.
Mt 21,38.

La madre

1 Tm 2,15. La mujer valía por su maternidad, porque podía dar hijos a su esposo. Según San Pablo “*la mujer debe llevar la señal de su sujeción*” al marido, que era traer el pelo corto y cubierto. E interpretando el Génesis, pensaba que la mujer vino al mundo por el varón. Pero la experiencia de la vida diaria era lo contrario; de la mujer nacimos todos.
1 Co 11,10.
1 Co 11,9; Gn 2,22.

Cuando una mujer se convertía en mamá no solo hacía feliz a su marido, ella misma se sentía dichosa, como María.
Lc 1,46s.

En su primer año de vida el niño dormía al lado de su madre, de modo que ella solía estar al pendiente de cualquier movimiento del bebito; para consolarlo si lloraba, cubrirlo si tenía frío o amantarlo si tenía hambre. Hasta los tres años el niño era amamantado y dependía totalmente de la madre. Lo enseñaba a comer alimentos sólidos: queso, dátiles, higos, el pan que ella misma hacía como tortillas de harina.

Cuando la mujer era madre de una niña, esta dependía de ella en todo hasta que se casara. La madre debía enseñarle todas las responsabilidades de la mujer, del hogar y del trabajo.

La purificación

La purificación de la mujer después de haber dado a luz, se realizaba a los cuarenta días y se ofrecía un sacrificio por el pecado. Cf Lc 5,t.

La purificación es la desaparición de una impureza ritual, que se da por la sangre o por el contacto con la sangre. Por ejemplo una mujer, por sus menstruaciones, se hace impura, o después de haber dado a luz. También por la comunicación sexual.

La impureza ritual es un estado en que se reconoce la santidad y trascendencia de Dios en relación con el hombre. Viene a ser como un obstáculo a la comunicación con él, es una forma de veneración de lo sagrado en la vida humana. En la Sagrada Escritura, lo santo y lo impuro son cualidades que se contagian. La eliminación de la impureza se le llama santificación.

Las leyes sobre lo puro y lo impuro son leyes religiosas. Significaban la trascendencia de Dios sobre la condición humana. Para Jesús no tiene importancia la pureza ritual, solo es importante la pureza moral, la pureza del corazón. Nada es por sí mismo impuro. Mc 7,15. Gl 5,1; 4,3.

La impureza no necesariamente estaba vinculada con el orden moral. Se podía caer en impureza y automáticamente, con el paso del tiempo, siete días, salir de ella. No suponía un acto de contrición, porque no era propiamente un pecado.

Lv 11,44s; 19,2; 20,7;
Flavio Josefo, Anti-
güedades I, XI.
Lv 15,1s.

A Yahvé que es santo no le agrada la impureza. Este es el fundamento de la legislación de Israel al respecto.

Lc 2,22. La purificación de María después del parto fue un acto de obediencia legal y de purificación ritual con respecto a lo mandado en el Antiguo Testamento: *“Cuando una mujer conciba y tenga un hijo varón, quedará impura durante siete días, será impura como en el tiempo de sus reglas. Al octavo día será circuncidado el niño en la carne de su prepucio, pero ella permanecerá todavía treinta y tres días purificándose de su sangre. No tocará ninguna cosa santa, ni irá al santuario hasta cumplirse los días de su purificación”. “Presentará al sacerdote a la entrada de la tienda de reunión un cordero de un año, como holocausto, y un pichón o una tórtola como sacrificio por el pecado. El sacerdote lo ofrecerá ante Yahvé, haciendo expiación por ella, y quedará purificada del flujo de su sangre. Si no le alcanzara para presentar una res menor, tome dos tórtolas o dos pichones, uno como holocausto —de purificación— y otro como sacrificio por el pecado”.*

Lv 12,2-8.

Funciones maternas

En la mentalidad y costumbres hebreas la mujer tenía las funciones que correspondían a toda esposa y madre de familia, desde concebir al bebe, amamantarlo y ayudarlo a crecer, hasta servir en todo. La gama inmensa de trabajo que podía pesar sobre su espalda la encontramos descrita al final del libro de los proverbios. Entonces el padre de familia *“es reconocido en la plaza, cuando se sienta con los ancianos del lugar y puede decir:*

¡hay muchas mujeres valiosas pero tú las superas a todas!" Pr 10,25,29.

El libro de los Proverbios alaba a la mujer servicial y trabajadora que está al pendiente de todo prácticamente. Pr 31,10s.

El llevar el agua a casa era trabajo propio de la mujer. Y no solo eso, sino también lavar los pies a su marido y a los invitados. A Simón, el fariseo, le llama la atención, no que una mujer le lave los pies a Jesús, sino que esa mujer sea la pecadora del pueblo. En este contexto es significativo que Jesús les haya lavado los pies a los discípulos, y que les diga que deben lavarse los pies unos a otros. 1 Tm 5,10.
Lc 7,39.
Jn 13,14.

Jesús desempeña este oficio al lavar los pies a sus discípulos y nos dice que así debemos obrar también nosotros y hace alusión a la mujer en esa costumbre humillante. Jn 13,13.

CAPITULO VIII

LA MUJER

La mujer en el mensaje de Jesús

“Y creó Dios al hombre a imagen suya, y como explicitación de este acto creador, dice la Escritura, en plural: y los creó macho y hembra”. En la segunda narración de la creación en el Génesis, se establece un nexo entre la sexualidad y la soledad del hombre: *“Voy a hacerle una ayuda adecuada”*. Otro texto nos dice: *“no es bueno que el hombre esté sólo”*. Pero también dice a Eva: *“Él reinará sobre ti”*. Sin embargo, son por su dignidad, enteramente iguales, con el mismo destino y con misiones semejantes y complementarias. Llamados a formar una unidad indisoluble en vistas al bien del esposo, de la esposa y de los hijos.

Gn 1,26; 5,1-3.

Gn 2,18; 3,16.

Gn 2,27.

Quizá por su marginación, sencillez y humildad, la mujer es objeto especial del amor de Jesús. La Magdalena, Marta y María, hermanas de Lázaro,

Jn 12,1s; Jn 8,1s;
Lc 8,1. han aceptado el anuncio del reino y a Jesús mismo. Le dan especiales muestras de amor y reverencia y reciben de Jesús aprobación y defensa.

El antifeminismo judío

En las costumbres judías del siglo primero la mujer se consideraba como una posesión, del marido, era algo suyo, algo que le pertenecía, y éste era celoso de ella, como de algo propio. A la mujer la calificaba su esposo, “*mujer de*”, ella se sentía poseída por él y estaba unida a él en la honra, los privilegios y las obligaciones. Corría por entero la suerte del esposo.

De acuerdo con las costumbres judías San Pablo recuerda a las mujeres que deben estar sumisas a sus maridos en todo, porque el varón —marido— es cabeza de la mujer. Y ésta debe “*estar sujeta en todo*” a su marido. Éste, por su parte, debe amar a su mujer como a su propio cuerpo, y dice que quien ama a su mujer, a sí mismo se ama. Nadie ha odiado jamás a su propia carne. Para Jesús y para San Pablo son una sola carne por el hecho de ser esposos.

Aunque Jesús vivió durante su infancia en una familia funcional y en un régimen patriarcal, no veía a la mujer solamente en función del esposo o de los hijos; la veía principalmente en función de Dios. La mujer, como el hombre, han sido hechos para amar y el objeto de su amor ha de ser Dios, en primer lugar, pero junto con él, sus más próximos, los más necesitados. El mandamiento del amor a Dios y el prójimo y la parábola del buen samaritano encierran el mismo valor y mensa-

je para hombres y mujeres. A María de Magdala se le pueden perdonar muchas cosas porque ha amado mucho. Lc 7,47-48.

La mujer se caracteriza por su amor, su servicio y su entrega incondicional, y en esos puntos, se parece más a Dios que el varón.

Aunque con algunas excepciones ponderativas, la visión bíblica sobre la mujer es bastante negativa. Pr 31,10s.
“Más vale maldad de hombre que bondad de mujer”, Si 42,14.
“Toda malicia es poca junto a la malicia de mujer”, Si 25,19.
“Por la mujer fue el comienzo del pecado y por causa de la mujer morimos todos”, *“Cualquier maldad, pero no maldad de mujer”*. Estas y otras expresiones parecidas las encontramos en el Eclesiástico. Si 25,24.
 Si 23,13.

El contacto con una mujer y más en determinadas ocasiones, hacía impuro al hombre, por eso la hemorroisa no se atreve a tocar y ser tocada por Jesús. Como ejemplo, leemos en Juan: *“llegaron los discípulos y quedaron sorprendidos de que Jesús hablara con una mujer. Pero nadie le dijo ¿qué quieres? o ¿qué hablabas con ella?”*. Mt 9,20; Mc 5,23.
 Jn 4,9.27.

Los monjes de Qumrán eran célibes porque el contacto con la mujer hacía al hombre impuro. El evangelio apócrifo de Tomás —etiópico— del año 150, dice que las mujeres no pueden entrar en al reino de los cielos sino hasta que Jesús las haya convertido en varones. Un motivo de acción de gracias para los judíos era que Dios no los había hecho mujeres. Ev Ap Tm 114.

Para una larga tradición, no aceptada por Jesús, la mujer era una ocasión de pecado y un ser inferior e indigno de desempeñar determinadas funciones de

tipo religioso, social, legal, doméstico, como estar entre los comensales o dirigir la oración.

Si 25,130. En la Sagrada Escritura nos encontramos con líneas de pensamiento un tanto opuestas con respecto a la mujer. Predominaban las ideas despectivas.
1 Tm 2,13;
1 Co 14,34-35.

Para Jesús el hombre y la mujer, en cuanto sexuados y progenitores, quedan asociados a Dios como sus representantes y aliados principales para la creación de nuevos hombres y para educarlos en la fe.
Dt 6,4-7.

Jesús piensa que todo lo que es natural es bueno y querido por Dios. Seguramente por eso no aparece en el Evangelio ningún gesto de desaprobación de las funciones sexuales naturales.
Mt 15,10-11; 12,34.

Debido al carácter escatológico del mensaje de Jesús, el Maestro rompe los esquemas tradicionales y aun las costumbres de su tiempo. Valora a la mujer como persona, y aunque dependa del hombre en cuanto a su origen, por haber sido formada de su costilla, según se interpretaba por entonces, eso no significa que fuera su esclava. Significa que es uno del otro, y uno para el otro. La unidad indisoluble del matrimonio comienza desde que los dos fueron creados a imagen y semejanza de Dios.
Gn 2,27.

La capacidad de amar a la mujer nos hace también a imagen y semejanza de Dios. En tiempo de Jesús, ordinariamente la relación sexual se entendía en términos de pecado, pero era una especie de *“pecado necesario”*. Por eso dice David: *“Mira que por el pecado nací y pecador me concibió mi madre”*. Todas las funciones sexuales naturales del hombre y de la mujer se consideraban pecado. Es
Cf Lc 2,22;
Lv 12,2-8.
Lv 15,1s.

de advertir que Jesús no dio importancia a esas prescripciones y juicios referentes al orden sexual natural, ni tampoco aparecen en el mensaje apostólico, a no ser aquellas de mayor trascendencia, como el adulterio y la fornicación, a diferencia de la menstruación y la eyaculación, que sí aparecen en el Antiguo Testamento.

Hch 15,20; 21,25;
1 Co 6,13.
Cf Lv 12,2s; 15,19s.

Hay que tener en cuenta que a pesar del mensaje original positivo sobre la mujer, el contexto y la cultura israelita eran altamente antifeministas.

La dignidad de la mujer

Podemos concluir que Jesús no solamente no aceptó la diferencia ordinaria y el antifeminismo semita, sino que favoreció especialmente el sentido de igualdad entre hombre y mujer. Su mensaje tenía aplicación sin diferencias ni privilegios para ningún género. La afirmación posterior de Pablo refleja bien el pensamiento de Jesús, pues en él, en nuestra relación con él, *“no hay esclavo o libre, hombre o mujer”*.

Gl 3,28.

La valoración y relación de Jesús con la mujer no solo escandalizó a los espíritus calificados de fariseos y también a los mal intencionados, sino que sigue escandalizando a quienes no comprenden todavía el anuncio del Reino.

Lc 7,36s.

El matrimonio

Antes del relato del Génesis, el mundo tenía mucho tiempo de existir, y la expresión: *“no es bueno que el hombre esté solo”*, está tomada de la vida misma. El mundo existió muchos millones de años antes que la revelación que se nos dio

del origen, del sentido del mundo y de la vida en el Génesis. La revelación divina consistió, no en conocer el modo, tiempo y origen de la creación, sino en conocer el valor y significado de su existencia, particularmente para el ser humano. Así el hombre y la mujer, uno y otro, deben encontrar a Dios; uno en el otro.

El libro del Eclesiástico aconseja a los padres casar pronto a sus hijos para que no anden como barca en el muelle y sin amarra. *“Donde no hay valla, la propiedad es saqueada, donde no hay mujer, gime el hombre a la deriva”*. Si 36,25. Sin mujer se vive vagabundo y errante. *“¿Quién se fiará del ladrón ágil que salta de ciudad en ciudad? Así tampoco del hombre que no tiene nido —esposa— y que se alberga donde la noche le sorprende”*. Si 36,26.27.

El matrimonio no es para Jesús algo impuro, sino que merece todo respeto, porque obedece a la voluntad de Dios creador. Casi todos sus discípulos eran casados, y a nadie le impuso la ley del celibato, aun cuando esperaba el fin de los tiempos como algo inminente.

Para Jesús el hombre y la mujer son “naturalmente” monógamos por voluntad de Dios, el hombre debe ser fiel a su mujer y ella a él, para Mt 19,4s. vivir realmente en el amor. El amor humano refleja el amor divino, es un signo sagrado del amor de Dios.

Jesús le dio gran importancia a la relación íntima de hombre y mujer, en términos de amor y acompañamiento y no sólo por razón de los hijos.

San Pablo, que tenía una clara formación judía, piensa que *“la mujer se salva por su maternidad”*. 1 Tm 2,15.

En tiempo de Jesús era normal que un joven se casara a la edad de 17 años; la joven podría casarse desde los 12. La edad apta para contraer matrimonio en el hombre iba de los 17 a los 20. Bastaba que el hombre tuviera las fuerzas necesarias para desempeñar un trabajo normal y los padres de familia se encargaban de establecer jurídicamente el matrimonio.

Con anterioridad los padres de los futuros esposos hacían un contrato matrimonial, se fijaban dotes y fechas. El día de la boda empezaba una celebración que normalmente duraba 7 días. El matrimonio no tenía un significado directamente religioso, era un acontecimiento familiar y social.

Por estas razones el hombre que después de los 20 años no se había casado era socialmente mal visto. Muchos exegetas piensan que el texto en que habla Jesús de los eunucos por el reino pudo tener por origen un ataque personal a Jesús. Mt 19,12.

Responsabilidad conyugal

Jesús vio el divorcio y el adulterio como opuestos al amor primero, no solo de la pareja, sino desde la creación. Habla expresamente de lo ilícito del repudio y del adulterio. Sin embargo es sumamente misericordioso con la mujer sorprendida en adulterio. Las relaciones de pareja son un don de Dios que pone en especial relación con él, porque son la fuente de la vida. Mt 5,32; 19,9; Mc 10,19. Jn 8,3s.

Las relaciones de pareja son fuente de buena relación con los demás, con el mundo, y consigo mismo, son fuente de estabilidad, de bienestar y de cordura.

Pr 6,20.

Sin embargo existía una visión también negativa de las relaciones conyugales. Las relaciones sexuales, aun dentro del matrimonio, se consideraban no solo como una impureza, sino también como un pecado.

Lv 15,1,18;
Sb 3,13.

La relación con la mujer en menstruación estaba ampliamente sensurada.

Lv 15,19-32.

En la primera narración de la creación la sexualidad es un don de Dios ligada al mandato de ser fecundos y multiplicarse, es una responsabilidad de los hombres con respecto a la creación. Si los hombres y las mujeres comparten con Dios la actividad creadora, están llamados también a compartir su providencia. Junto a la responsabilidad de procrear va la responsabilidad de educar para la vida y en la fe.

Gn 1,28.

La mujer en el anuncio del reino

Jesús espera que por el anuncio del reino el hombre valore, respete y ame más a la mujer, pero no sólo eso, sino que también le dé el lugar que le corresponde en la vida familiar, social, y religiosa. En distintas ocasiones las presenta como modelos de fe, generosidad, entrega, amor, servicio, fidelidad.

Mt 15,24; Cf Mt 26,7;
Lc 7,37s.

Jesús no tiene dos tipos de discursos, ni actitudes discriminatorias. Al contrario, parece especialmente unido con aquellos a quienes la so-

ciudad menospreciaba, como *“las mujeres y los niños”*. Mt 14,21; 15,38.

Cuando Jesús alaba la fe de la mujer sirofenicia y la contrapone a todo Israel, valoraba lo que la fe significaba como relación de apertura y amor a él y a su mensaje. Mt 26,7s.

Jesús defiende a la mujer y defiende sus derechos; da ejemplo de estima y solidaridad. Tiene discípulas y acepta sus atenciones. Es especialmente delicado con la suegra de Pedro, enferma. Mc 1,30-31; Lc 4,31.

La mujer es destinataria del mensaje de Jesús al igual que el hombre. Cuando Jesús habla de *“dos mujeres que muelen juntas”* indica que son responsables del mensaje del reino por igual que los hombres que andan en el campo. Tiene especial atención a las viudas como desprotegidas. Jesús se dirige a las mujeres pobres y marginadas, a las explotadas por los hombres, como las prostitutas, y les promete el reino. Lc 17,34. Mt 24,40s. Lc 7,12; 21,2. Mt 21,31s.

Jesús acepta los contactos y besos de una mujer pública y le asegura el perdón de Dios. Por su relación benigna escandalizó a sus contemporáneos. Cura a muchas mujeres y en ellas se manifiesta el Reino de Dios y las incorpora al grupo de sus discípulos. María de Magdala es la primera en dar testimonio de Jesús resucitado y la primera en ser enviada a anunciar la resurrección. El Señor le dice que por su amor será recordada por todas las generaciones. Lc 7,36.50. Lc 8,2. Mc 16,9; Jn 20,11s. Jn 12,3.

La mujer curada en la sinagoga y en sábado glorifica a Dios dando testimonio públicamente. Jesús la declara *“hija de Abraham”* y libre de las Lc 13,10-17.

ataduras del mal espíritu de la enfermedad. En otra ocasión Jesús acepta la demanda de una mujer pagana y se deja vencer por el razonamiento de la sirofenicia.

Mc 7,24-30.

La mujer que padecía hemorragia crónica llega a participar de la fuerza de Jesús que le da salud y vida. Las que estuvieron con Jesús hasta la muerte fueron las mujeres que lo acompañaban también en su vida mesiánica. María de Betania escucha las enseñanzas de Jesús y permanece junto a él, lo que equivale a *“la mejor parte”*. Es testigo de la resurrección de su hermano Lázaro. Y parece ser la misma que ungió los pies de Jesús. Marcos y Lucas ofrecen distintas listas de estas discípulas que anduvieron con Jesús desde Galilea. Dan los nombres de seis, pero los dos evangelistas afirman que se trata de *“muchas más”*.

Mc 5,25-34; Lc 6,19.

Lc 10,38.

Jn 11,1-44.

Jn 1,8.

Mc 15,40; Lc 8,2.

El anuncio del Reino fue indudablemente lo que más influyó en su forma de pensar, tratar y sentir con respecto a la mujer. Y por eso su mensaje anuncia y exige un trato igualitario con respecto a los varones, si no es que privilegiado por tratarse de las más débiles.

Jesús habló del celibato de sí mismo y del de sus discípulos y discípulas en función del Reino. El celibato tiene tal poder de personalización y realización que vale la pena asumirlo como Jesús, porque el amor a Dios y al Reino lo compensaba todo. El caso de los eunucos porque así nacieron, o porque los hacen los hombres, Jesús no lo juzga, simplemente lo constata. Pero sí alaba el ser tenido por eunuco por el Reino de los cielos. Pablo justificará el estado de soltero por *“la bre-*

Mt 19,12.

vedad del tiempo”, porque espera el fin del mundo de modo inminente, es decir, le da un sentido escatológico, y posiblemente también Jesús. 1 Co 7,29.

Los discípulos tuvieron que dejar mujer, padre, madre, hijas e hijos para poder seguir a Jesús a donde quiera que fuera, es decir, para ser más libres en el seguimiento. Mateo, en el texto paralelo, no menciona a la mujer y no usa el verbo odiar —μισέω—, sino “*amar más a su padre y madre*”. De esa manera la expresión resulta más razonable y coherente con el resto del Evangelio, especialmente con el mandamiento del amor, y no entra en contraposición con el cuarto mandamiento. Lc 14,26; Mt 10,37. Lc 19,26.

Las discípulas que siguieron a Jesús desde el principio, es decir, desde su anuncio del reino en Galilea, hicieron lo mismo que los varones, es decir, dejar casa y familia si la tenían y siempre que el esposo estuviera de acuerdo. “*Recorrió a continuación ciudades y pueblos, proclamando y anunciando la Buena Nueva del Reino de Dios; le acompañaban los Doce, y algunas mujeres... como María llamada Magdalena... Juana mujer de Cusa... y otras muchas que le servían con sus bienes*”. Mt 27,55.

Las mujeres lo sepultaron y al tercer día quisieron volver para ungirlo con más cuidado. Ni ellas, ni los discípulos, esperaban la resurrección como algo inminente. Lc 8,1-3; Mt 4,23; 9,35; Mc 1,39.

Al final de la vida pública las mujeres lo siguen hasta el pie de la cruz. A las mujeres les dice: “*yo iré delante de ustedes —discípulos y discípulas— a Galilea*”. Mc 16,1s. Lc 23,55-56; Mc 16,1s. Mt 26,32; Mc 14,28; 16,7.

La mujer en relación con los discípulos

Jesús esperaba que los discípulos se acostumbraran en el trato a la mujer, a respetarla y verla con ojos limpios y con un corazón sincero, porque la mujer es una compañera en la misión de anunciar el reino y no solo la que puede compartir una relación sexual si se trata de pareja. Tratándose de las casadas, las mujeres, como la samaritana, pueden no solo ser discípulas, sino

Jn 4,28-29. también apóstoles.

El hombre y la mujer no son invariablemente tentación el uno para el otro. Pueden prestarse apoyo y ayuda en la vida, pero también en el anuncio del reino. Y con su modo particular de ser, tanto el varón como la mujer, pueden comprenderlo y proclamarlo más plenamente.

El celibato de la mujer

El celibato de la mujer lo ve Jesús bajo la misma perspectiva que el del hombre.

Jesús no pensaba que el fin y sentido de la masculinidad y la feminidad fuera la procreación y el amor marital exclusivamente, porque él mismo no se casó ni tuvo hijos, y antes de eso estaba la constitución de la persona como femenina o masculina. Y era santo y bueno dedicarse al anuncio y edificación del Reino, aun con el peligro de ser tenidos por castrados.

CAPITULO IX

EL ORIGEN DE LA VIDA Γενετή

En la mentalidad hebrea, y seguramente en la de Jesús —y con especial aplicación en San Pablo—, se daba una especie de presupuesto biológico que consistía en pensar que los hijos se encontraban enteros, como virtualmente dentro del padre. La madre era solamente como la tierra donde se desarrollaba la semilla. Al hombre correspondía abrir el surco, introducir el arado y sembrar la semilla. De modo correspondiente, cuando el hombre siembra la semilla en la tierra, se dice que “*la fecunda*”. Rm 5,12.16.17. Is 55,10.

La estéril era la que no podía llevar en su seno la semilla ni hacerla crecer. La función de la madre era llevar en su seno al hijo y amamantarlo. Lc 11,27; 23,29; Os 9,14.

Ahora tenemos otros datos y estamos muy lejos de pensar así. No creemos que en un hombre estén, como dentro, todos los millones de hijos

que podría tener. Es evidente que el hijo antes de nacer se encuentra física y biológicamente en su madre; así también en la mentalidad hebrea los descendientes se encontraban física y biológicamente en el padre, en concreto, en Adán y desde luego, en sus descendientes, según las diversas generaciones. Por eso las genealogías son predominantemente masculinas. Y los hijos pertenecían al padre. Los hijos salían de la madre, como nace una semilla de la tierra.

Cf Mt 1,1;
Lc 3,23-28.

Como no se hacía distinción entre el orden natural y el sobrenatural, todo nacimiento se podía ver como un milagro: *“Conoció el hombre a Eva, su mujer, que concibió y dio a luz a Caín, y dijo: He adquirido un varón con el auxilio —o favor— de Yahvé”*.

Gn 4,1,26;
Lc 1,13.

Concebir un hijo era signo del amor de Dios y algo sagrado en la vida íntima de la pareja. En la mentalidad hebrea Dios forma al hombre en el vientre de su madre.

γινώσκω.

Para el israelita “conocer” no es observar y saber, es, principalmente, encontrar, experimentar, participar. Así el hombre conoce, experimentando y viviendo, el sufrimiento, la falta de hijos, el poder y el amor de Dios y sus exigencias, y también a su mujer y ésta a su marido.

Conocer en el Antiguo Testamento es verse comprometido en una vida y consentir en ese compromiso. Está en juego no sólo la mente sino el hombre entero. Lo contrario del conocimiento es la desobediencia, la rebeldía, la autonomía, el negar la realidad, más que la verdad, y es ir contra

sí mismo. Desconocer significa: negarse a tener que ver con alguien. Así las negaciones de Pedro son un desconocimiento de Jesús. Mt 26,69s.

El conocimiento bíblico implica el amor, y se llega al conocimiento profundo y pleno cuando se llega al amor pleno y profundo. Adán conoció a Eva, y Eva quedó encinta. En la mentalidad hebrea el influjo de la mujer quedaba reducido prácticamente a ofrecer un lugar propicio al semen viril: pero aun así, es el lugar donde Dios hace su obra. Allí aparecerá un hombre nuevo y único.

“Como no sabes cómo viene el espíritu a los huesos, en el vientre de la mujer encinta, así tampoco sabes la obra de Dios que todo lo hace”. Qo 11,5.

El favor de Dios es el que hace que la mujer conciba. Y el nuevo ser es el fruto de la acción del hombre, de la mujer y de Dios. Al primer hombre lo modeló Dios de tierra; a la primera mujer de la costilla del hombre, y a los demás de lo más delicado de las entrañas y del corazón de ambos.

Tan importante es la acción de Dios en el primer hombre, como en todos sus descendientes. Toda fecundación es una creación que comienza.

Dice la madre de los macabeos a sus hijos:

*“Yo no sé cómo aparecieron en mis entrañas,
ni fui yo quien les regaló el espíritu y la vida,
ni tampoco organicé yo los elementos
de cada uno.*

*Pues el creador del mundo,
el que modeló al hombre en su nacimiento,*

2 M 7,23. *y proyectó el origen de todas las cosas, les devolverá el espíritu y la vida con misericordia*".

Sal 139,13-14. El hombre es una maravilla y lo empieza a ser desde el momento de su fecundación. "*Prodigio soy yo, y prodigiosas son tus obras*". Es el fruto del amor, del que debe encerrar la relación de sus progenitores, y principalmente, del amor de Dios.

Conviene advertir, para una mayor exactitud, que la acción de Dios no es un factor que se suma a la de los progenitores. Se trata de un nivel de relación superior. Por distintos conceptos el nuevo ser depende total y absolutamente del padre —todo él es hijo del padre— y en el mismo nivel de la madre —todo él es hijo de la madre—, y en un nivel tan personal como los anteriores y todavía más profundo, el nuevo ser depende de Dios.

Mt 6,25s. Podemos afirmar que para Jesús el objeto principal del amor de Dios era el ser humano concreto. El amor a las personas que andan por los caminos o que transitan por las calles estrechas de Jerusalén. Sabe que donde el amor humano falta para el nuevo ser, el amor de Dios se desborda. Los padres pueden fallar, pero Dios no. "*Aunque mi padre y mi madre me abandonen, Yahvé me acogerá*".

Sal 27,10.
Is 63,16.

La previsión, la predilección, la preelección y la providencia de Dios se concretizaron en signos vitales. La naturaleza con su dinamismo no queda relegada, sino por el contrario; viene a ser la

expresión más noble del cuidado de Dios por el hombre.

La vida es algo que procede directamente de Dios y de los padres. Cuando Dios da la vida, la da de verdad y para siempre. La vida que entonces comenzó fue la semilla, o la prenda, de una vida eterna.

Haber sido concebido significaba que Dios no se había cansado de ser bueno para los hombres, y que quería seguirlo siendo, no sólo en la historia general, sino en la historia particular. Significaba que el amor de Dios es eterno y que se extiende de padres a hijos. Para Jesús, con cada hombre Dios se siente tocado en lo que tiene de más personal: su paternidad.

Sal 106,1; 107,15.

Jesús no distinguía entre lo natural y lo sobrenatural. Para él todo lo natural era de alguna manera sobrenatural. Jesús no pretendía revelar los secretos de la naturaleza, sino el secreto de Dios que encierra la naturaleza. En último término la naturaleza no era Dios, pero sí una manifestación de Dios y de su voluntad, de su presencia y de su acción.

Mt 6,28.

Para Jesús la vida era el don de Dios original y único dado a cada persona. Por eso el primer deber del hombre es amar su propia vida, porque es don personal de Dios. La falta de amor a la vida no es cristiana, es decir, no pertenece al mensaje de Jesús, a su antropología.

En el Antiguo Testamento se presenta el extremo al que puede llegar el hombre por el sufrimiento, como en el caso de Job, *“está mi alma hastiada*

Jb 10,1. *de mi vida*". El amor a la vida es el punto de partida para amar a Dios y a los demás. Por eso se nos manda amar a los demás como a nosotros mismos.

Mt 5,43.

Cuando Lucas habla de "*aborrecer la propia vida*" lo dice de modo hiperbólico, en el sentido de anteponerla al mensaje del reino y al llamamiento, para poner de relieve la prioridad del mensaje.

Lc 14,26; 6,22. "*Aborrecer la propia vida*" en el evangelio de Lucas significa solamente posponer los intereses personales a los intereses o exigencias del reino. Se trata de una acción positiva en favor del reino, y no de una acción negativa en contra de la propia vida.

Ante el corazón de Dios la vida del hombre es objeto de bendiciones, no de maldiciones, es objeto de gracias y no sujeto de desgracias. Podríamos decir que las desgracias de los hombres afligen el corazón de Dios. La causa suprema de Dios, su propia gloria, no es él mismo, como si tuviera sed de autosatisfacción o hambre de egoísmo. Ya Ireneo pensaba que la gloria de Dios, o su mayor satisfacción, estaba en el bien del hombre concreto —*gloria Dei vivens homo*— esto es lo que significa la redención, es decir, la pasión, la muerte y la resurrección. La gloria de Dios consiste en comunicarse al hombre.

Ireneo,
Adv Haer IV 20,7.

El ser humano, en su origen, es solamente un comienzo que en el tiempo no alcanza su cometido.

1 Jn 3,2. Solo es germinalmente lo que ha de llegar a ser.

La gestación —Συλ-λάμβανω—

Que una mujer esté embarazada significa que Dios quiere dar a luz un nuevo testimonio de su solicitud, su presencia y su amor. Es un tiempo de preparación: lo que se prepara es un ser humano. Es un tiempo de espera: lo que se está esperando es un nuevo ser. Cuando una mujer está esperando, a su esposo le toca esperar él también.

La gestación para los padres es un tiempo de confianza, de alegría y de esperanza. Y para cada uno de los que hemos nacido, un testimonio, el de nuestra propia vida, de que el Señor se ha portado estupendamente con nosotros. Jn 16,21.

La mujer tejiendo es típica de la que está esperando. Esta es la imagen que la Escritura utiliza con frecuencia para hablarnos de la actividad de Dios y de su cariño por lo que hace en las entrañas de la mujer preñada. El Salmo 139 dice:

*“Porque tú —Yahvé— mis entrañas has formado,
me has tejido en el vientre de mi madre;
te doy gracias Yahvé por tus grandes maravillas,
prodigio soy yo, y prodigios son tus obras.
Mis huesos no se te ocultaban
cuando yo era hecho en lo secreto,
y tejido en las profundidades de la tierra.
Tus ojos vieron mi figura primera...”*

Sal 139,13.

Y Salmo 71 dice:

*“Tú eres mi esperanza, Señor,
y mi confianza desde mi juventud,
en ti tengo mi apoyo desde el seno materno,
tú eres mi herencia, desde las entrañas de mí madre”.*

Sal 71,5-6.

Lo que surge en lo secreto y en lo oscuro de las entrañas maternas es la obra de Dios; por eso sólo el que forma al hombre ocultamente, lo conoce en su totalidad y desde el principio. Sus ojos ven el embrión y su solicitud es, por decirlo así, inversamente proporcional al tamaño del hombre. Llama la atención la alusión a las profundidades de la tierra en las que el cuerpo, que iba surgiendo, fue tejido. La idea de que el hombre brota de la tierra, como Adán, y como un grano, se relaciona con las entrañas de la tierra y el

Jb 1,21. vientre materno: *“Desnudo salí del vientre de mi madre y desnudo vuelvo allí a la tierra”*.

Cuando Dios hizo al hombre de barro, estaba pensando que en lo sucesivo lo seguiría haciendo en el vientre de la madre.

Is 44,24.2. *“Así dice Yahvé, tu redentor,
el que te formó desde el seno materno”*.

La imagen del alfarero sirve también para pensar en el hombre como una obra que procede de las manos de Dios, y de la tierra.

Job dice a Dios;

*“Recuerda que me hiciste como se amasa el barro.
¿No fuiste tú el que me vertiste como leche,
y me cuajaste como cuajada?
De piel y de carne me vestiste,
y me entretejiste de huesos y de nervios.
Luego, con la vida me agraciaste,
y tu solicitud cuidó mi aliento”*.

Jb 10,9s.

*“Pues bien. Yahavé, tú eres nuestro Padre,
nosotros la arcilla, y tú nuestro alfarero,
la hechura de tus manos todos nosotros”*.

Is 64,7.

Esto para decir, a través de imágenes, que Dios está presente y activo, con los padres y en los padres, en la obra maravillosa de procrear, entretejiendo con uno y otro un nuevo hijo. El tiempo de espera es tiempo de confianza y tiempo de unión vital con Él. Is 66,9.

La mujer era el lugar en que Dios “*cuajaba*”, o formaba al hombre. Si es maravilloso que salga el sol o que brote una flor, mucho más maravilloso es que nazca un ser humano. Jb 10,9-12; Sal 139,13s; 22,10; Mc 10,8s.

Para Jeremías el hijo es un ser pre-visto, pre-amado, pre-elegido, desde antes de haber nacido.

“Antes de haberte formado yo en el seno materno te conocía. Y antes de que nacieras te tenía consagrado”. Jr 1,15; Sal 22,10; Is 44,2.

Para Jesús, Dios se manifestaba en la vida. Su mensaje sobre el amor incondicional de Dios le da a la vida una nueva dimensión. La vida es el tiempo para encontrar a Dios, y para que Dios te encuentre. Es el tiempo en que el pastor busca a sus ovejas.

Existen en la Escritura algunos textos que exigen ser interpretados de forma distinta a como se ha hecho tradicionalmente. Dice Juan, y lo pone en boca de Jesús, que “*lo que nace de la carne es carne*” y más adelante que “*el Espíritu es el que da vida y la carne no sirve para nada*”. Estas expresiones encierran un cierto sabor dualista gnóstico que contienen un cierto desprecio de la condición corporal. Jn 3,6; 6,36.

En realidad nada nace de la carne exclusivamente sino de la realidad de la persona. La que engendra es la persona, no la carne, o el alma o el espíritu.

Cuando un niño nace todos se alegran. Jesús hace alusión a esa alegría y la contrapone al dolor y al sufrimiento; por eso dice el ángel a María, Lc 1,14.28-31. Jn 16,21. “*alégrate*”... “*porque concebirás y darás a luz un hijo*”.

Comúnmente no se valoraba al niño como niño, Lc 1,15; 32,80. sino en función de la edad adulta. De ahí la importancia del crecimiento y del momento de asumir responsabilidades, sobre todo de tipo religioso. La infancia o el niño eran importantes a la Lc 2,41s. luz del fin. Porque solo hasta el final se conoce lo Si 11,28. que se es desde el principio.

La infancia —Παις—

El objetivo primero y natural del niño era crecer; primero, físicamente “*en edad y en estatura*”, Lc 2,40; 1,80; 2,52. luego, espiritualmente “*en sabiduría*”, esto es, asimilando y haciendo propia la disciplina judía; finalmente en la relación personal, en el amor, —en gracia— para con Dios y respecto a sus semejantes. Mt 19,20; Mc 10,20.

El hombre no estaba hecho definitivamente, sino en orden a su propio crecimiento —*in augmentum*—. Sin embargo no es una obra incompleta de Dios sino que su plenitud está en orden a su crecimiento libre y responsable. La obra por excelencia de Dios es el ser humano. Para el hombre su obra más importante es también lo que haga consigo mismo y de sí mismo. Esto no excluye la obra de Dios en él, sino que la incluye. Se trata

Ireneo,
Adv Haer IV, 38,3.

de una verdadera colaboración donde cada quien hace lo que le toca hacer, según su papel, según su naturaleza.

En la mentalidad hebrea el hombre nacía no terminado, pequeño como una planta, no perfecto, no pleno. Era más un proyecto que una realización. Por eso era objeto de múltiples cuidados que generalmente tocaban a la madre los primeros años, como ya vimos, y al mismo tiempo estaba sujeto a muchos riesgos inevitables de los que no siempre salía triunfante.

Es absurdo pensar que las relaciones de la primera infancia y juventud de Jesús fueran adversas a su persona. Tenemos algunos indicios para pensar todo lo contrario. Jesús fue amado y protegido desde su niñez. Vivió en el amor de sus padres y de sus hermanos, que, empezada la vida pública, se preocuparon por él. Solo por amor al Reino y por amor a los demás se apartó de ellos y fue disuadido para no hacerlo.

Lc 2,40.51.

Mc 3,21.

En el Nuevo Testamento se nos dice que Jesús se desarrolló normalmente, como un niño que vivía en obediencia a sus padres. Resulta interesante advertir que no sólo la vida de Jesús consistió en obedecer, sino que nosotros mismos al vivir obedecemos. Porque Dios ha querido, quiere y se complace en que vivamos. Vivir es obedecer, y vivir es también, en su forma más elemental, complacer y glorificar a Dios. Por eso toda vida, aún la de un ser humano con capacidades diferentes, es valiosa en sí misma y tiene un valor que rebasa lo económico, funcional, productivo o utilitario, aunque sea la de un niño que viva pocos años y

Hb 10,7; Fl 2,8.

no pueda alcanzar la meta de los adultos. Nacer y crecer no es menos obediencia que morir.

Para Jesús, el niño representaba la forma ideal de comunión con Dios, por su fe, su confianza y su amor, su sencillez y su humildad ante Dios. La visión que tenía Jesús sobre el Reino y la paternidad de Dios lo llevó a pensar y sentir sobre los niños de modo privilegiado, porque Dios, como buen Padre, tiene un cuidado especial por los pequeños. Esto lo concretizó Jesús en su predilección por los niños. Ellos son ejemplo de confianza y seguridad en sus padres, y por eso debemos ser como ellos en sentirnos confiados y seguros en nuestro Padre Dios.

Mt 18,3; Mc 9,37;
Lc 9,47.

Lc 18,15.

El niño recibe todo como un don y no como algo que le es debido y los discípulos deben ser como niños para entrar en el Reino de los cielos.

Mc 10,15.
Mt 18,3.

El niño desde que empieza a existir es objeto particular del amor de Dios. Es una nueva creación. No nace enemigo o en pecado ante Dios, sino que desde su origen nace en afinidad con Dios. Jesús no conoce en el ser humano un pecado original en el niño incapaz de cometer pecados por sí mismo, y de recibirlo hereditariamente, porque lo que recibe es el ser imagen y semejanza de Dios desde el momento de su concepción. La vida del ser humano es vida de Dios porque él se la dio y a él le pertenece.

Mc 9,42; Mt 18,69.

Cf Gn 5,1.
Gn 2,7; Sal 104,29;
Jb 34,14-15.

El mensaje de Jesús y la antropología que dedujimos de él no nos proponen una concepción racionalista del hombre sino que implican un modo de vivir y de interpretar la vida y la muerte.

N.B.

- La doctrina del pecado original fue una elaboración teológica hecha por San Agustín en el siglo V. Seguramente Jesús veía el pecado de Adán como el primero, pero no como la causa de todos los demás pecados, por ejemplo la muerte de Abel y todos los demás que se siguieron. Ningún profeta vinculó, ni se vincula en el Antiguo Testamento, el pecado de Adán con el pecado de todos los hombres.
- La palabra **pais**, que significa niño, se usa también para nombrar a los sirvientes; muy probablemente porque ellos deben también obedecer como niños y porque el patrón debía hacerse cargo de ellos. En el Evangelio se hace notar la gran diferencia que hay entre un hijo de familia y un sirviente. παῖς.

El término “pais” se usaba también de forma metafórica —a falta de adjetivos en las lenguas semíticas, como el arameo— y entonces significaba relación y pertenencia. Se hablaba de los hijos de Abraham, de los hijos del Reino, de los hijos de la luz o de las tinieblas. Pero principalmente de los “*hijos de Dios*”.

Lc 3,8; Mt 8,12.
Lc 16,8; Mt 5,9.45.

- Después de la resurrección se utilizó la palabra “pais” para designar a Jesús como Hijo y siervo de Yahvé. Is 42,2-4; 49,1-6;
50,4-11.

El hombre crece —Αὐξάνω—

El crecer y la edad es algo constitutivo de la persona, no es algo que acontece y ya, sino algo que modifica a la persona.

El crecimiento se refiere no solo ni principalmente a la edad sino al crecimiento de la persona como ser humano, social e histórico. Para Jesús se crece en orden a los valores del reino, es decir, en la fe y confianza en Dios como Padre, en el amor a nuestros hermanos e incluso a nuestros enemigos, en la esperanza en un mundo nuevo que, en el orden escatológico, será donde Dios se comunicará plenamente y, en el orden temporal, será también fruto del esfuerzo de nuestra parte.

Tener muchos o pocos años caracteriza al hombre de muchas maneras. En tiempo de Jesús, el ser anciano era una dignidad, y el ser niño una especie de justificación, como decir: todavía no puede ni sabe hablar. Se vinculaba la sabiduría a la experiencia y por eso los ancianos gozaban de honores especiales y también de cargos. Dice el Levítico: *“Te levantarás ante cabeza encanecida, honraras al viejo y temerás a tu Dios. Yo soy Yahvé”*.
Lv 19,23; Dt 5,16.

Za 8,4. *“Caracteriza a la vejez la debilidad creciente”*.
Dice el libro de los proverbios *“El ornato de los mayores son las canas, mientras que el adorno de los jóvenes es la fuerza”*.
Pr 20,29.

Una descripción poética y llena de sentido pinta con tonos sombríos al hombre viejo, la encontramos en el Eclesiastés. Ahí se describe la forma en que paulatinamente el hombre se va debilitando en fuerzas y creciendo en espíritu, hasta alcanzar a Dios.
Qo 12,1-7;
Sal 71,17-19.

“Pensé: la abundancia de años anunciará la sabiduría. Pero hay un soplo en el hombre, solo el

aliento del altísimo lo hace inteligente. No siempre son sabios los ancianos, no siempre entienden los viejos lo que es justo”. Jb 32,7-9.

Por eso también Qohélet dice: *“es mejor un joven pobre, pero sabio, que un rey viejo, pero necio, que ya no sabe dejarse asesorar”.* Qo 4,13.

CAPITULO X

EL HOMBRE DISCÍPULO

El Reinado de Dios —Βασιλεία τοῦ Θεοῦ—, elemento esencial de la antropología de Jesús

Toda gran persona y todo gran profeta parte de una intuición o revelación primaria que le da sentido a toda su actividad y a su vida entera. La revelación para Jesús fue el reinado de Dios, Padre suyo y de todos los hombres, que se desborda en amor escatológico y por eso definitivo y pleno.

Para Jesús el reino escatológico no es la nostalgia de tiempos pasados, ni el sueño de una edad de oro futura, es más bien la esperanza de algo nuevo, “un mundo nuevo” como lo pensaba Isaías, *“el pueblo que andaba en tinieblas vio una luz intensa. Sobre los que vivían en tierra de sombras brilló una luz. Acrecentaste el gozo, hiciste*

grande la alegría. Se han alegrado al verte como se alegran en la siega, como se gozan repartiendo el botín. Porque has suprimido el yugo que les pesaba y la barra de su hombro”.

Is 9,1; 5,6.

El perdón de los pecados no era para él una purificación del alma sola, sino un fruto del reino; la penetración del reino escatológico hecho presente en el corazón del hombre. El reino se convertía en purificación para todos los hombres.

Al reino de Dios va unida la salvación para todos los hombres. Es lo que Jesús anuncia.

Del amplio mensaje de Jesús sobre el reino, vamos a fijarnos solamente en aquellos puntos que enriquecen de forma notable su antropología. El reino era un mensaje de gracia, de amor de Dios para el hombre. Este siempre ha sido objeto del amor de Dios y de su misericordia, pero nunca tanto como ahora. Porque se acerca el fin, Dios ofrece una oportunidad para todos, una oferta, una ganga. “*El tiempo se ha cumplido*”. Es un tiempo escatológico. A los seres humanos les queda solo el tiempo necesario para volver a Dios. No vale la pena reconstruir o rehacer nada, ni los ritos, ni el sacerdocio, ni las costumbres, ni el matrimonio, ni el templo, ni el sábado; sólo hay tiempo para volver a Dios, para convertirse y aceptar su amor. No importa que hayas sido publicano, pecador o prostituta, Dios está dispuesto a sanar por dentro y por fuera, física o espiritualmente. Lo único que importa es que lo aceptes, que creas, y por eso la fe era el otro nombre de la salvación.

Mc 1,15.

1 Co 7,29.

Lc 17,19; 1 P 1,9.

La fe como contenido, vendría siendo la aceptación de Dios misericordioso en la propia vida. En términos de actitud personal sería: la relación con Dios como Padre, y de los demás como hermanos, no menos que la aceptación de Jesús como enviado escatológico; finalmente el reino es una relación personal con Jesús en el diálogo, el seguimiento y el servicio.

En el mensaje del reino la relación personal con Jesús es definitiva porque no se trata solamente de aceptar un mensaje sobre Dios, o sobre todos los hombres, la historia o las circunstancias; se trata de aceptar a Jesús como portador y depositario del acontecimiento del reino. Él lo anuncia, lo realiza y lo lleva a término. Él es el criterio y la norma del reino, de tal manera que el reino es lo que él dice y no lo que el pueblo o sus dirigentes esperan.

Nos podríamos preguntar: ¿El mensaje de Jesús sobre el reinado de Dios tiene como centro a Dios o al hombre? El primer lugar corresponde a Dios, su soberanía, su reino en el mundo, pero junto con el mensaje sobre Dios va el del hombre. Sin contraposición, sino en conjunción: de tal manera que no hay reinado de Dios sin el bienestar del hombre.

El reino incluye un mensaje para el hombre y sobre el hombre, sin ser propiamente un mensaje político o cósmico. Aunque abundan las imágenes apocalípticas, no es en primer lugar un mensaje cósmico. El momento del fin lo ignora el mismo Jesús.

Mt 11,27; Lc 10,22.

El anuncio de Jesús sobre el reino matiza, puntualiza y modifica todo el mensaje de la misma Sagrada Escritura, de tal manera que hay que releerla, reinterpretarla y aplicarla a la luz del reinado, especialmente aquello que toca al ser humano. La aparición concreta de Jesús, por sus palabras, su modo de ser y sus acciones, significaba salvación y liberación, y revelaban el modo de ser de Dios.

A Jesús se le puede achacar una visión demasiado sencilla y antropomórfica de Dios. Las imágenes, fórmulas y predicados que usa parecen estar más de acuerdo con el sentir de los hombres que con una imagen trascendente de Dios. Parecería que Dios se pone en el lugar del hombre o que el hombre se pone en el lugar de Dios, y por eso la imagen de Dios como Padre, se opone totalmente a un Dios inhumano o pagano. El Dios de Jesús, el del Evangelio, no es como el Dios de Platón o el de Aristóteles, ni siquiera como el Dios del antiguo Israel. Para Jesús, Dios siempre tiene un aspecto de solicitud, de hallazgo, de encuentro afectuoso, parecería que juega a las escondidas con la ilusión de ser encontrado; *“Me hallarán si me buscan con corazón sincero”*.

Sb 1,1;
Sal 119,10.

Llama la atención lo poco que se preocupó Jesús de las estructuras religiosas, sociales, políticas y económicas de su tiempo que, como era normal, estaban cuajadas de problemas que diferentes grupos de judíos trataban de resolver de formas distintas. A Jesús le interesa el hombre concreto por encima de todo y para valorarlo le

ha servido infinitamente el sentido escatológico de su mensaje.

Como todo se va a acabar, lo único que perduraré será la relación de Dios con el hombre y del hombre con Dios.

El reino implicaba una nueva alianza, y como en el Antiguo Testamento, el principal protagonista era Dios. El hombre es una persona que entabla con Dios una relación personal, pero también una persona que acepta una alianza nueva en términos de amistad en orden al anuncio del reino.

Jr 31,36; 24,6s.

Mc 3,14.

Jesús tiene algo que decir al hombre y sobre el hombre. Vincula a Dios con el hombre presente. Ve al hombre necesitado de Dios y a Dios preocupado por el presente y el futuro del hombre, su salvación definitiva.

El reino de Dios es para todos, para toda la creación, para siempre. Se le destruye cuando se le mete en cánones, normas y condicionamientos. Estas deben estar en evolución y continuo desarrollo porque están hechas para el hombre y no al contrario. Dios es Padre misericordioso para todos. El reinado de Dios para cada uno trasciende el orden histórico.

Is 61,1-11; Cf Mc 2,37; Mt 2,45.

El reino de Dios se identifica con Dios. *“Cuando marcos dice el reino de Dios viene, quiere decir Dios viene”*.

J. Jeremías;
Mc 4,21.

Jesús hace una alianza nueva con sus discípulos que significa alianza de Dios y que la sella con su sangre en la última cena.

El hombre y la mujer discípulos —Μαθητής—

El ser humano puede presentarse no solo según su naturaleza, esencia y sustancia, como se hizo en la filosofía griega, sino también según se encuentra y actúa, conforme al contexto vital, como se hizo en el pensamiento del semita antiguo. Si comparamos la antropología de Jesús con la actual, la de Jesús sería **más una antropología realista y existencial, personalista**, que una antropología esencialista, o científica. Tampoco sería una antropología del “deber ser”, a partir de una ontología, pero sí en un aspecto escatológico. El fin del hombre es la comunión con Dios en esta vida y en la otra. Jesús no trata de definir al hombre sino de abrazarlo.

Una persona es como es, no solamente por lo que ha hecho de sí misma, a través de su vida —su biografía— sino sobre todo por sus relaciones interpersonales. Es como es, como fruto de sus relaciones, pero también como manifestación de aquello que ha recibido desde el origen.

Para Jesús el hombre y la mujer eran realidades **en proceso** de desarrollo. No eran un logro cumplido, sino una vocación, un punto de partida. El hombre no era algo hecho, sino algo por hacerse. Y lo que hace el hombre de sí mismo lo hace con Dios o sin Dios. O respondiendo en ocasiones sí, y en ocasiones no. Para Jesús el hombre es respuesta y se realiza respondiendo. Jesús esperaba de cada una de las personas con quienes trataba una respuesta, que no necesariamente se daría de forma verbal, sino concreta o práctica. Expre-

sada en la aceptación o no aceptación de su mensaje y su persona.

Jesús entiende al ser humano por su origen, su historia, su situación concreta y su destino:

- Por su origen, porque es creatura de Dios y por eso, su hijo. Sus discípulos eran sus coterráneos, cuyas familias probablemente conocía y era conocido por ellos. Eran de Galilea, no de Tiro o Sidón, ni de Jerusalén. Lc 3,38.
- Por su situación concreta, porque el mundo en que se encuentra lo define, de frente a Jesús y de frente al reino. Jesús no abstrae, sino concretiza. Atiende a lo particular y característico. Porque eres pescador, “yo te haré pescador de hombres”. Su atención a los enfermos es prueba de su atención personal. Mt 4,19.
- Por su historia, porque lo que hace en la vida lo determina realmente. Sus decisiones y sus acciones y hasta sus deseos, no son algo accidental, sino elementos constitutivos de su modo de ser como persona. Jesús concibe al hombre como un ser libre cuya principal decisión consiste en tomar decisiones sobre sí mismo. Mt 16,24; Mc 8,34; Lc 9,23; Jn 5,40.
- Por su destino, porque Jesús “ha venido para que tengan vida y la tengan en abundancia”, es decir, para heredar el reino, y de esa manera los que lo alcancen estén con él. Todo discípulo de Jesús es, por eso mismo, “discípulo del reino de los cielos”. “El Padre se ha complacido en darles el reino”. Jn 10,10. Lc 23,43. Mt 13,51. Lc 12,32.

Mt 16,26; Lc 9,25. *“De qué le sirve al hombre —decía Jesús— ganar el mundo entero si a sí mismo se pierde”.*

Los conceptos no hay que pedirlos a la filosofía, sino a la vida concreta del que ríe o del que llora, del que puede andar o no andar, del que piensa o del que no piensa. La verdad es lo que el hombre es, no lo que se piensa que es. Lo que Jesús dice del hombre también es una interpretación, pero una interpretación que responde a la realidad.

Jesús se dio a la tarea de llamar discípulos y discípulas, pero ellos y ellas como discípulos suyos y discípulos para el reino. Y haciendo esto los humanizó, los caracterizó y los personalizó. Aunque con fuertes resistencias por parte de ellos, los fue haciendo a su modo.

- Los humanizó porque los hizo más conscientes, libres y responsables, además del sentido de amor y entrega que les dio a sus vidas.
- Los caracterizó porque con su modo de ser los fue ayudando a sacar lo mejor de ellos mismos.
- Los personalizó porque los hizo sentirse conocidos y amados con sus características individuales y los hizo conscientes de que con Dios ellos construían su propia vida.

Pedro no hubiera sido Pedro, de no haberse encontrado con Jesús y de no haberse dejado emparar en él.

Para Jesús un discípulo, como cualquier persona, no es algo terminado, sino algo por hacerse. Y todo ser personal, todo “yo”, convive con otros

y por eso todos contribuyen a su configuración, y él a la de los demás. Por eso la convivencia no es algo que se sigue de ser persona, sino elemento necesario para la realización de la persona. —Incluso para la conciencia de ser persona—.

Para Jesús la fe modifica y califica al hombre en cuanto tal. Así quedaron calificados y modificados los discípulos. No tanto la fe que se manifiesta en actos de culto, en costumbres o ritos, sino la fe que determina el modo de ser y de vivir del discípulo. Los modificó esencialmente, los hizo diferentes. La fe es una relación viva con aquel en quien se cree —Jesús—, y también una relación viva con lo creído —el reino—, que comprende y compromete la vida entera.

La fe no es solo subjetividad, ni un calificativo, como creyente o no creyente. Es algo que impregna a la persona. Hace que la vida y todas las relaciones con los demás y con el mundo se vivan de modo diferente. Hace que el sentido de la existencia propia y ajena, de la culpa, de la angustia, del miedo, del dolor y de la muerte se comprendan y se vivan de modo diferente. “*Si tuvieran fe como un grano de mostaza...*”. El hombre que quiere saber lo que es y lo que vale no puede prescindir de los demás. Él es y vale en relación con el todo y con todos. Lc 17,6.

Poco a poco

Podríamos decir que Cristo fue haciendo cristianos a sus discípulos poco a poco. Entre el ser hombre y el ser discípulo hay un elemento común que es el **ser modelable**. El hombre es mol-

deado por la realidad, que tiene el poder de irnos modelando. Y el discípulo es modelado por Cristo. Claro que no hay oposición entre Cristo y la realidad, pues Cristo como persona concreta fue una realidad para sus discípulos.

Mt 4,18s.

Los discípulos prefiguran a todos los creyentes, dirá Tertuliano, porque nos hablan de lo que somos nosotros mismos. —La vida de cada uno es una vocación, una respuesta y un seguimiento—.

Los acontecimientos de la vida tienen un valor muy grande para cada uno de los discípulos porque los va configurando en su modo de ser, pensar y actuar. Evidentemente que hay actos —pensamientos y decisiones— que los configuran más y otros que los configuran menos, quizá hay algunos que los desfiguran. La biografía de los apóstoles y la convivencia con Cristo tienen carácter no solo circunstancial sino también como elementos definitivos en la constitución de la personalidad, es decir, es lo que los hace ser como son. Y esto que sucedió con los apóstoles sucede también con cada uno de nosotros.

Ser persona y ser discípulo es un modo de vivir, de pensar, de actuar, de decidir, de compadecerse, de compartir, de creer y de esperar. Es un modo de ser determinante y determinado por la realidad que, tratándose de los discípulos, era Jesús. Él les daba un modo de vivir, de actuar y de ser que los definía para siempre. La opción por Cristo no era tanto una decisión transitoria, era una decisión configuradora y determinante de la propia persona —y por otra parte manifestativa, porque manifestaba lo que Jesús era para el dis-

Mc 1,36; 2,13.

cípulo— se caracterizaban por ser “sus discípulos” y de esa manera se manifestaban. *“Quien les da de beber un vaso de agua en razón de ser mis discípulos”*. Mc 9,41.

Cada uno de ellos, al seguir a Jesús, se encontró con Dios, y se entregó a Dios siguiendo a Jesús en el itinerario que van recorriendo y en el trabajo que van realizando. Por eso después no pueden pensar a Jesús sin Dios ni a Dios sin Jesús. Y en ese encuentro y en ese trabajo se construyen a sí mismos. Porque todo hombre se hace a sí mismo con sus decisiones, su trabajo, su vida. Y tratándose de los discípulos, la presencia, el amor, la convivencia y la acción física de Jesús tuvo importancia definitiva.

Si atendemos a la pasión, la formación de Jesús a sus discípulos no parece haber tenido éxito. Al fin lo dejaron solo y todas las experiencias de vida murieron junto con Jesús. Jesús murió no sólo sobre la cruz, sino también en el corazón y en las expectativas de sus discípulos. Con la resurrección Jesús resucitó también en el corazón de los que lo seguían. Y la vida vivida durante el seguimiento cobró una verdadera transfiguración. Lc 24,21.

N.B.

Actualmente Jesús resucitado sigue teniendo importancia definitiva, igual que en los primeros discípulos. Nos sigue haciendo, actuando con nosotros y en nosotros; en nuestras decisiones, nuestro trabajo y nuestra vida. —También a nosotros Cristo nos configura y nos hace cristianos y discípulos poco a poco—.

A los judíos como destinatarios del reino en primer lugar, los llamó Jesús “*hijos del reino*”, pero los judíos, con excepción de sus discípulos y seguidores, no aceptaron su mensaje.

Jesús no es elitista, como los qumramitas, no trata de crear una comunidad dentro de otra, no hace acepción de personas. Llama a todos, se debe a todos y se entrega a todos. Eso no quita su especial predilección a los más necesitados. Jesús comprende al hombre con el hombre. Al hombre en sus relaciones. Jesús no ve al ser humano aislado. Se trata de un hombre con antecedentes, contemporáneos, y sucesores. Es un ser humano con historia en la que se encuentra inserto y también con una biografía de la que es más o menos responsable.

Seguimiento —Ἀκολουθέω—

Para Jesús, los hombres y los discípulos son una realidad inconclusa, seres en camino, peregrinos con una ilusión y un destino. Con el llamado de Jesús construyen su vida, como Jesús la construyó con el envío del Padre.

Vivir como persona es tomar decisiones sobre uno mismo, auto-conocerse, auto-poseerse, auto-determinarse, auto-entregarse. Jesús no presionó a sus discípulos, los invitó a tomar decisiones sobre sí mismos. Ellos hicieron lo que quisieron; Jn 6,66. unos lo siguieron y otros no, unos lo acompañaron y otros lo abandonaron.

Para Jesús, el hombre es un ser verdaderamente libre, que decide su vocación, sus respuestas y, de esa manera, su destino. Jesús invita o llama Jn 21,18.

a su seguimiento y el que quiera, responde, y se modela de modo especial como persona. Todos los actos tienen sentido porque todos contribuyen a la configuración del “Yo”. Para el ser humano, entendido con las categorías de Jesús, el mundo, la historia y las circunstancias dependen de Dios y no solamente de uno mismo.

Mt 16,24; Jn 7,17;
12,26.

El ser humano es realmente libre, no solo de fuerzas externas, sino con libertad interior ante sus propios impulsos, ante las circunstancias, la historia y el mundo. Y por eso Jesús puede pedir a todos como requisito indispensable para seguirlo, plena libertad —“*si alguno quiere venir conmigo*”—; son personas libres ante quienes cabe siempre la invitación “*si tú quieres*”, y la respuesta “*te seguiré a dondequiera que vayas*”; o también la respuesta negativa.

Lc 9,23.

Mt 8,19; Lc 9,57.
Mt 19,21-22.

Todo peregrino es un hombre que **parte de, va por, sigue a, para llegar hasta**. El hombre, para Jesús, es un proceso, una vocación continua y una meta próxima. Demasiado próxima, y por eso es un ser escatológico. El que sea histórico no quiere decir solamente que de un estadio se pase a otro, sino que el primero conduce al segundo, y que el último está próximo.

Para Jesús el hombre es un ser en camino, como él, y un ser itinerante, también como él, con un quehacer y una meta, el reino que es, como para todo israelita, un principio y una promesa: “*Yo mismo iré contigo y te daré descanso*”.

Ex 33,14.

La voluntad de Dios no es un abstracto eterno, sino que se encuentra en las circunstancias

y condicionamientos que nos rodean y que son parte de nosotros mismos.

Vengan conmigo —Δεῦτε ὀπίσω μου—

Para Jesús todo hombre es un ser llamado por Dios para algo. Todos tienen una vocación. Nadie está de más. La vida tiene un sentido en sí misma, porque es ya un don de Dios, y un sentido trascendente, porque es algo patente para Dios. Mt 6,6. Dios siempre ve tu corazón y ve en lo escondido. La vida no es mero acontecimiento biológico. Es algo que Dios da a través de los padres. La vida del hombre está vinculada con la bondad y voluntad de Dios. Por eso Dios quiere que el hombre viva y que viva bien. Y todo trabajo por el bien-vivir o bien-estar o el vivir libre del hombre es un cumplimiento de la voluntad de Dios.

Tratando de sistematizar el pensamiento de Jesús, que desde luego él no lo hizo, podemos decir que para Jesús el hombre no solo “es”, como realidad, y actúa, como naturaleza, sino que también “existe” como gracia, vive bajo el signo del amor de Dios, es, no solamente creatura e hijo de Dios, sino que además existe aquí y ahora, para seguir a Jesús, escuchar su mensaje y dejarse transformar por él. Jesús, y Dios en él, se presenta para llamarlo y para que responda, para darle sentido a su vida en el servicio y la entrega como persona, es decir, por amor. Rm 6,14.

Podremos decir que para Jesús la pregunta sobre el hombre no solamente consiste en saber lo que el hombre es, sino que también existe, y de determinada manera. La pregunta es ¿Cómo

vive? ¿Por qué vive? ¿Para quién vive? ¿Dónde vive? ¿Cómo ha de vivir en el futuro? Pero también, por su dinamismo, que es llamamiento: ¿Qué hace de su vida y con su vida? ¿A quién sigue? ¿Cómo vive, y a dónde va? ¿Con quién va y cómo va?

El aspecto existencial abarca lo personal y único, lo exclusivo. *Ven tú y sígueme*, ven y veme siguiendo, paso a paso, día a día. Existencialmente, por lo que toca a la vida vivida, nada tuyo está hecho sin que tú intervengas. La vocación de los discípulos no son relatos históricos nada más. Quizá de eso tengan menos de lo que creemos. Son también relatos antropológicos, y de eso tienen más de lo que pensamos. Cf Mt 4,19.21.

Para Jesús, Dios es un llamado y el hombre una respuesta. Y no le queda más remedio que responder. Responde libre y necesariamente, porque su no-respuesta es también una respuesta.

Pero también el hombre es entrega y se realiza entregándose. Una entrega al estilo y modo de Jesús. Una entrega en comunión con Jesús, es decir, en la aceptación libre de la vida como se vaya presentando, aunque sea "*muerte de cruz*". Fl 2,8; Mt 10,38; 16,24.

A Jesús le interesó la vida vivida en el tiempo y el espacio que él vivía, no la filosofía, ni la psicología o sociología, sino la misma vida que vivían sus compatriotas, la vida en la construcción del reino, la vida en su seguimiento. A Jesús le interesa el ser humano como persona, no como cosa u objeto de conocimiento científico. No se pregunta ¿Qué es el hombre? Sino ¿quién es el hombre?

Mt 16,17. A Pedro le dice “*tú eres Simón, hijo de Juan, y tú serás llamado Pedro*”. Y le pregunta: “*¿quién dice la gente que soy yo?*”.

El encuentro con Jesús implica el encuentro con uno mismo. Lo identifica como persona, lo humaniza y lo personaliza más. Cada uno de los discípulos no sería el que fue sin el seguimiento y la respuesta al llamado de Jesús, porque éste, más que el encuentro con cualquier compatriota, los personalizó.

Jn 1,43. Felipe es una experiencia de Cristo, y Cristo una experiencia de Felipe. Cada uno es importante para el otro en ese momento de experiencia constitutiva, pues en adelante Felipe será un discípulo y Jesús será su Maestro. El seguimiento no es otra cosa que prolongar la experiencia cada día de forma diferente. “*Yo los haré pescadores de hombres*”. Lo más importante del ser humano no está en lo que es, ni en lo que ha sido, sino en lo que puede llegar a ser.

Lc 5,10; Mt 4,19.

La acción de Dios en la persona, que es lo mismo que la acción de Jesús en el discípulo, va formando poco a poco el modo de ser, y su “ser de tal manera” que a nivel inmediato depende del discípulo y a nivel fundante, posibilitante, impelente y unificante depende de Jesús. “*Yo los haré pescadores de hombres*”.

Lc 5,10; Mt 4,19.

• Fundante, porque como dice San Pablo: Fl 2,13. “*Dios obra en nosotros el querer y el actuar*” y porque Dios es la realidad que nos fundamenta. Dios no solo es la primera pregunta de mi existencia, sino también la última respuesta.

- Posibilitante, porque nos hace capaces de muchas cosas, y nos ofrece muchas posibilidades de las que elegimos una entre muchas. Jn 15,5.
- Impelente, porque en aquella que hemos elegido nos impulsa para seguir adelante y perseverar. Y le da unidad a la vida, aun en todos los momentos de diversidad. Desde el nacimiento hasta la muerte, al comienzo, al medio y al fin. Como lo hizo Jesús en la vida de cada uno de sus discípulos. Jn 21,15s.
- Plenificante, porque solo Dios puede llenarlo plenamente. El ser humano está hecho y encaminado a la comunión con Dios y nada fuera de eso lo puede satisfacer. Jn 6,68.

Jesús ha querido que el hombre participe en la creación de su propia identidad y esto a tal grado de libertad que es preferible que uno se frustre a que sea llevado a la plenitud sin su libertad.

El discípulo necesita el futuro para ser mejor, para seguir más de cerca a su maestro, para entregarse a los demás, no para acumular riquezas, ni honores, ni poder.

No son tanto los pasos buenos o malos los que constituyen una vida de seguimiento de Jesús sino el estar en camino, amándolo continuamente. Las piedras en el camino pueden ser ocasión de tropiezo, pero nunca deben hacernos perder la huella, aunque sea ensangrentada.

El grupo —Προσμένω—

Jn 8,39s. En tiempo de Jesús se daba un sentido de comunidad, grupo o tribu, muy marcado. Jesús hace poco o ningún caso de esas divisiones. El Reino lo ha hecho pensar en el hombre existencialmente relacionado con todo el mundo material, pero en sintonía con la acción de Dios vinculado con los demás, con la realidad, y especialmente con los más necesitados.

Jn 8,33s. La dignidad humana, para Jesús, no consiste en ser miembro de un pueblo, ni descendiente de un patriarca, sino en cumplir la voluntad de Dios, en aceptar el reino y el amor incondicional de Dios y con él aceptar el presente para transformarlo, el pasado para ser superado en el presente, y el futuro, como una promesa. No es menos importante la aceptación de uno mismo y de los demás. El sentido de grupo y de acompañamiento era un alimento para la vocación y un estímulo para la misión.

Mc 6,7; Mt 18,20.

¿Cómo debería pensar alguien que sigue a Jesús, y que pretende pensar como él, manteniendo todo lo que corresponda a la verdad y a la realidad actual y comprendiendo no solo lo antiguo, sino también lo primitivo, y lo nuevo?

Mc 1,15. Jesús entendía la conversión como actualización de la fe en el campo afectivo, intelectual y relacional. “*Arrepentirse y creer en el Evangelio*” significaba aceptar a Jesús y su mensaje. No era dejar una religión para optar por otra, ni tampoco arrepentirse de una mala conducta para adquirir una buena. Para el ladrón, al lado de Jesús,

Lc 23,43.

el fin estaba próximo y ya no había tiempo para actuar de otra manera, y sin embargo se convirtió solamente aceptando a Jesús en su vida.

Las buenas acciones eran fruto del amor de Dios y no condiciones para lograr ese amor. No predica una ascética o una mística especial con respecto a virtudes particulares. Si se tratara de señalar alguna, indudablemente el amor a Dios y a los más necesitados sería la primera.

Para Jesús la salvación no viene por el esfuerzo personal al estilo de los justos de Qumrán, sino por el abandono en las manos de Dios que es quien nos justifica. La espiritualidad de fondo que exige “*el hacerse como niños*” no es otra cosa que la confianza inquebrantable en Dios. Lc 18,10.
Mt 18,3.

Cristo sigue haciendo a los discípulos, “discípulos” por medio de los discípulos como sigue haciendo a los cristianos, “cristianos” por medio de los cristianos. La acción de Uno y otros es una acción histórica que pertenece al orden de la gracia y de la naturaleza, que vincula el pasado de Jesús, es decir, su historia con el presente nuestro. Jn 12,40.

Tanto Jesús en el anuncio del reino como los discípulos al seguir a Jesús hicieron lo que ahora podemos llamar una opción fundamental, es decir, algo que determinaba totalmente sus vidas con respecto al momento presente y futuro. Era un acto profundamente religioso de opción sobre sí mismos. Los discípulos elegían a Jesús como valor determinante de sus vidas, era una decisión de sumo riesgo, pero al mismo tiempo lo que le

daba unidad a sus maneras de pensar, sentir y actuar con la única satisfacción de ir siguiendo a Jesucristo. Podríamos decir que todo hombre necesita tomar opciones ante la realidad, ante la realidad en general y ante la realidad completa que en este caso para los discípulos era la presencia de Jesús. Los discípulos estaban no solamente elegidos, sino también preformados para esta opción fundamental, por la presencia inmediata de Jesús.

La opción significaba sumo riesgo al mismo tiempo que gran alegría, porque al que seguían era el Mesías. Creían que liberaría al pueblo de Israel, de esa manera sentían que participaban en algo de mucha importancia y trascendencia. Pero al mismo tiempo lo hacían con gran sencillez, de la manera más natural y ordinaria, y esa opción los iba confirmando día a día y paso a paso. Para tomar esa decisión los podríamos imaginar cómo dispuestos de antemano; en lo que tenía que ver su esperanza, fe y confianza en la palabra de Dios. Los determinaba su entorno, sus relaciones sociales, como en el caso de la vocación de Andrés y Pedro o en el de Natanáel, donde podríamos descubrir una especie de preparación conferida con anterioridad.

Jn 1,45s.

Los discípulos, aunque de alguna manera estaban condicionados, no lo estaban del todo y por eso la respuesta era totalmente imprevisible porque cada uno de ellos era una persona autónoma, que podía actuar de acuerdo o en desacuerdo con su formación anterior.

Los discípulos tomaban una decisión que repercutía en todas las decisiones posteriores y que participaban de la opción fundamental de modo consciente o inconsciente, y de esa manera configuraban y coloreaban su vida al estilo de la de Jesús, que era la realidad determinante para ellos. Determinante para su forma de ser, ante la sociedad y ante el mundo y por eso afectaba todas las vivencias, comportamientos y acciones concretas. Podríamos decir que tomaban ante el mundo y ante todo una relación cien por ciento cristiana, es decir, determinada por Jesús de tal manera que todo girará en el futuro en torno a su persona, en su dimensión cognoscitiva, ética, afectiva y apostólica.

Que el hombre construya a lo largo de su vida su ser y su modo de ser no quiere decir que sea solo trayectoria o historia. Se trata de una persona pre- vista, pre-amada, pre-elegida, pero no pre-determinada. La identidad no está aparte de la historia, ni mucho menos aparte de la libertad, del amor y de la predilección de Jesús.

El hombre como ser llamado por Dios a la existencia es querido por sí mismo y en su modo particular de ser persona, irreplicable e irremplazable. Para Jesús no todo consistía en el seguimiento físico y el crecimiento personal, lo más importante era “conformar” el corazón según el modo de ser de Jesús. La persona, como tal, ocupa el más alto grado de coexistencia y entrega; para Jesús, el seguimiento se da en el servicio y la entrega a los demás, y de esa manera a Dios.

Para Jesús el hacer las cosas “por sí mismo”, independiente de Dios, no se da, porque el poder del ser humano está naturalmente vinculado con el poder de Dios en él. El hombre no es independiente de Dios, ni en su ser ni en su actuar. Por eso Jesús “sabe”, con un saber no necesariamente explícito, que Dios actúa en él y por él. De manera semejante, Dios puede actuar a través de sus discípulos y por eso les manda que hagan ellos lo que él hace, es decir, curar a los enfermos, ir a los más necesitados y a todos los hijos de la casa de Israel. “*Les dio poder sobre los espíritus inmundos para expulsarlos, y para curar toda enfermedad y toda dolencia*”. “*Les dio autoridad y poder sobre todos los demonios y para curar enfermedades; y los envió a proclamar el Reino de Dios y a curar*”. La misión de los discípulos es hacer lo que Jesús hacía.

Mt 10,1; Lc 9,1-2;
Mc 6,7.

Para Jesús el hombre no tiene poderes extraterrestres, pero tiene el poder de la oración. Sus mismos milagros, y los que manda hacer a sus discípulos, no son muestras de facultades humanas, ni de hechizos o magia, se logran solamente por la comunión con Dios y la oración.

Mt 6,7s.
Mt 10,1.7; Lc 9,1s.
Mc 9,29.

La libertad en la vocación no es nada más para elegirla sino también para elegir la libertad en que se quiere vivir en ese estado de vida. Cada día requiere un trabajo de elección: se elige vivir cada día en actitud de discernimiento. “*¿Señor, qué quieres que haga*”, hoy, ahorita, y con cada persona?

La vocación no es la solución al problema de la vida, al contrario, la vocación es meterse en los

problemas de la vida de los hombres. Jesús no les prometió el éxito inmediato a sus discípulos, más bien les advirtió que encontrarían dificultades y problemas. Jn 16,33.

Jesús no creía que la veracidad de su mensaje se vería en este mundo. Siempre habrá problemas insolubles aquí en la tierra para la verdad de Dios y de su acción, del Evangelio, y de la vida. Cristo les anuncia a sus discípulos persecuciones, no el éxito. El coliseo se llenará de sangre judía y cristiana. Auschwitz y el calvario no serán pruebas de la no existencia de Dios, sino de caminos inhumanos a la vida eterna. Mt 5,11.

N.B.

La acción de la gracia, del Espíritu Santo y de Jesús resucitado la podemos entender como la acción de Cristo, que junto con el discípulo va formando el modo de ser de éste.

En la historia, las acciones de Cristo se repiten de muchas maneras. Una de las más importantes es a través de los sacramentos, pero no es la única manera de actuar de Jesús en la Iglesia. Su modo de ser y actuar es permanente en la historia. Cristo, por medio de su Espíritu, sigue siendo la causa promotora del desarrollo de la persona, con todo lo que proyecta y hace como apóstol, discípulo y creyente. Pero el Espíritu de Cristo no solo actúa en los que creen en él, sino que actúa en el mundo entero. Mt 28,20.

CAPITULO XI

LA PERSONA CONCRETA

El hombre en desventaja

—ὄχλος-Πτωχοὶ—

Jesús se interesa no por el hombre en general, sino por cada persona en particular, en concreto; la gente pobre, los marginados, los ciegos, los cojos, los mancos, los inválidos, la gente como se encuentre. *“Las mujeres y los niños”* a los que no se les tiene en cuenta, para Jesús eran lo más delicado. Son aquellos a quienes trata y por quienes es tratado con verdadero cariño.

Lc 4,16s.

Mt 14,21.

Lc 13,16; Mt 19,13.

Por eso advierte a los discípulos; *“Tengan cuidado de no menospreciar a uno solo de estos pequeños”*.

Mt 18,10.

Jesús ve las cosas de una manera muy diferente a sus compatriotas. Piensa como pensaba el primer Isaías, setecientos años antes. Piensa que lo

que Dios quiere y lo que de verdad le interesa es el ser humano, y el ser humano en desventaja, no el templo o la liturgia, los ritos, las costumbres, los sacrificios, las fiestas o las muchas oraciones.

Piensa como Isaías:

¿A mí qué me importa la cantidad de sus sacrificios? —Dice Yahvé— harto estoy de holocaustos de carneros y del cebo de becerros gordos; y sangre de novillos y machos cabrios no me agrada, cuando vienen a presentarse ante mi.

¿Quién ha solicitado de ustedes que llenen de bestias mis atrios? No sigan trayéndome oblaciones vanas, el humo del incienso me resulta detestable, sus fiestas de luna nueva y sábado —no me agradan— no tolero ayuno ni asamblea festiva. Sus fiestas y solemnidades la aborrece mi alma; me han resultado una carga que me cuesta llevar y cuando levantan los brazos —para orar— me tapo los ojos para no verlos. Aunque abunden sus plegarias yo no oigo.

Porque sus manos están llenas de sangre, lávense y purifíquense primero, quiten sus fechorías delante de mi vista, dejen de hacer el mal, aprendan a hacer el bien, busquen lo justo, respeten los derechos del oprimido, hagan justicia al huérfano,

Is 1,11. *aboguen por la viuda.*

O como Jesús leía en el Salmo 15:

- “Yhavé, ¿quién estará cerca de ti?*
- Aquel que es recto y practica la justicia*
 - Que habla la verdad en su corazón*
 - Que no calumnia con su lengua*
 - Que no hace mal a su prójimo*

- *Que no ultraja a su semejante*
- *Que no acepta regalos en perjuicio del débil*". Sal 15,1s.

Este es el fundamento de lo que podría llegar a ser una moral universal.

La preocupación de Jesús, como la de Isaías, no es Dios y el culto de Dios, sino la voluntad de Dios que se cumple en las relaciones humanas. De ahí la necesidad de perdonar como Dios perdona.

Jesús da un paso más, no quiere solo justicia, sino amor. No busca la pureza de los ritos, ni de las costumbres, le interesa la rectitud del corazón.

Jesús busca el bien de todos y por eso se ocupa con especial atención de las personas en desventaja, por la oveja perdida, por la moneda encontrada, por el leproso excluido o por la mujer marginada. Las parábolas y los milagros nos hablan de su manera de pensar y valorar a la gente en desventaja. Su forma de actuar refleja el amor y misericordia de Dios y lo que el ser humano vale para Dios. El hombre es un ser en continua referencia a Dios y también a los demás y particularmente a Jesús de quien el ser humano depende directamente: *"Señor, si tú quieres puedes curarme"*. Lc 15,4,8s.
Lc 17,11.
Mt 8,3.

Jesús quiere atender a las necesidades de sus contemporáneos, y así cumple la voluntad de Dios, por eso se preocupa por la gente que tiene hambre. Para Jesús el ser humano es el hombre y sus necesidades; servir no es una idea abstracta, es atender, dar, compadecerse, alimentar. Mt 14,7; Lc 9,13.

Jesús no estaba, como los profetas impactado con el “pathos divino” —compasión—, sino más que eso, estaba impactado e implicado en el amor de Dios. Vive no solo en el amor a Dios creador, sino el amor de Dios que sale al paso para salvar. No solo oye su voz en el corazón, sino que siente su amor al entrar en contacto con el necesitado. El encuentro de Jesús con el marginado era para él una experiencia de Dios, porque descubría a Dios en todo ser humano desfavorecido.

Is 42,6-7.

En contraste con los monjes de Qumrán que excluyen a los “*idiotas, locos, tontos, ciegos, lisiados, cojos, sordos, a los menores, y dicen que ninguno de ellos entrará en el seno de la comunidad*”. Jesús en cambio los acepta y los busca para que entren al reino de los cielos; “*Sál enseguida a las plazas y calles de la ciudad y haz entrar aquí a los pobres, a los lisiados, a los ciegos y a los cojos*”.

Lc 14,21.

Jesús, al ponerse de parte de los que están en desventaja, se convierte en instancia crítica de los que siempre van adelante sin preocuparse de los que van atrás. El ideal para Jesús, es avanzar juntos.

Jesús se manifiesta profundamente interesado y afectuoso con los marginados por su enfermedad, su pobreza, o su oficio. Se siente especialmente enviado a dar la buena nueva a la gente en desventaja. En este aspecto, como en otros, superó la ley mosaica, que mandaba tener grandes precauciones con los enfermos, los impuros y los pecadores. Parecería que Jesús se debía principalmente a los discapacitados. ¿Qué significa para el ciego ver? ¿Y para Jesús darle la vista?

Lv 13,45-46.

Mt 5,23.

Ahora el ciego tiene otra manera de ver las cosas, su mundo se ha hecho intuitivo y él se ha convertido en una persona perceptiva y capaz de hacer juicios basados en sus sentidos. Ahora tiene un punto de vista personal y de alguna manera único. De ahí surgirá un conocimiento del mundo y su aportación al diálogo sobre la realidad, ahora captada de manera nueva. ¿Qué significa para el sordomudo oír y hablar? Entrará en un mundo de relaciones explícitamente humanas y dialogales. Ahora podrá rezar y recitar como buen israelita. Y ¿qué significa para Jesús que el ciego vea, que el cojo ande, y que a los pobres se les anuncie la buena nueva?

Mc 8,24.

Lc 4,18.

Esta antropología del valor del ser humano por encima de su discapacidad va totalmente en contra del pensamiento griego y romano, donde el hombre vale por sus aptitudes, sus fuerzas y sus habilidades, su excelencia.

ἀρετή.

Jesús no puede pensar ni referirse a alguien, sin pensar ni referirse a Dios, porque veía a Dios implicado en la vida del hombre. Veía su vida no solamente en función de los demás, sino principalmente en función de los más necesitados, como la debían ver también todos sus discípulos. No se interesa por el hombre en general, sino por cada una de las personas en concreto; la gente pobre, los que lloran, los que tiene hambre, los que quieren ser mejores, los ciegos, los cojos, los mancos, los inválidos, en una palabra, las personas en desventaja por cualquier concepto.

Mt 5,1s; 25,31s.

El amor y la atención de Jesús no se centraron en el hombre abstracto, sino en la persona sin-

gular y concreta que se le pone delante. No es un filósofo ni un pensador, sino un profeta. No le interesa la naturaleza humana, sino la gente que sufre.

El contacto corporal —ἅπτομαί—

Se nota la importancia que Jesús le da al contacto corporal como signo de afecto y de ternura, que ya aparece así en el Antiguo Testamento.
Gn 29,13; Ex 4,27.

En la cultura de Jesús un beso podría ser señal de respeto, de amistad, de cercanía, pero también podría engañar cuando esos sentimientos no se dan en el corazón, por ejemplo, en el beso de traición de Judas. Jesús practica y favorece este signo corporal, incluso lo echa de menos cuando se le niega, y por eso lo reclama. Jesús usa una parábola donde el padre del hijo pródigo representa a Dios, y por lo tanto es un modelo para el hombre. *“El Padre lo vio de lejos y, conmovido, corrió, se echó a su cuello y le besó efusivamente”*.
Lc 22,48; Mt 26,48s.
Mc 9,36; Lc 7,45.
Lc 15,20.

Aun en el caso en que el signo corporal pudiera ser mal interpretado, lo defiende y no le importan las interpretaciones negativas. Jesús no identifica estos signos corporales con la malicia, ni los relaciona con el pecado, aunque indudablemente en su tiempo, como en el nuestro, podían estar mal intencionados. Jesús usa signos de cercanía corporal de forma prácticamente sacramental, como en el caso del sordomudo, que *“se lo lleva aparte, le mete el dedo en la oreja y le toca la lengua con su saliva”*. El poner las manos sobre la cabeza era el signo común de bendición, *“curó a unos enfermos imponiéndoles las manos”*.
Lc 7,39.
Mc 7,11.
Mc 6,5.

A la suegra de Pedro *“la toma de la mano y le quita la fiebre”*. *“Le presentaban también los niños pequeños para que los tocara”*. Acepta el contacto de muchos enfermos; *“y cuantos lo tocaban, quedaban curados”*. *“Cuantos padecían dolencias se le echaban encima para tocarlo”*.
Mt 8,15.
Mc 6,56; 3,10.

Se da también una clara comunicación visual, principalmente en la línea de la compasión: bastaba con que Jesús se diera cuenta de una enfermedad para que la curara.
Lc 22,71.
Mc 7,33.

Pero también tiene suma importancia el contacto corporal como signo de agresividad, de ofensa y desprecio. Así fue tratado Jesús por los soldados del pretorio.
Mt 27,27;
Jn 19,4.

Cuando Jesús se refería a los más necesitados con la parábola del reino preparado desde la creación del mundo, se refería a algo de gran importancia: su solidaridad, y más que eso, su identificación con los más necesitados.
Mt 25,31-46.

La parábola responde a la pregunta escatológica ¿Con qué me quedo yo al final de todo aquello que he vivido? ¿Qué es lo que llena mi vida? ¿Cuáles son los actos que se van conmigo? Jesús visualiza en la parábola lo más importante y trascendente de su enseñanza y de su forma de ver y valorar al hombre. Con esta parábola nos revela el valor religioso de toda ocupación en favor de los demás. Para el evangelista esas acciones no son solo filantropía, sino actos auténticamente religiosos que modifican y transforman al hombre de modo trascendente. Y por eso esa parábola podría ser el culmen de la antropología de Jesús; y si el sentido de la crítica histórica la ve como una parábola no

auténtica de Jesús, eso no disminuye la importancia del mensaje. Para Jesús el encuentro con los demás es encuentro con Dios porque todos son sus hijos. Cuando se ama al creador, se aman sus creaturas; cuando se ama al padre se ama al hijo, cuando se ama al maestro se ama a sus discípulos.

Mt 10,22;
Mc 13,13.

“Entonces dirá el Rey a los de su derecha, vengan benditos de mi Padre, reciban la herencia del reino preparada para ustedes desde la creación del mundo”. Porque mediante acciones concretas de servicio y amor el hombre logra su fin último, porque esas acciones constituyen ya, desde aquí y ahora, el sentido de la vida humana. Para Jesús el hombre no es un lobo para sus semejantes, sino un hermano mayor. Jesús se identifica con el menor, con el que tiene hambre y sed, con el que sufre. *“Porque tuve hambre y me dieron de comer, tuve sed y me dieron de beber”* etc. Es interesante advertir que para Jesús o para el evangelista, las acciones no solo tienen un sentido teocéntrico, sino también cristológico, y por ser las acciones diarias del hombre, sentido antropológico.

“Señor, ¿Cuándo te vimos hambriento y te dimos de comer, o sediento y te dimos de beber?”. La serie de preguntas hacen más importante y urgente la respuesta, ponen de manifiesto lo positivo del mensaje, lo que se subraya más con el paralelismo, en negativo, del mismo mensaje.

La parábola se centra en la atención a lo más importante: *“Y el Rey les dirá: en verdad les digo que en cuanto hicieron a uno de estos hermanos míos más pequeños, a mí me lo hicieron”*.

En la antropología de Jesús el hombre en desventaja se identifica con él mismo. Es el grado máximo de la solidaridad: “yo en él y el en mí”, “lo que hagas con él a mí me lo haces”.

Jesús se identifica con el hombre en desventaja. Pertenece a su antropología la solidaridad con los miserables. Llega a decir que él es aquel que tiene hambre o sed o necesidad de los demás. El ayudar y servir a los más necesitados y el hacerlo por amor es algo esencial para la visión que Jesús tiene del ser humano.

En los más necesitados Jesús se encuentra más cercano al hombre que en los sacrificios o en el templo. Por eso el culto a Dios que no se traduce en devoción al hombre, es un culto vacío. El principal sacramento de Cristo es el hombre. Jesús está presente entre los seres humanos, no solo por el sacramento de la eucaristía, sino también por su cercanía con el prójimo en desventaja. En ellos espera Jesús ser auxiliado y que convirtamos en servicio el seguimiento. El seguimiento no es tanto la aceptación de un contenido doctrinal, sino el creer en el hombre en quien se ha de proyectar la fe, la esperanza y el amor en el seguimiento y el compromiso con Cristo. Lo específicamente cristiano es Cristo mismo, que sigue llamando al hombre para el hombre, y así, sirve a Cristo y sirve a Dios.

Cf Juan Pablo II
NMI, 49.

Jesús tenía un sentido de solidaridad mucho más grande y exquisito que el que nosotros tenemos ahora. La mejor prueba de esto es que su principal mandamiento fue el amor a los demás, y particularmente a los más necesitados. Si das

Mt 5,1s; 25,31s.

Mt 5,46. para recibir o para quedar bien, “¿qué tiene eso de extraordinario? ¿No es eso lo que hacen los gentiles?”.

τὸ ὑπόλειμμα. A diferencia de los profetas, Jesús no piensa en “el resto” que será salvado. Piensa en el conjunto de hombres, mujeres y niños. El “resto”, en la mentalidad de los profetas, tenía un significado histórico-político y teológico. Era como el “pie de cría” del que surgiría una nueva nación, después de los exilios y cautiverios; pie de justicia, de verdad, de santidad, de fe, de religión y de todos los valores de Israel. Eran los elegidos y aquellos por los que se transmitiría la santidad. Jesús nunca habló de un resto, ni de elegidos o predestinados, para Jesús la misión del “resto” la tenía todo el pueblo de Israel. Jesús no formó entre sus discípulos un grupo de elegidos escatológicos, seleccionados, como los monjes de Qumrán, sino un grupo de elegidos para acompañarlo en la misión de anunciar el Reino a los más necesitados, primero del pueblo de Israel y después del mundo entero.

Mt 10,6; 15,24;
Mc 6,34.
ὄχλοι.

La existencia de hombres predestinados al mal o a la perdición es algo que no cabe en la antropología de Jesús. Para él, los judíos, sus hermanos, eran “los hijos del reino”, es decir, aquellos a quienes por su fe en Dios pertenecía el reino.

Mt 8,12.

Jesús siente una gran compasión por la multitud, por la gente que lo sigue sin pretensiones, por la gente del pueblo. Para Jesús, como para Ezequiel, son como ovejas sin pastor, todos ellos son el rebaño de Dios y ante todos ellos, Jesús se siente enviado como pastor.

Mt 14,14s; Jn 6,5.
Ez 34,3; Jr 50,6.

A los apóstoles los ve como pastores del pueblo de Israel que vienen siendo las ovejas de Israel, por eso su misión será *“ir tras las ovejas perdidas de la casa de Israel”*. Mt 10,6.

Es evidente que Jesús se encuentra bien con la gente desfavorecida; se nota que es feliz con el pueblo, mucho más de lo que el pueblo es feliz con él. La gente en desventaja es el amor principal de Jesús después de Dios. Y no entiende el amor a Dios sin el amor a los más miserables. Lc 10,33; Mt 22,37.

CAPITULO XII

JUSTOS Y PECADORES

Δικαίους καὶ Ἄμαρτωλούς

Jesús pensaba que el hombre era fundamentalmente bueno porque así lo había hecho Dios desde el principio, pero accidentalmente malo por vivir en un mundo donde los seres humanos cometen muchos pecados y por eso está dominado por el demonio y por toda clase de males. El hombre era objeto de múltiples desgracias y los espíritus malignos, las causas de ellas. Gn 1,31.

Podríamos decir que el hombre es existencialmente malo, “*Si ustedes, con ser malos*” y en otra parte dice: “*El hombre malo, del mal tesoro de su corazón saca cosas malas*”, y de modo más genérico dice: “*esta generación es mala, exige señales*”. Mt 5,39. Mt 12,35; Lc 6,45. Mt 12,39-45; 16,4.

Según lo ya visto, la maldad surge del corazón, es decir, de lo más interior del ser humano. Mt 15,19; Mc 7,21; Gn 8,21.

Para Jesús, los hombres y las mujeres padecen una enfermedad seria que tiene que ver con toda la vida y la forma de ser, la llamó “*dureza de corazón*” es decir, dificultad natural para cumplir la voluntad de Dios. La aplica especialmente a la dificultad para ser fieles al amor del matrimonio.

σκληροκαρδία.
Mt 19,8.
Mt 19,4s; Mc 10,1-12.

No obstante lo dicho, Jesús tiene una visión sobre el hombre más positiva que negativa, porque para él, el hombre es el objeto primario del amor de Dios. Aun atendiendo a sus pecados —limitaciones en el orden moral— Dios es misericordioso. Por lo que la visión negativa de algunos textos del Antiguo Testamento queda superada por la luz del anuncio del Reino.

Mt 6,25s; 7,9;
Lc 11,11.

El libro de Job, por ejemplo, afirma: “*el hombre es un ser abominable y corrompido, que bebe la iniquidad como el agua*”.

Jb 15,16.

Jesús no piensa de esa manera, por encima de la maldad del hombre pone la bondad de Dios “*si ustedes, con ser malos, saben dar cosas buenas a sus hijos, cuanto más...*”

Mt 7,11.

Las tinieblas en el Nuevo Testamento significaban el mundo malo y a todos aquellos que actuaban mal por inclinación propia o tentación del demonio. Las tinieblas pocas veces tienen el sentido de oscuridad, y muchas veces tienen el sentido negativo de condenación. El “*poder de las tinieblas*” significa particularmente el poder de los que obraron en contra de Jesús dándole muerte.

Lc 12,3; Mt 10,27.
Lc 22,53.

Por parte de Dios podemos decir que vivimos bajo el signo de su amor, pero por parte del hombre vivimos bajo el signo de la mentira, de la in-

Rm 6,14.

justicia organizada, de la explotación, de la avaricia, de la violencia, del crimen.

Jesús se encontró bajo el signo del pecado del hombre y por cuanto se refiere a Dios se dedicó a perdonarlo, pero por lo que se refiere al hombre, se dedicó a transformarlo cambiando su corazón.

Para Jesús el hombre es un ser que puede cambiar, nada está perdido mientras no se pierda el hombre, y este tiene muchas posibilidades de rehacerse, de ser regenerado. Llama la atención lo extraordinariamente positivo que fue Jesús ante los casos que otro hubiera pensado perdidos, como las prostitutas, los publicanos y pecadores, los mujeriegos y adúlteros, los injustos, ladrones, impíos y perversos. Lc 15,13.

El hombre sin Dios está irremediablemente destinado al fracaso; porque no hay sistema de valores —de autoevaluación— que se sostenga ante la autosuficiencia humana. Mientras más se aleja el hombre de Dios, más grave se hace su problema. Lo hemos visto con Hitler y lo vemos continuamente con tantos casos de asesinatos, de crueldad, de secuestros y suicidios. Lejos de Dios nuestra enfermedad se hace crónica e incurable.

Hemos descubierto que la razón puede ser perversa, la conciencia insensible, y el hombre entero se puede convertir “*en mortal enemigo de la naturaleza humana*”.

Ignacio de Loyola,
Ejercicios n 136.

Hemos perdido el optimismo de algunos psicólogos: el de pensar que el hombre puede responder a sus preguntas, solucionar sus problemas y

sanar sus enfermedades por sí mismo, que fue el optimismo de siglos pasados.

A. Comte.

La vida humana esta fundamentada sobre la libertad, sobre la responsabilidad, sobre el bien y el mal, es decir, sobre lo que construye o destruye al hombre y por eso la principal responsabilidad del hombre recae sobre sí mismo, y sobre los demás.

Jn 9,2s. Jesús no generalizó el pecado de Adán; si el hombre no sufre a causa del pecado, tampoco
Gn 6,5-6; 8,21. muere a causa de él. El hombre no era malo a causa del pecado original, sino por su corazón
Sal 51,3. rebelde, y desde el vientre de su madre, es decir, por el hecho de ser creatura, y no Dios, porque
Lc 18,19. *“solo Dios es bueno”*.

En el pensamiento bíblico existen dos líneas de reflexión bastante fundamentadas. Una afirma que el hombre muere como consecuencia del pecado. La otra, que el hombre muere porque es un ser vivo, como consecuencia de ser creatura y no Dios. El pensamiento bíblico no es tan lógico como el griego. No dicen que una sea verdadera y la otra equivocada. Para ellos las dos pueden ser verdad. Desde el punto de vista bíblico, el pecado original es más una explicación del sufrimiento y la muerte, que una causa, así como también una exhortación para no caer en pecado, advirtiendo sus consecuencias.

Gn 2,17.

Gn 3,19.

Rm 6,20; 5,12.

Para Jesús, aunque el mundo fuera bueno sustancialmente y accidentalmente malo, como decimos nosotros; era tan grande su mal que necesitaba la intervención de Dios. Esta venía ya en

su mensaje sobre la misericordia de Dios y en su persona como profeta escatológico.

El hombre es un ser que naturalmente hace relación al orden moral, porque no todo contribuye a su realización como ser humano, y a Dios se le concibe especialmente comprometido en la realización del hombre, en su humanización. El hombre puede cometer acciones, que serán verdaderamente suyas, que por sí mismas lo deshumanizan, y también lo despersonalizan, esto es, lo dañan como persona y lo dañan como ser humano.

Jesús reconocía al hombre existencialmente como pecador, porque ha pecado, en sentido actual, y porque es de tal condición que sigue pecando. Jesús conocía el relato del pecado de Adán y Eva, el de Caín y el de todos los pecados de infidelidad al único Dios, reprochados por los profetas.

Mc 6,11; Lc 10,12;
17,29.

El pecado se comprendía como una fuerza que apartaba de Dios. Por eso dice Sirácides: *“Hijo, ¿has pecado? No lo vuelvas a hacer, y pide perdón por tus pecados anteriores”*.

ἁμαρτία.

Si 21,2; 27,10.

En los últimos escritos del Antiguo Testamento —Eclesiástico y Sabiduría— se considera la muerte como consecuencia del pecado. Pero estos dos libros son deutero-canónicos, es decir, no pertenecen al “Tanaj”, texto judío hebreo-araméico, y muy probablemente, tampoco al pensamiento corriente del tiempo de Jesús.

Os 6,7; Sb 2,23.25.

Podemos advertir una malicia universal de los hombres cuando en tantas ocasiones se habla de

la inclinación al pecado y también de su pecabilidad personal. “*Los caminos del corazón humano son malos desde su niñez*”. Gn 8,21. “*Viendo Yahvé que la maldad del hombre cundía en la tierra y que todos los pensamientos que ideaba su corazón eran puro mal de continuo, le pesó haber hecho al hombre en la tierra, y se indignó en su corazón*”. Gn 6,5.

“*¿Cómo puede ser puro un hombre? ¿Cómo ser justo el nacido de mujer? Si ni en los santos tiene Dios confianza*”. 1 R 8,46.

“*Cuando pequen contra ti, pues no hay hombre que no peque..., Si se convierten en su corazón... Si se arrepienten y te suplican diciendo, hemos pecado, hemos sido perversos, hemos sido culpables, si se vuelven a ti con todo su corazón y con toda su alma... Perdona a tu pueblo que ha pecado contra ti, todas la rebeliones con que te ha traicionado...*” Qo 7,20; Si 8,5.

Sal 51,7. El salmo de David: “*He nacido en pecado y en culpa me concibió mi madre*”, no lo entienden como expresión del pecado original, sino como expresión del hecho de la concepción, que se interpretaba como pecado. Hay autores que lo entienden como un pecado de los padres que se transmite a los hijos y entonces se daría una especie de pecado heredado. Jesús no creía que los pecados de los seres humanos fueran heredados. Jn 9,2.

Agustín,
De pec orig, II,
XXXIX,44.
G. von Rad, Libro
del Génesis p 119.

La doctrina del pecado original, que se extiende a toda la humanidad, fue propia del rabinismo posterior a Jesús y quizá del tiempo de Jesús, pero no de Jesús. Los hagiógrafos del Antiguo Testamento, de la ley, los profetas, los salmos, no aluden a la historia de la caída de Adán y Eva.

Jesús no liga la inclinación al mal de todos los hombres al pecado original, ni las calamidades humanas al pecado, como la caída de la torre de Siloé. Jn 9,3; Lc 13,1s.

La doctrina de un pecado original que incluye a todos los hombres y que se trasmite por generación no existía en tiempo de Jesús. El trabajo, el cansancio, el dolor, la enfermedad y la muerte, no los vinculó al pecado, ni lo generalizó. No existía para Jesús un pecado en todos y para todos y del que todos tienen que sufrir sus consecuencias, sin ninguna responsabilidad personal. Jn 9 1-3.

Jesús no pensó que los niños nacían pecadores y necesitados de exorcismos, por el contrario, pensó que desde pequeños eran el objeto del amor paternal de Dios. El evangelista afirma que la necesidad del bautismo es para aquellos que habiendo escuchado el mensaje de salvación, lo rechazan. Mt 18,5.10.14. Mc 16,15; Mt 28,19.

Para Jesús, el pecado era una realidad del hombre que surgía de su corazón rebelde y duro, no del pecado de Adán ni del tentador, como una causa extrínseca. La doctrina del pecado original no se encuentra en la teología antigua judía, ni en Qumrán, ni en Filón de Alejandría. Muy probablemente San Pablo la tomó de la teología de su tiempo, renovada con la cultura griega. San Pablo compara a Adán con Cristo para esclarecer el misterio de Cristo, no el de Adán. Subraya la universalidad de la salvación por encima de la del pecado. Las afirmaciones sobre el pecado y sus consecuencias no tienen carácter autónomo, o absoluto, sino solo en relación a Cristo. Su mensaje recae sobre el “uno”, en Cristo, único salvador de judíos y gentiles, no sobre el uno, Adán. Rm 5,12-21.

Col 3,1s; La salvación no la reduce San Pablo a la salva-
Ef 2,6s; Tt 2,11; ción del pecado solamente, sino al estar con Cristo.
Flm 1,23.

N.B.

El pecado original comúnmente se interpreta como una inclinación hacia el egoísmo, la soberbia, la explotación de los demás y todo tipo de injusticia que conduce al pecado personal. Vendría siendo la debilidad propia del hombre en el orden moral, y la dificultad natural que encuentra para amar a Dios.

Pecador, según la ley judía, es aquel cuya culpabilidad se ha comprobado, supone una falta concreta y bien determinada. Después se le dio un significado religioso, más bien genérico, y entonces designó al hombre. Por eso, para el Antiguo Testamento, todos los hombres son, de hecho, pecadores. Ante ellos resalta la inocencia de algunos justos, estos son los humildes, los pobres de espíritu y los piadosos. Y pecadores serán prácticamente todos los hombres que no reconocen la autoridad de Moisés y las prácticas judías. En ese contexto, el término pecador lo usaban los judíos en sentido discriminatorio e injurioso.

Ex 2,13; 9,27.
Sal 50,16s.

Los israelitas pensaban que todo aquel que menospreciaba la ley de Moisés, que la desconocía o no la ponía en práctica, era un pecador y en ese concepto entraban todos los gentiles.
ἔθνος.

La realidad pecadora del hombre es algo que califica su ser y su modo de ser; porque el hombre, aun siendo bueno, en cuanto creatura de Dios, es malo por sus acciones de desobediencia e idolatría. No nace naturalmente orientado hacia el bien, la verdad, la virtud, la entrega de sí mismo y

el servicio a los demás. Casi podríamos decir que la experiencia nos muestra que si el hombre o la sociedad no cultivan los valores humanos y religiosos, tienden a perderlos y a deshumanizarse.

El Bautista preparó la venida del reino de Dios entre los pecadores y para los pecadores y presenta a Jesús como “*el que quita el pecado del mundo*”. “*El pecado del mundo*” era y es el mundo de pecado responsable en que está metido el hombre. Jesús se solidarizó con los pecadores haciéndose bautizar y predicando también la conversión, y así continuó la Iglesia primitiva.

Mt 21,32; Lc 7,29.

Jn 1,29.

Hch 2,38.

Mc 1,15.

A los ojos de Jesús todos son pecadores en el sentido propio de la palabra. “*Porque de dentro del corazón de los hombres salen las intenciones malas: fornicaciones, robos, asesinatos, adulterios, avaricias, maldades, fraudes, libertinaje, envidia, injuria, insolencia, e insensatez. Todas estas perversidades salen de dentro y hacen impuro al hombre*”. Jesús sabe que los hombres son “*agentes de iniquidad*” y no obstante se dirige a todos para anunciarles un reino de paz con Dios.

Mt 7,11; Lc 11,13;
Lc 13,3.5; Mt 19,17.

Mc 7,21-23.

Mt 7,21; 24,12.

Llama a sus contemporáneos “*generación malvada y adúltera*”. La palabra “adúltero” no necesariamente se ha de tomar en sentido propio, sino que puede tener el sentido de infiel a Dios. En la parábola del fariseo y el publicano, califica a los hombres como “*ladrones, injustos y adúlteros*”.

Mt 12,39; Lc 16,5.

Lc 18,11.

Jesús habla de buenos y malos, de justos y pecadores. Esta distinción, de alguna manera es relativa, y parece una forma de criticar al fariseísmo

Mc 2,17; Lc 15,7.

Mc 7,1.21 Mt 1,13s. autosuficiente, pues ellos eran los que se tenían por justos.

“¿*Quien puede decir: soy puro, soy limpio de pecado?*”. Jesús dice: “*El que esté limpio de pecado que tire la primera piedra*”.

Pr 29,9.
Jn 8,7.

Jesús se siente enviado a los pecadores que son los que tiene necesidad de médico, y no los justos, que vendrían siendo los que no lo necesitan. Jesús condena severamente al pecado y al pecador en nombre de la santidad de Dios, pero subraya mucho más que Dios no quiere la muerte del pecador, sino su conversión interior. Tanto con sus hechos como con sus palabras Jesús parece darle mucha importancia al pecador y muy poca al pecado.

Mt 5,20.

Jesús tiene contacto directo con los pecadores y es amigo de publicanos, come con ellos, se hace seguir de ellos y de ellas, habla del privilegio de los pecadores en la entrada del reino de Dios, obviamente en contraposición a los fariseos, que se tienen por justos: “*Porque no he venido a llamar a los justos, sino a los pecadores*”. “*No necesitan médico los sanos, sino los enfermos*”. Siente que esa es la misión que ha recibido de su Padre. Los justos, persuadidos de su justicia, resultan repugnantes a Jesús. La bondad que el Padre manifiesta hacia los pecadores la convierte en ejemplo de vida. La perseverancia de los justos no ha de compararse con la conversión de los pecadores, pues el centro del mensaje, en las parábolas de conversión, es la alegría de la conversión.

Mt 11,19;
Mc 2,13.17.

Mt 9,13; Lc 18,9.44.
Mc 2,17.

Mt 5,45; Lc 15,1s.

Jesús no quiere que los hombres se adelanten al juicio de Dios con respecto a los pecadores. Considera al hombre desde el punto de vista existencial. Lo ve como es en la realidad. Y visto de esa manera, el hombre es un ser que necesita salvación, cuya existencia transcurre peligrosamente y él mismo se hace pecador con las malas decisiones de su vida.

Mt 13,24-50.

Mt 6,12-13.

Para Jesús el verdadero pecado es no aceptar el amor de Dios y no entregarle la conducta integral de la vida y de alguna manera la vida misma. Para Jesús no hay lugar para la autosuficiencia, sino solamente para la aceptación del amor de Dios que se desborda, y la confianza en los pecados perdonados en una especie de correspondencia.

Para Jesús la existencia del mal en el corazón del hombre es un hecho, es la situación previa a la conversión *“Si no se arrepienten, todos perecerán de la misma manera”*. “Los espíritus inmundos” atacan al hombre con enfermedades y tentaciones. La cizaña sembrada entre la buena semilla la siembra *“el enemigo”*. En el Padrenuestro nos enseña a pedir que nos libre de la tentación del Maligno. Y a Pedro le dice: *“Mira, Simón, que Satanás ha solicitado el poder de cribarte como al trigo”*. El mismo Cristo fue tentado por el Demonio. La verdadera tentación del Demonio se hace tentación y pecado cuando encuentra resonancia en el corazón del hombre.

Lc 13,3; Mt 12,43;
Mc 6,7.

Mt 6,13.

Lc 22,31; Lc 4,2;
Mt 4,1s; Mc 1,12-13.

En el anuncio del reinado de Dios la misericordia del Padre es esencial. Él es quien debe determinar la actitud de los discípulos.

Lc 6,36.

Jesús quiere la conversión de los pecadores para que se conviertan en justos, pero no al estilo de los que se tienen por justos, sino al estilo de Dios. Ser justo es para Jesús la meta de todo hombre. Significa aceptar el mensaje del reino y tener los mismos sentimientos de amor y misericordia de Dios, estar en comunión y sintonía con él, y de esa manera hacer su voluntad.

A diferencia de los monjes de Qumrán, Jesús no habla de predestinados, ni para el bien, ni para el mal. Aunque en último término, Dios es el Dios de la historia, el hombre es responsable de sus decisiones de forma inmediata, y por eso hay pecados personales y sociales opuestos a la voluntad de Dios.

Para Jesús el pecado consiste no en la falta de religiosidad de Epulón, sino en su falta de atención y compasión al pobre Lázaro tirado a sus puertas.

Lc 16,20-25.

Los justos —Δικαίους—

En la mentalidad judía, la santidad de Dios se concibe como un fuego devorador que consume a los pecadores y no los deja existir, pero aun así los profetas siguen predicando que Dios es misericordioso y salvador. Ezequiel repite que Dios *“no quiere la muerte del pecador, sino que se convierta y viva”*.

Ez 18,21s; 33,11.

La justicia es uno de los conceptos más importantes para comprender el mensaje del Antiguo y del Nuevo Testamento. También es uno de los conceptos más difíciles de puntualizar por los muchos significados que tiene.

La justicia es la traducción de la palabra hebrea “Sedacah”. En el Antiguo Testamento significa que Dios obra siempre de acuerdo a su modo de ser; así, porque es justo es bueno y misericordioso. La justicia, o Dios justo, no es tanto un atributo sino más bien una descripción de su modo de actuar que ajusta las acciones de los hombres ante él. Dios es justo porque justifica. Su justicia corresponde también a la realidad, a la verdad, y por eso es fiel. Porque no puede ser de otro modo que como es.

Pero incluye también la idea de “conforme a derecho”, no según caprichos, sino acorde a lo que conviene y a la situación concreta de cada uno. Yahvé obra según lo que se espera de él, porque es el Dios de la Alianza, fiel a sí mismo y a su santidad. El Génesis lo expresa así: “*¿El Juez de toda la tierra no hará justicia?*”. Yahvé garantiza también el derecho de su pueblo, de los pobres y de los débiles. La liberación, la salud, la victoria y la salvación final son efectos de la justicia de Dios.

Gn 18,25.

Am 2,6-8; Jr 11,20.
Os 2,21; Is 41,2.

Lo más importante en el concepto de justicia es el común denominador de sus significados, que consiste en la idea de relación. Las relaciones de Dios con los hombres, de los hombres con Dios y de los hombres entre sí. Así aparece la justicia en la relación entre Dios y el pueblo, o entre Dios y cada uno de los seres humanos, o de las relaciones mutuas de los hombres. Tanto la justicia como la santidad son atributos propios de Dios. La justicia incluye la idea de aquello que le pertenece a Dios: como la ley, la conducta de los hombres, los sacrificios en el templo, y tratándo-

Sal 19,10;
Sal 4,6; 51,21.

Lv 19,36. se de las relaciones humanas, puede referirse a las pesas y medidas usadas en el mercado.

Lo más justo para Dios es ser misericordioso. Porque Dios es misericordioso en su justicia y justo en su misericordia. Nunca es tan santo y justo como cuando perdona. La justicia tiene un significado, en primer lugar religioso, que también implica el valor social, jurídico, legal, mercantil. Se puede decir que la justicia es lo que debe ser, lo adecuado, lo que es conveniente, lo que es constructivo en las relaciones humanas y sobre todo en la relación con Dios.

Lv 11,44; 19,2; 20,26. La justicia de Dios se ve como el fundamento y el origen de la justicia humana. El autor sagrado podría decir; “*Sean justos —santos— porque yo que soy su Dios, soy justo*”.

La justicia no tiene fronteras temporales ni espaciales. Es un valor para todo ser humano, del mismo modo que la injusticia es un antivalor social, jurídico, humano y sobre todo religioso.

La justicia es un concepto dinámico que habla de lo que debe ser, y de lo que debe hacerse. Y por tanto refleja más los ideales que los hechos.

Is 58,2. La justicia se pone por obra y se practica. El pueblo practica la justicia, no apartándose de los caminos de Dios sino caminando con él. El ser humano practica la justicia cuando tiene una conducta recta en todos los sentidos. Es propio de Dios mostrar gracia, derecho y justicia, sobre todo con los oprimidos.

Sal 15,2; Is 56,1.
Jr 9,23; Sal 103,6.

Para los profetas la justicia es una exigencia fundamental de Yahvé y no se opone a su gracia y a su favor. Al decir Jeremías que *“Yahvé es nuestra justicia”*, expresa que Yahvé es justo y su justicia se manifiesta salvando a los justos y destruyendo a los malvados con fuego y azufre.

Jr 23,6.

Lm 1,18.

La santidad y la justicia del Señor van de la mano. Podríamos decir que es santo por su justicia. La santidad de Dios exige su justicia. De esa manera la justicia de Dios llega a ser potencia salvadora. La justicia y la gracia no son ideas contrapuestas, como lo son en nuestro vocabulario actual, sino solo dos aspectos de la santidad de Dios; *“Yahvé hace gracia y tiene misericordia sobre millares de personas pero no deja impune el pecado y la culpa”*.

Is 5,12; 10,22; 1,27.

Ex 20,5s; 34,6s.

La santidad y la justicia de Dios se usan muchas veces como sinónimos al referirse a los hombres. Porque Dios es santo, santifica, y porque Dios es justo, justifica.

Cuando se dice de un hombre, como José, que es *“justo a los ojos de Dios”*, equivale a decir que es bueno y santo. Así también son reconocidos Zacarías e Isabel, como también el viejo Simeón. Y lo mismo se afirma del Mesías, a él le pertenece la justicia y la santidad. Su misión es enseñar la justicia y la rectitud. Y también enseñar santidad y justificar, perdonando y teniendo misericordia.

Mt 1,19.

Lc 1,6; 2,25.

Mt 12,18s; Flavio Josefo, Antig 18,3,3.

La justicia se puede identificar con la voluntad de Dios. Así Jesús *“cumple toda justicia”* al ser bautizado por el Bautista. Lo más justo para Jesús es cumplir la voluntad de Dios, así Dios que-

Mt 3,15.

da identificado con su voluntad y con su justicia. Y eso es lo que Jesús busca ante todas las cosas: *“que se haga la voluntad de Dios así en la tierra como en el cielo”*. Y a los discípulos les pide que *“busquen el reino de Dios y su justicia...”*. El Reino de Dios se da cuando se da la justicia. No hay Reino de Dios cuando no hay justicia entre los hombres. La justicia está plenamente vinculada al reino; es lo que Jesús busca, porque es lo que Dios quiere. La justicia es lo que corresponde al reino de Dios.

En el huerto, en el momento crucial de su vida, pide a su Padre que se haga la voluntad de él por encima de la suya. Y Jesús leía en el profeta Isaías: *“Dios se hace encontradizo de quienes practican la justicia y recuerdan sus caminos”*.

La justicia, la humildad, la bondad, la rectitud de corazón que Jesús pide a sus discípulos, debe *“superar a la justicia de los escribas y fariseos”*. Para ellos la justicia consistía principalmente en la observancia de la disciplina judía, para Jesús en la apertura al anuncio del reino, que es lo mismo que la apertura del corazón a Dios, y que se hace presente en su mensaje. Se necesita una conversión, es decir, un cambio de mente y de corazón, porque la justicia de Dios está ligada al reino y al tiempo mesiánico. *“Les daré un corazón para conocerme, pues yo soy Yahvé y ellos serán mi pueblo y yo seré su Dios pues volverán a mí con todo su corazón”*.

El que debe declarar la justicia y la santidad es Dios: *“porque es él quien mira el corazón y no las apariencias”*.

Para Jesús, el hombre deja de ser justo cuando se tiene así mismo por tal. Jesús habla de los que se tienen por justos con cierta ironía, porque se creen auto-justificados y desprecian a los demás. Lc 18,9s.

“Es justo el que habla verdad en su corazón y no calumnia con su lengua, el que no daña a los demás”. Sal 15,2s.

Estudiar o aprender la justicia es lo mismo que estudiar la ley, es decir, estudiar qué es lo que Dios quiere; obviamente para cumplirlo. Y ese estudio es oración, justifica y une a Dios. *“Con rectitud de corazón te daré gracias Señor al aprender tus justos juicios”.* Aprender los justos juicios es aprender a hacer lo que convine; hacerlo cuando se debe hacer y como se debe de hacer. La expresión no se refiere a sentencias sino a acciones. Sal 119,7.

“Bendito Tú Yahvé enséñame tus preceptos”. *“Hazme entender el camino de tus mandamientos y meditaré en tus maravillas”.* Sal 119,12.27s.

Para Jesús la justicia es algo de lo que el hombre debe tener siempre hambre y sed, y entonces los llama felices o bienaventurados a todos aquellos que experimentan la necesidad de ser justos; podríamos decir que la justicia es la necesidad de ser mejor y de un mundo mejor. La justicia no tiene límite, ni nunca se llega a la meta de modo que uno pueda quedar satisfecho. Mt 5,6.

CAPITULO XIII

ESCATOLOGÍA Y ANTROPOLOGÍA

Πεπλήρωται ὁ καιρὸς

La visión escatológica de Jesús

En la mentalidad hebrea no existe un concepto de esencia o de naturaleza que determine al ser desde su origen, como existe en la filosofía platónica y aristotélica. Para los filósofos griegos el ser está determinado desde el principio por su esencia; por ejemplo: el hombre, desde el primer momento de su existencia, es animal racional, y nada de su proceso histórico lo hace ser más o menos hombre, únicamente le es posible realizar sus potencialidades. La esencia es como la mayor perfección del ser, y éste, al existir de forma concreta, se degrada. La esencia del hombre, o la idea del hombre, es más perfecta que cualquier realización concreta y así, el proceso histó-

Platón,
Fedón 77d.

Helenismo.

Fedón
66 b; 67 a-d. rico hace que las cosas y personas decrezcan; la vida humana se considera una prisión del alma en una realidad que la esclaviza.

Sal 119,27s. Para el hebreo, por el contrario, la creación no está terminada ni tampoco el ser humano. Dios espera la cooperación y el trabajo del hombre. La creación comprende no sólo al hombre y a la mujer, sino a toda la humanidad que surge de los dos. El origen es solamente un nacimiento, y lo que determina a la persona es su historia. El hebreo concibe la vida como un caminar, como un estar siempre en camino. De ahí que la mentalidad bíblica y su antropología sean históricas y no esencialistas; de ahí también que el tiempo se entienda como un proceso ascendente, y orientado hacia una meta y un fin, y no como un perpetuo retorno, ni como un descenso, tampoco como una sucesión de momentos seguidos, pero inconexos.

La visión dinámica del hombre y de su proceso histórico, propia del pueblo de Israel, está mucho más de acuerdo con la evolución progresiva del ser en la historia que lo que puede estar la concepción aristotélica y platónica que contempla al ser de forma estática e incapaz de perfeccionarse, en el sentido de autodesarrollo.

La realidad humana tiene que ver con el futuro, no solamente con el pasado y presente. Si digo que un caballo es bueno, me refiero a que se portará como bueno para correr o trabajar. Si digo que esto es oro de verdad, no sólo me refiero a una cualidad presente, sino a que en el futuro no perderá su brillo. El verdadero amigo permanece como amigo

en los días de prueba, el amigo falso, sólo en el momento presente. Lo que los hombres son en verdad, no es tanto lo que son, sino lo que serán. El hombre bíblico no es una naturaleza o una esencia, es un destino, un proyecto. Entendiendo la palabra destino no en sentido fatalista, sino en sentido providencial, como un niño, que más que ser una persona terminada es un destino o un proyecto misterioso. El destino no es una fatalidad sino una promesa. Por eso el tiempo es tan importante en la mentalidad hebrea, porque el tiempo hace que la cosa sea lo que ha de ser. Pero este “ha de ser” no es una imposición, sino una vocación.

Si 12,8s.

A los filósofos les interesa definir al ser humano por lo que es, y la pregunta la formulan así: ¿Qué es el hombre? A Jesús le interesa definirlo por lo que hace y por lo que será. ¿Qué hace el hombre por sí mismo y por los demás? ¿Qué será el hombre en el futuro, a qué está llamado, o qué se propone Dios con él? ¿Qué papel tienen en la persona sus pensamientos, sus deseos, sus decisiones, su trabajo, su propio desarrollo? De ahí la importancia de la esperanza, y el de ver el presente en función del futuro.

Rm 8,18.29s;
1 P 1,20.

La visión de Jesús se opone a la del antiguo poeta Horacio: la de disfrutar el momento presente porque el mañana es inseguro e incierto. Jesús piensa que el tiempo es breve y por eso hay que aprovecharlo, no tanto en disfrutarlo, sino en obrar justamente. Jesús se fija en las oportunidades de hacer el bien que el momento presente nos ofrece.

Carpe diem quam
minimum credula
postero.
Odas, 11.
Mt 25,34s.

Pablo dice que si no hay esperanza en la resurrección entonces: *“Comamos, bebamos que mañana*

1 Co 15,32. *moriremos*” y probablemente está citando a Epicuro, o a Cicerón que también dice: “*Comamos, bebamos y gocemos: tras la muerte no habrá ningún placer*”. Para ellos la negación del futuro quita valor y trascendencia al momento presente.

Jesús no ve el presente sin futuro, ni el futuro como algo incierto. Por el contrario, ve el presente como primicia y prenda del futuro.

El presente existencial cobra toda su riqueza y significado por el futuro. Dios, que tiene la última palabra, fundamenta toda la esperanza. Transforma en bienaventuranza lo trágico de la vida. “*Felices ustedes que ahora lloran, porque serán consolados*”.

Mt 5,1s.

Mt 5,5; Lc 6,21.

La inseguridad y la inquietud que produce el no estar terminado, el no estar hecho de forma final se concretiza en la pregunta ¿qué va a ser de mí? Y como esto no es algo que se me dará sin mi participación, sino ¿qué es lo que yo tengo que hacer? la pregunta se hace más urgente y angustiada ¿qué voy a hacer de mí? Cuando Dios me dio la vida, me la dio de verdad, es decir, me dio la posibilidad de hacer de mí y conmigo lo que yo quiera.

Lo propio de la vida es pasar y convertirse en “pasado”; pero para Jesús lo propio y fundamental de la vida está “por pasar,” convirtiéndose en un futuro inmediato. Es también estar en espera, es estar “a punto” para entrar a una nueva forma de estar, que nosotros podríamos interpretar como una nueva forma de ser. Para Jesús era una forma de estar con Dios; para nosotros esa forma de ser y estar con Dios, debe ser una forma de vivir.

Todos viven un tiempo escatológico, un nuevo modo de ser y actuar de Dios para con el hombre, todos viven bajo el signo de su amor y misericordia, que es el anuncio del reino.

El tiempo no es sólo duración, es principalmente realización, crecimiento, maduración. Pero se trata no solo de ser y crecer para nosotros mismos, sino principalmente de crecer para los demás.

El porvenir lo necesita el discípulo para ser mejor, para seguir más de cerca a su maestro, para entregarse a los demás, no para acumular riquezas. Lc 9,25.

Por eso solamente sabremos lo que realmente es el ser humano hasta que llegue el futuro *“aún no se ha manifestado lo que seremos”*. Lo que el hombre es, está más allá de su historia, y de su duración en el tiempo, y también depende más de Dios que de él mismo. 1 Jn 3,2.

Para Jesús estar en espera y estar vigilante eran una forma de existir mientras llega el momento, que puede ser el fin del mundo, la muerte, o la figura de su segunda venida, o un momento insospechado de gracia. Lc 11,35s.

El mundo entero espera ese momento, es una realidad en proceso que espera *“la consumación de los siglos”* o *“fin del mundo”*. Mt 28,20.

La idea que cada uno tiene de Dios, de alguna manera tiene carácter antropológico porque determina la vida. La idea-experiencia que Jesús tenía de Dios era la de un ser tan vinculado con el hombre como su propio padre, infinitamente misericordioso, que perdona hasta los extremos de la rebeldía,

Ex 33,19; 34,6;
Ef 2,4; Lc 15,1s.

la iniquidad y el pecado, como queda claro con las parábolas de misericordia del capítulo quince de San Lucas. Ese Dios que es todo amor es su Padre. Tenemos no solamente el mensaje pronunciado por Jesús, tenemos también pruebas de su actuación, por ejemplo, con la mujer sorprendida en adulterio y con la magdalena. Para Jesús, el hombre debe vivir confiada y alegremente, a pesar de sus faltas, como un niño que camina de la mano de su padre.

Jesús humaniza profundamente al hombre, al verlo en función de los demás y a todos en función de la comunión con Dios. La que se logra precisamente al ponerse en función del otro. Lo paradójico resulta al advertir que el hombre puede, al ponerse en función del hombre, trascenderse, ser algo más que hombre terreno. Pudiera ser éste el meollo revolucionario del reino de los cielos: el hombre que se abre a Dios ha de ser una persona que se abre a los demás. La explotación del hombre por el hombre es lo totalmente opuesto al reino.

Para Jesús, el hombre del presente tiene un gran valor, porque está hecho para el futuro. Nosotros también necesitamos el futuro de “vida por venir”, para ser cada vez más nosotros mismos, para determinarnos, para ser mejores y crear un mundo mejor, también para entregarnos a Cristo en el servicio a los demás. El discípulo, como todo ser humano, sólo llegará a ser realmente lo que ya es de forma germinal, hasta el futuro. De ahí la importancia que tienen en el Evangelio las parábolas y los términos que se refieren al fin de los tiempos o al valor de las acciones humanas, como prenda,

promesa, cumplimiento, expectativa, vigilancia y esperanza.

El hombre llega a su plenitud hasta el fin. *“Antes del fin no llames feliz a nadie, que sólo a su término es conocido el hombre”*. Y por el fruto puedes conocer al árbol. *“Si estamos hechos para ver a Dios, sólo seremos verdaderamente hombres hasta llegar a ver a Dios”*.

Si 11,28;
Cf Lc 3,9; Mt 12,33.

Ignacio de
Antioquia, Rm 6,2.

Cuando pensamos en el hombre como un ser reducido al espacio y al tiempo, que es este mundo, lo sacamos de la historia, es decir, de las decisiones de los hombres y de las relaciones humanas y del mundo que los hombres hemos construido y en el que nos encontramos con problemas aparentemente insolubles, como los del Viernes Santo o como los hornos crematorios de Auschwitz y Treblinka. Y es que queremos que los problemas del hombre y de Dios se resuelvan aquí y ahora, y olvidamos que el destino del mundo y del ser humano no se terminan ni se definen aquí y ahora, sino por su fin, que en este caso es la vocación de todos los hombres a vivir la comunión con Dios. El fin para todas las víctimas del holocausto no fue la fosa común, sino su llamamiento a la casa paterna donde el Padre espera a sus hijos.

Is 65,17s.

El mundo y todo lo que hay en él no es lo último y, como no se explica a sí mismo en su origen tampoco se explica en su fin temporal. Siempre surge la pregunta: ¿para qué existe cuanto existe? ¿Qué es razonable esperar después de todo? ¿Qué podemos esperar después de tantos sacrificios humanos? Jesús tenía una respuesta. La solución al problema del mal y del sufrimiento y de

la muerte no está de este lado de la vida, sino de aquel. El misterio del hombre solo se ilumina a la luz del misterio de Dios.

Para la mentalidad aristotélica, el hombre cuando muere, pierde o se libera solamente del cuerpo, porque el alma es inmortal. Como Platón, imagina el alma encarcelada en el cuerpo, de tal manera que la muerte es su liberación. *“El alma abrumada por la cubierta tosca, terrestre, pesada y visible que es el cuerpo”*. Así el hombre nace alma y cuerpo, y muere como nació. Su cuerpo y su alma tienen diferentes destinos, correspondientes a sus diferentes propiedades y naturalezas. Sus actos son acciones accidentales, no sustanciales, como ser humano no lo modifican sustantivamente más bien lo determinan para el premio o el castigo.

Platón,
Fedón 104e-105d.

Para Jesús las acciones buenas o malas modifican al hombre sustancialmente y así el hombre se hace justo si obra bien, o injusto si obra mal, bueno o malo según sus acciones. Capaz de realización eterna o de frustración. Así que en la vida el hombre decide su futuro y éste va a ser como el fruto de lo que ahora siembre. Por eso puede decir Jesús *“de qué le sirve al hombre ganar el mundo entero, si a sí mismo se pierde”*.

Lc 9,24.

La antropología de Jesús es extraordinariamente completa e integral, porque piensa en el hombre como un todo con su historia personal, con sus relaciones y sus actos; se ocupa de la manera de pensar, decidir, sentir, decidir, actuar y ser. Nunca ve al hombre aislado. Para Jesús el hombre entero está diseñándose a sí mismo en

el cielo por medio de sus decisiones y actos en la tierra.

El hombre es un ser histórico. Su historicidad no proviene exclusivamente del pasado. El pasado no es algo que pasa, y no es sólo lo que alguna vez fue. El ser humano tiene un pasado y está relacionado vitalmente al futuro. El presente es una unidad de los tres momentos, presente, pasado y futuro, y constituye una realidad histórica que vincula los tres elementos. De esa manera, el hombre en el presente está siempre remitido al futuro. Y la historicidad para el hombre es la posesión del pasado, el presente y el futuro en su propia persona.

Para Jesús el pasado no es solamente lo que ya pasó, ni el presente, lo único que importa, ni el futuro algo incierto. Para él, el pasado, el presente y el futuro forman una unidad, se enriquecen o se empobrecen mutuamente. El futuro le da calor y sabor a la vida presente. Uno de los puntos esenciales en el mensaje del reino es la fe en el valor del futuro como momento salvífico. Un futuro que en el momento en que lo aceptamos ya se convierte para nosotros en presente.

Dios no será bueno y misericordioso, sino que ya es bueno y misericordioso. Nosotros no seremos justificados, sino que ya estamos justificados. San Pablo hace del futuro algo presente, dirá que ya hemos resucitado con Cristo. De tal manera es importante el futuro, para la mentalidad hebrea, que lo llega a pensar, no como una promesa, sino como algo ya presente, algo que ya se posee.

Ef 2,6; 1 Co 2,12;
Col 3,1.

Jn 5,24; 6,54; Col 3,1.

La situación concreta en el momento presente nos pertenece y en ella se encuentra su origen y su destino.

Para Jesús el hombre en todo momento está en relación con su destino. No es inmortal por sí mismo, pero ha recibido en su ser personal el germen de la inmortalidad que se hace patente en la trascendencia de sus acciones en el momento presente.

Mt 25,34s.

La escatología es un mensaje de futuro para iluminar el presente. Y el presente está remitido al futuro. El mundo debe ser interpretado y cambiado desde la esperanza.

Es prácticamente seguro desde el punto de vista histórico que Jesús y la Iglesia primitiva vivieron en una actitud escatológica. Y que la visión escatológica de Jesús es algo que no se debe olvidar en todo el Evangelio.

Es claro que la mentalidad escatológica de Jesús posee un fondo histórico que los primeros cristianos tuvieron mucho cuidado en respetar.

Jesús pensaba en el reino de los cielos como en el reinado de Dios que empieza aquí abajo, en la tierra, y que se dará en su plenitud en la vida eterna. Precedida del fin del mundo y del juicio final. El reino lo visualizaba como una cena festiva de convivencia y alegría. Después de la última cena dice a sus discípulos: *“les digo que no volveré a beber del fruto de la vid hasta que llegue el reino de Dios... yo les entrego el reino como mi Padre me lo entregó a mí, para que coman y beban*

a mi mesa en mi reino y se sienten en tronos para juzgar a las doce tribus de Israel”. Lc 22,29-30.

Jesús vincula la última cena con el reino de los cielos escatológico de tal manera que simboliza y anticipa la gran cena de Dios —vida eterna— en un nuevo orden de cosas, iniciado ya en la tierra y significado en la Eucaristía.

La vida eterna al lado de Dios es un don del reino. Dios da la vida plenamente al hombre entero, en este mundo y en el mundo futuro, pero al hombre como a un todo, sin distinguir entre alma y cuerpo. Jesús no cree en la inmortalidad del alma, sino en la inmortalidad del hombre entero como don de Dios. Cuando habla de Lázaro visualiza al hombre como un todo, atendiendo a sus sufrimientos padecidos en esta vida y, como Lázaro, en relación personal con Abraham, que probablemente representa a Dios. Lc 16,19s.

Valoración final —Κρίσεως—

Los evangelistas no atribuyen a Jesús la misión de juzgar al mundo durante su vida temporal. Es de pensar que mucho menos se la atribuiría él a sí mismo. La decisión valorativa del hombre se dará hasta el fin, porque el hombre es un ser escatológico, es decir, remitido al fin. Juan pone en boca de Jesús esta afirmación. *“Dios no envió a su Hijo al mundo para condenarlo, sino para que el mundo se salve por Él”*. En esta vida, *“el Padre no juzga a nadie”* ni tampoco Jesús como lo expresa Juan diciendo: *“Yo no juzgo a nadie”*. Lucas presenta a Jesús como intercesor ante el Padre. Jn 3,37; 8,25.
Jn 8,15;
Lc 13,8.

En la vida futura, al fin de este mundo, juzgará Jesús.

En el Evangelio aparece claramente que la decisión de Jesús, en el juicio final, dependerá de la actitud que el hombre tome ante él. Jesús no solamente es “*el que había de venir*” como Mesías prometido, sino también “*el que viene*” a juzgar al mundo, convirtiéndose en la norma práctica.

Lc 12,8s;
17,24s; 13,35.

Quien valora y declara el peso definitivo de nuestra vida es Jesucristo. A Jesús de Nazaret, muerto y resucitado, se le ha entregado el juicio, porque él es el Creador y Salvador de los hombres, y porque el mundo va a ser juzgado y valorado conforme a lo que se nos ha revelado en Jesucristo.

Por ser Jesús el revelador de Dios, el Redentor y la Salvación, le toca juzgar a los hombres. Y entendemos que el juicio no es tanto una escena dramática, sino la ponderación valorativa de la vida del hombre. Las parábolas que hablan de la siega, del trigo y la cizaña, del banquete nupcial, de la red, de los viñadores homicidas, dan claramente a entender que todas son solamente imágenes de una verdad fundamental: la valoración de la vida del hombre por los criterios del Evangelio. Aquél que pronunciará la palabra final sobre el hombre, será el mismo que durante su vida pronunció palabras de amor y perdón, y quien nos ha venido perdonando a lo largo de nuestra propia vida. ¿Qué sentido habrían tenido sus palabras de perdón, si al final su última palabra no fuera de misericordia?

San Ireneo une la Encarnación del Verbo de Dios al juicio final y dice que *“era conveniente que aquéllos que habían de ser juzgados vieran al Juez, y conocieran a Aquél que los juzgaría y a quien les diera el don de la gloria”*.

Ireneo,
Adv Haer V, 12,6.

Esto nos debe llevar a una actitud de confianza y no de temor: *“El amor de Dios ha llegado a su plenitud con nosotros, y por eso tengamos confianza en el día del juicio”*.

1 Jn 4,17.

El hombre en la vida eterna no será más que hombre pero plenamente realizado en comunión con Dios. El punto de partida para entender al hombre no es éste hombre, en su pobre realización, sino el hombre futuro, el hombre escatológico que germinalmente ya es éste hombre del presente. En la vida eterna será *“como los ángeles de Dios”*. Pero no será un ángel, sino nada más un hombre.

Mt 22,30.
Mc 12,25.

El hombre lleva en sí no solo toda su historia, sino también sus relaciones y valores asimilados. Se hizo a sí mismo consigo, con los demás, con el mundo y principalmente con Dios.

El hombre está abierto al conocimiento, pero no puede saberlo todo. La realidad sobrepasa “su realidad”. Es limitado y contingente en el conocer la realidad, en su querer la bondad, lo justo y lo adecuado. Lo que puede saber es lo que la realidad le manifiesta, pero no solo eso, también lo que Dios le revela, como en una intuición sobrenatural. Que aunque sea sobrenatural, no deja de ser intuición condicionada. Puesto que Dios no

separa la naturaleza de su amor, es decir, de su gracia.

La esperanza no tiene una palabra correspondiente en los Evangelios; aparece únicamente en los escritos paulinos. Sin embargo, Jesús habló de ella como una de las actitudes fundamentales en la vida humana. La esperanza para Jesús estaba incluida con la confianza y una y otra en la fe en Dios como Padre.

ἐλπίς, ἔλπομαι.

Jesús veía la vida de los hombres no al estilo griego, como una tragedia, guiada por un hado o destino maligno del que no podemos escapar.

Para Jesús la vida de los hombres, aunque fuera trágica, estaba dirigida por el amor de Dios y tenía como último fin la comunión con él, en la *“casa paterna”*, *“los justos brillarán como el sol en el reino de su Padre”*.

Jn 14,2; Mt 13,43.

La luz de la esperanza guiaba todos los pasos de Jesús, y debía guiar la de todos sus discípulos. *“El que quiere salvar su vida en este mundo, la pierde, pero el que la pierda por mí y por el Evangelio, la salva”*. Esto incluye y exige una gran esperanza. La esperanza no la ponía en un mundo mejor construido solamente por los hombres, ni en mejores situaciones de vida, como mayor libertad, mejor economía, cambios de estructura, social, política o religiosa. La intervención de Dios era un punto decisivo en el anuncio del reino. Pero esa intervención no había que esperarla de inmediato, incluso podía ser escatológica, es decir hasta lo último. Porque a Dios le pertenece la última palabra, como le perteneció la primera.

Lc 6,22; Mt 5,11;
Jn 12,25; Mt 16,24;
Lc 17,33.

Solamente Dios, esto es, la esperanza puesta en él, puede dar una verdadera respuesta a la inseguridad de la existencia humana.

La esperanza significa aquello que en el futuro realizará Dios. Por eso todo el Evangelio tiene el tinte de la esperanza. Y para Jesús la vida humana es una espera. La parábola de las diez vírgenes lo pone de manifiesto. Y el reino mismo era algo ya presente en este mundo pero también algo que había que pedir, y esperar su plenitud hasta la vida eterna.

Mt 25,1s.
Mt 6,10.

La vida humana es como un caminar. Somos peregrinos que no han llegado a la meta. Jesús es el camino y el modo de caminar, la meta es el Padre.

En el Antiguo Testamento lo último que había que esperar era la muerte, y después de ella ya no había nada que esperar. Con la muerte moría toda esperanza. *“Sólo espero habitar en el Seol, hacer mi cama en las tinieblas; llamo al sepulcro ‘padre mío’ a los gusanos, ‘madre y hermanos’ ¿Dónde está ahora mi esperanza?”*.

Jb 17,15; Is 38,18;
Ez 37,11.

En el concepto arameo-hebreo, la palabra esperanza está vinculada con la espera, y se vincula con una expectativa, una confianza en que la palabra de Dios se cumpla. Para Jesús la vida es una expectativa y una confianza en Dios, y en nada fuera de Dios. No en el dinero, ni en el poder, ni en la observancia religiosa.

Mt 6,19; Mc 10,42;
Lc 22,25; Mt 23,13s.

“Ustedes, pues, velen —no se descuiden— porque no saben que día vendrá su Señor”. Para Jesús la vida entera es una espera del encuentro con Dios.

Mt 24,42.

- La espera no es pasividad, como esperar que madure el fruto. No es estar sin hacer nada, es una espera operante, activa. La luz con la que hay que tener las lámparas encendidas es la luz de las buenas obras. “*Brille así la luz de ustedes delante de los hombres, que viendo sus buenas obras glorifiquen a su Padre que está en el cielo*”. No es una ilusión o un deseo, sino la seguridad en algo que todavía no se da, pero que se dará. Por eso está tan vinculada con la fe. Desde el punto de vista histórico es innegable que Jesús vivió y enseñó que el fin de los tiempos y de cada persona en particular era algo inminente. Algo que no se debía temer, sino pedir y esperar, porque sería la plenitud del reino. Ese reino que ya comenzaba con su predicación y acción era todo lo que había que esperar y buscar “*busquen primero el reino de Dios y su justicia y lo demás vendrá por añadidura*”.
- Mt 5,16.
- Mt 6,10.
- Mt 6,33.

La antropología de Jesús está vinculada no solo con su palabra o con su pensamiento, sino principalmente con su modo de afrontar la vida y de ser verdaderamente hombre, esto es, con su modo de actuar.

La salvación final no es un resultado dentro de la historia. Es algo que está por encima de ella. La escatología del reino predicado por Jesús nos dice que nada es fatal, ni irremediable, sino que el hombre y el mundo están remitidos a la acción de Dios en el futuro. La fe no tiene por objeto solamente lo que ya ha sucedido; se orienta a lo que ha de suceder; “*Ahora somos hijos de Dios y aun no se ha manifestado lo que seremos. Sabe-*

mos que, cuando se manifieste seremos semejantes a él, porque le veremos tal cual es. 1 Jn 3,2.

Podríamos resumir el mensaje de Jesús en torno al hombre escatológico diciendo: que las personas han de vivir en el momento presente a la luz del fin. Que el fin, el reino de Dios por llegar, a dar el tono a cada acción del momento presente. Desde este futuro de Dios hay que configurar el presente individual, social, económico, político, y en general de la vida entera. El hombre presente vive para el futuro.

El tiempo escatológico es el momento presente, no es este, ese o aquel, es el tiempo de cada uno, es “su tiempo”. Que consiste en la oportunidad —gracia— de volver a Dios pero en “*amor y misericordia para cada quien*”. Ex 20,8; Lc 1s.

“*Conviértanse y crean en la Buena Nueva porque el tiempo se ha cumplido,*” es el mensaje de Jesús; el reino está presente. Mc 1,15.

CAPITULO XIV

EL HOMBRE MORTAL

La muerte —Θάνατος—

Para Jesús, cuando Dios da la vida temporal, da la muerte temporal. Se comienza a morir cuando se comienza a vivir. Y la fuerza que mantiene vivo al hombre es también la fuerza que lo destruye. “*Dios da la vida y da la muerte*”. En la antropología judía lo propio del hombre es morir.

1 S 2,6;
Dt 2,39.

El hombre puede y debe morir, la eternidad le pertenece solamente a Dios. Ser inmortal es participar del modo de ser de Dios, de lo que Dios es. Eso no impide que originalmente la muerte pueda ser entendida como castigo del pecado. Lo propio de Dios es la vida, como lo propio del hombre es el ser temporal. Todo hombre tenía un principio, “*nacido de mujer*”, y aludía a un fin: “*está establecido que los hombres mueran una sola*”

Gn 3,3.

Rm 1,23; 1 Tm 1,17; 6,16; Hb 9,27. vez”. El hombre sabe que ha de morir. Presiente la muerte en su vida. Solo Dios es inmortal.

Redactados en Alejandría 100-50 a.C., Deuterocanónicos.

El concepto de un alma inmortal que encontramos en el libro de la Sabiduría es muy posterior a los profetas, y como el libro de los Macabeos, tiene un claro influjo griego. Muy probablemente Jesús no los conoció, porque no pertenecían a la biblia hebrea.

La muerte, como separación de alma y cuerpo no pertenece a la doctrina común del pueblo de Israel. La sagrada escritura no afirma ni niega la muerte como una disociación de alma y cuerpo. El espíritu en la biblia no equivale al concepto de alma.

Qo 12,7; Fl 1,23; 2 Tm 4,6.

χοϊκός–οἶκος.
de tierra-casa.

Porque todo el hombre es “*de tierra y terreno*” el lugar vital del hombre, su hábitat, es la tierra de la que ha sido formado y no solo es la tierra que debe labrar para sobrevivir él y su familia, sino el lugar al que irremediamente tendrá que volver.

Gn 3,19.

La muerte se entendía como separación del espíritu —que no se identificaba con el alma— y del cuerpo. Podríamos decir con Cohélet que la muerte consiste en que “*el espíritu vuelva a Dios que lo dio y el cuerpo vuelva a la tierra, a lo que fue* —donde estaba originalmente—”. Para Jesús el hombre naturalmente, en sí mismo y por sí mismo, no tiene nada de inmortal; todo él es de tierra y terreno, y así también la vida eterna la considerará no como algo del hombre que perdura, sino como algo nuevo que le es dado gratuitamente, por amor, como lo fue la vida primera la vida en la tierra.

Qo 12,7.

El hombre, creado de tierra y mortal, no entendía su muerte como un efecto natural; la muerte no era un producto de la vida en evolución. El árbol de la vida lo fortalecía ante la muerte y creaba una esperanza. *“Ahora, pues, cuidado, no alargue su mano y tome también del árbol de la vida y comiendo de él viva para siempre”*. Pero la Biblia sigue hablando del hombre como mortal.

Gn 2,3.

Gn 2,9.

Gn 3,22.

Jos 23,14; Is 40,8.

El hombre sigue siendo un ser *“sentado en tinieblas y a la sombra de la muerte”*.

καὶ σκιᾷ θανάτου
καθημένοις.
Lc 1,79.

A Jesús se le atribuye el poder de dar la vida no solamente de prolongarla. Por eso la resurrección es algo totalmente diferente a la revivificación y para Jesús resulta también extraño, como para una antropología bíblica, separar la vida espiritual de la vida corporal sino que, como dirá San Pablo, *“Dios debe ser glorificado en nuestro cuerpo”*. La vida *“según el espíritu”* se vive en el cuerpo —esto aquí y ahora—.

Jn 11,23.

1 Co 6,20.

A diferencia de la filosofía griega —platónica y órfica— la corporalidad del hombre no significa el aprisionamiento o la caída del alma. El cuerpo es lo maravillosamente hecho por Dios como dirán Ireneo y Tertuliano, recordando al salmista: *“apenas inferior a un Dios le hiciste, coronándole de gloria y esplendor; le hiciste señor de las obras de tus manos, todo fue puesto por ti bajo tus pies”*.

Tertuliano,
Res 6,1s.

Sal 8,5-7; 144,3s.

La vida y la muerte del hombre tienen carácter de obediencia: el hombre vive porque Dios quiere que viva. Al vivir obedece y al morir también obedece. *“Dios da la vida y da la muerte”* y cuando Dios da la vida, da la muerte, que forma una

Dt 32,39; 1 S 2,6.

unidad con la vida temporal. El hombre concreto, finito, se manifiesta con la muerte. La muerte es una pregunta por el significado de la vida, por la trascendencia.

El hombre vivo no es puro acontecimiento en sí mismo, es más que eso es una referencia a la Vida. El hombre es vida temporal, que por el amor de Dios está destinada a la vida eterna, como la semilla al árbol.

1 Co 15,42s.

Como el sufrimiento, y quizá más, la muerte es un problema abierto en el Antiguo Testamento.

El autor del libro de la Sabiduría piensa con mentalidad griega; es decir, en el hombre como compuesto de alma inmortal y cuerpo corruptible, por eso dice: *Algunos discurren desacertadamente* etc... pero ese "algunos" son todos los que piensan con mentalidad israelita. El libro de la Sabiduría es quizá el más influenciado por la mentalidad griega.

Sb 2,1-20.

Los judíos de mentalidad semita pensaban así: *"Para los vivos aún hay esperanza, pues vale más perro vivo que león muerto. Los vivos saben que han de morir; los muertos no saben nada, no reciben salario cuando se olvida su nombre. Se acabaron sus amores, odios y pasiones. Y jamás tomarán parte en lo que se hace bajo el sol"*.

Qo 9,4.

"Todo lo que esté a tu alcance hazlo con empeño, pues no se trabaja ni se planea, no hay conocer ni saber en el abismo a donde te encaminas".

Qo 9,10.

"Cuando florezca el almendro, y se arrastre la langosta y no dé gusto la alcaparra, porque el hombre

marcha a la morada eterna y el cortejo fúnebre recorre las calles. Antes de que se rompa el hilo de plata, y se destroce la copa de oro, y se quiebre el cántaro en la fuente, y se raje la polea del pozo, y el polvo vuelva a la tierra que fue, y el espíritu vuelva a Dios, que lo dio... Qo 12,5.8.

“¡Oh muerte qué amargo es tu recuerdo para el hombre que vive en paz entre sus bienes!” Si 41,1-4.

“No es inmortal el hijo del hombre”, porque “todos los hombres son polvo y ceniza”. La condición endeble y efímera del hombre plantea un problema para Sirácides: “¿Qué es el hombre?”. “El hombre no es dueño de su vida, ni puede retener su aliento; no es dueño del día de la muerte ni puede librarse de la lucha”. Si 17,30.32.
Si 18,8.
Qo 8,8.

Vista de esa manera la muerte le quita todo significado a la vida. Si la muerte es absurda hace absurda toda la vida.

El pueblo de Israel no consideraba la vida como una duración inacabable de vida temporal. La vida se recibía como un don limitado e incluso podía ser algo de lo que se podía hartar. Abraham murió *“anciano y saciado de vida”*. Solo la muerte temprana o mala se pensaba que era un juicio de Dios. A la muerte sin angustia llegaba solamente una vida llena de fe y confianza en Dios. Gn 25,8; 35,29; Jb 42,17; 1 Cro 23,1; 29,28; 2 Cro 24,15.

Jesús no ignora que el individuo tiene que recorrer un camino limitado y que tarde o temprano llegará al fin, que es la muerte, pero eso que es un límite para el hombre es el punto de encuentro con Dios. Jesús no abstrae, sino concretiza,

Jn 4,14. ve en el hombre el mal, el sufrimiento, la muerte, pero también lo ve como semilla de vida eterna, o como fuente de agua viva que salta hasta lo alto.

Mt 6,8. Jesús sabe que el hombre existe ante Dios, vive en su presencia y existe por y para Dios. “Él sabe lo que nosotros necesitamos mucho antes de que lo expresemos”.

Mt 25,1. Jesús comprende que el hombre, antes de tener un quehacer en la vida, un algo por qué vivir, tiene un Alguien para quién vivir. A la vida le da un enfoque personalista: sí vivo, ¿para quién vivo? Y si muero ¿para quién muero? Para Jesús la muerte no es paz y tranquilidad anónima, sino el boleto personal de entrada a una fiesta que revelará la plenitud del reino de los cielos.

Dormir y morir —Κοιμάω—

Jb 14,10-13. El israelita hace un paralelismo claro entre el sueño y la muerte. Se toma el sueño de forma metafórica, y así es símbolo de la muerte. “El hombre que muere no se levantará, se gastarán los cielos antes de que despierte, antes que surja de su sueño”. El dormir es una metáfora típica para referirse a la muerte, y el levantarse es una imagen de la resurrección. Etimológicamente la palabra resurrección viene de *surgere*, resurgir, levantarse, —re, de nuevo, *suscitare*, animar, despertar, o levantarse—.

Mc 5,39.
ὄν ὁ Θεὸς ἤγειρεν
ἐκ νεκρῶν.

Job 7,21. Job dice “ahora dormiré en el polvo” y el salmista Sal 13,4. pide: “no me duermas en la muerte”.

San Juan atribuye a Jesús un juego de ideas entre el dormir, propio del descanso de cada día, y

la muerte como descanso final. *“Lázaro duerme, pero voy a despertarle. Le dijeron los discípulos: Señor, si duerme, se curará. Jesús lo había dicho de su muerte, pero ellos creyeron del descanso del sueño. Jesús les dijo abiertamente: Lázaro ha muerto”*. κεκοίμηται.
Jn 11,11-14.

Pablo, siguiendo estas imágenes escribirá: *“despierta tú que duermes y levántate de entre los muertos”*. Ef 2,14.

Tertuliano veía en el sueño diario una imagen de la muerte, y relacionaba el seno materno con el sueño oscuro del sepulcro, y el nacimiento con la resurrección a una nueva vida. Tertuliano,
An XLIII, 13.

Muerte y olvido —λήθη—

Un tiempo se consideró la muerte como el acontecimiento más deplorable para el hombre. Era un *“abandonado entre los muertos, uno de aquellos de quien Tú ya no te acuerdas, que ya están separados de tu mano”*. Sal 88,7.

Job dice:

“Pues ahora me postro en el polvo, y Tú me buscas, más ya no existo” y el salmista se pregunta: Jb 7,21.

*“¿Quién hace maravillas por los muertos?
¿Se levantan las sombras para alabarte?
¿Se cuenta en el sepulcro tu benevolencia?
¿O tu fidelidad en el reino de los muertos?
¿Se entera la tiniebla de tu portento?
¿De tu ayuda el país del olvido?”* Sal 88,11-13.

La respuesta a todas estas preguntas era un triste no.

La vida del hombre es para alabar a Dios, es decir, para reconocerle; y los muertos no pueden reconocer su amor y fidelidad. El Salmo 115 dice: *“Los muertos no alaban a Yahvé, ninguno de los que bajaron al silencio”*. Isaías ora de esta manera: *“El reino de los muertos ya no te celebra. Y la muerte, ¿te sigue alabando? Los que bajaron a la fosa ya no esperan tu fidelidad. Solo el que vive, el que vive te alaba, como hoy lo hago yo”*.

Sal 115,17.

Is 38,18.

La vida significaba tener una relación con Dios en reconocimiento y amor, y la muerte significaba la ausencia de esa relación.

Para el hebreo la muerte es la extinción de la memoria y el ingreso en la tierra del olvido. Pero hay que advertir que la memoria es otra manera de llamar a la vida, y el olvido es el equivalente exacto de la muerte. De tal manera que donde hay memoria hay vida y donde hay olvido hay una especie de muerte, de silencio.

Jesús va a pasar por este tipo de muerte, que resulta angustia, tedio, pavor y llanto de tristeza, espera la resurrección, pero después de la muerte, como Lázaro y el rico Epulón.

Lc 22,44.

Lc 16,22.

En el Antiguo Testamento existe ya una esperanza fundada en el amor eterno y la fidelidad de Dios. Isaías dice: *“El destruye la muerte para siempre, El Señor Yahvé enjuga las lágrimas de todo rostro”*. *“Tus muertos se levantan otra vez, sus cadáveres despiertan de nuevo”*. Y en Daniel leemos: *“Muchos de los que duermen en el polvo de la tierra despertarán, unos para la vida definitiva, otros para vergüenza perenne”*.

Is 25,8; 26,19.

Dn 12,2.

Muerte y pecado —Ἄμαρτία—

En el tiempo en que Jesús vivió, la muerte no se entendía como un castigo o consecuencia del pecado, sino como un acto de entrega y obediencia a Dios. *“Dios da la vida y da la muerte”*. Sal 82,7; Ez 31,14.

Después la muerte se consideró una desgracia para el hombre y muy ligada a su condición de pecador. Esto lo expresó San Pablo diciendo: *“El salario del pecado es la muerte”*. Rm 6,23. El pecado original es más una explicación del sufrimiento y de la muerte que una causa. Históricamente primero se dio el sufrimiento y la muerte que el relato del pecado. En la teología judía del tiempo de Jesús el pecado de los primeros padres, como otros muchos pecados graves, no se había universalizado.

En la edad media se llegó a pensar, y algunos lo piensan todavía, que por naturaleza el hombre era inmortal, por tener alma simple, y que morir era algo “contra natura”.

Jesús no hace deducciones, piensa que el hombre debe morir porque es mortal y no eterno, *“porque es tierra y a ella debe volver”*. En el Génesis leemos: *“Mi Espíritu no permanecerá siempre en el hombre, porque no es más que carne”*. Gn 3,19; 6,3;
Sal 90,3.

La muerte es un acontecimiento definitivo. Jesús tiene el poder de arrancar al hombre de la muerte y de volverlo a la vida, como a Lázaro, su amigo. Porque Dios no se complace en la muerte, sino en la vida, ni siquiera en la muerte como castigo del pecador. Para Jesús, si la enfermedad Ez 18,23; 33,11.

no era consecuencia del pecado, mucho menos la muerte.

La muerte es un paso más

- Jn 14,2. Para Jesús morir es volver a la casa paterna e ir a una fiesta imperecedera. La imagen del “*seno de Abraham*” hace alusión al “*Dios de vivos y no de muertos*”. Y al reino de los cielos, donde están sentados a la mesa Abraham, Isaac y Jacob.
- Lc 16,24. Mt 8,11; Lc 20,37.

El ser humano, por naturaleza, es temporal e histórico. Nacer, vivir y morir forman una unidad continua. Morir es un modo de ser, propio del hombre que vive. No es algo para el futuro, sino algo continuamente presente durante la vida. La vida está en función de...encaminada a... limitada por... la muerte. Lo propio del hombre es morir. “*Morirán como hombres que son*”.

“*Mutum debitum est nativitati cum mortalitate; forma moriendi causa nascendi est*”. Tertuliano, Carn VI,6.

La vida y la muerte no son términos contrapuestos o contradictorios, sino complementarios. La vida y la muerte, nacer y morir, son hechos fundamentales ligados para el hombre. Están unidos por unos cuantos aniversarios. Aceptar la vida significa también aceptar la muerte. Morir significa llevar la entrega de la vida hasta el final; y así como es propio del Dios vivo el vivir; así es propio del hombre el estar muriendo. La vida y la muerte se relacionan mutuamente. *La causa de la muerte es haber nacido. La muerte no es el último momento de la vida. Es toda la vida la que va muriendo.*

Todo nacimiento es una referencia existencial a la muerte, que es su cumplimiento. Sócrates

y Platón concebían la vida como lo totalmente opuesto a la muerte. *Fedón.*

Para Jesús la vida en comunión con Dios es un llamamiento y una exigencia esencial del anuncio del Reino. Morir es nacer a una vida nueva, distinta de la temporal, pero absolutamente vinculada con ella. Para el que muere en comunión con Dios, morir es un privilegio, es la vida de Dios en la plenitud de participación con el hombre. *Lc 16,20-25.*

La vida es pertenencia

Para la mentalidad de Jesús la palabra “alma”, como contrapuesta al cuerpo, no está bien usada, su mejor traducción sería “vida”. Porque dice relación a la persona entera. *Lc 12,19.*

La vida que los hombres vivimos no es nuestra, sino de Dios. Esta pertenencia a Dios es lo que hace de la vida algo sagrado. La recibimos como un don; nosotros somos la vida que vivimos. Y debemos entregarla en el momento oportuno. Pero entregarla como se hace un regalo cuando se hace por amor.

La vida no es algo que se posee, o que se tiene; la vida somos nosotros; es lo que nos pasa. La vida somos nosotros al pasar... *“El que quiere salvar su vida”*... Aquí, *“salvar la vida”* significa anteponerla a los valores supremos, como serían Dios y el Reino; y *“perder la vida”* por esos motivos es *“salvarla”*. Con lo que queda claro que el hombre vive para Dios y para el Reino. Pues *“¿de qué le sirve al hombre ganar el mundo entero si a sí mismo se pierde?”* *Mc 8,35.*
Lc 9,24-25.
σώσει αὐτήν.
ἑαυτὸν δὲ ἀπολέσας.

La vida, que somos cada uno de nosotros, es una referencia a Dios. Quien la da, quien la mantiene y quien la busca para llevarla a su plenitud junto a sí mismo es Dios.

Lo más sagrado del hombre, su punto de comunión con Dios, es la vida y la muerte. Para Jesús la vida temporal era la semilla de la vida eterna.

Jesús no creía en la inmortalidad del alma, sino del hombre entero. Lo que pertenecía a Dios era todo el hombre, no solo su alma. Y lo que creaba al nacer un ser humano no era solo el alma era el hombre entero, en el vientre de su madre. La salvación anunciada y prefigurada en Jesús se refería a la persona en su totalidad. El alma no existía separada del cuerpo. Y cuando se perdía el hombre, se perdía todo el hombre, no solo su alma. Cuando leemos: *“de qué le sirve al hombre ganar todo el mundo si a sí mismo se pierde”*, el texto se refiere a toda la persona, no solo al alma.

Mt 16,26; Mc 8,36;
Lc 9,25.

La muerte es entrega —Παρα-δίδομι—

El don de Dios vivo es la vida y el derecho que nos da de ofrecerla, es decir, nos da la posibilidad de hacer de ella, con ella y en ella lo que queramos. Pero nos da también el derecho de entregarla. La vida es algo que se da, para ganarla. Cuando Dios da la vida, la da de verdad. Ofrecerla es la forma más perfecta de vivirla.

Mc 8,35; Mt 10,39.

Sal 116,5. *“Mucho vale a los ojos de Yahvé la muerte de los que le aman”*.

La muerte no es algo inmerecido, ni merecido, no es algo que llega de otra parte: la llevamos

dentro, con nosotros mismos. Forma una unidad con nuestra vida. Y cuando el ser humano muere, muere todo entero, no nada más el cuerpo. Psijé Ζοέ, es la persona viviente, no el cuerpo en el alma, ni el alma en el cuerpo. Ψυχή-Ζωή.
Gn 2,7.

Dar la vida —morir— significa entregarse y seguir a Jesús total y definitivamente. Es entrega total, porque al entregarnos nosotros mismos lo entregamos todo; y es también definitiva, porque no hay vuelta atrás. Por eso sólo el hombre posee la vida plenamente; porque es capaz de entregarla plenamente. Porque sabe que vivir es entregarse, y morir es llevar la vida hasta el extremo, hasta lo último, hasta la entrega final. Sin la muerte no nos podríamos entregar total y definitivamente a Dios. Nunca se entrega el hombre tan plenamente como en la muerte.

Toda persona puede entregar su vida. Puede decir: *“Señor, cuando tú quieras”*. Y esa es la aceptación plena de nosotros mismos y de Dios. ¿Cómo? Como tú quieras. ¿Dónde? Donde tú quieras. ¿Cuándo? Cuando tú quieras. El hombre, como Jesús, *“Tiene poder para entregar la vida”*, pero no lo tiene para recobrarla de nuevo. Jn 10,17.

La vida es algo que se da, y por eso la recibimos; pero también es algo que se entrega, y por eso morimos. Morir es un derecho que tiene el hombre, que completa y plenifica el derecho de vivir. La vida es como una búsqueda o una espera, y la muerte es el encuentro con Dios.

La vida personal consiste más que en autopo-
seerse, en autoentregarse; y el hombre se entrega
cuando acepta con amor lo limitado de su vida.

Rm 14,8-9; Lc 23,46. La vida se vive en su profundidad cuando se
sabe por quién y para quién se vive. Para el ju-
dío vivir significa vivir para Dios, y morir, morir
para Dios. Morir es entregar la vida poniéndola
en sus manos.

Dirá San Pablo:

Fl 1,21. *“Para mi vivir es Cristo y la muerte, una ganan-
cia”. Y “aunque vivimos nos vemos continuamen-
te entregados a la muerte de Jesús”.*

Mt 6,30. ¿Qué es la vida del hombre ante la eternidad?
El tiempo del hombre es breve. Con respecto a
la historia del universo estamos muertos; excep-
to por un instante: este. Y con respecto al espa-
cio de las galaxias ¿Qué es el hombre? Es decir,
tú. Para Jesús, como un suspiro, o una flor en el
campo, pero con significado eterno.

Jn 15,13; 1 Jn 3,16; Rm 5.6-8. Amar hasta dar la vida o morir por los demás o
por alguien son signos de plenitud humana. *“Nadie
tiene mayor amor que el que da la vida por sus
amigos”.*

Sb 8,6. Por la relación indiscutible entre la muerte y
el amor, el ser humano es el único que entierra
a sus muertos. El amor y la muerte los encon-
tramos unidos frecuentemente. Dice el libro de
la Sabiduría: *“porque es fuerte el amor como la
muerte”.*

Antes de su vida pública Jesús se debió encontrar muchas veces con la muerte. La muerte le debió plantear serios cuestionamientos con respecto al sentido de la vida, como a cualquier ser humano. Y en su corazón encontró la respuesta, la que dará con claridad en su vida pública.

Al perder a José, su padre, “según se creía”, lo ganó para tenerlo para siempre junto a su Padre-Dios. La muerte lo conmovía hasta las lágrimas, porque su fe no suprimía sus sentimientos. En la antropología de Jesús tiene mucho que ver la calidad y delicadeza de los sentimientos.

Jn 10,35;
Lc 7,13; 19,41.

Para Jesús la muerte es llevar a su plenitud la vida de entrega y obediencia poniéndola en las manos del Padre.

La muerte, para Jesús, fue dar la vida, no perderla, sino encontrarla. Y esta vida se entiende como comunión con Dios que se dará en su plenitud en la vida eterna.

En el Evangelio de Juan, al morir se da la forma última de la presencia de Jesús en la vida de cada persona. Jesús va a prepararnos un lugar, pero volverá a llevarnos con El: “*Y cuando me haya ido y les haya preparado un lugar volveré y los llevaré conmigo para que donde esté yo estén también ustedes*”.

Jn 14,3.

En una antropología de cuño griego, aristotélico-tomista, la muerte se entendía como la separación de alma y cuerpo; es una manera dualista, y la más común, de entender al ser humano como compuesto de materia y espíritu. En el libro de la Sabiduría leemos: “*pues un cuerpo corruptible*

- Sb 9,15. *hace pesada el alma y esta tienda de tierra oprime el espíritu fecundo en pensamientos*", y también
2 Co 5,8. en San Pablo, encontramos reflexiones en esa línea: "*Salimos de este cuerpo, para vivir con el Señor*".

No es de extrañar que se den en el pueblo judío dos corrientes de pensamiento. Uno auténticamente israelita, muy antiguo y sencillo, y otro, enriquecido o empobrecido por el pensamiento griego-pagano. Aquel veía al hombre como una unidad, como persona, diríamos ahora; éste como un compuesto de dos elementos diferentes, material y espiritual, con distintos destinos, mortal e inmortal; en lucha constante uno contra el otro.

Jesús ni pensaba ni hablaba con mentalidad griega. La muerte no podía ser para él un separación del alma y del cuerpo, porque no entendía así al ser humano. Era el paso de toda la persona, por decirlo así, a una vida diferente al lado de Dios.

- Jn 14,2. "*En la casa de mi Padre hay muchas habitaciones*". ¿Qué quiere decir con esa metáfora? Hay muchas maneras o grados de vivir esa comunión con Dios. ¿Hay lugar para todos?

CAPITULO XV

LA RESURRECCIÓN

Ἀνάστασις

Jesús no conocía ni creía en la inmortalidad del alma, sino en la resurrección de los muertos, es decir, de las personas como fueron y como Dios las había hecho en el origen y a lo largo de la vida. Jesús creía y enseñó que Dios retribuiría en la vida eterna hasta la acción más insignificante, como podría ser dar de beber un vaso de agua. Mc 9,41.

La fe en la resurrección se expresó por primera vez a comienzos del siglo II a.C. con ocasión del martirio de los macabeos. Puesto que Dios es justo, no puede dejar en el sheol a quienes han dado su vida por creer y afirmar que Yahvé es el verdadero Dios.

Mc 7,14; 2 M 7,14;
Dn 12,1-3.

Según la antropología judía, el único que puede volver a dar vida, porque la vida le pertenece, es Dios. Solo él es eterno, todo lo demás es mortal. Los judíos no pensaban primero en el alma inmortal y luego en la resurrección de los cuerpos. Los griegos y los egipcios pensaban en la prioridad e inmortalidad del alma, lo mismo que otros pueblos vecinos. Tampoco existía para ellos la reencarnación ni ningún tipo de vida nueva en este mundo. Para los judíos la vida era un don temporal, particular, definitivo y único.

Algunos textos del Antiguo Testamento, particularmente del libro de la Sabiduría, hablan del alma como inmortal por sí misma, y la ponen como aquello que hace al hombre a imagen y semejanza de Dios, pero es claro para todos los exégetas que en este libro se da un fuerte influjo de la filosofía griega. El pensamiento semita no veía al hombre como inmortal.

La resurrección no consiste en que el alma vuelva al cuerpo, sino en que Dios dé al justo su propia vida, la eterna.

Pero a ese punto no se llegó sino después de largo tiempo y de distintos momentos de revelación.

En el libro de Job, se leía:

*“Yo sé que vive mi Defensor;
Que se alzaré al final sobre el polvo,
Que después que me dejen sin piel,
Ya sin carne, veré a Dios.
Sí, seré yo quien lo veré*

Jb 19,25s. *Mis ojos lo verán, no un extraño.*

Lo que para algunos, los fariseos, en el Antiguo Testamento era solo una esperanza fundada en la fe y en el amor de Dios, para Jesús era una certeza, un elemento fundamental en el anuncio del reino. Hay muchas cosas en el hombre que lo remiten y lo hacen pensar en la resurrección y en la vida eterna, pero no hay ninguna que le asegure o le muestre que se da realmente. La resurrección pertenece al mensaje de fe y no al mundo empírico y constatable.

La Religión Judía,
BAC, p 629.

El problema —Κρίσις—

El esfuerzo por demostrar la resurrección o la otra vida, crea escepticismo, insatisfacción, porque los argumentos no son contundentes; es mejor dejarla en el terreno de la fe, de la meta-vida, en el espacio de Dios.

Los saduceos se negaban a aceptar esta doctrina diciendo que no pertenecía al mensaje original del Pentateuco. Para Jesús la vida eterna venía anunciada con el reino y era la plenitud de éste: y venía a dar todo su sentido al sufrimiento, a la muerte y a toda actividad humana. Se recibía gratis, como el perdón de los pecados y el amor de Dios. Pero por otra parte, era también premio o fruto del seguimiento a Jesús, del cumplimiento de sus mandatos y de la fe en Él. El hombre era por sí mismo, mortal como los animales. La carne era el aspecto del hombre en relación directa con la muerte. La inmortalidad, la vida eterna, era un don de Dios.

Is 40,6.

La resurrección se refiere a un modo de existir diferente, nuevo, en la dimensión de lo eterno. Se

2 Co 5,12-21;
Is 43,18-19; 2 P 3,13.

anuncia y se describe con un lenguaje figurado que es necesario interpretar en cada época; es semejante a lo que pasa con el lenguaje sobre la creación. La resurrección es la “nueva creación”, que no es objeto de conocimiento histórico, sino una invitación y un llamamiento a la fe. La fe en la resurrección es una respuesta al sentido de la vida.

No es necesario resolver todas las dudas para tener fe en la resurrección, también la duda es parte de la fe, como sucede en el matrimonio: no es necesario resolver todas las incógnitas para poder casarse, se casa uno “en fe y confianza”. Pero no son un capricho, o voluntarismo, sino aceptación y ofrecimiento razonables.

Platónica-
aristotélica.

La inmortalidad del alma pertenecía a la filosofía griega pagana. Afirmar que el alma es inmortal, pero sin relación perpetua a lo concreto e histórico de su condición humana, no es la fe de Jesús.

Jesús pensaba que el hombre resucitaba pero no en virtud de su propia naturaleza que es mortal, sino porque Dios lo resucitaba para el reino de los cielos. La resurrección era como una nueva creación, algo que nos viene dado ya en germen, en nuestra naturaleza mortal y con nuestra vida perecedera. Pero una vida que sobrepasará a esta que vivimos porque será el principio de nuestra comunión plena con Dios.

La resurrección no es un producto de la fe, ni de la justicia o bondad. Resucitarán buenos y malos, creyentes o incrédulos. No resucitamos porque

creemos, pero tenemos motivos para creer en la resurrección.

La resurrección es parte esencial del mensaje de Jesús, sin ella todo el Evangelio se vuelve intrascendente.

No hay escala de valores que resista el límite. Podemos decir que el meollo, lo esencial y el resumen del mensaje de Jesús es la vida eterna, la comunión con Dios, a nivel personal y social, como pueblo de Dios. Tertuliano dirá que la fe de los cristianos se caracteriza en creer en la resurrección de los muertos.

“Fides christianorum resurrectio motuorum”. Tertuliano, Res 1,1.

La resurrección era para Jesús objeto de su fe, todavía no era una experiencia existencial, antes de su muerte. Jesús resucitó antes de la fe de los discípulos en su resurrección; se convirtió en una experiencia “viviente” y por eso fue anunciado como el resucitado a pesar de haber sido crucificado.

Hch 3,15.

Aun suponiendo históricas las predicciones de la resurrección, el Evangelio da testimonio de que los discípulos no la esperaban, y por eso se admiran y asustan. Por otra parte el evangelista dice que no comprendían lo que se refería a la resurrección. *“A los tres días de haber muerto resucitará. Pero ellos no entendían lo que les decía y tenían miedo de preguntarle”*.

Lc 24,37.

Mc 9,32; 8,31s.

De nada serviría creer en Dios y en todos sus atributos, si no creo que ese Dios me ama, es capaz de perdonarme, y de entrar en comunión conmigo. El discurso sobre Dios viene a ser como la luz del sol que ilumina a la antropología y también

al mundo entero. Por eso la fe en Dios le da otra dimensión a la vida humana y la enriquece tanto.

La resurrección y la fe

La fe en la resurrección y en la vida eterna no es un añadido a la fe en Dios, no es “algo más”, una verdad más, sino la radicalización, su punto antropológico y el “para qué” de toda la revelación. Se resucita para algo: para entrar en comunión con Dios.

Aquel que nos llamó del no ser al ser es quien nos llama de la muerte a la vida. Y quien cree en Dios está encaminado a creer necesariamente en algo que toca a su ser y a su trascendencia, ha de creer que Dios lo ama en lo personal, en lo histórico y concreto de su vida, junto con los demás, en un común destino de comunión con Dios. La fe en la resurrección de los muertos es una consecuencia del Dios creador, redentor, y salvador. La resurrección es una nueva vida que supone una “*nueva creación*”, en comunión con Dios. La fe en la resurrección es la respuesta a la sorpresa de vivir. La resurrección es la palabra última de Dios en la vida del hombre.

Is 66,22; 65,17.

La resurrección tiene historia

El israelita cree que Yahvé tiene poder sobre el reino de los muertos; puede librar del reino de la muerte. Yahvé tiene poder de devolver la vida a los muertos, como lo hace por la oración de Elías y de Elíseo. Jesús devuelve la vida a los muertos; Pedro y Pablo lo hacen, como los Profetas.

Dt 32,22; Pr 15,11;
Sal 30,4; Si 51,2;
1 R 17,17; 2 R 4,32s.
Lc 7,11; Mt 9,18;
Jn 11,1;
Hch 9,36; 20,7.

Las resurrecciones que aparecen tanto en el Nuevo Testamento como en el Antiguo las podríamos llamar mejor re-vivificaciones, porque el resucitado volvía a la vida temporal y no se cambiaba para nada su condición de ser humano necesitado y sujeto a las exigencias de la vida.

Independientemente de si algunos pueden, después de muertos, volver a vivir, lo que interesa aquí es: ¿Qué pasa con el hombre después de su muerte? Porque tratándose del fin, lo que no tiene todo su significado, no tiene ningún significado.

*“Recuerda Señor, qué es la existencia,
para bien poco creaste a los hijos de Adán,
¿Qué hombre podrá vivir sin ver la muerte,
quién librará su vida de la garra del sheol”.* Sal 89,48-49.

Pero en muchos textos del Antiguo Testamento encontramos ya la esperanza de la resurrección:
*“No, no he de morir, que viviré, y contaré las obras
de Yahvé”.* Sal 118,17.

*“El rescata tu vida de la fosa, y te colma de amor
y de ternura”.* Sal 103,4.

Pocas cosas sabemos sobre la vida eterna, porque mucho de lo que se dice es más un mensaje de presente que un mensaje sobre el futuro. Las metáforas usadas por Jesús para hablar de la otra vida no tratan de descubrir el secreto de lo eterno sino, por el contrario, tratan de dar a lo temporal un sentido que trasciende la vida de este mundo. Su anuncio de vida eterna no es para descubrir el mas allá, sino para darle toda su importancia al mas acá.

La resurrección fue un hecho revelador sobre el destino de Jesús y del hombre. La resurrección de Jesús no fue una revivificación, como lo fueron la de aquéllos a quienes Jesús devolvió la vida; por ejemplo la de aquel amigo de Jesús que se llamaba Lázaro o la del muchacho cuya madre lloraba inconsolable tras su féretro.

Lc 7,11; Jn 11,1s.

La resurrección de Jesús es el mensaje más claro que tiene el hombre sobre su propio destino; “*Como Cristo resucitó, resucitaremos también nosotros*”. Incluso más claro que las mismas palabras de Jesús. En Jesús los hechos son tan reveladores como sus palabras y tratándose de la resurrección podemos decir que más reveladores que sus palabras. —Sin la resurrección todo el mensaje de Jesús no habría tenido ningún significado—.

1 Co 15,48-49.

No tenemos ninguna comparación que explique lo que es el hombre viviendo en plenitud la vida de Dios. Ni se dan en este mundo posibilidades de lenguaje, concepto o imagen que nos describan esa realidad; sobrepasa, el espacio y el tiempo en que vivimos.

Flp 2,9s; Rm 1,4.

Resucita el hombre en su realidad personal

Debemos hacer notar que se entiende la otra vida no como prolongación de ésta, en continuidad temporal, sino como algo totalmente distinto, pero también totalmente vinculado con esta vida. Como el árbol es plenitud, realización y cumplimiento de la semilla y está totalmente vinculado a ella.

“Así también en la resurrección de los muertos

se siembra corrupción, y se resucita incorrupción;

se siembra vileza, resucita gloria;

se siembra debilidad, resucita fortaleza;

se siembra un cuerpo natural, resucita un cuerpo espiritual.

¡Se siembra en deshonor, se resucita en gloria!

Se siembra en debilidad, se resucita en poder.

1 Co 15,42-43.

“Lo que tu siembras no recibe la vida, si antes no muere”.

1 Co 15,36.

El primer hombre, Adán, y el hombre en esta vida, es de tierra y terreno, y ser viviente; el segundo Adán, Cristo, y el hombre resucitado, es del cielo y celeste, espiritual y vivificante. El paralelismo se da no sólo entre Adán y Cristo, sino también entre la vida terrena y la vida eterna. La fe en Dios y en la vida eterna es una respuesta a la presencia de Dios en la vida.

1 Co 15,45-49.

Para Jesús la resurrección debió ser no tanto la unión del alma con el cuerpo, sino el regalo nuevo, diferente, pero en continuidad personal con una vida distinta en comunión con Dios. Una vida que expresada en términos personales, de diálogo, de presencia, memoria y significado, porque Dios es un Dios de vivos y no de muertos y en la vida eterna no habrá necesidades físicas temporales y terrenales sino que seremos “*como los ángeles de Dios*”.

Mt 25,34s.

Mt 22,32.

Mt 23,30.

Al afirmar la resurrección de la carne, el problema no se debe poner en cuál es la carne y el cuerpo con el que resucita el hombre; la afirmación no recae en la integridad de la carne sino en la integridad de la persona. De tal manera que éste

y el mismo ser que soy yo, resucitará con éste y el mismo cuerpo, pero espiritualizado, con todo aquello que es parte integrante de mi persona. Así, no importa que se trate de un lisiado o de un leproso, porque la persona no es solo su cuerpo, es mas que eso, es el amor de Dios en la vida, con sus circunstancias e historia, hecho persona de modo individual.

El cuerpo es como el modo de vivir, más que parte del ser personal. Al afirmar la resurrección de todo el hombre, la afirmación recae en la integridad de la persona.

Si el ser humano se vuelve inmortal es por un doble don de Dios, y por eso la resurrección es como una nueva creación. Sólo Dios es capaz de resucitarlo y salvarlo de la muerte. La prenda de la vida eterna es la vida temporal que vivimos.

2 M 7,9; 14,23;
Sal 16,14; Hb 10,39;
1 P 1,9.

Podemos decir que el sujeto de la resurrección es la persona, que no es ni el alma, ni el cuerpo, y que es más que las dos cosas juntas, es decir, el objeto de la solicitud y amor eterno de Dios.

Al afirmar la resurrección nos referimos a la identidad de la persona, con todos sus connotados de ser en este mundo, de ser entre los demás y para los demás, con todo el significado de su vida y de su destino; incluimos su ser corporal aunque ese cuerpo pueda tener otros calificativos. Dios ama algo más que las moléculas y el cuerpo físico químico y estético. La resurrección es el encuentro de Dios con el hombre, con toda su historia; podríamos pensar que la resurrección y el juicio se podrían identificar como valo-

ración del ser personal, en la inmortalidad y la vida eterna. Porque la persona finita, pasando al infinito, pierde sus límites. Cf 1 Co 15,35.

El que se acentúe en el credo la identidad de la carne se dirige contra la afirmación o suposición de un nuevo nacimiento del alma en otro cuerpo; una especie de reencarnación. La identidad del hombre depende de la irrepetibilidad y unicidad de la existencia corporal. Afirmamos el hecho de la resurrección, aunque no sabemos ni podemos conjeturar el cuándo y el cómo; incluso en el discurso de Jesús sobre el tema, todo queda a nivel de imágenes. La revelación no es sobre el cuándo y el cómo, sino sobre el hecho, y el hecho de futuro viene afirmado para darle al momento presente toda su trascendencia.

La resurrección la entendemos como plenitud de la participación personal de la vida divina, cuyo primer signo y prenda es la vida temporal que vivimos.

“Creando en Él, escuchada la palabra de la verdad, el Evangelio de su salvación, han sido sellados, marcados con el Espíritu Santo de la Promesa, que es prenda de nuestra herencia”. Por esto Ef 1,13-14.
esta prenda, al habitar en nosotros, ya nos hace espirituales —del Espíritu— y la mortalidad es absorbida por la inmortalidad, pues dice: *“ustedes no están en la carne, sino en el Espíritu, si el 2 Co 5,4.
Espíritu de Dios habita en ustedes”*. Rm 8,9.

La fe en la resurrección de los muertos no es simplemente un punto principal y fundamental en la predicación de Jesús, sino de todo el Nuevo

Testamento; y se afirma la continuidad del hombre entero y un destino como el de Jesús. En este punto la plenitud de la antropología cristiana se logra solamente al llegar a la Cristología. Y es verdad para el hombre, lo que afirmamos de Jesús, que así como ningún fruto es capaz de revelarnos la inmensa fecundidad de la tierra, así ningún teólogo, ni sabio, ni santo, podrá revelarnos el eterno significado de la condición humana del hombre .

1 Co 15,12-23;
Mc 12,25-27;
Hch 17,18-23;
Cf 1 Ts 5,23;
Jn 17,24; 14,3.

Job tomó la palabra y dijo:

“¡Ojalá se escribieran mis palabras, ojalá en monumento se grabaran, y con punzón de hierro y estilete para siempre en la roca se esculpieran! Bien sé yo que mi Defensor vive, y que él, el último, se levantará sobre la tierra. Después con mi piel me cubrirá de nuevo, y con mi carne veré a Dios. Yo, sí, yo mismo le veré, le mirarán mis ojos, no los de otro”.

Jb 19,23-27.

El mensaje sobre la resurrección de Jesús, a pesar de todas sus dificultades y divergencias es algo tremendamente claro y sencillo: el Crucificado vive para siempre junto a Dios, como compromiso y esperanza para todos nosotros. Este es el fundamento del cristianismo, pero también es el resumen de todo el mensaje de Jesús. La fe en la resurrección no es un añadido a la fe en Dios o en Cristo, sino su culminación, esa misma fe llevada a su plenitud. Creer en Dios y en Cristo y no en la vida eterna, no tiene sentido.

“Cristo, una vez resucitado de entre los muertos, no volverá a morir jamás; la muerte ya no tiene

dominio sobre él. Porque cuando murió, murió al —dominio del— pecado de una vez para siempre. Su vivir, en cambio, es un vivir en —el dominio de— Dios”. Rm 6,9-10.

La resurrección es una superación de la muerte para alcanzar la plenitud de vida en la comunicación con Dios. Es un tipo de existencia radicalmente nuevo, no sujeto a las limitaciones de este mundo de espacio y tiempo. La resurrección es una intervención nueva, diferente y particular de Dios en nuestra vida. Tan nueva y particular como fue la creación o nuestro nacimiento personal.

Nuestro discurso filosófico sobre la resurrección es un tema apenas esbozado, pero por naturaleza no puede ser racional o experimentalmente vivido en este mundo.

La fe en la vida eterna después de la muerte es altamente importante para la vida antes de la muerte. Por eso para una antropología cristiana la vida eterna imprime un sello indeleble en la forma de vida temporal. La fe en la resurrección determina la forma de vivir.

El cuándo —Πότε—

Generalmente se piensa que la resurrección se dará al fin de los tiempos, al fin de la historia, y en relación directa con el juicio final. Como si se resucitara para ser juzgado. Esta opinión está altamente fundamentada por la Sagrada Escritura y por los Santos Padres. Pero también encontramos otra opinión con grande fundamento bíblico y teológico.

Dado que Cristo resucitó al tercer día, una vez que verdaderamente murió y bajó al lugar de los muertos, muy seguramente resucitaremos nosotros también en un “tercer día”, es decir, después de nuestra verdadera muerte. Como la de Cristo y el buen ladrón. Pensamos que para Jesús la resurrección debía ser personal, no comunitaria o masiva.

Lc 24,43. El “último día” era algo inminente. Pablo puede pensar que en Cristo ya hemos resucitado, virtualmente, y que es el principio —primicia— y ejemplo de nuestra propia resurrección. Espera Flp 1,23. “estar con Cristo” en breve tiempo. Muy seguramente Jesús también habría pensado que la resurrección final sería en breve tiempo.

La inmortalidad —Ἀφθαρσία—

Para los Padres de la Iglesia el ser humano, “de suyo”, por sí mismo, es mortal. La inmortalidad es un don de Dios, y una consecuencia de la visión divina: en esta vida no se puede ver a Dios y seguir viviendo... en la vida eterna no se puede seguir viviendo sin ver a Dios. La visión de Dios es una imagen de la comunión con Dios y la fuente de la inmortalidad.

Ex 33,20; 1 Tm 6,16. *“¿Cómo habría aprendido el hombre, Que por sí mismo es débil y mortal por naturaleza, y Dios, por su parte, inmortal y poderoso a no ser por haber pasado por la experiencia de ambas cosas?”*

Ireneo,
Adv Haer V, 3.

“Si Dios hizo al hombre de barro, ¿cómo no va a poder hacerlo resurgir de la tierra y darle vida de forma más plena? Si estás vivo, ¿cómo dices

que la carne no es capaz de vivir con vida eterna?”
 La vida temporal no es un milagro menor que la vida eterna.

“Por la experiencia hemos de aprender que de su grandeza, y no de nuestra naturaleza, recibimos como don el vivir para siempre”.

Ireneo,
 Adv Haer V, 2,3.

“Porque Aquel que a los comienzos hizo que existiera lo que no existía, volverá de nuevo a restituir a la vida a aquellos a quienes él se las ha dado”.

Ireneo,
 Adv Haer V, 3,2.

Resucitamos por la fuerza del Espíritu: *“Si el Espíritu de Aquel que resucitó a Jesús de entre los muertos habita en ustedes, Aquel que resucitó a Jesús de entre los muertos dará vida también a sus cuerpos mortales”.*

Rm 8,11; Ireneo,
 Adv Haer V, 8,1.

Como el retoño desgajado de la vid se entierra y luego da uvas, y éstas vino, que luego se convierte en la sangre del Señor, *“de modo semejante, también nuestros cuerpos alimentados con ella y sepultados en la tierra, se pudren en ésta, para resucitar en el tiempo oportuno, y es el Verbo de Dios quien les concede la resurrección para gloria del Padre. Este es quien transforma lo mortal en inmortal, y a lo corruptible concede gratuitamente la incorrupción, pues el poder de Dios se manifiesta en la debilidad”.*

1 Co 15,53.
 2 Co 12,3; Ireneo,
 Adv Haer V, 2,3.

Al hablar de la muerte decíamos que cuando Dios da la vida, da la muerte, porque forma una unidad con ella; pero ahora podemos decir que cuando Dios da la vida la da de verdad y para siempre, y que será una vida diferente pero vinculada con la original, como la semilla al árbol. Lo más maravilloso de una semilla es lo que está

oculto en ella. El ser humano —yo y cada uno— es una manifestación del ser divino —de Dios—. El ser humano es un llamamiento a participar del ser divino. Ahora podemos responder a la pregunta: ¿En qué consiste la vida eterna? En la participación de Dios tripersonal, en la participación de su vida y de todo lo que Dios es.

La antropología cristiana es el proyecto y la realización del hombre abierto a lo divino. En la reflexión sobre el hombre a la luz de la resurrección de Cristo, lo humano se hizo eternamente válido. Quien cree en el destino de Jesús como algo significativo para el hombre, cree en lo eterno de su propio significado. Y el que acepta la revelación sabe más de las personas y las cosas que el que la rechaza. Con un saber que no es cuantitativo, sino que consiste en una manera de ver el mundo totalmente gratuita, que lo transforma todo, lo profundiza y le da sentido. Consiste en la cualidad de una vida, de una respuesta personal, de una sobre-comprensión del hombre y del cosmos, que aunque fuera experimentable, por sí mismo mantiene su calidad de misterio y que por eso puede ser incomprendido o mal interpretado. Podemos afirmar que las cosas, lo que son y lo que nos quieren decir, no se captan solamente con los ojos, sino con el corazón y la fe.

La resurrección como vida

Jesús habló de la salvación como de aquello que se nos dará al perder nuestra vida temporal. Habló de la muerte como de un dar la vida en su nombre o por su causa, es decir, por el Reino de los cielos.

Mt 19,16;
Mc 10,17;
Lc 18,18.

La palabra **salvación** traduce lo que en griego se expresa con el grupo verbal “sodsein”, que significa, escapar, salvar, hacer vivir, quedar vivo. Los conceptos tienen gran relación con la vida concreta y pueden indicar la liberación de diferentes necesidades, ya sean de un individuo o de una comunidad, por ejemplo, de enfermedades, guerra, hambre, etc.

σωτηρία.
σώζειν.

La gente mata, da muerte, Dios da vida. Dios nos salva dándonos vida temporal y eterna. *“Él es la Roca de nuestra salvación”*. *“Yo miro hacia Yahvé, espero en el Dios de mi salvación”*. Lo propio de Dios es dar vida y por eso salvar.

Sal 68,20; Is 17,10.
Mi 7,7.

Dios salva por medio de acontecimientos históricos. Salva del poder del enemigo. Dios salva por encima de las circunstancias de las personas, que bien miradas las cosas, resultan insuficientes para dar vida por ellas mismas. Para dar razón de la salvación. Detrás de los acontecimientos ésta la voluntad salvífica de Dios. Salva a los impotentes, a los pobres, a los humildes, a aquellos que tienen motivo para esperar la salvación solo de Dios. En último término, es Dios el que salva, y él mismo es salvación. Lo más propio de su obra es la salvación. *“No teman; estén firmes y verán la salvación que Yahvé les dará en este día... Yahvé peleará por ustedes y ustedes no tienen por qué preocuparse”*. *“Mi fortaleza y mi cántico es Yahvé. Él es mi salvación. Él es mi Dios y yo lo alabaré”*.

1 S 11,3; 2,10,11,19;
2 R 13,5; 16,7;
Jc 2,16; Dt 22,27.

Ex 14,13; 15,2s.

Este concepto va evolucionando de lo comunitario a lo particular, de lo material a lo espiritual, de lo inmediato a lo trascendente. *“Les daré un*

Jr 24,6s; 31,33;
Ez 36,26s.

corazón para conocerme, pues yo soy Yahvé y ellos serán mi pueblo y yo seré su Dios, pues volverán a mí con todo su corazón”

Es muy importante advertir que las acciones salvíficas de Dios no se reducen a sus intervenciones en este mundo.

El pueblo de Israel esperaba a un Mesías que salvaría y que sería el autor de la salvación misma. Esperaba la salvación vinculada al salvador, que en último término sería la salvación de Dios.

“*Bendito sea el Señor, día tras día, él es el Dios de nuestra salvación*”.

Sal 68,20.

Jesús significa salvador y este nombre se le impone como atributo propio del Mesías al hijo de María. La salvación era la misión principal del Mesías, él trae o realiza la salvación de Dios, y esa salvación no es solo de males o de limitaciones temporales, es salvación escatológica, es decir, última, definitiva, eterna. Por parte del pueblo es una esperanza, por parte de Dios, una promesa. La vida, Ζοέ, es sinónimo de salvación, y por eso la salvación necesariamente es vida, en este caso contrapuesta a la muerte, y vida con Dios. De otro modo no sería salvación escatológica o final. Por eso San Juan equiparó el término salvación al de vida, pero dándole a este un sentido trascendente, y así dice de Jesús que “*él es la resurrección y la vida*”.

Mt 2,21.

ζωή.

Jn 10,28; 11,25.

Los evangelistas, y podemos pensar que Jesús mismo, tomaron esa comprensión del término salvación y lo vincularon al anuncio del reino como salvación presente y final. Para Jesús la

salvación era también de cosas concretas y temporales, como ceguera, mudez, lepra; pero más que todo eso, era comunión con Dios en el reino final, era salvación de forma total, de toda la persona después de la muerte y también salvación definitiva, por ser escatológica.

Para Jesús, “*perder la vida*” era morir y después de eso “*salvar la vida*” era vivir con Dios para siempre. La vida en la antropología de Jesús era un valor muy grande, el mayor en este mundo. “*Pues todo lo da el hombre a cambio de su vida*”. Pero mayor que ese valor es la vida futura, pues esa es plenitud de vida imperecedera con Dios.

Mt 16,25; Lc 19,10.

Jb 2,4; Lc 14,26.

CAPITULO XVI

EL DEMONIO

Δαίμων

Para la mentalidad hebrea Dios no es el autor del mal que hay en el mundo. Porque a Dios se le concibe como bueno y como aquel que hace las cosas bien. Pero el mal, como enfermedades y desgracias cósmicas provienen de espíritus impuros opuestos a Dios y al hombre. Se le dan múltiples nombres, por ejemplo “Satán”, en hebreo, que significa adversario, y que es como un nombre común, como sería para nosotros llamarlo ejército o legión, pero a veces se personifica para designar el poder real que se opone a Dios y a la salvación de los hombres.

σατανᾶς.

Mt 16,23.

Entre sus otros nombres está el de acusador, adversario, Belzebú, príncipe de los demonios, Belial, —es decir bestia—, Diablo, dragón, homicida, maligno, malvado, mentiroso, seductor,

δαίμων
διάβολος.

Nm 22,22. serpiente, tentador, o el que desvía. Se le atribuye todo lo que se opone al plan salvífico de Dios.

Se compara el demonio a los ídolos; y el culto a
Dt 32,17. los ídolos es como culto al demonio.

En el siglo primero y en el mundo semita se pensaba que todos los males los causaba el demonio o sus subalternos, los espíritus malignos. El vocablo “demonio” expresaba originalmente una fuerza sobrenatural y por eso, de alguna manera incluía también lo divino. Se consideraba que existían los espíritus malos. Siempre eran espíritus que dependían de Dios, y de esa manera podían ser espíritus servidores de Dios.

1 S 16,14; 18,10;
19,9.
Jb 1,6-12;
Za 3,1-2.
1 S 28,13; Is 8,19.

Isaías identifica a los demonios con bestias malignas y quizá por eso Juan los ve como bestias en el Apocalipsis, como si no quisiera dar mucha importancia al autor del mal, sino a sus hechos malignos.

Is 13,21; Ap 18,2.

El Levítico nos dice que son como machos cabríos salvajes que viven en el desierto. Sátiro, “Seirim” era la figura del macho cabrío, símbolo también del ídolo, como el becerro; a ellos se les ofrecían sacrificios en oposición al Dios verdadero.

Lv 17,7;
2 Co 11,15; Ba 4,9.
Ex 32,24.

Jesús se manifiesta en el Evangelio más a favor de los hombres oprimidos por el diablo que en contra del demonio. Su centro de interés es la persona oprimida no el demonio o las interpretaciones de sus maleficios. El demonio no fue directamente un punto de su enseñanza ni fue parte de su credo —fe—; más bien fue algo dado que se presentaba en la mentalidad judía de su época como la explicación de tantos males personales.

La comunicación con el demonio por medio de invocaciones, ritos y sacrificios, era algo muy mal visto para el sentir religioso monoteísta. Quizá por eso las expresiones de Jesús en las expulsiones de los demonios eran pobres en el diálogo de Jesús con el demonio y ricas en el diálogo con el endemoniado. Mc 5,15s.

El demonio, o los demonios, a veces eran más un símbolo personificado al que se le atribuían males de orden físico que aquejaban al ser humano. En algunos casos pensaban que Jesús expulsaba a los demonios en virtud de los demonios mismos, a lo que Jesús responde: *“si satanás expulsa a satanás contra sí mismo está dividido... pero si por el espíritu de Dios expulso yo los demonios es que ha llegado a ustedes el reino de Dios”*. Mt 12,22s.

Para algunos judíos a Satán lo creó Dios cuando creó a la mujer a quien sacó de la costilla del hombre. Midrasch, del talmud; yal y a lauud, vere o verechit 23.

Después se le atribuyeron las tentaciones que surgen del corazón de los hombres y se vio al demonio como león rugiente en torno al hombre. 1 P 5,8.

En la cultura hebrea se dio una fuerte demonología; sin embargo, las ideas sobre el demonio eran totalmente accesorias para la fe de Israel.

Con los demonios no hay que pactar ni dialogar; son seres abominables, como los ídolos, y enemigos de Dios. Como los ídolos no son nada, tampoco el demonio es nada ante Dios. El lugar propio del demonio es el infierno, como lugar de tormentos. Mt 25,41.

Jb 1,6s. El diálogo de Dios con Satán, en el libro de Job, es casi un relato único en el Antiguo Testamento y es evidente la dramatización para explicar cómo a los justos les puede ir mal y a los malos, bien.

1 P 5,8. En los apócrifos del Antiguo Testamento, como en el libro de Henok, hay una demonología mucho más desarrollada. La enseñanza rabínica los personaliza, y se toman todo tipo de precauciones contra ellos —filacterias y exorcismos—, se pensaba que habitaban en lugares y en animales impuros —como serpientes y cerdos, panteones o basureros—, se les llamaba “*espíritus impuros*”.

Mc 3,30. Los contemporáneos de Jesús llegaron a decir que estaba poseído por un espíritu inmundo o por el diablo.

Mt 25,41;
2 Co 12,7. En este contexto y en esta cultura vivió Jesús, quien nunca mostró el más mínimo temor ante los demonios. En el Nuevo Testamento los demonios están sometidos a Satán, gran enemigo de Dios, y de Jesús.

Mt 25,13. Jesús creía en el demonio como en un ser personal y enemigo suyo y de todo ser humano. Aunque originalmente creado por Dios y por eso dependiente de él en todo momento, sin embargo gozaba de libertad e iniciativa para probar al hombre.

Jn 13,27.

Jesús tenía un único enemigo, que era el demonio. A nadie más consideró como enemigo. Ni siquiera a los romanos que invadían y sometían la tierra santa y a todos sus habitantes. Durante su ministerio no parece que ninguno de ellos lo

haya recriminado o le haya puesto mano. De entre ellos hay algunos que le tienen admiración, respeto, veneración, como el hombre que tenía a su cargo cien soldados. Tampoco se enemistó con ninguna secta judía o clase social, los ricos, aunque no dejó de mostrar que su evangelio y su preferencia eran para los pobres.

Mt 8,5s; Lc 7,2.

Enemigo personal

En una ocasión alguien dice que Jesús expulsa a los demonios por el poder de Beelzebú, el principal entre los demonios. Jesús responde: *“si expulsado por el dedo de Dios, entonces, el reino de Dios ha llegado a ustedes”*.

Lc 11,15.

El demonio es enemigo de Jesús. El sembrador que siembra la cizaña es el demonio: *“Un hombre sembró una semilla en su campo. Vino su enemigo, sembró encima cizaña, y se fue”*.

ἤλθεν αὐτοῦ
ὁ ἐχθρὸς καὶ
ἐπέσπειρεν ζιζάνια.
Mt 13,25s.

Cuando queda vencido el poder de Belzebú, está o ha llegado el reino de Dios. El reinado de Dios es lo totalmente opuesto al dominio del demonio.

Mt 12,28.

El reino es victoria sobre el enemigo y también humanización del hombre, no solo para devolverlo al origen como ser perfecto, idealizado, y creado por Dios, sino más que eso; el reino, o reinado de Dios es salvación entendida como comunión con Dios, como aparece en la parábola del hijo pródigo.

Para Jesús los seres humanos viven en una continua tentación del demonio, pero no tienen nada que temer, porque no puede nada contra Dios, y Dios está con nosotros.

Jesús lo ha experimentado en carne propia. “*Fue conducido por el Espíritu para ser tentado por el diablo*”. “*El tentador*” aparece como un hombre o un ángel malo, con el que Jesús se enfrenta sin asustarse y dialoga con él con la mayor naturalidad e inmensa energía. Jesús lo llama “*Satanás*”.

Lc 4,1-13.

Mt 4,1s; Mc 1,12-13.

Casi todos los exegetas están de acuerdo en que las tentaciones de Jesús no relatan un acontecimiento estrictamente histórico, sino que representan la teología de la Iglesia primitiva que explica por qué Jesús no hizo milagros en favor de sí mismo, y que el milagro no debe presentarse o entenderse como una ostentación y que en ocasiones el pedirlo o esperarlo puede ser como una tentación. El relato pudo haber tenido sentido catequético, kerigmático, pedagógico y sobre todo teológico. Lo cual no quiere decir que lo propuesto por el diablo no haya sido una verdadera tentación para Jesús, de la que salió vencedor para toda su vida.

Lc 4,13. Lucas habla de otro tiempo “*oportuno*” para el diablo, indudablemente piensa en el momento de la pasión. A Judas “*se le metió el diablo*” en su corazón y en el de todos los que crucificaron a Jesús.

Jn 13,27; Lc 22,3.

En el Nuevo Testamento el demonio pertenece a la vida difícil y penosa de los hombres. A él se le atribuyen todos los males. Puede producir mudez, y por eso lo llama Jesús “*espíritu sordo y mudo*” también, ceguera y contracciones, “*como en la mujer cuyo espíritu la tenía enferma hacia más de dieciocho años*”. También locura, y todo tipo de enfermedades que se asociaban con las fases de la luna, por eso, para curar Jesús debía

Mc 9,17-25;
Lc 11,14;
Mt 12,22.

Lc 13,11; Jn 7,20.

Mt 4,24.

expulsar a los demonios. Y los milagros de curación van muy vinculados con los exorcismos.

Los “*oprimidos por el diablo*” son siempre los enfermos, no los pecadores. El demonio se vinculaba más con los males del hombre que con sus pecados. Jesús nunca pensó que los pecadores fueran una especie de poseídos por el diablo. Los endemoniados eran víctimas de males físicos causados por el diablo, y el perdón de los pecados no necesariamente estaba ligado a la liberación del demonio, aunque en ocasiones coincidían como sucedió con el paralítico de la piscina.

Lc 10,38; 6,18;
13,16.

Lc 13,4; Jn 9,7.

Un hombre le dice a Jesús “*te he traído a mi hijo que tiene un espíritu mudo*”, y que tenía los síntomas de epilepsia.

Mt 9,32;
Lc 11,14.

En un mismo hombre podría habitar más de un demonio. San Pedro resume la acción de Jesús diciéndonos que “*pasó por el mundo haciendo el bien y curando a todos los oprimidos por el diablo, porque Dios estaba con él*”.

Mc 9,17; 5,9;
Lc 8,2.

Hch 10,38.

Porque Juan bautista no come ni bebe, piensan que tiene un demonio. El demonio era el enemigo de todo ser humano y era capaz de obrar maravillas o cosas asombrosas en contra del hombre.

Lc 7,33.

Jesús atribuye al ser humano la responsabilidad del pecado y no al demonio,. “*Mira has sido sanado no peques más*”. Del corazón del hombre surgen “*las intenciones malas: fornicaciones, robos, asesinatos, adulterios, avaricias, maldades, fraude, libertinajes, envidia, injuria, insolencia, insensatez*”. Los “*hijos del diablo*” son aquellos que obran mal.

Jn 5,14.

Mc 7,21,22.

Jn 8,44; Hch 10,38;
1 Jn 3,10.

Lo característico de los espíritus inmundos no es inducir a las personas a actos moralmente reprobables o injustos. Esto es propio de Satán o Belcebú, que es el padre de la mentira y el que induce al mal. En el padre nuestro Jesús nos enseña a pedir a Dios que no nos deje caer en las tentaciones del maligno.

Mc 3,26.
Mt 6,13;
ὁ πονηρός.

El relacionar al demonio con los males físicos era una forma de pensar e interpretar las enfermedades. Esta interpretación es tremendamente injusta y dañosa para la persona. Injusta por no corresponder a la realidad. Los enfermos eran enfermos y nada más, y por eso Jesús los cura. Dañosa, porque además del sufrimiento propio de la enfermedad, se añadía el demonio como posesión diabólica, con lo cual se hacía un daño mayor al enfermo. Pero Jesús no vino a corregir interpretaciones, sino a salvar a los hombres, dentro de una mentalidad y cultura concreta.

Jesús, con su palabra, arroja los demonios y manifiesta que el reino de los cielos ha llegado.

Para Jesús el vivir confiadamente y sin temores y miedos es una virtud exigida por el anuncio del reino; como un niño tomado de la mano de su padre. Jesús nunca infundió miedo con respecto al demonio, sino seguridad y confianza en Dios.

Jesús sabía que cada ser humano tenía un ángel personal que lo protegía y defendía y que al mismo tiempo contemplaba a Dios. En el Pentateuco “*el ángel de Yahvé*”, o de Dios, es Dios mismo que te protege.

Tb 12,12; Sal 91,11;
Ex 33,2; Mt 18,10.
Gn 28,15;
Ex 3,2; 14,19; 23,20.

En comparación con la teología judía, el Nuevo Testamento es mucho más reservado al hablar del demonio. Se le presenta subordinado a Dios y a Jesús. Pero hay también demonios sometidos a Satán.

2 Co 6,15s; Ap 4,20;
25,41.

La fe en el reino anunciado por Jesús y la confianza en Dios como Padre, excluyen todo temor al demonio, a quien los apóstoles llaman "*príncipe de este mundo*".

Mt 9,34; 12,24;
Mc 3,22; Ef 2,2.

El diablo representa la experiencia de un mal al que la existencia humana se encuentra ligada. Detrás de Satanás está la creencia en un mundo lleno de demonios. El interés en estas visiones del mundo no es proporcionar información sobre el mundo lleno de fuerzas espirituales que el hombre no controla y que operan dentro del yo. Pero se conciben como fuerzas personales, que obran sobre individuos concretos, son realidades no controlables, históricas y sociales. Jesús es superior a todos ellos, él es salvador de todo hombre que se experimenta oprimido por fuerzas extrañas.

El demonio se identifica también con todas esas fuerzas opresoras socio-históricas establecidas por el hombre que constituyen el mundo malo en que vivimos y que una persona particular no puede controlar. Es el mundo malo creado por el hombre, y enemigo del hombre, al que viene todo ser humano y contra el cual debe luchar; por ejemplo, el poder para el enriquecimiento y no para el servicio, la libertad para el mal y no para el bien, la organización para el crimen y no para la igualdad y la justicia. El demonio tiene muchas

formas de presentarse según tiempos y culturas, lugares y personas.

Mt 15,19. El hombre tiene que cuidarse de ese enemigo de él mismo que trae en su inclinación natural al mal, al egoísmo, a la explotación de los demás. Para Jesús la fuente de todos esos males está en el corazón, es decir, en lo más profundo de la persona.

ἔσωθεν γὰρ ἐκ
τῆς καρδίας τῶν
ἀνθρώπων ...
ἐκπορεύονται.
Mc 7,21.

Jesús no vio el pecado o la tentación como algo que viene de fuera, sino como algo que brota en el corazón, como la cizaña sembrada por el enemigo. En el corazón nacen las malas inclinaciones: “*de dentro del corazón de los hombres salen las malas intenciones*”. Piensa en el hombre como un ser responsable de sus acciones, y no como una víctima del demonio.

Jesús no contradice la creencia en el demonio, sino la hace suya; pero insiste en que lo que hay que cambiar es el corazón de los hombres, sus actitudes.

Jn 31,36. El reino implicaba un cambio en la persona, una conversión. Pero esa conversión no se daba con actos o signos penitenciales, como sucedía con los profetas. Se daba paulatinamente en lo cotidiano del seguimiento. Para convertirse a Jesús y aceptar el mensaje del reino solo hacía falta creer en Jesús y en su mensaje, y ayudarlo a anunciar el reino; la conversión se iba dando con el trato con Jesús. Él los iba convirtiendo.

Gn 2,7. La respuesta a la pregunta sobre nuestro ser, somos hijos de Dios, está ligada a la pregunta sobre nuestra esperanza. Esperamos como herencia la vida eterna. Si solamente fuéramos polvo junto

con todos los animales nos quedaríamos en el polvo, pero somos “imagen y semejanza” e hijos de Dios. Porque la imagen y semejanza consiste según Tertuliano en la vida que Dios nos comunica, y según San Ireneo, también en la carne, en la que se hará visible el Dios invisible.

Gn 2,19.

Imago Dei Spiritus afflatus, Marc V, 6,11.

Jn 1,14.

CAPITULO XVII

VIDA ETERNA ζωή αιώνιος.

Sentido último de la vida

Nos podríamos preguntar: ¿cuál era para Jesús el sentido último de la creación, de la vida temporal, de nuestra presencia en el mundo y de la presencia de él?

Lo que vincula al hombre con Dios no es tanto el ser, sino la vida. El ser humano no es maravilloso porque existe, sino porque vive. Sabemos muchas cosas y manejamos mucho las leyes de la naturaleza; sabemos que vivimos, y sabemos vivir bien; pero no sabemos por qué vivimos, ni para qué vivimos, ni para quién vivimos. Antes de justificar el misterio de nuestra existencia tenemos que pensar en el misterio de nuestra presencia.

El Dios de la Biblia es un Dios vivo; la vida es el vínculo más fuerte del hombre con Dios. Vivir es

tener que ver con Dios. Para Jesús, haber nacido es un don de Dios y esta vida es ya un encuentro con él. A Dios le debe el hombre haber nacido.

El hombre religioso sabe que su vivir tiene significado cúllico. Sabe que vive para alguien; que en último término ese Alguien es Dios. San Pablo decía: *“si vivimos, vivimos para el Señor”*, pero en términos más inmediatos, se vive para los demás. Es precisamente viviendo para los demás como el hombre vive para Dios. Y para poder vivir para los demás el hombre tiene que vivir para sí mismo. El amor al prójimo tiene como prototipo el amor que deseamos, el amor con que nos amamos a nosotros mismos. De tal manera que no queramos para los demás lo que no deseamos para nosotros mismos.

Mt 19,19;
Mc 12,31.

Si para Jesús el hombre nunca estaba solo, sino que Dios lo veía y lo escuchaba, y de alguna manera estaba en cada persona, podríamos preguntarnos: ¿Qué sentido tenía todo ese cuidado de Dios por el hombre?

Mt 6,8.

Si se servía a Dios sirviendo a los demás y se amaba a Dios amando a los demás, nos podríamos preguntar: ¿los demás son una especie de pretexto o un camino para llegar a Dios? Si el hombre estaba para modelarse a sí mismo de acuerdo con la imagen de Dios, y para seguir a Jesús, o para hacer su vida y conducirse como él quisiera, sin tener en cuenta el proyecto divino, ¿cuál era la meta de todo eso?

Jesús nunca pensó en la vida del hombre como un fracaso ni con respecto a sí mismo ni con res-

pecto a Dios. Nunca pensó que Dios tubiera que cambiar su plan salvífico. Nunca pensó que su muerte, aunque fuera en cruz, era el fracaso de su vida. Pensaba que si la vida del hombre fuera un fracaso, en último término sería el fracaso de Dios. Los hombres estaban enfermos para ser curados. El ciego de nacimiento, dice Jesús, que nació ciego para que en él se mostatra el poder y la gloria de Dios. Las ovejas descarriadas, para volver al redil. Dios era para siempre Padre de buenos y malos. Y el hijo que se había ido, tenía que regresar.

Jn 9,3.

Lc 15,20.

En el plano meramente natural, la vida es el valor supremo del hombre. Jesús siempre pensó en la vida y en algo más. Algo que iba junto con la vida y de lo cual ésta era solo la prenda. Nunca pensó que la vida fuera como una brújula sin norte, y que la benevolencia, la simpatía y el amor de Dios fuera, al final, solo un sueño. Para Jesús el reino era la salvación que Dios daba por su medio, por su mensaje, por sus obras, por la fe y la esperanza. A Dios nunca lo acabamos de conocer. Conocer su nombre es solamente el inicio de la oración.

Ex 3,13-16.

La vida eterna es algo que pertenece a Dios, pero que nos la da a nosotros como herencia. Cuando Dios da la via, da la vida para siempre, pero no la vida de este mundo, sino la vida eterna, en comunión con él. Y por eso esta vida que tenemos por su Espíritu viene a ser como arras de la vida eterna.

Mt 10,17; 25,34;
Lc 10,25.

2 Co 2,22; 5,5;
Ef 1,14.

Para Jesús, la vida eterna, como él la comprendía, no fue un concepto heredado del Antiguo

Testamento, pero tampoco opuesto. En todas las culturas de Asia menor, incluyendo la cultura semita, se pensaba en una vida de ultratumba, pero el israelita la imaginaba como alejada de Dios. Como una vida encubada en la sombra. El “seol” era el lugar de los muertos. El premio de Dios lo ponían en bienes temporales: vivir muchos años, tener muchos hijos, poseer muchos bienes, ser reconocidos y estimados, vivir en paz, etc.

Sal 124; 3,4s;
Pr 2,7; 3,13s.

Los textos que hablan de la falta de vida, de “no ser”, se refieren a este modo de existir en el mundo, pero no niegan otra forma de estar presentes para Dios.

Gn 32,26; Jr 31,15;
Jb 7,21; Sal 39,14.

Para Jesús, la primera y fundamental imagen de la vida eterna es la vida que vivimos. No la imagina, ni habla de ella como una prolongación de ésta, sino como una vida diferente, “*como ángeles*”. Es vida porque está vinculada a esta vida, que es como su germen. Pero es eterna porque está unida a Dios. Perder la vida es morir, y perder la vida eterna es como morir para siempre. Morir por Jesús o por el Evangelio, es vivir para siempre.

Mt 10,39;
Mc 8,35; Jn 11,26.

La vida eterna es, por una parte, el fundamento indispensable del anuncio del reino, y por otra la conclusión final de todo el Evangelio. Jesús podría haber dicho: yo estoy aquí, en el mundo, para unir a Dios con el hombre, especialmente a los más desafortunados, y al hombre con Dios. Juan pondrá en boca de Jesús estas palabras: Jn 10,10. “*Yo he venido para que tengan vida y la tengan en abundancia*”.

Jesús comprende la vida eterna a partir de esta vida que vivimos y a partir de su comunión con Dios. La va a describir con imágenes y comparaciones sacadas de la vida que todos viven.

Dirá que la vida eterna es “*estar con*” Dios, como Lázaro con Abrahán, Isaac y Jacob; en relación interpersonal. El seno de Abrahán representa la vida eterna, y los patriarcas, a Dios. Será, también, como un paraíso, como fue el Edén para Adán, o como un banquete, que es imagen de convivencia y alegría. Es algo preparado con anterioridad, más particularmente, como una fiesta de bodas donde se baila y se bebe durante siete días, para celebrar a los nuevos esposos. San Mateo hace pensar que la vida eterna es más que una fiesta de bodas. Es nuestra fiesta y nosotros somos los desposados con Jesús. San Mateo aplica la parábola de la vírgenes sensatas e imprudentes a la segunda venida de Jesús en la parusía. Será como una especie de matrimonio entre el que se salva y Cristo que es el novio.

Lc 16,23.

Lc 23,43; 13,28.

Mt 20,23; 25,1.34.

Mt 25,1-10s.

Si Dios es nuestro Padre, la vida eterna es la parte de la herencia que nos corresponde, si volvemos a Dios que nos espera como Padre misericordioso. Es la superabundancia de Dios en la súper-limitación del hombre. Allí donde abundó el pecado sobreabundó la gracia.

Lc 15,20s;

Mt 25,34.

Rm 5,20.

Santiago y Juan piensan que la vida eterna es un estar con Cristo, quieren estar uno a la derecha y el otro a la izquierda. Jesús acepta la imagen que tienen del reino, pero afirma que eso no se consigue con influencias de este mundo.

Mc 10,40.

Mt 6,9s. La vida eterna es como un verdadero reino, pero el reino de Dios nuestro Padre, su señorío, donde todo se desarrolla maravillosamente. Y se dará cuando la justicia, el amor y la paz se cumplan aquí en la tierra como se viven en el cielo. El cielo es el prototipo del Reino que ya empieza aquí en la tierra con la predicación y los milagros de Jesús y con todas las buenas obras del ser humano. Dios es soberano y quiere que pidamos que su soberanía se proyecte ya aquí en la vida que vivimos.

Lc 16,9; 12,33s. Y Lucas, nos habla de las habitaciones eternas, donde no hay ladrón que pueda robar el tesoro de la vida eterna, ni polilla que la dañe.

La vida eterna es el tiempo de Dios y del hombre, y para éste, como un eterno sábado, que en la mentalidad y en la práctica judía era el tiempo dedicado a Dios. De esa manera el día de fiesta era una imagen del reino de los cielos en toda su plenitud. Es el reino que pertenece a los pobres. El tiempo en que Dios enjugará nuestras lágrimas. El momento en que verán a Dios los de corazón sincero, el tiempo en que Dios estará con nosotros como un padre cariñoso con sus hijos.

Cf Mt 5,1s. Es el tiempo en que los vencidos triunfarán. Pero no es una compensación entre los que la pasan bien y los que la pasan mal, sino un don gratuito por razón de su sufrimiento vivido con fe o a causa de la fe.

Lc 23,43. Para los justos es la continuación del tiempo en que vivimos en comunión con Dios, pero en realidad no es tiempo; el tiempo es también una

imagen de la eternidad, donde el tiempo no pasa, donde no hay tiempo.

La vida eterna es la culminación de la obra creadora de Dios. Forma con ella una unidad, porque Dios no tiene diferentes proyectos ni planes salvíficos. Cuando crea, crea para salvar, y cuando salva, salva para la vida eterna. La salvación es la culminación de la creación, y es mucho más que ella. Todo lo hizo Dios para comunicarse con todo, pero de acuerdo con la realidad de las cosas y personas.

Para Jesús el reino en su plenitud era como ver a Dios, como los ángeles. Es la realización plena del hombre entero en su comunión con Dios. La vida eterna, como tal, no es un tema de la predicación de Jesús. Es el meollo de todo el Evangelio. Por eso es importante formarnos de ella una imagen personal, pero teniendo en cuenta que la realidad será mucho más de lo que nosotros podamos imaginar.

Tertuliano podrá decir: la fe de los cristianos se reduce a creer en la vida eterna, la resurrección de los muertos. La vida eterna no es otra cosa que la comunión con Dios indescriptible. Res 1,1.

“Cuidense de no despreciar a uno de estos pequeños, porque yo les digo que sus ángeles, en el cielo, ven continuamente el rostro de mi Padre que está en los cielos”. En el lenguaje de Jesús ver a Dios es algo que solo se logra en la vida eterna, y que lo alcanzaran los de corazón limpio. *“Ver a Dios”* Mt 18,10.
 es algo que comprende a todo el hombre, es la forma de expresar la comunión con Dios. En esta Mt 5,8.

Ex 33,20. vida, decía Ireneo, no podemos ver a Dios y seguir viviendo, pero en la vida eterna no podremos seguir viviendo sin ver a Dios.

Juan piensa que para Jesús la vida eterna es como un volver a la casa paterna, donde hay diferentes habitaciones para todos los hijos. Jesús llegó a poner su morada entre nosotros, para que nosotros pongamos la nuestra en él. Y dice que el Padre y el Hijo vendrán a nosotros para fijar su morada en nuestro corazón aun en esta vida.

El autor de la primera carta de Pedro piensa que la vida eterna será como una fiesta de coronación real. San Pablo la compara a un triunfo olímpico, donde el que se salva será coronado de laureles. Es claro que estas son imágenes no propias de Jesús, pero que de alguna manera tuvieron su raíz en su mensaje.

1 P 5,4.
1 Co 9,25.
2 Tm 4,7.

Para cada hombre y para cada pueblo, raza, o cultura la salvación, o sea, la comunión con Dios, la vida de Cristo en el hombre, recibe aquella forma que corresponde a la naturaleza, a la cultura, a la historia y al hombre en sus condicionamientos. La salvación, como la gracia por excelencia, es siempre pluriforme. Nosotros no podemos controlar ni poner parámetros para la salvación y la misericordia de Dios.

En plan exhortativo —parenético— el Evangelio nos dice que no todos se salvan, para invitarnos a la conversión y a la superación personal; pero no para limitar la acción salvífica de Dios. Pues el mensaje del reinado de Dios está abierto a todos los hombres.

Como relación interpersonal, se adapta al hombre y a sus condicionamientos. Siempre tiene un sentido cristocéntrico, porque viene de Cristo, se mantiene por Cristo, y lleva a Cristo. Y porque fue el punto recapitulador de su mensaje. Pero también es comunión con el Padre y el Espíritu.

Jn 14,8; 17,24;
14,10.

El hombre que acepta su vida —vivir— como un don de Dios y como una referencia a Él, como una participación de la de Dios, acepta y vive el sentido fundamental del culto de la vida. Lo más sagrado del hombre es su vida. Y la vida es sagrada porque le pertenece a Dios.

Lo más importante del mensaje sobre la eternidad no es lo ilimitado del tiempo, porque no es tiempo. Ni tampoco la visión de Dios. La visión es solamente una imagen. Dios es invisible en sí mismo. Lo más importante es la comunión o inmersión en Dios, que supera nuestra capacidad de comunicación humana.

La concepción bíblica del tiempo, de la historia y de la vocación, sugiere, desde el principio la idea de un plan progresivo para el hombre, de una maduración, de un desarrollo y de una transformación. El hombre no está hecho desde el principio, sino por hacerse.

Todo esto depende realmente del hombre y en nada impide ni desvirtúa la acción de Dios. Pensamos en el hombre como en el ser responsable no sólo de lo que hace, ni de lo que tiene, sino ante todo, de lo que él es y de lo que hace consigo mismo, y en último término, de lo que llega a ser para Dios.

En el rabinismo del tiempo de Jesús, solo Dios salva. “Y fue él su Salvador en todas sus angustias. No fue un mensajero ni un ángel, él mismo, en persona, los liberó. Por su amor y su compasión él los rescató, los levantó y los llevó todos los días desde siempre”.

Is 63,9.

Jesús no estaba obsesionado por el pecado, ni su predicación es moralista, al estilo del Bautista, piensa en la salvación como en la comunión con Dios, y como una gracia inmerecida como queda claro en la parábola del hijo pródigo y la oveja perdida.

Lc 18,10.
Lc 15,4s: 15,20s.

Jesús no predica una fe del amor infinito de Dios y de su misericordia paternal y otra de la moral al estilo judío. Es decir, de la moral que merece el premio, y otra del premio que se ofrece como gracia. Jesús hablaba del amor de Dios como un don primario y original; y luego de la respuesta como fruto del amor de Dios. Podríamos decir, que hablaba del amor “para que te portes bien” y no del amor “porque te portas bien”.

Lc 13,23; Mt 10,22.

A la pregunta que los discípulos le hacen a Jesús, ¿Señor, son pocos los que se salvan?; es importante advertir que Jesús no responde con ningún número, ni dice si son muchos o pocos, sino hace caer en la cuenta de que la salvación va unida al reino que él predica y por eso la respuesta es de exhortación: *esfuércence*. Nadie tiene derecho por sí mismo. Los judíos, que son “los hijos del reino” se resisten. Pero sucederá “Vendrán de oriente y de occidente, del norte y del sur y se pondrán a la mesa del Reino de Dios”.

Lc 13,23s.
Αγωνίζεσθε.
Mt 8,11.

Los sinópticos nos cuentan que los discípulos, Pedro en particular, le preguntan a Jesús: *“Ya lo ves, nosotros lo hemos dejado todo y te hemos seguido. Jesús respondió: yo les aseguro, nadie que haya dejado casa, hermanos, hermanas, madre, padre, hijos o hacienda por mí y por el Evangelio, quedará sin recibir el ciento por uno: ahora, al presente, casa hermanos, hermanas, madre, hijos y hacienda, con persecuciones; y en el tiempo venidero, vida eterna”*. La vida eterna, contrapuesta a la temporal, es lo que Jesús prometió a todo el que lo siga.

νῦν ἐν τῷ καιρῷ
τούτῳ.

Mc 10,28; Mt 19,27;
Lc 18,28.

Se sigue a Jesús no solo poniendo los pies en sus huellas sino principalmente aceptando y viviendo su mensaje, es decir:

- que Dios, que nos ha creado, es fuente infinita de amor y misericordia para nosotros.
- que el momento presente es el tiempo oportuno para cambiar de mente, es decir, convertirse y aceptar el Evangelio.
- que él entrega su vida anunciando el Evangelio con predilección a los marginados.
- que él muere como consecuencia de su mensaje y así firma con su sangre el Evangelio.
- que los hombres y mujeres valemos “su vida”, por que murió a causa de su mensaje.
- que la causa de Dios es el hombre.
- que el reinado de Dios es la primacía de Dios misericordioso en tú corazón.

CAPITULO XVIII

LA COSMOVISIÓN DE JESÚS

La visión del mundo no la construye cada persona, sino que la hereda y la transmite junto con su información.

Entendemos por visión del mundo el sistema de ideas, valores, normas, costumbres y ritos propios de un pueblo que no se discuten ni se ponen en duda y que dirigen a un pueblo.

Cuando surge una persona que cambia un punto de vista, entonces lo interpretan como revolucionario inconforme. Podríamos decir que es alguien que se mueve en otras coordenadas y que normalmente da un paso adelante en los niveles del conocimiento y de la vida. Así pasó con Copérnico, Galileo y tantos otros.

Cuando venimos al mundo no solamente nos encontramos con las cosas, sino que nos encontra-

mos también con las ideas. A esto que llamamos visión del mundo pertenecen también las ideas sobre Dios, sobre el destino, sobre la vida. Es el mundo dado.

Jesús no estaba aislado de su mundo, ni de su ambiente, ni de su pasado. Su visión del mundo era algo recibido y transmitido. En su visión del mundo, —que descubrimos por medio del Evangelio y a través de la literatura antigua— encontramos ciertos esquemas mentales que no coinciden con los nuestros y que son importantes para comprender su mensaje.

Jesús comprende el mundo desde el hombre, y no al hombre desde el mundo. Para él el mundo no es una realidad cerrada en sí misma, sino abierta “en espera” del hombre y éste abierto y en espera de Dios. La cosmovisión de Jesús surge de la imagen óptica del mundo. Los otros sentidos enriquecen la imagen plástica del hombre. Es lo que el mundo le presenta y lo que interpreta la Biblia, o los autores sagrados.

Cuatro niveles

Jesús pensaba que el universo estaba constituido por cuatro niveles.

- En el primero, que estaba arriba, se encontraba Dios. *“Padre nuestro que estás en el cielo”*. El cielo, más allá de las nubes, era “el lugar” de Dios —maqom, τόπος—. Y en ese lugar está “su trono” como símbolo de su autoridad, poderío y majestad. El trono venía siendo una personificación o visualización del mismo Dios inseparable de su sublimidad y grandeza. El trono encierra la
- Mt 5,34.
Ex 33,21.
Is 66,1.
Am 7,9; Lm 5,19.

idea de estabilidad. *“Quien jura por el cielo, jura por el trono de Dios y por aquel que está sentado en él”*. Levantarse de su trono es signo de disgusto.

θρόνω τοῦ θεοῦ.
Mt 23,22.

Si Dios se ubica arriba, para entrar en contacto con los hombres necesariamente tiene que bajar, por lo que bajar significa acercamiento y providencia. Bajar es para Dios un signo de condescendencia, de amor y compasión. Podríamos decir que lo propio de Dios con respecto al hombre es abajarse. *Dijo Yahvé: bien vista tengo la aflicción de mi pueblo en Egipto ... He bajado para librarle de la mano de los egipcios*. Pero también puede significar una intervención de la justicia de Dios.

κατέβην ἐξελέσθαι
αὐτοῦς. Ex 3,7-8.
Gn 11,7; 18,21;
Ex 19,20; Gn 35,13.

El cielo era el prototipo del orden, del bien, de lo bueno y de los perfecto. Por eso pedimos en el Padre Nuestro que la voluntad de Dios se cumpla en la tierra como en el cielo. Este era la casa de Dios. Ahí tenía su trono y toda la corte celestial con sus ángeles en todas sus categorías.

Jn 14,2.
Gn 28,12.

- En el segundo nivel, se encontraba el mundo terreno y en él, al hombre. Era la superficie de la tierra, y estaba abajo. Lo propio del hombre para entrar en comunión con Dios es “subir”: *“Sube ante Yahvé tú y Aarón... Por eso también lo que pertenece a Jesús es “subir al Padre”*.

Ex 24,1s; Jos 6,5;
2 R 23,2.
Jn 3,13; 6,62; 20,17;
Rm 10,6; Ef 4,8.

La tierra no era un planeta, sino una gran rodaja plana. Era la base firme que tenía como límite el abismo.

Gn 1,1s.

La tierra estaba como una mesa, apoyada sobre columnas. Después de los límites de la tierra, como superficie, seguía el abismo.

1 S 2,8; Jb 9,6;
Sal 75,4.
Lc 16,26s.

Lc 8,31; 2 P 2,4; Ap 9,1-3,11; Qo 4,10, Rm 10,7; Sal 69,15. En el abismo —sin fondo— estaban los demonios. Algunas veces se entendía, también, como el lugar de los muertos.

Sobre la tierra se elevaban las alturas celestiales, donde revoloteaba el viento y estaban limitadas por la bóveda del firmamento.

Gn 1,6. Sobre el firmamento estaba el mar de las alturas, “*las aguas de arriba*”, de las que descendía la lluvia.

Sal 29,3-4; Sal 77,17-20; Am 9,6; Jr 10,13. *“Voz de Yahvé sobre las aguas;
El Dios de la gloria trueno,
Es Yahvé sobre las inmensas aguas,
Voz de Yahvé con majestad”.*

Sal 19,5s. Las estrellas estaban suspendidas del firmamento; y el sol y la luna eran astros que salían y se ocultaban conforme a la voluntad inmediata de Dios. *“Él hace llover y salir el sol sobre buenos y malos”.*

Novaciano, De Trin 1,4; Jb 26,10. El mar de abajo tenía límites puestos por Dios, que no podía traspasar, y por eso formaba olas, así obedecía el mandato divino, al no salirse de sus límites.

Pr 8,27-29. *Cuando colocaba los cielos, allí estaba yo, —la sabiduría— cuando trazaba la bóveda sobre la superficie del océano; cuando sujetaba las nubes en lo alto, cuando afianzaba las fuentes del abismo, cuando marcaba su límite al mar, para que las aguas no desborden sus orillas; cuando asentaba los cimientos de la tierra.*

Los israelitas se guiaban por la evidencia, por lo que salta a la vista, es decir, por las apariencias. Dado que podía haber claridad independiente de los rayos del sol, imaginaban la luz como algo aparte, y la creación de la luz separada y primero que los astros. Gn 1,3-5.14.19.

- En el tercer nivel, más abajo de la tierra, en el infierno —nivel inferior—, se encontraban los muertos. Al lugar se le llamaba “Seol o Hades”, de ahí, mas que de la tumba, resucitarán los muertos. Jb 38,16-17; Rm 10,7. 1 P 3,19; Hch 2,27-31.

Se tenían muy pocas noticias del mundo de los muertos, solamente que existían como adormecidos en un espacio amplio y tranquilo. Por eso Cristo bajó no solo al lugar de los vivos —la tierra— sino también al lugar de los muertos —los infiernos— con lo que se nos quiere decir que verdaderamente murió. Estuvo muerto con los muertos.

Jesús fue liberado del Hades y de ahí tiene las llaves, es decir, el poder. Prometió a quienes lo siguen, a la Iglesia, salir victoriosa. Hch 2,24.27.31. Ap 1,18; Mt 16,18.

En algunas ocasiones algunos interpretaban el Hades como lugar de los muertos. Era un término tomado de la mitología griega, en esos casos se interpretaba como el reino de la muerte. Ap 20,14.

- En el cuarto nivel, en el abismo —el Hades— se encontraba el demonio con todos los espíritus malignos. Era el lugar propio del Demonio, donde solo había llanto y rechinar de dientes. Sobre ese lugar, imaginado también, Dios tenía autoridad y poder, pero Él no se encontraba allí. Era

ἕως ᾗδου καταβήσῃ Mt 11,23; 16,18. precisamente el lugar que significaba y visualizaba la lejanía de Dios, allí se era arrojado: “*hasta el Hades te hundirás*”. Lucas nos dice: “*los demonios que expulsaba le rogaban que no los mandara al abismo*”, que era el lugar normal para los demonios.

Lc 8,31.

Pasado, presente y futuro

Mt 19,8. En cuanto al origen del mundo, Jesús pensaba que la creación había sido un hecho relativamente reciente, e histórico, acontecido en los términos del Génesis, entendido al pie de la letra.

Mt 13,17. • El pasado había estado en función del presente. Y el presente fue previsto en el pasado.

Mt 24,4. • El presente lo veía absolutamente vinculado al fin del mundo.

Mt 13,17. • El futuro estaba determinado por la decisión que se tomara en el presente con respecto a la conversión, al llamamiento, a la gracia del reino.

Fin próximo

1 P 4,7; Mt 24,34. El fin del mundo lo esperaba como algo que sucedería en muy corto plazo, “*antes de que pase esta generación*”.

1 P 3,7,10; Is 34,4; Mc 13,24s; Ap 6,13s. En el fin del mundo Dios va a quitar el firmamento, *como se enrolla una tienda de beduino* y descolgará las luminarias como se descuelga una lámpara, entonces aparecerá un cielo nuevo y una tierra nueva. Se desmontará el mundo como se desmonta un escenario.

2 P 3,12s.

Visión teológica

Jesús acepta y vive en la visión teológica de su época, pero al mismo tiempo con una actitud crítica que se desprende de la fe en un Dios bueno y paternal, solícito y no vengador, lleno de compasión y de ternura como lo describían algunos profetas, como Oseas. Os 11,1.

En tiempo de Jesús se daba un principio teológico que podríamos llamar de “retribución terrestre”. Este se fundamentaba en el mensaje de la Biblia afirmado tanto en el Deuteronomio como en el Levítico. El principio consistía en creer que el que escucha a Dios y lo obedece, Dios lo ayuda y le va bien, y al que no, Dios lo castiga y le va mal. Se refería a gran cantidad de bendiciones del orden material y terrestre. Ante ese principio surge el problema que plantea el libro de Job: ¿cómo entonces a los buenos les va mal y a los malos les va bien? Dt 28,1s; Lv 26,3s.

Había quienes pensaban con un espíritu de solidaridad, que los justos eran castigados en lugar de los malvados. La reacción de los profetas es que cada uno debe ser tratado conforme a sus obras. Jesús piensa que el valor que Dios da a la vida humana se revelará definitivamente hasta el fin de los tiempos, en que se separará el trigo de la cizaña. Mt 13,25; 25,32.

En la teología del tiempo de Jesús se atribuía a la voluntad de Dios todo lo que pasaba en la tierra. Ante la ruina del reino de Israel leemos en el libro Segundo de los Reyes: que el rey de Siria avanzó contra todo el país, “*marcho contra Sa-*

maria y la cercó durante tres años”, a esto siguieron muchas desgracias y deportaciones “todo esto sucedió porque los israelitas habían pecado contra Yahvé”. Ante los desastres naturales como inundaciones, sequías, terremotos, se pensaba de la misma manera, particularmente se atribuía como castigo de Dios el triunfo de los enemigos sobre el pueblo de Israel. Como el caso de Ciro y la dominación del pueblo romano.

2 R 17,7.

2 Cro 36,17s;
Is 44,28; 45,1.

Ne 9,26-30.

Jn 19,11.

Jesús interpretaba la invasión romana como algo querido por Dios, pero no necesariamente como castigo por pecados particulares: “*No tendrías ningún poder si no se te hubiera dado de arriba*”.

Sin embargo Jesús piensa que las calamidades no se padecen a causa de los pecados como la catástrofe de la caída de la torre de Siloé sobre dieciocho personas “*¿piensan que esos galileos eran más pecadores que todos los demás?*” Lo que no impide que en algunos casos las desgracias se puedan interpretar como consecuencias del pecado.

Lc 13,4.

Jn 9,3; Jn 5,14.

Jesús piensa que la voluntad de Dios se entretene con las decisiones malas de los hombres, como la traición de Judas y la culpa de todos los que le dieron muerte dice: “*Padre perdónalos porque no saben lo que hacen*”.

Lc 23,34.

Natural y sobrenatural

Jesús no distinguía entre lo “natural” y lo “sobrenatural”. No se daba ninguna autonomía del mundo. En la mentalidad religiosa de los contemporáneos de Jesús todo lo que no hacía el

hombre directamente o por medio de sus animales o instrumentos, lo hacía Dios. El cual actuaba de forma directa y ordinaria en el cielo, en la tierra y en el mar. Hacía salir el sol, crecer a las plantas, o llover y no llover. Mc 4,27.

Jesús veía el mundo y a todos los seres humanos en él a través de la lente de su fe en Dios-Padre y de los hombres como hermanos.

Para Jesús no se trata de lo sobrenatural sobrepuesto o por encima de la naturaleza, sino de lo sobrenatural dentro —inmanente— en lo natural. Dios no está arriba o debajo de la vida, sino “en” la vida, en la naturaleza. La vida y la naturaleza tienen un aspecto inmanejable para el hombre, y ese es la presencia de Dios. La naturaleza no lo abarca, pero tampoco le es ajena.

Jesús no hacía diferencia entre la filosofía, como ejercicio de la razón, y la teología, como discurso sobre Dios. Para Jesús toda su filosofía era su teología. Todo lo veía a la luz de Dios como Padre en el contexto escatológico, que lo hacía relativizar todas las cosas; el templo, las prescripciones de culto y ayuno, el sábado y la ley, porque sólo Dios era absoluto y todo lo demás relativo.

La causa de Jesús era la causa de Dios, es decir, el hombre. Y por eso tampoco hacía diferencia entre pensar y hablar de Dios y entre pensar y hablar del hombre.

El saber científico era muchos siglos posterior que Jesús. Y los lugares donde había despuntado algo de ciencia estaban a muchos kilómetros de distancia. La naturaleza era el fruto de la acción

continua de Dios, y por eso, la manifestación continua de lo sobrenatural. Lo maravilloso no era excepcional, era lo normal. Por eso el hombre, con su fe, podía trasladar montañas, es decir, hacer cosas admirables. Esta fe era el principio de su fuerza y de la que todos los hombres pueden tener. La autoridad entre los hombres venía de Dios. *“Pues recibieron el poder del Señor y la soberanía del Altísimo”*. Para Jesús, Dios actuaba de forma natural en la naturaleza, en la sociedad y en la política.

Mt 17,20; Mc 11,23.

1 Co 13,2.

Jn 19,11; 3,27.

Sb 6,3.

El mundo era de Dios, porque Dios era su autor. Pero también del hombre y para el hombre, porque se lo había dado al hombre. *“Los cielos, son los cielos de Yahvé, la tierra, se la ha dado a los hijos de Adán”*.

Sal 115,16.

Para Jesús el mundo no era Dios, pero tenía algo de Dios: su presencia, su amor, su santidad y su gloria.

Mt 4,24. Dios podía actuar, y de hecho actuaba con Jesús y en Jesús, haciendo milagros. Para Jesús el mundo es el escenario del hombre, pero también de Dios. Jesús no saca conclusiones sobre Dios a partir del mundo; saca conclusiones sobre el mundo a partir de Dios.

El mundo malo

El mundo mundano, que dependía de los hombres, estaba prácticamente dominado por el demonio. Los endemoniados, el mal, la enfermedad, la injusticia, la guerra, el sufrimiento y la irreligiosidad, ponían de manifiesto que ese mundo era dominio del demonio, como ya lo vimos.

Mc 9,17-25.

Lo apocalíptico

Jesús vivió en un ambiente marcadamente apocalíptico. Esperaba el fin del mundo como algo inminente y hablaba de él con muchos signos y detalles descriptivos. Aunque muchas de esas expresiones se deban a desarrollos personales de los evangelistas —como géneros literarios—.

Mt 23,4s; 24,34.

Esto hacía que todo apareciera como no definitivo, como relativo, y que se valorara sobre todo la acción ordinaria en su carácter de trascendencia eterna, por ejemplo, el dar de beber un vaso de agua a una persona sedienta. No es solo filantropía, tiene sentido de vida eterna.

Mc 9,41.

La visión apocalíptica matizaban la fe del pueblo judío en el siglo I, y seguramente también la de Jesús.

Sociedad teocrática

Jesús realizó su misión dentro de una sociedad teocrática donde la autoridad procedía de Dios, y, en el caso de Israel, debían ejercerla los ministros sagrados. En Israel se daba una identificación entre religión y política; lo cual era fuente de conflictos con Roma. Se identificaban los preceptos divinos con las leyes civiles y la sociedad estaba ordenada en función de valores religiosos y culturales. Para Roma Israel era un pueblo difícil, por su religiosidad y por su fe monoteísta. Los judíos, primero, y los cristianos después, no fueron bien vistos y recibidos en Roma. Judíos y cristianos fueron martirizados, como hermano mayor y menor, en los primeros siglos del cristianismo.

Jn 19,11;
Rm 13,1s.

Realismo fenomenológico

Estos son algunos de los rasgos que constituían la visión del mundo que Jesús tuvo. Esta visión del mundo está como un trasfondo en su actividad y su mensaje. Jesús no se propuso modificar esa visión del mundo. Simplemente la asumió como el lenguaje propio en el que pensaba y en el que tenía que expresarse. Es necesario advertir esto para entender cabalmente su mensaje y su forma de actuar.

Sal 104s. La cosmovisión de Jesús cae dentro de un realismo fenomenológico —ingenuo—, y no cabe suponer otra cosa, puesto que corresponde a su tiempo, su cultura, su circunstancia y su historia.

Debido al cambio de culturas, nosotros no tenemos ya estas categorías cosmológicas en las que se expresaba Jesús. Nuestra actual visión del mundo influye en la forma en que entendemos el Evangelio. Normalmente lo leemos desde nuestra mentalidad. Al leerlo, proyectamos en él nuestra cultura; lo enmarcamos en nuestras convicciones y recibimos de él un mensaje, pero no siempre coincide con el mensaje auténtico que Jesús quiere darnos.

Este mensaje, que originalmente estaba relacionado con la cultura de Jesús, ha de estar también relacionado con la nuestra para poder fecundarla. La falta de diálogo entre la fe, la razón y la cultura produce increencia.

La realidad de la encarnación encierra en sí una proclamación del amor del Padre por su creación; un abrazo del Hijo que se funde con la realidad

del hombre y su mundo aceptándolas y expresándose en medio de ellas; una prodigiosa elevación de toda existencia encaminada a la plenitud por el Espíritu Santo.

CAPITULO XIX

EL PARADIGMA ANTROPOLÓGICO DE JESÚS

Dios como modelo del hombre

No es fácil señalar un paradigma de hombre para la humanidad, puesto que el hombre es un resultado de inmensa cantidad de factores que corresponden a tiempos, lugares, sociedades, culturas, religiones, y circunstancias. El prototipo hace relación a todos esos factores y no solo a lo específicamente humano, que vendría siendo la animalidad racional. De esto no se puede encontrar un paradigma, o prototipo, porque todos los seres humanos, por definición, deben tenerla de forma completa, al menos como posibilidad ideal.

Para Jesús, el ejemplo del hombre no es otro hombre sino Dios. Un prototipo ilimitado y trascendente, pero vinculado al ser humano, como Mt 5,48.

un padre a su hijo. Ordinariamente el ejemplo para un niño es su papá.

- Esto ya lo sabía Jesús por el Antiguo Testamento “*sean santos porque yo el Dios de ustedes soy santo*”. Para Jesús el modelo de perfección es el Padre celestial. Pero no con la perfección de los griegos, que consistía en lo bien hecho y en la belleza de la obra en cuanto a su forma. Para el fariseo, era el perfecto cumplimiento de toda la ley de Dios. Para Jesús, es el amor y la misericordia del Padre. San Mateo dice: “*Ustedes sean perfectos como es perfecto su Padre celestial*”; pero San Lucas en el texto paralelo afirma: “*sean misericordiosos, como el Padre celestial es misericordioso*”. Y la perfección de Dios la entiende en términos de misericordia. La parábola del siervo sin entrañas concretiza esa forma de ser misericordiosos y de estar dispuestos a perdonar como hemos sido perdonados.
- Lv 11,44; 19,2; 20,26.
- Mt 5,48.
- Lc 6,36.
- Mt 18,23s.

- El joven rico llamó a Jesús “*maestro bueno*”, y Jesús le respondió “*¿por qué me preguntas acerca de lo bueno? Uno solo es el bueno*”. Cuando Jesús respondió al joven uno solo es el bueno está renunciando en ponerse a sí mismo como ejemplo de bondad. Para Jesús el hombre debe estar centrado y atento a solo Dios. Por eso se ha referido a él como ejemplo de bondad, misericordia, perdón de las ofensas, generosidad, amor sin distinciones, buenos y malos. Jesús podía haber dicho; nadie ama tanto como ama Dios, nadie perdona tanto como perdona Dios, nadie es santo como Dios es santo. El prototipo de la verdad y de toda virtud humana es Dios. Y cuando el hombre cre-
- Mt 19,16.

ce en valores y virtudes humanas, crece en semejanza y comunión con Dios.

En el pensamiento de Jesús, Dios es el ejemplo de humanidad para el hombre y por eso el modelo rebasa los límites de personas, tiempos, lugares y circunstancias, y se convierte en modelo de humanidad universal. Por ser Dios único y creador, y por ser Padre de todos los hombres, es prototipo para todos. La universalidad se fundamenta en la creación y en la paternidad y unicidad de Dios.

Jesús como paradigma del hombre

Para los cristianos Jesús es lo decisivo, determinante y normativo en las relaciones del hombre con los demás y del hombre con Dios. Lo característico de la fe cristiana, como lo fue también lo característico para los primeros discípulos, es considerar a Jesús como lo decisivo, determinante y normativo de la vida. No es una imitación romántica ni de virtudes o aspectos aislados. Es lo determinante para el hombre en todas sus acciones.

Todo esto no impide que en otros credos y culturas se presenten como prototipo antropológico otras personas humanas reales o ficticias, como Buda, por ejemplo.

Jesús con su modo de ser y de actuar revela la naturaleza verdadera de la vida humana, como también el modo de ser y actuar del Dios vivo, con respecto al hombre.

Jn 13,13s. Durante su vida temporal Jesús se convirtió en ejemplo vivo para todos sus discípulos y discipulas. Discípulo significa el que aprende. El discípulo debía aprender del maestro a pensar, vivir y actuar como él. Debía hacer lo que hacía el maestro. *“Les he dado ejemplo para que ustedes también hagan lo que yo he hecho con ustedes”*. El maestro transmitía no solo una doctrina, sino también una forma de ponerla en práctica. Era un maestro no solamente de doctrina, sino principalmente de vida.

El discípulo aprende del maestro, pero como otra persona, es decir, desde su ser diferente que imita o se inspira en el prototipo, pero sin reproducirlo como una fotocopia. Este tipo de imitación deja pleno lugar a la originalidad de la persona. Es una imitación que sobrepasa lo externo y cultural, y se ancla en la libertad y la conciencia.

En cuanto a sus circunstancias concretas y personales, Jesús no puede ser ejemplo del ser humano, porque a cada uno pertenece lo único e irrepetible. En ese contexto, nadie puede ser, estar o actuar como Jesús. Sus circunstancias son únicas, como lo fue su persona, a quien las circunstancias no solo lo enmarcaron, sino que lo personalizaron.

Mt 11,29. Y la Iglesia primitiva asumió como un ideal el parecerse a Jesús en la forma de pensar y proceder; aprendió a ser *“amable y humilde de corazón”*, como él. Y así dice San Pablo: *“sean perfectos a la medida de la plenitud de Cristo”*.
Ef 4,13.

El modo de ser de Jesús, que supera lo espacio temporal y circunstancial, y que atiende al corazón, debe reflejarse en el modo de ser de todos los hombres y de cada ser humano en particular. No precisamente como confesión cristiana —credos—, sino como la aceptación de valores humanos. De esa manera Jesús se convertirá en sal de toda la tierra y luz del mundo.

Cuando el mundo comprenda el mensaje de Jesús y trate de poner en práctica que la sustancia de la voluntad de Dios es la justicia, el amor, el perdón, la aceptación de unos y otros y la aceptación de Dios; habrá comprendido, la sustancia del mensaje de Jesús.

Jesús nos salva no solo por perdonar nuestros pecados, y darnos vida eterna, sino principalmente por ponernos en comunión con Dios. El fin último de la existencia humana, que es la comunión con Dios, no es aceptado universalmente, ni Jesucristo es reconocido como modelo, prototipo, primicia o primogénito, o “segundo Adán”, de lo que significa ser humano. Pero eso no quiere decir que Jesús no encierre un mensaje universal, ni que él mismo sea un dechado de lo que significa ser hombre de verdad. Enseña los valores y virtudes humanas, hacia donde conduce la vida de todo “nacido de mujer”, que no es fácilmente reconocible en la superficie de la existencia. Lo que quiere decir que la vida necesita no sólo un salvador que nos libre de la muerte y el pecado, sino un ejemplo vivo que nos diga cómo hay que vivir para los demás y para Dios.

Una persona que ahondando en nuestro misterio le dé sentido al misterio.

Jesús tuvo un fuerte sentido de libertad que nació de su identidad y de su misión. Dios no compete con la libertad humana, sino que la sostiene y la fortalece.

Para San Pablo, “*revestirse de Cristo*” y “*vivir en Cristo*” significa tener los mismos sentimientos que tuvo Cristo: de servicio, entrega y amor hasta la muerte. Todos estamos llamados a “*reproducir la imagen de Cristo*”, pero cada uno a su manera. Rm 8,29. Lo universal de la vocación no suprime en nada lo particular y único del modo de reproducir la imagen de Jesús. A Jesús se le imita asumiendo el propio destino en libertad, conciencia y amor.

La razón última de esta vocación universal a reproducir la imagen de Jesucristo es, que de hecho, el Padre-Dios ve a Jesucristo en cada uno de los seres humanos. Y todos y cada uno vale la vida de Cristo. De esa manera Cristo se convierte en un elemento de unidad para los hombres y en un valor objetivo de la existencia humana.

Según el pensamiento evangélico, cada uno tiene que llevar su propia cruz y recorrer su propio camino, tomando decisiones personales. La cruz es la carga de cada día. Solo se imita y se sigue a Jesús cuando se asume la propia vida en tiempos, lugares y circunstancias diferentes. Mt 10,38; 16,24; Lc 14,27; Mc 8,34. Lc 9,23.

Jesús no es ejemplo de ascetismo ni de misticismo, ni siquiera defendía un conjunto de valores, de virtudes, en cuanto tales, como propios de una elite de discípulos, no es moralista ni trató

de fundar algo distinto del judaísmo tal y como lo vivieron él y sus discípulos.

Para Jesús el centro de la vida no es la propia perfección al estilo de Platón o de la filosofía estoica. Jesús no se interesó por inculcar a los discípulos el dominio de las pasiones, como el deseo, el placer, el miedo.

A Jesús le interesó solamente el reino, es decir, el mensaje dirigido al pueblo más desprotegido y bajo, el mensaje de un Dios diferente, que atiende misericordiosamente a los marginados. En la antropología de Jesús no se puede separar la situación en que se encuentran las personas más pobres y marginadas religiosamente del amor entrañable de Dios; de tal manera que a esas personas les pertenece el reino de los cielos y son ellas quienes han de abrir la puerta a los demás. ὄχλος.
Mt 5,3.

Después del modo de entender y amar a Dios, el punto central de la predicación de Jesús es volverse hacia el más necesitado, miserable, pecador, desdichado, inválido.

Al hablar del reino de los cielos Jesús lo comparó a un tesoro escondido y a una perla valiosa por la que vale la pena vender todo lo que se tiene. Ahora podemos pensar que ese tesoro y esa perla son el amor y la atención eficaz al despreciado. Mt 13,44-45.

En signo de solidaridad Jesús comía y bebía con los publicanos y pecadores, lo que escandalizaba no poco y de esa manera predicaba el modo de ser de Dios. Abierto a todos. Este es el punto en que Jesús debe y quiere ser imitado. En esto principalmente es ejemplo para la humanidad.

BIBLIOGRAFÍA

Ofrecemos esta bibliografía para sugerir al lector la profundización de algunos temas. Con ella queremos también señalar nuestras principales fuentes de inspiración y de trabajo. Presentamos un breve juicio de la mayoría de las obras que pretende simplemente valorarlas en función de la utilidad respecto de los temas que hemos desarrollado.

Balz, Horst., & Schneider, Gerhard. *Diccionario exegético del Nuevo Testamento Vol. I y II*. Salamanca: Ed. Sígueme, 1996.

Obra muy amplia y rica en análisis exegético y las distintas expresiones del Viejo y Nuevo Testamento.

Bonnard, Pierre. *Evangelio según San Mateo*. Madrid: Ed. Cristiandad, 1976.

Comentario ya clásico.

Carmona, Antonio R. *La religión judía: Historia y teología*. Madrid: B.A.C., 2001.

Flick, M. y Z. Alszeghy. *Antropología teológica*. Salamanca: Ed. Sígueme, 1970.

Estudio muy completo pero muy superado. Los datos bíblicos son pocos.

Gelin, Albert. *El Hombre según la Biblia*, S.L. Madrid: Ed. Marova, 1996.

Obra útil, presenta los términos básicos sobre el hombre en la Biblia en pequeños fragmentos de carácter exegético.

Gevaert, Joseph. *El problema del hombre: Introducción a la antropología filosófica*. Salamanca: Ed. Sígueme, 1993.

Un magnífico libro de antropología filosófica, útil para compararlo con la antropología bíblica.

Haag, Hugo y A. van den Born. *Diccionario de la Biblia*. S. de Ausejo. Herder, 1996.

Obra de carácter enciclopédico que busca hacer asequible el enorme acervo de conocimientos alcanzados hasta su fecha de aparición por las ciencias escriturísticas, concebida con unidad de criterio que expone los conocimientos de manera sistemática. La obra fue redactada por un grupo de competentes biblistas católicos holandeses, belgas y alemanes. La variedad de los temas escogidos abarca la exégesis así como sus múltiples ciencias afines y auxiliares. Excelente obra de consulta.

Hirschberger, Johannes. *Historia de la filosofía I: antigüedad, edad media, renacimiento*. Barcelona: Herder, 1959.

Jeremias, Joachim. *Jerusalén en tiempos de Jesús*. Madrid: Ed. Cristiandad, 1977.

Magnífico estudio de carácter histórico. Recoge los resultados de la investigación arqueológica hasta la década de los 70s.

Jeremias, Joachim. *La Última Cena*. Madrid: Ediciones Cristiandad, 2003.

Jeremias, Joachim. *Las parábolas de Jesús*. Navarra: Editorial Verbo Divino, 1974.

Análisis exegético sumamente importante para comprender el sentido de las parábolas. El autor distingue dos tiempos históricos importantes; el sentido original (escatológico) y el sentido dado por la Iglesia primitiva (frecuentemente cristológico).

Jeremias, Joachim. *Teología del Nuevo Testamento. La predicación de Jesús*. Salamanca: Ed. Sígueme, 1977.

Josefo, Flavio. *Antigüedades de los Judíos, Volumen I, II*. Gredos, 1999.

La obra es célebre por contener, en el libro XVIII, un testimonio histórico acerca de Jesús de Nazaret y de Juan Bautista. Es útil porque introduce al mundo judío con una mentalidad judía.

Leipoldt, J. y W. Grundmann. *El Mundo del Nuevo Testamento Vol. I-II*. Madrid: Ed. Cristiandad, 1973 y 1975.

Libros muy útiles para conocer las costumbres del pueblo de Israel.

Leon-Dufour, Xavier, S.J., *Diccionario del Nuevo Testamento*. Madrid: Ed. Cristiandad, 1977.

Libro sencillo y práctico que comprende un millar de vocablos cuyo sentido se aclara en el contexto histórico-geográfico, arqueológico, literario o teológico. Todos ellos presentados en forma clara, concisa y precisa.

Tiene una introducción que ofrece una pista clara de los puntos que debe abarcar una antropología bíblica.

Leon-Dufour, Xavier, S.J., *Vocabulario de Teología Bíblica*, Barcelona: Herder, 1965.

Vocabulario más amplio que el anterior, con entradas más breves.

Lepp, Ignace. *La filosofía cristiana de la existencia*. Buenos Aires, México: Ediciones Carlos Lohlé, 1963.

El autor ofrece una visión del hombre desde la perspectiva de la fe cristiana, desde un punto de vista existencial. Su lenguaje es claro y accesible.

Moltmann Jürgen. *El hombre, antropología cristiana en los conflictos del presente*. Salamanca: Ediciones Sígueme, 1973.

El autor pretende decir qué es para él lo humano.

Noth, Martin, *El mundo del Antiguo Testamento*, Madrid: Ed. Cristiandad, 1976.

Libro rico en alusiones y detalles a la cultura del pueblo semita.

Orbe, Antonio, S.J., *Antropología de San Ireneo*. Madrid: B.A.C., 1969.

Magnífica obra de Antropología patristica. La desarrolla a partir del relato de la creación.

Pannenberg, Wolfhart. *El hombre como problema: Hacia una antropología teológica*, Barcelona: Ed. Herder, 1976.

Obra útil que pone en perspectiva actual la visión bíblica del hombre.

Pikaza, Xabier. *Antropología Bíblica: tiempos de gracia*. Salamanca: Ediciones Sígueme, 2006.

El libro no es propiamente una antropología bíblica. El autor pretende elaborar la historia de la gracia tomando como punto de partida la biblia.

Quesnel, Michel., & Philippe, P. *La Biblia y su cultura (2 tomos)*. Santander: Editorial Sal Terrae, 2002.

Libros muy útiles para conocer el contexto de Jesús hecho por un equipo de expertos.

Ruiz de la Peña Juan L. *Las nuevas antropologías: Un reto a la teología*. Santander: Editorial Sal Terrae Guevara, 1983.

Este libro presenta algunas de las visiones antropológicas provenientes del mundo de las ciencias naturales y del pensamiento contemporáneo, y presenta la visión cristiana del hombre, con una mirada actualizada, para entablar un diálogo. Su lenguaje es claro, reflexión sólida.

Saban, Mario Javier. *El judaísmo de Jesús*. Argentina: 2008.

Desde el punto de vista judío ofrece datos sobre la persona de Jesús para una antropología.

Saban, Mario Javier. *El judaísmo de San Pablo: La matriz judía del cristianismo, Tomo I*. Argentina: 2003.

El autor trata de encontrar en la tradición judía muchas de las posturas y de los principios básicos del cristianismo.

Saban, Mario Javier. *Las Raíces Judías del Cristianismo*. Buenos Aires: Ed Futurum, 2001.

Scheffczyk Leo. *El hombre actual ante la imagen bíblica del hombre*. Barcelona: Editorial Herder, 1967.

Libro de utilidad directa en la catequesis y la predicación.

Thielicke, Helmut. *Esencia del hombre: Ensayo de antropología cristiana*. Barcelona: Editorial Herder, 1985.

El autor, protestante, ofrece una Teología bíblica en diálogo con corrientes del pensamiento contemporáneo.

Tresmontant, Claude. *Ensayo sobre el pensamiento hebreo*. Madrid: Ediciones Taurus, 1962.

Estupenda obra. El autor se esfuerza en poner en evidencia el modo específico de pensar del mundo bíblico, que responde a una racionalidad distinta de la del pensamiento griego y romano.

Tresmontant, Claude. *La doctrina de Jeshua de Nazaret*. Barcelona: Herder, 1973.

Este estudio busca poner de relieve la enseñanza de Jesús, sus ideas directrices y su consistencia. Aunque en parte contiene aspectos ya superados por la exégesis más reciente, su enfoque hace un aporte original.

Tresmontant, Claude. *Orígenes de la filosofía cristiana*, Andorra: Editorial Casal I Vall, 1963.

Valverde, Carlos. *Antropología Filosófica, Volumen XVI*. EDICEP, 2005.

La obra ofrece una buena introducción a la Antropología filosófica, bajo una perspectiva cristiana y en diálogo con las ciencias naturales y humanas.

Von Allmen, Jean-Jacques. *Vocabulario bíblico*. S.L., Madrid: Ed. Morava, 1973.

Libro de utilidad para consultas del capítulo V.

Von Rad, Gerhard. *El libro del Génesis*. Salamanca: Ed. Sígueme, 1977.

Magnífico comentario exegético del libro del Génesis.

Von Rad, Gerhard. *Teología del Antiguo Testamento Vol. I Y II*. Salamanca: Ed. Sígueme, 1978.

Magnífico libro, obra clásica que presenta la fe del pueblo de Israel vivida en la historia y transmitida en tradiciones vivas. El autor trata de extraer las líneas de fuerza en cada momento.

Wolff Hans Walter. *Antropología del Antiguo Testamento*. Salamanca: Ed. Sígueme, 1975.

Libro sumamente útil para la comprensión de la Antropología Bíblica. El autor se centra en responder a la pregunta cómo se ve a sí mismo el hombre del Antiguo Testamento a partir de textos representativos, como base que pueda servir para una Antropolo-

gía bíblica completa. Es propio de los textos bíblicos el interpelar a la mayoría de sus lectores. Con esta obra, sólidamente documentada tanto en los textos bíblicos como en la literatura especializada, Wolff se propone el mismo propósito, así como contribuir de este modo al auto-conocimiento del hombre. La obra se divide en tres partes: El ser del hombre, el tiempo del hombre, el mundo del hombre.

Wright, Fred H. *Usos y costumbres de las tierras bíblicas*. Biblioteca bíblica, 1953.

Es necesario conocer los usos y costumbres orientales para entender la Biblia. Muchos pasajes de las Escrituras difíciles de entender para el occidental, se explicarán fácilmente mediante el conocimiento de las costumbres y los modos de las tierras bíblicas.